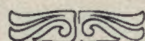


ARQUITECTURA COLONIAL

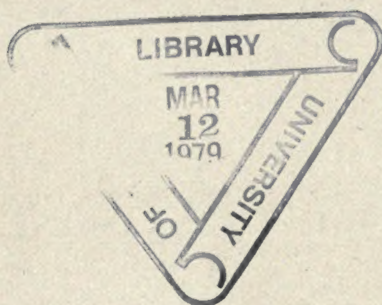
EN

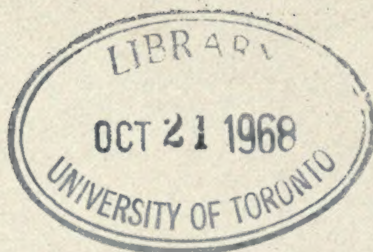
ARGENTINA



POR JUAN KRONFUSS

PROFESOR TITULAR DE LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA


LIBRARY
MAR
12
1979
UNIVERSITY
OF


LIBRARY
OCT 21 1968
UNIVERSITY OF TORONTO



A LA
TRADICION
ARGENTINA
EN HOMENAJE
EL AUTOR

PRÓLOGO

MONUMENTO del pasado, ruína solitaria que con tu pequeña puerta te exhibes en pleno campo, deja que te haga símbolo de mi obra.

Trasladado estoy en espíritu en el campo en que te hiergues, te miro otra vez y sobre tu inmensa alfombra de flores, se me representa el pasado, con sus anhelos puros, sus «tristes», sus vidalitas llenas de melodía...



PORTAL DE LA RANCHERIA DE SANTA CATALINA

Recorrí esos campos en busca de flores, y las encontré — flores del pasado — en forma de muros y escombros venerables, en que la Historia y el Arte se dan la mano, para la formación de un ramillete que el rocío vivificador de la inmortalidad conserva lozano.

No pude recoger todas las flores; tampoco pude descubrir de todas el orígen; pero ví, que en soledades olvidadas, hay verdaderas reliquias sepultas, obras de arte, sencillas y grandes, como el alma que las produjo: son las obras del conquistador, del obrero y del colono de ayer.

Franco está el camino; vengan conmigo todos cuantos veneran el pasado porque saben valorar la obra de los que han sido, dejándonos modelos acabados de arte, saturados de nobleza sin mezcla, de falso orgullo ni egoísmos.

Desaparecen día a día esas reliquias, porque el progreso pasa por encima de ellas. Es la eterna ley que limita las existencias y troncha las glorias más puras.

Reliquia venerada, que pasas ignorada a los ojos de los más; en las almas de quienes por fortuna te hemos conocido y por justicia admirado, eres flor del pasado, que permanecerás indeleble; y nuestro hálito postrer, te llevará al corazón de nuevas generaciones.



ESCALINATA A LA IGLESIA SANTA CATALINA



Portón de la casa de los Cámara, en Salta

CAPITULO I.

EL ARTE COLONIAL EN LA ARGENTINA

PERSONAS hay, aún entre las estudiosas y profesionales, que en conferencias y colaboraciones y en revistas, pretenderían probar que no hay arte colonial en la Argentina, afirmando que las formas coloniales no son otra cosa que una imitación pobre de las grandiosas ideas arquitectónicas de Europa. Nos hablan de Churriguerismo, repiten frases de la historia de las artes, mencionan el estilo jesuítico y llegan a la conclusión de que aquí no hay nada que valga la pena de estudiar.

Se contentan con esta afirmación a la manera de un hombre que, encontrando



CASA DE LOS URIBURU EN SALTA

acaso, un cráneo, nos dijera con toda su ciencia que eso no es más que una calavera humana porque tiene todas las características de la misma. No se repara en la época a la cual puede corresponder la misma, tampoco le interesa el sexo, la edad de la persona cuya es, el lugar adonde la encontró, ni a qué raza correspondía, ni en los miles de detalles que para un sabio son de capital suma y de los cuales deduce sus interesantes conclusiones.

Mi comparación empero, no está bien aplicada. El que encuentra un cráneo tiene algo en sus manos que puede servirle de punto de partida; pero los que hablan en general del arte colonial, nada pueden conocer del arte colonial argentino por falta de publicaciones y, en consecuencia, llegan a conclusiones extremadamente falsas. O ¿será acaso, posible aceptar un criterio que no tenga por base sino la Catedral de Córdoba, de la cual se sacó una fotografía o algunas casitas de la época colonial en Buenos Aires? Estudiando bien sus escritos vese que no tienen ningún conocimiento sólido del arte en la Argentina y en su perplejidad mezclan los estilos coloniales del Perú, de Chile y de Bolivia con el de la Argentina. Por otra parte, no conociendo todos los escritos coloniales que hay publicados en la Argentina, su juicio carece del valor científico necesario.

Con los dibujos que acompañan mi libro, trataré de demostrar la existencia del arte colonial en la Argentina. Otros libros en preparación darán una idea más acabada de lo mismo. Probaré mi tesis: Parto de la definición del arte en sí mismo y me formulo la siguiente pregunta: ¿Cuándo será tal cual poesía una canción popular? y contesto: Cuando ella ha hecho despertar el sentimiento de miles de personas, conmoviendo las fibras más sensibles del alma.

Es evidente que si una o dos personas repiten una obra arquitectónica, ésta no forma estilo, pero si un gran número de hombres — un pueblo entero — reconoce que Bramante ha creado algo grandioso, y se lo apropia lo difunde por el mundo enseñando a otros pueblos a sentir lo que él creyó bello; es entonces cuando nace el estilo. Asi es que para la definición del estilo, hay que tener en cuenta el factor, el número, mejor dicho, la repetición variada de la idea fundamental. Así cuando en Firenze nació el renacimiento, pronto pasó a Roma, a Ferrara, a Milán y a otras ciudades y de allí a España, a Francia, a Alemania y luego a todo el mundo.

Mas, el mismo estilo «Renacimiento Italiano» visto por el alma del pueblo francés, se transformó en estilo renacimiento francés; en España el pueblo encontró la forma apropiada para expresar sus ideas y en Alemania aceptaron la idea fundamental aunque modificaron la forma. La idea inmortal vista por el alma de un genio, traspasa el mundo y los pueblos cultos la reconocen viéndola con sus propios ojos, dando formas a la idea, sacándolas de su propia fantasía que puede más que la forma original en la que viene vestida la idea madre. Y otra vez se multiplica la idea con la nueva forma y miles de variantes surgen de la misma idea, y enriquecen la cultura humana. Así nacen los estilos. En Europa se pueden reconocer y encontrar las obras de la misma época porque las antiguas ciudades con sus murallas defensoras han obligado a los hombres a vivir muy cerca el uno del otro y a edificar sus casas en el inmediato burgo.

Todo forastero, todo transeunte podía verlos, podía entusiasmarse con la idea primitiva y difundirla después por el mundo.

En Chile, Perú y Bolivia, las antiguas capitales y ciudades indias, ofrecían a los conquistadores todo cuanto buscaban. Se encontraban con ciudades de forma casi análoga a las europeas, muy cerca una de otras sus casas y podían reproducir lo visto en Europa y por esta visible multiplicación de la idea fundamental en la misma ciudad, nadie niega que las ciudades indias tenían estilo colonial. ¿Pero, qué pasó en la Argentina? Los conquistadores no encontraban aquí ningún centro numeroso de indios, ninguna ciudad formada de casas y templos, sino pueblos nómadas con pequeñas colonias. No tenían pues, un núcleo central del cual podían formarse ciudades. Buscábanlos en todas las partes de la Argentina y emigraron en varias direcciones dando mano a construcciones firmes para abandonarlas luego que vieron haberse equivocado en la apreciación de la fertilidad del suelo. No por eso, empero, olvidaron su idea en cuanto empezaban una construcción.

Tócanos, pues, a nosotros, repasar su «vía crucis» para encontrar sus modestas obras perdidas en las pampas y montañas de la Argentina.

Empezando por la primitiva ciudad del Tucumán — hoy abandonada — podemos recorrer los antiguos caminos principales de comunicación con Perú y Chile y encontraremos multitud de obras que a modo de jalones nos permitirán reconstruir la idea principal.



CASA HISTÓRICA EN SALTA



BALCÓN COLONIAL DE SAN JAVIER (PROV. CÓRDOBA)

Desgraciadamente, este recorrido es difícil y penoso. En puntos alejados de las líneas del ferrocarril, en los más apartados montes, sin caminos, completamente olvidados y abandonados es donde se las puede encontrar. En vez de estar agrupadas como en Europa, donde se puede reconocer fácilmente su orígen común, en la Argentina hay que recorrer largas distancias, miles de kilómetros a caballo o en automóvil y luego es necesario medirlas con cuidado y dibujarlas para poderlas comparar y de este modo reconocer su orígen común. En general, una vez reconstruída la nueva obra encontrada, vemos inmediatamente la misma analogía de caracteres que nos permiten suponer con evidente certeza que existía una idea fundamental.

Comparando, pues, estos dibujos con las reproducciones de obras coloniales de Chile y Perú, a nadie puede ocurrírsele la idea de que son iguales y por lo tanto no pudieron tener su orígen en aquellas poblaciones con las que tienen diferencias tan notables. Tienen, pues, su nota característica, su individualidad, su personalidad propia. Examinándolas mejor, un examen minucioso nos hará ver una gran cantidad de finas diferencias en comparación con la forma de la idea matriz. En el estilo colonial de la Argentina no hay gran lujo de formas como en Chile, no están cargadas de adornos sus fachadas como en el Perú, pero en cambio, hay líneas elegantes que producen en el ánimo una impresión de exquisita nobleza y tranquilidad juntamente con la severidad de su forma.

¿Sólo por la razón de que el decorado no es tan rico como en las obras coloniales de México o del Cuzco no hay estilo colonial en la Argentina? O ¿por qué las obras no se encuentran unas al lado de las otras, no forman un pensamiento igual, un alma común? Aquellos hombres que lucharon lado a lado, defendiendo su vida y su seguridad contra los indios, contra el hambre y la miseria y toda clase de enfermedades, que sufrieron todos los engaños en común, que vieron morir a sus compañeros en el camino, enterrándolos en parajes desconocidos, que ansiosamente buscaban todo aquello que no encontraron, que soñaron con oro, felicidad y eterna juventud, en su Patria a la cual tal vez nunca más volverían.... a estos hombres el Destino ha encadenado uno al lado de otro con vínculos más fuertes que con los intereses comunes y pasajeros que los ligaba en Chile.



Patio de la casa de los Arias, en Salta

Al final de sus «penalidades» comunes, sus pensamientos eran casi uniformes, sus almas se educaron en la misma escuela del Dolor y de la Lucha. Sus experiencias comunes fueron contadas a sus hijos y sus ideas así transformadas pasaron íntegras a las almas de sus descendientes y de esta manera la idea fundamental del Renacimiento ha perdido durante esa época de áspera lucha, el vestido brillante y rico que lucía en Chile o Perú; es aquí más severo, pues así traducía más fielmente en su obra el sentimiento del alma.

Tenía que buscar aquí una forma propia para expresar el pensamiento exaltado de su alma porque no encontraba mármol, piedra, madera ni obreros educados, en su camino.

Todos esos elementos obrando alternativamente sobre la imaginación de los inmigrados a la Argentina, debían producir cierta semejanza en sus obras. Igual fuente de orígen, igual idea artística, igual transformación en su alma, forzosamente tenían que producir cierta analogía en sus creaciones.

Y esta analogía es la que precisamente nos dá el derecho de afirmar la existencia de un estilo colonial en la Argentina.

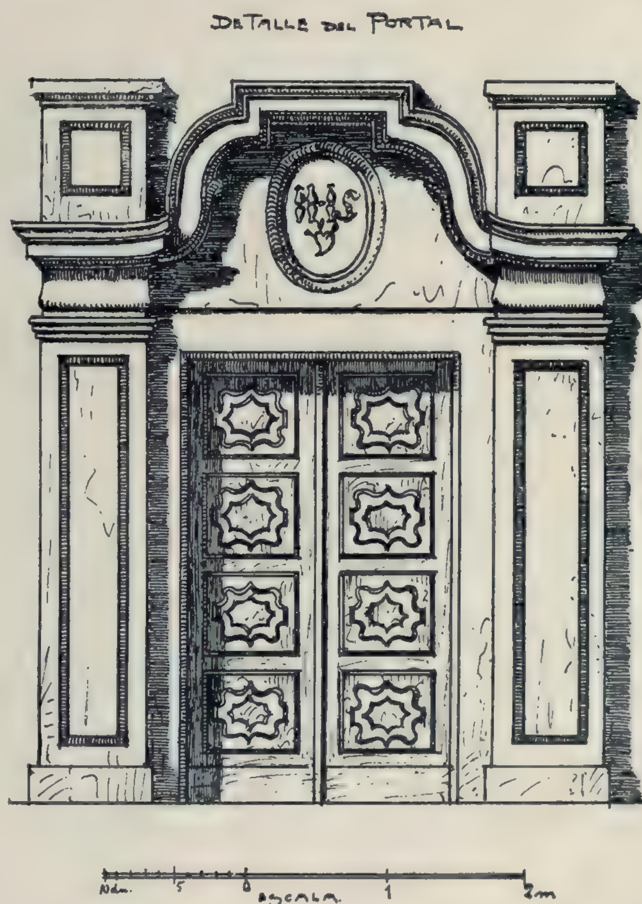
No hay que buscar grandes artistas, nombres inmortales, ni grandiosas obras para poder calificar justamente a un estilo.

Una casita sencilla de las montañas del Tirol, en su adaptación al suelo natal con sus múltiples formas, es tan característica como las casitas de las aldeas de Suiza, que han dado orígen al llamado «Estilo Suizo» como las casitas pintorescas de Italia con sus pérgolas y viñas, como asimismo las aldeas tan características de España.

Cada una tiene su sello propio inconfundible que forma estilo y que la distingue, tanto, que no es posible equivocarse diciendo que una casita tirolesa sea de España, ni una aldea italiana pueda confundirse con una de Suiza.

Reconozco que los pueblos no son creadores de las ideas. La Idea es siempre fruto del genio: En la Historia de las Artes, éstos genios pueden ser contados. Los griegos mencionan a Fidias, Polikleto y Búfalos como artistas que idearon las proporciones de las columnas y de los templos; los romanos aplicaron las ideas nacidas en Grecia.

No conocemos los primeros artistas que crearon la idea principal del estilo gótico, y del renacimiento italiano sabemos que Brunelleschi,



PORTAL DE LA CASA DE BULNES EN CÓRDOBA

Bramonti y Paladio fueron los que adoptaron las formas clásicas de la antigua Roma, dándoles nueva vida, y asimismo sabemos que Miguel Angel es el padre del estilo Barroco y que Bouché fué el creador del Rococó.

En realidad, son pocos los genios originales y creadores, pero muchos los que desarrollaron sus ideas y las interpretaron según su propia manera de sentir. Las obras de Miguel Angel y Paladio les sirvieron de modelo y de fuente inagotable de inspiración, dando fuerte impulso al arte mundial.

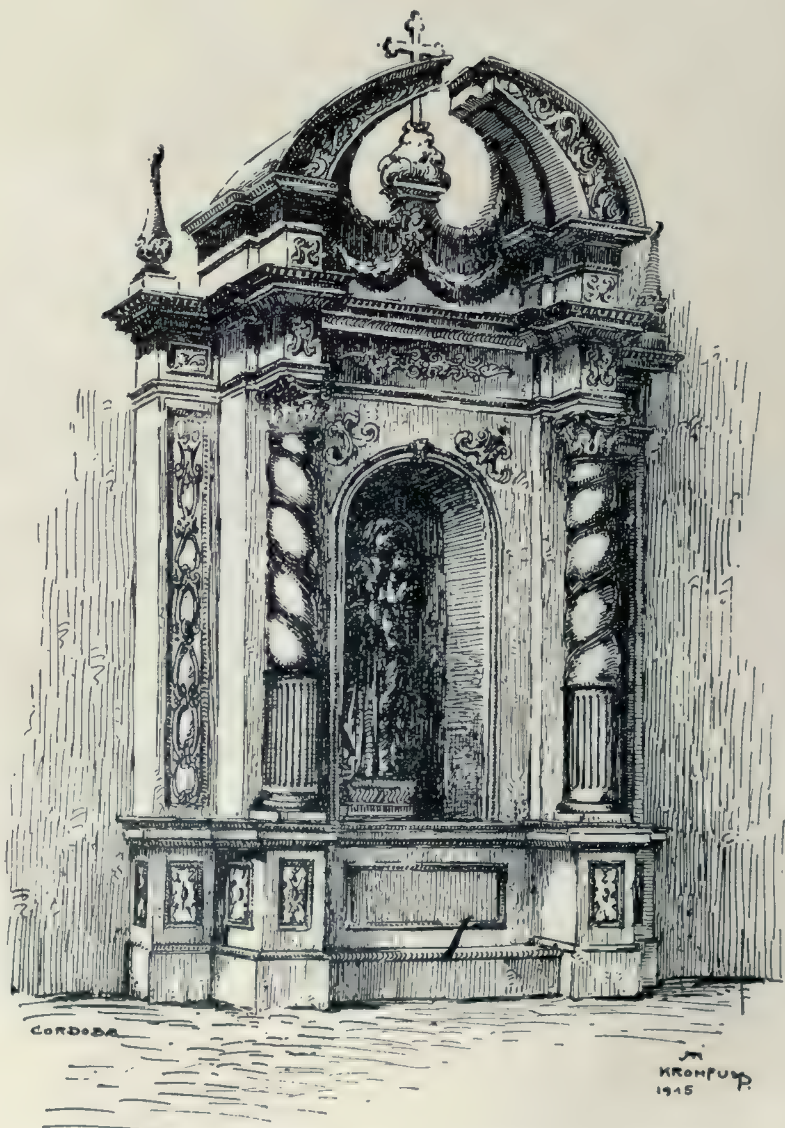
El árte de Herrera y Churriguera, grandes artistas españoles, radica también en ellos. Muchas influencias obraban sobre el arte español. Siendo España un país rico y hermoso, atraía la inmigración de muchos pueblos. Desde el tiempo de los Fenicios hasta la ocupación de España por los Arabes, han existido en sus costas colonias de griegos, romanos y de cartagineses.

Después de la desaparición de estos últimos, los romanos quedaron dueños de la península y la ciudad de Cádiz podía con sus riquezas, comercio e industrias, competir con la de Roma. Al derrumbarse el Imperio Romano los germanos penetraron en España. Cuando los españoles ocuparon a Nápoles se compenetraron por primera vez de la arquitectura italiana que ejerció sobre sus espíritus fuertes impresiones. Desde entonces los artistas italianos comenzaron a entrar en España.

La Catedral de Granada, cuya piedra fundamental fué colocada en el año 1523, es la gran obra del renacimiento italiano del «cinquecento».

La familia del Cardenal Don Pedro de Mendoza une su nombre al progreso y desarrollo de la cultura española. Él contrata y trae en 1510 a varios artistas y arquitectos, como lo fueron Lázaro, Martin Centurione y otros, quienes venían a España a desarrollar las grandes ideas de sus maestros.

En el año 1501 la esposa de Carlos V prohibe el uso de las ventanas de forma morisca, y Carlos por su



ALTAR EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA EN CÓRDOBA



CABILDO DE SALTA

parte, extiende la prohibición al uso de los trajes, costumbres e idioma de los moros. Esto dió ocasión a que se difundiera el estilo italiano.

En el año 1527, Don Luis de Mendoza, alcalde de Granada, propone al Rey como Maestro de las Obras de la Alhambra a Pedro Pacheco, quien, en posesión de su cargo despliega gran actividad, poniendo al servicio de España todo su talento.

El historiador Butran dice: «Pacheco vivió en Granada, fué gran pintor y arquitecto; hizo en aquella ciudad grandes obras de pintura y arquitectura y siguió la manera de Rafael».

Los artistas españoles eran mandados a Italia para su perfeccionamiento, lo cual explica cómo todas las obras monumentales de esa época en España obedecen al renacimiento italiano.

Pero los descubrimientos de Hernán Cortés y Pizarro en Méjico y Perú, hicieron entrar mucho oro en el país, cambiando fundamentalmente las bases de ese desarrollo pacífico.

En todos los círculos se hacía profusión de lujo, y ya en tiempos de Felipe IV, las entradas no alcanzaban para pagar los gastos de la corte.

El contraste entre el pobre y el rico se hacía cada día más profundo, a la vez que el arte, hasta entonces severo y sencillo, se transforma completamente quedando subordinado al poder del rey, de la iglesia y de las castas poseídas, quienes rivalizaban en el empleo de las formas más ricas y en demostraciones de lujo.

Con la construcción del Escorial, por el arquitecto Herrera, entra en España el estilo barroco a pesar de que sus formas eran todavía clásicas.

Las cornisas y los detalles de la iglesia del Escorial, son los motivos principales del estilo colonial en la Argentina.

Sus decoraciones fueron hechas por los pintores italianos Corducci, Rizzi, Castello y otros, sintiéndose dominados ellos mismos por la influencia castellana.

La mayoría de las construcciones famosas de España pueden clasificarse en el estilo barroco. En la época de Felipe II y Felipe III, el lujo había tomado un incremento tan grande que estos soberanos sostenían la situación a base de combinaciones y arreglos inexplicables con las finanzas de la Nación. Ya no había en España sino dos clases de hombres; los hidalgos que no pagaban impuestos y los «pecheros» que con su trabajo sostenían a todos. Los pobres so-



ALTAR EN LA SACRISTÍA DE LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA EN CÓRDOBA

ñaban en las riquezas de las nuevas colonias y empezaron a emigrar para poder realizar sus sueños de lujo y de riqueza; pero el desarrollo de las formas y de la fantasía no terminaba todavía en España; lo vemos culminar con Churriguera en el año 1689, quien viene a Madrid y gana el primer premio por su idea del catafalco para la reina doña María Luisa de Borbón. La obra ejecutada, asombraba y sobrepasaba a todo lo visto hasta esa fecha, su fama recorrió toda la España entera y Carlos II le nombró «Ayudante de trazados de las obras de palacio». Todo el mundo quería hacerse construir las casas por él, quien por su parte encontraba la forma de expresión para sus contemporáneos.

Se ve entonces a la decoración tapar las líneas de construcción perdiéndose la monumentalidad, representada en los proyectos de Herrera y la fantasía sobrepasa los límites de las artes decorativas; los altares eran casi todos obras de Churriguera, aquí podía éste desarrollar toda su fantasía en arquitectura, escultura y colores. Se componían de varios pisos, con superposiciones de órdenes y de galerías; cada espacio se aprovechaba practicando nichos o colocando adornos de variadas clases y categorías.

Córdoba tiene solamente dos portones de un mismo maestro en el estilo de Churriguera, pero la mayoría de los altares de la época colonial en la Argentina, ostentan o quieren ostentar el mismo estilo. Todos los que han visto estos altares experimentan una impresión que no pueden olvidar jamás.

Eso es lo que ha pasado con los conquistadores que trataron de imitar las impresiones traídas de su patria, dejándonos las obras que hoy estudiamos.



CASA DE COMERCIO EN SALTA

Después de Churriguera, ya no se podía esperar más lujo; vino, como era inminente, la decadencia, cosa que se puede observar aún en las últimas obras del mismo artista, pertenecientes a los años 1700 hasta 1740. En México las formas de ese estilo se mezclan con las formas indígenas caracterizando el estilo de ese país. En la Argentina, como ya mencioné, no se pudo realizar en grande escala por falta de elementos. Las formas del estilo colonial en la Argentina pertenecen al renacimiento y al barocco.

De otras influencias directas no se puede hablar. La influencia del arte de los nativos era en la Argentina casi nula; y con excepción de dos figuras de adorno en el campanario de la Catedral de Córdoba, no se ve nada de formas indígenas y esas dos figuras son ejecutadas por europeos. En Chile, Perú, Bolivia y más todavía en México, las formas y adornos del renacimiento están mezcladas con líneas tomadas de los adornos de tejidos indianos.

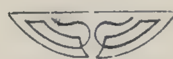
Esas formas cambian el carácter barocco de manera tal que se reflejan en lo más característico de las obras coloniales de México y del Perú. En la Argentina, queda la superioridad del vencedor tan pronunciada que hasta en las formas de los tejidos, trajes o platería casi no hay mayor influencia digna de mencionar; algunos pocos tapices y alfombras con dibujos de orígen indio son oriundos de Bolivia. Aquí imitaban esos modelos, siendo las tribus indias de la Argentina en su avance hacia la civilización, más atrasadas que los indios de los países vecinos.

Para la completa inteligencia de una obra artística y constructiva, se requiere especialmente en los pueblos de elevada instrucción, el conocimiento de las influencias culturales, estéticas, históricas y técnicas.

De aquí que haya formado una rama especial: la ciencia del arte, que hace de las obras de la humanidad materia propia de su investigación. Ciertas influencias extrañas son las fuerzas complementarias que desvían el desarrollo recto y normal de las naciones y que obligan al historiador a su estudio para explicar satisfactoriamente algunos hechos y formas que aparecen constantemente a la vista del observador.

El arte colonial de la Argentina no se puede estudiar solo del punto de vista artístico; con ese criterio unilateral no se podría explicar nada ni tampoco comprender el porqué de la diferencia entre las obras de Bolivia y de la Argentina en la misma época.

Solamente la ciencia del arte da la explicación psicológica a estas formas nobles y de pocos adornos de la Argentina.



CAPITULO II.

LA ARQUITECTURA COLONIAL EN LA ARGENTINA

HACE 6 años a que el Dr. Rómulo S. Naón, ex-ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, me explayara sus ideas sobre el desarrollo de la Argentina y, en especial, de los institutos de enseñanza, que contaban en esa época con un aumento anual de alumnos de un 15 al 20 %, resultando así imposible seguir con las edificaciones insuficientes de esa categoría.



CÚPULA DE LA IGLESIA SANTA CATALINA EN LA SIERRA DE CÓRDOBA

El Dr. Naón creía necesario prever el progresivo desarrollo y tener un programa completo para el porvenir.

Así pensó ubicar los centros de cultura en dos partes, uno en Buenos Aires y otro en Córdoba.

Me encargó de concretar su idea en un proyecto general, convirtiendo a Córdoba en un centro principal de enseñanza, creando y uniendo poco a poco, según el concepto fundamental, la Facultad de Derecho, la de Ciencias Exactas y la de Medicina, con el Hospital, la Biblioteca, el Seminario, el Colegio Nacional, con plazas de juego y gimnasio, casas para estudiantes, etc.; en una palabra, una pequeña ciudad de enseñanza en los barrios más altos y sanos de esta capital.

Tómada a mi cargo, pués, la tarea de realizar en sus principios estas ideas, tenía, forzosamente, que entrar en estudios más detallados al respecto.

Aparte de las necesidades a cumplir, estudio de plantas y terreno, llegué a la convicción de que para Córdoba hay que abandonar los tipos europeos y crear otros nuevos, sobre la base de la historia y desarrollo del país.

Empecé estudiando las formas de la época colonial y poco a poco pude penetrar en el pensamiento que ha originado las construcciones del pasado.

Sabiendo muy bien que las formas

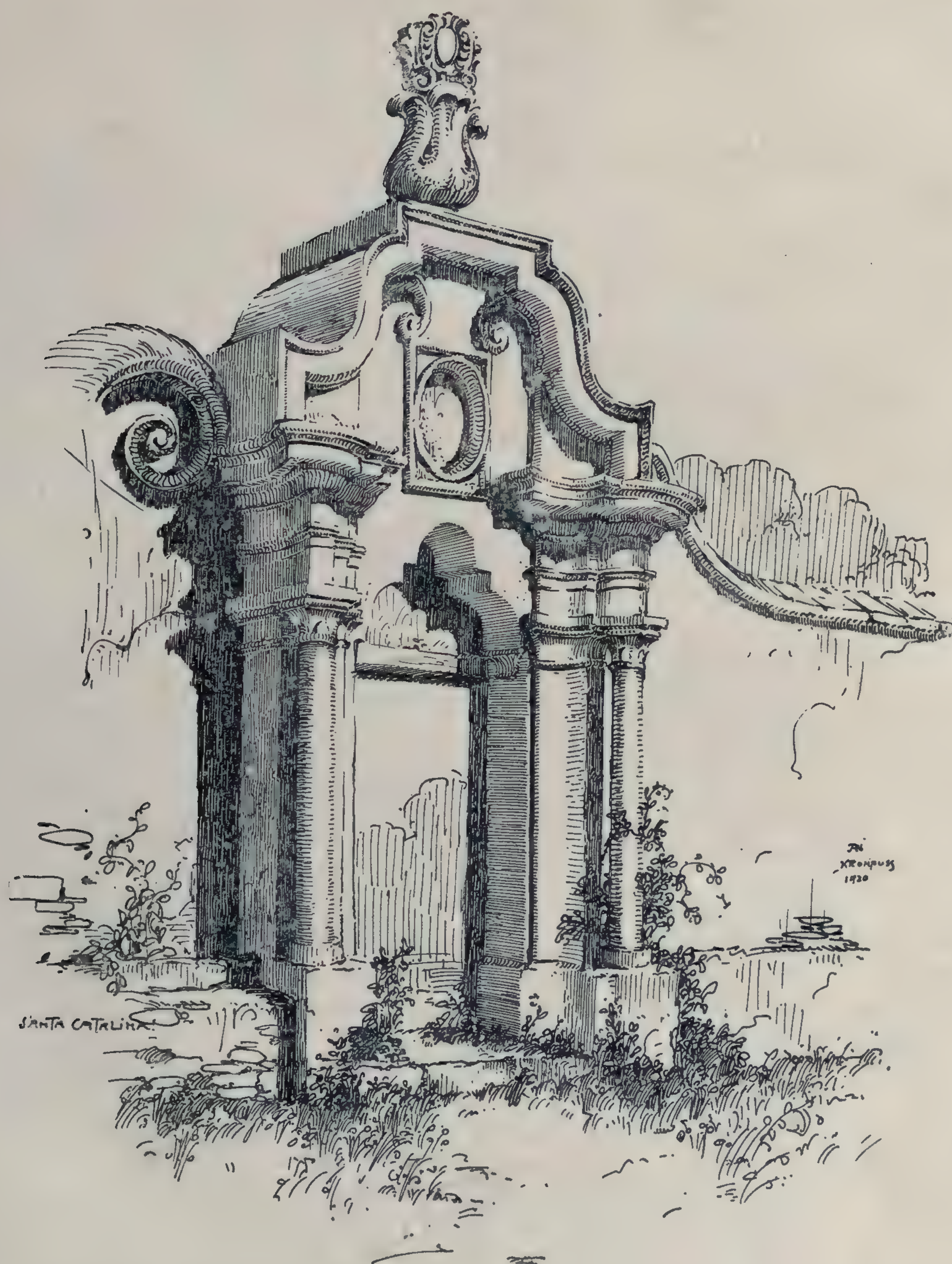


JARRONES

y tipos antiguos de las casas no fueron invenciones de un solo hombre, sino el resultado del trabajo, de las observaciones y experiencias realizadas durante años y siglos por varias generaciones, empecé, pues, a estudiarlos.

Y en esta labor encontré cada día más notas interesantes que me impulsaron a trazar las bases de una historia de las artes en la Argentina.

Iba buscando las casas coloniales e investigando sus formas, sus construcciones, las necesidades a las cuales tenían que acomodarse, en una palabra: toda su historia.



PORTAL DEL CEMENTERIO DE SANTA CATALINA EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

He visto cómo desaparecían las casas antiguas bajo el pico del obrero, para dejar lugar a la realización de obras modernas. Las he visto desaparecer con sincero pesar porque al fin ellas eran mis amigas de estudio y fuí el confidente de la historia muda que me han contado.

No quiero pedir que los salve el gobierno — esa exclamación eterna — porque somos mortales, como nuestras obras. Si llega el tiempo de morir, de desaparecer de este mundo, que desaparezcan. Pero no así — como pobre abandonado — sin cortejo de luto, sin acompañamiento, sin dejar rastro de su existencia, ni en los libros, ni en los planos.

Hay un sentimiento de veneración, que obliga a cada uno a agradecer el trabajo de nuestros antepasados.

Sobre su trabajo y sus resultados basamos nuestra cultura.



PUERTA Y VENTANA EN SALTA

Es la base de todo desarrollo sano y viril. El respeto a lo que fué, al trabajo realizado por los antepasados.

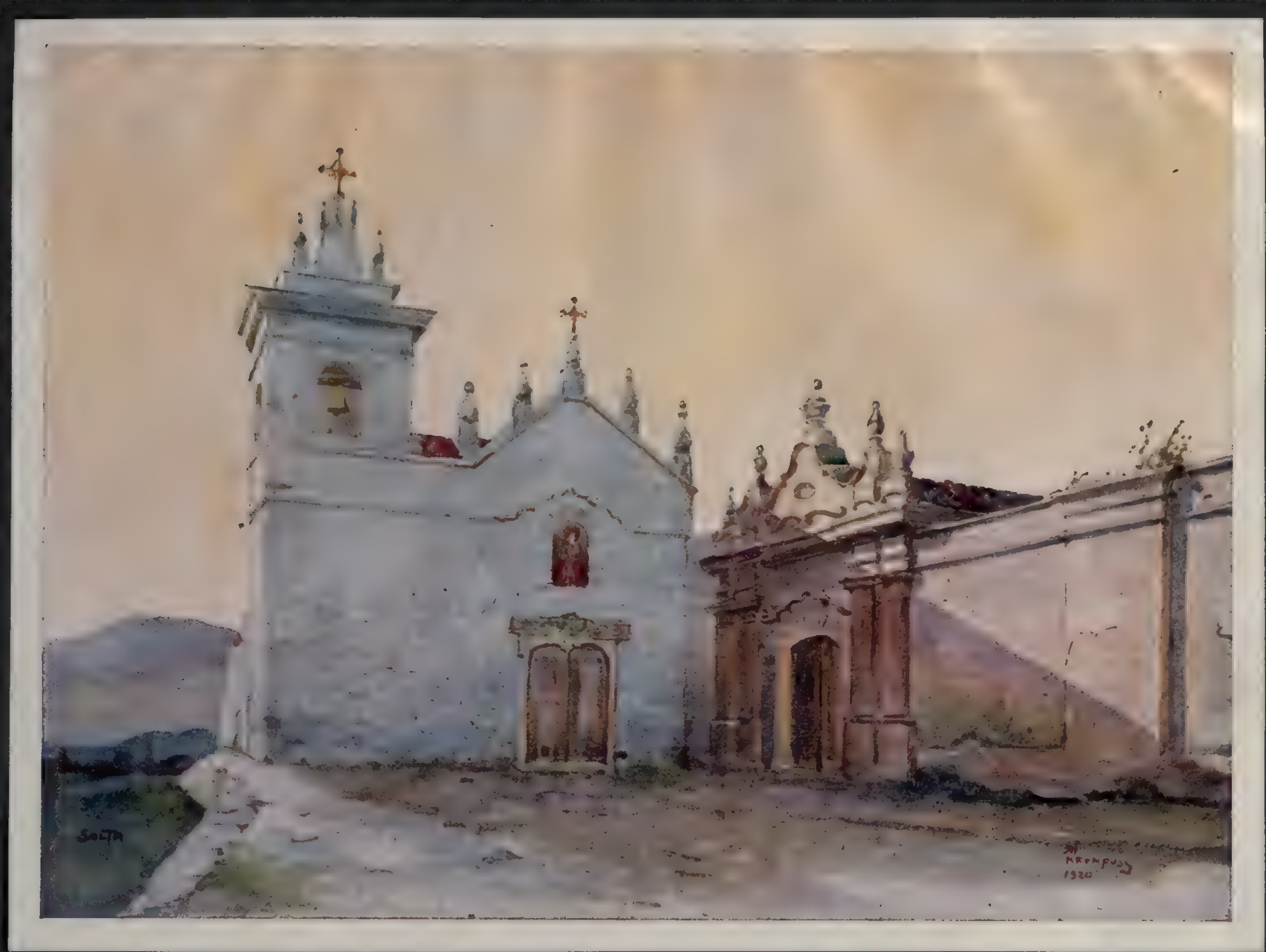
No se puede comprar por millones este valor histórico, y si un país no lo tiene es porque no ha tenido historia; y no lograría importarlo de ninguna parte del mundo.

Pero si lo tiene, que lo guarde y lo respete como a una joya de las más raras y santas.

Yo recuerdo que cuando empecé a dibujar en las calles las antiguas casas, hace 5 años, me creían un desequilibrado o un maniático.

Pero ello no me importaba, porque encontré, también, algunos que miraban con interés mi esfuerzo.

Y cuando empecé en Buenos Aires, en la Facultad, a hablar del estilo colonial,



Capilla de San Bernardo, en Salta (reconstrucción)

encontré eco en una gran parte de los estudiantes que a ella concurrían; otros me atacaban.

Seguí trabajando; conociendo muy bien el largo camino que tenía que seguir para llegar a la meta.

Pero el número de los estudiantes que me han acompañado, se aumentó y pronto algunos se atrevieron a presentar pequeños proyectos en el estilo colonial.

Antes de proseguir quiero evitar un malentendido: yo no quiero decir, no aconsejo, que todas nuestras obras modernas sean en estilo colonial, porque con ese criterio abandonaría el suelo firme de la historia y de la lógica.

Hoy en día las casas de forma colonial no responden en todo a las exigencias modernas.



CALLE Y PORTAL EN SALTA

Imitarlas, sin pensar algo, sería cometer un error fundamental. Pero hay que notar que en la edificación de la época colonial, los constructores han logrado encontrar ciertas ventajas que ya no tienen las casas modernas.

Y son estas ventajas las que tendríamos que aprovechar.

Las formas de esa época pasaron a la historia, y hacerlas revivir, sin sentimiento, sin nueva vida, sería algo asi como pasearse con un traje a la moda y con un sombrero de la época colonial.

Una de las leyes fundamentales del arte es la armonía.

Faltaríamos a esa ley si no pensáramos sobre su aplicación y modificación correspondiente a nuestra época.

La Argentina moderna ha perdido el sentido de las formas arquitectónicas anti-

guas y con ello esa cierta individualidad que caracterizan a toda nación y a cada época.

Los pueblos han visto estas formas con sus propios ojos, y les han impreso el sello de sus sentimientos; por eso podemos hablar en la historia de las artes, de un renacimiento italiano, francés, alemán, inglés, español.

Hubo el estilo colonial en el Perú, Bolivia, Chile y Méjico, pero cada uno fué peculiar, porque los materiales de construcción y la cultura de los pueblos indígenas que estaban al alcance de los conquistadores, eran en cada país diferentes.

El estilo colonial de la Argentina fué diferente del de los otros.


TORRE DE LA SANTA CATALINA

Los antepasados americanos no fueron simples imitadores. En conjunto, sus obras demuestran que pertenecieron a la gran familia de España, pero cada pueblo elaboró las obras de su país o suelo natal.

En la Argentina podemos probar que los hombres de aquella época pudieron encontrar su propio camino, y seguirlo durante siglos.

Vamos poco a poco, porque abordar un gran tema y contenerlo en una o dos conferencias, es algo difícil.

Entraré, pues, en el estudio de esas obras con el amor que siento por las artes y a ese siglo que ha creado en Europa maravillas de construcciones, y con ese entusiasmo y respeto que me imponen la historia del pasado en la Argentina.

Dibujando, midiendo, sacando cada perfil y detalle, pensando en el porqué de cada forma, en su construcción y su orígen, en las necesidades a que debían responder, he podido acercarme más al alma de estos primeros pobladores que aquí, en Córdoba de la nueva Andalucía, querían seguir su vida de Europa.

Conociendo una vez, como conocemos, su lenguaje espiritual, nos compenetramos mutuamente.

Esas artes primitivas me han contado de muchas luchas por su existencia, y voy a referirme a algunas.

No entraré a disputar con los que no han escuchado ese idioma mudo de las artes pasadas.



ZAGUAN

No hay aquí lugar para críticas, sino, solamente para entendernos.

Nos encontramos en el mismo caso de un redactor a quién entregan una poesía para su aceptación.

Supongamos que esa poesía — una perla de imaginación — sea dada al redactor

escrita en un papel antiguo y roto, trazada con letras feas y tinta pálida, con fraseología deficiente y con mala ortografía.

¿Cual será la primera impresión del lector? Tirarla.

Nosotros somos, ante todo, esclavos de la forma, y cuando la forma no nos gusta, no tenemos el ánimo de entrar en su estudio hasta comprender e interpretar y consentir la idea fundamental.

Y eso, precisamente, pasa con las obras coloniales. Se las juzga según su forma actual, casi siempre abandonada, sin sus colores, sin las flores que las adornaban antes, con esos feos agregados modernos y refacciones hechas sin estudio, sin amor, sin conocimiento, solamente cumpliendo con algún deseo de aumentar una renta, siempre llega a un resultado falso.

En mis dibujos prescindí de todo eso. Quería reconstruir todo lo que podía comprobar como posterior a la época de su creación. Y como la base del arte de esa época era el pictórico, he puesto los colores que en algunos casos pude comprobar que eran del pintado primitivo.

Pero con dibujos geométricos en muy reducida escala, la impresión de la forma antigua no puede ser completa.

Ante todo, restaba efecto a esas obras la pintura posterior. Sabemos que después de esa gran época, en las artes no había más que decadencia, de la cual se destacan como un punto luminoso los estilos de Luis XVI y del imperio, para desaparecer para siempre con toda su elegancia y hermosura, con todo su fantasía y caprichos espirituales. Así el agregado posterior no resultaba mejor; al contrario, fué siempre peor.

Las líneas puras y rectas de las torres de la Compañía — de puro estilo renacimiento — fueron reemplazadas con las líneas de las épocas posteriores, trayendo así una desarmonía sensible en la tranquilidad de su conjunto.

La Catedral con su excesivo dorado, con las arcadas estrechadas, por razones de su debilitamiento, ya no habla más, en el interior, de su pasado, y las casas particulares solariegas, en su mayoría convertidas ahora en almacenes, tampoco pueden darnos una idea de su pasado. Además, van poco a poco desapareciendo, dejando lugar para construcciones modernas, las cuales ya no quieren guardar nada del pasado: ni siquiera el pensamiento sano, práctico y artístico de su concepción que tiene su orígen en las casas romanas, como ya comprobé anteriormente en un artículo que la revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería publicó.

Existen en las casas coloniales, la entrada central (zaguán) con las dos piezas laterales; el patio de recepción con la sala — o entrada — en el frente de la entrada. Lateralmente una comunicación con los dos patios interiores, todo como en las casas de Pompeya.

Lo único que faltaba en las casas coloniales de la Argentina, era la pintura; el arte decorativo era cosa que aquí no se podía ejecutar.

Quedaban así blancas por dentro, con los pisos de ladrillo colorados; uno o dos retratos de la familia colgado en la pared.

El moblaje era escaso. comprendía solamente lo más necesario, como ha comprobado en el archivo el sabio investigador e historiador de Córdoba, Dr. Cabrera, en el caso de la descripción de la casa de Bulnes.

Pero todos los muebles eran de calidad y confeccionados con arte, destacándo-

se sus formas curvadas y su color castaño sobre las blancas paredes, dando así a cada pieza abovedada un cierto aspecto señorial lleno de calma, que no se encuentra más en las piezas altas y chicas de nuestras modernas casas.

Estudiando estas antiguas disposiciones de las piezas, nos sorprende la poca importancia que se ha dado a la cocina y a los baños.

Las casas más antiguas de Córdoba no los tenían, como en Madrid tampoco los había en el tiempo de Velazquez, mientras el investigador puede encontrarlos, en su forma rudimentaria, en las casas de la antigua Pompeya.

Baños públicos habían varios en las antiguas ciudades del Imperio Romano, pero Córdoba no tenía más que el río, que en esa época cruzaba por uno de los barrios principales de la ciudad.

Las cocinas se instalaban al aire libre, en forma de braseros u hornos, colocados casi siempre en la galería del segundo patio, de donde pasaban después al interior de la piezas, sobre una plataforma sostenida por dos arcos, destinada a recibir el fuego.

Examinando todas las casas que nos han quedado de la época colonial, podemos decir que no había en éllas otro tipo de distribución del ya mencionado. Cuando se instalaron los primeros negocios y profesiones, surgió la forma de esas pequeñas casas, que no tienen patio, y solamente en la esquina para la tienda, se hicieron pequeños depósitos y una o dos piezas para la familia. Faltando el patio, la vida familiar se ha llevado hacia delante de la casa, a la calle.



ESQUINA DE UNA CASA PARTICULAR EN SALTA

Mas tarde, engrandecida la ciudad, pudimos encontrar el tipo de esa casa, en que las dos piezas al lado del zaguán se transforman en negocios, retirándose la familia a las piezas que dan al patio.

Claro es que en esta época, cada familia tenía su casa. Habitaciones para alquilar no las había.

Los indios tenían que vivir en sus rancherías, los otros — los domésticos — quedaban en las casas de sus dueños.

Con el aumento de la población se establecieron algunas pequeñas industrias, para lo cual había que edificar un nuevo tipo de casa.

Ese tipo fué el del bazar oriental: pequeñas tiendas de 3 metros de ancho, con lugar para 2 o 4 obreros, quienes dormían en la pieza de encima de la tienda, a donde se subía por una pequeña escalera de madera. Con esos tres tipos y algunas piezas aisladas y techadas (en el patio) se formaba la ciudad.

Imaginémonos esa ciudad de «Córdoba de la nueva Andalucía».

Conocemos su historia y con los últimos trabajos del Dr. Cabrera sabemos algo más.

Había en ella una fortaleza, varios molinos, y brazos del rio, uno de los cuales llegaba hasta la esquina de las calles Colón y San Martín.



BALCÓN DE LA CASA DEL VIRREY EN CÓRDOBA

En el plano de la ciudad, en que he dibujado las casas existentes en la segunda época: 1680 - 1800 (no está terminado todavía), se puede fácilmente encontrar el lugar preferido, que comprendía la plaza hasta la capilla del Pilar.

Contemplando el trazado de la ciudad, todos se preguntan ¿por qué está Córdoba situada en un bajo?

Las ciudades correspondientes a esa época, en Europa, se fundaban siempre sobre puntos altos.

La contestación a pregunta nos dá el dibujo que yo he confeccionado según los datos históricos del aludido Dr. Cabrera, y el plano geológico del río primero por el Dr. Bodenbender.

Según los documentos comprobatorios, dice el Dr. Cabrera:

«El sitio en que Jerónimo Luis de Cabrera estableció sus reales, con ánimo de abrir en el mismo los cimientos de una nueva ciudad señalábase por esta circunstancia: Era una especie de isla, dice la vieja documentación como quiera que lo cercaban, o ceñian en la dirección oeste a este el río de Zuquia, y de norte a sud, una madre del

rio antiguo, que de avenidas corre por ella y uníase con el primero a inmediaciones del actual Puente Alvear.

Como es conocida la fundación de la capital de la nueva Andalucía, efectuóse el 6 de Julio del año 1573 conforme en un todo a las instrucciones y ordenanzas vigentes sobre la creación de ciudades, que dice entre otras (según los documentes inéditos de Indias del año 1573):

«Que tengan buenas entradas y salidas por mar y por tierra, de buenos caminos y navegación, para que se pueda entrar fácialmente y salir, comerciar y gobernar, socorrer y defender».



PORTAL DE LA CASA DE SARAVIA EN SALTA

El paraje elegido era el del Quisquisacate, palabra que según la interpretación etimológica del Dr. Cabrera significa «junta de ríos», y de cuya existencia da noticias D. Jerónimo, lo mismo que de sus ventajas, por los informes, que le había suministrado Juárez de Figueroa, después de su jornada exploradora, determinó al general a abrir los cimientos de la nueva urbe.

Resulta, pues, un lugar elegido por razones estratégicas. El fuerte, como primera obra, era, según el antiquísimo libro de Mercedes «un ancón de tierra que empezaba a correr, desde una barranca del río», de donde se sacó tierra para hacer las tapias del Fuerte; y el sitio del fuerte era según títulos estudiados por el Dr. Cabrera, «en la rinconada que forma el río frente de la capilla del Pilar, sud-norte», es decir a la altura de la actual calle Maipú.

El fuerte mismo, según la descripción del jesuita Miranda, del año 1749, «se reducía a una empalizada o pequeño recinto de palos gruesos hincados en tierra, en medio de la cual se levantaba una viga, en cuya cima (a la cual se subía por una escalera de mano) había una especie de jaula de madera, que honraremos con el nombre de garita o atalaya, que allí llaman manguillo para descubrir la campana y estar alerta contra los enemigos».

Pero esta es ya la segunda forma del fuerte, porque la primera fué arrrasada paulatinamente por el impetu de las aguas desde los años 1619 hasta 1623, y con la creciente más formidable y trágica aún de 1628.

Es lógico suponer que de todas las casitas y ranchos edificados hasta esa fecha no quedó ni uno.

Y todos los que edificaron nuevamente los colonos, fueron otra vez arruinados por los indios, como nos cuenta un testigo ocular del año 1749, el jesuita Miranda: estos indios pegaban fuego a las mieses, mataban o cautivaban a toda la gente de la campaña, reducían a cenizas todas las habitaciones campestres, robaban los ganados y los arreaban a sus bosques, se apoderaban de cuanto traginaban los comerciantes, cortando las cabezas a toda la gente del convoy y llevándolas por trofeos sobre las puntas de las lanzas o de los dardos; en una palabra, tenían acorralados a los españoles en sus ciudades, fuera de las cuales no se veía sino una perpetua y desierta soledad.

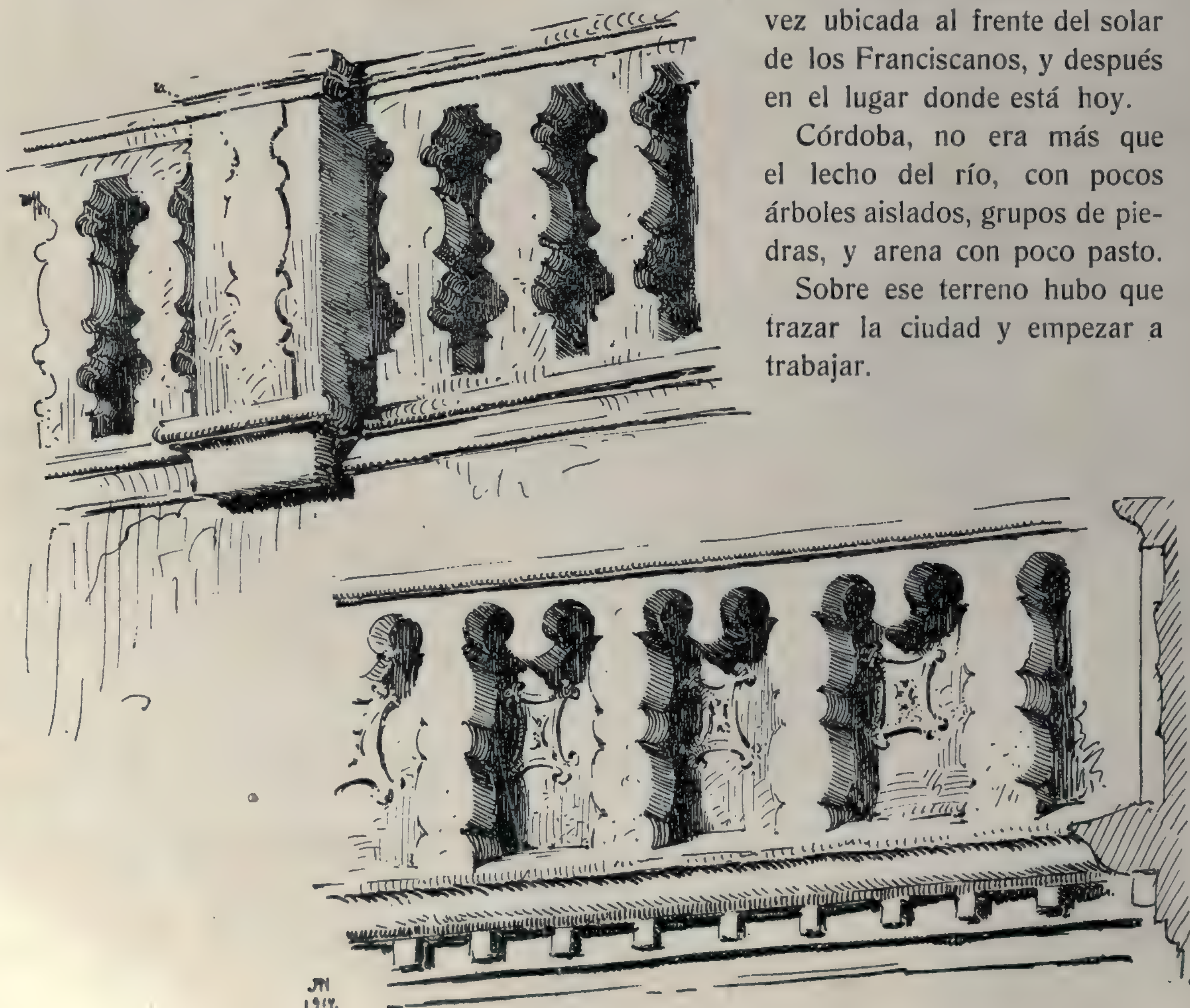
Hasta esa época, o sea 1730, tampoco había, pues, muchas casas.

Habiendo encontrado el fundador de la ciudad, un lugar fácil de defender, quería poner los cimientos de la ciudad en la isla misma. Pero parece que las medidas tomadas no daban bastante lugar para su desarrollo: y así fué determinada la Plaza, pasando el río pero siempre en el valle del mismo.

Hubo diferencias en la determinación de la plaza, según los comprobantes del Dr. Cabrera, porque la plaza fué una vez ubicada al frente del solar de los Franciscanos, y después en el lugar donde está hoy.

Córdoba, no era más que el lecho del río, con pocos árboles aislados, grupos de piedras, y arena con poco pasto.

Sobre ese terreno hubo que trazar la ciudad y empezar a trabajar.



BALAUSTRADA COLONIAL



Patio de la casa de los Uriburu, en Salta

La primera obra que mencionan los documentos — que saco de los estudios del padre Terencio Baggio, concentrados en un librito de mucho mérito, el cual a su vez recurre al documento de Pastels, copiado del Archivo de Indias — es la capilla de la Ermita; consta en ese documento el lienzo de la capilla doméstica, cuyo interior ya estaba adornado en 1643, y por eso ambas construcciones son anteriores a la de la Iglesia.

La ermita fué acabada, según el citado documento, en agosto de 1589, diez años antes de que fuera pasada a los jesuitas.

La bóveda actual es posterior, sus formas son de estilo barroco; el altar mismo es de estilo rococó, o sea posterior a la forma de la bóveda.

Parece que una vez edificada al lado de la capilla doméstica, fué transformada en sacristía de la misma capilla porque el altar de la capilla fué posteriormente trasladado al lugar falso donde está ahora, tapando así la puerta principal de la capilla.

Llegaron pues a la ciudad fundada los padres ingenieros y pusieron la cruz sobre su solar.

Pero, desde la primera cruz de madera rústica hasta tener una iglesia con techo, tuvieron que pasar el vía crusis de todos esos hombres que quieren crear algo.

Aquí, en terreno desconocido, solamente con 60 hombres sin familias, entre indios, con los cuales no podían cambiar ideas, con pocos caballos que no se prestaban para tirar carros de carga, sin alimento regular, sin techo para descansar en la sombra, expuestos al sol y a los ataques de los indios y de los animales salvajes, tuvieron que empezar su obra.



PORTÓN DE LA IGLESIA SANTA TERESA EN CÓRDOBA

Como ingenieros que querían edificar, necesitaban cal y arena. Piedra bola y arena habia en el cauce del río, en abundancia.

Pero cal ¿de donde sacarla? Y buscando, descubrieron estas rocas de cal, que hasta hoy sirven para su fabricación.

Ladrillos no había tampoco. Uno que otro podía fabricar y quemarlos, pero una vez que esos marchaban o morían, había que volver a la construcción con adobe crudo.

Pero ¿qué importaban las difi-

cultades a aquellos hombres de energía? Ellos empezaban sus obras casi siempre sin planos, trazando la distribución sobre la tierra. Conocieron desde Europa las medidas principales de las obras de su época y aquí siguieron enseñando a los indios a edificar para ellos, para los conquistadores y para sus oficinas.

Así se levantaron ranchos de barro, con techo de paja, en los cuales entraba el agua cada vez que llovía.

Los documentos de esa época nos ilustran sobre la pequeña colonia que luchaba así por su existencia.

Pedro Sotelo Narváez, describe Córdoba en el año 1598, diciendo: «tendrá 40 vecinos encomenderos de indios y a estos encomenderos serviránles al presente más de 6000 indios».

En el año 1607, casi 30 años después de la fundación de la ciudad, dice en una carta el gobernador de Tucumán, don Alonso de Rivera: «La ciudad de Córdoba tiene 60 vecinos, con 4000 indios».

En 1606 llegó Rivera a Córdoba y dice: «la hallé con necesidad de acequia porque, aunque tenía una, no era competente para su servicio y sustento: puse por obra ensancharla y alargarla con la mayor suavidad y comodidad que pude».

«También la hallé sin casa de Cabildo y cárcel, y las comencé y mandé a mi lugarteniente continuase mi obra».

Este cuadro completa el Dr. Ernesto Quesada más tarde, diciendo:

«Al comienzo del XVI los 60 españoles que formaban su vecindario, demasiado tenían que hacer con luchar con el hambre ocasionado por la inclemencia de los años y sus propios desaciertos, y todo debían producir dentro de la propia familia, alimentación, indumentaria, habitación, oficios, pues se encontraban en pleno periodo de la economía doméstica, de la antigua familia romana.

Pero entre todas las preocupaciones no olvidaron la edificación suprema: la iglesia. Para esa construcción ya no podía servir el barro, y había que buscar piedras. ¿En donde encontrarlas y sacarlas, sin obreros expertos, sin caminos, sin vehículos de transporte?

Salvar todas esas dificultades, de una vez, no era posible. Había que aventurarse a construir con piedra bola, no solamente los cimientos, sino también los pilares y cargarlos luego.

Pero la piedra bola, con su superficie lisa y redonda era muy difícil de colocar. Para su mejor unión tomaron mucha cal, casi demasiada, creyendo que con esa mezcla podrían salvar la dificultad.

El resultado era deficiente; tenían que separar con ladrillos cada hilada de piedra bola.

Quemar ladrillos era, como ya mencioné, cosa difícil por falta de constructores y obreros.

Andando en busca de piedra, encontraron el mármol colorado que fué trasportado por los indios al lugar de la obra en pequeños pedazos. Con ese material está edificada la capilla doméstica de los Jesuitas y la iglesia de la Compañía; y tiene razón el padre Baggio al llegar a la conclusión, en su obra, de que la Ermita es anterior a



PUERTA Y VENTANA DE LA CASA DE OTERO EN SALTA

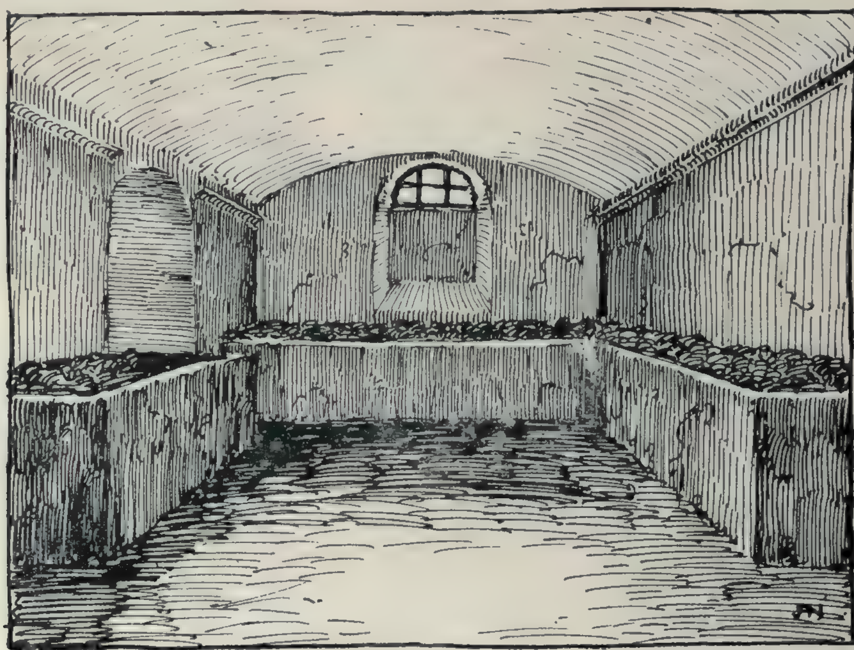
la capilla doméstica, porque — dice él — las piedras no son quebradas de cantera, como las de la capilla doméstica, sino piedras rodadas y piedras bolas.

Qué importaba a ellos, en esa época, las formas, si casi no podían vencer la dificultad de la construcción, ¿cómo podían pensar en las formas?

Se consideraban felices cuando llegaban a la altura de los techos.

Todas las iglesias en esa época, eran abovedadas, con formas espléndidas y de gran variación.

Pero ¿de qué modo podían proceder sin obreros capaces para hacer una bóveda, no disponiendo ni de palos largos para andamios, ni de piedras para labrar?



CRYPTA DE LOS JESUITAS EN CÓRDOBA 1686 - 1739

Sobre un muro de tan poca resistencia, como es el muro de piedra bola, no se animaban a poner una bóveda pesada.

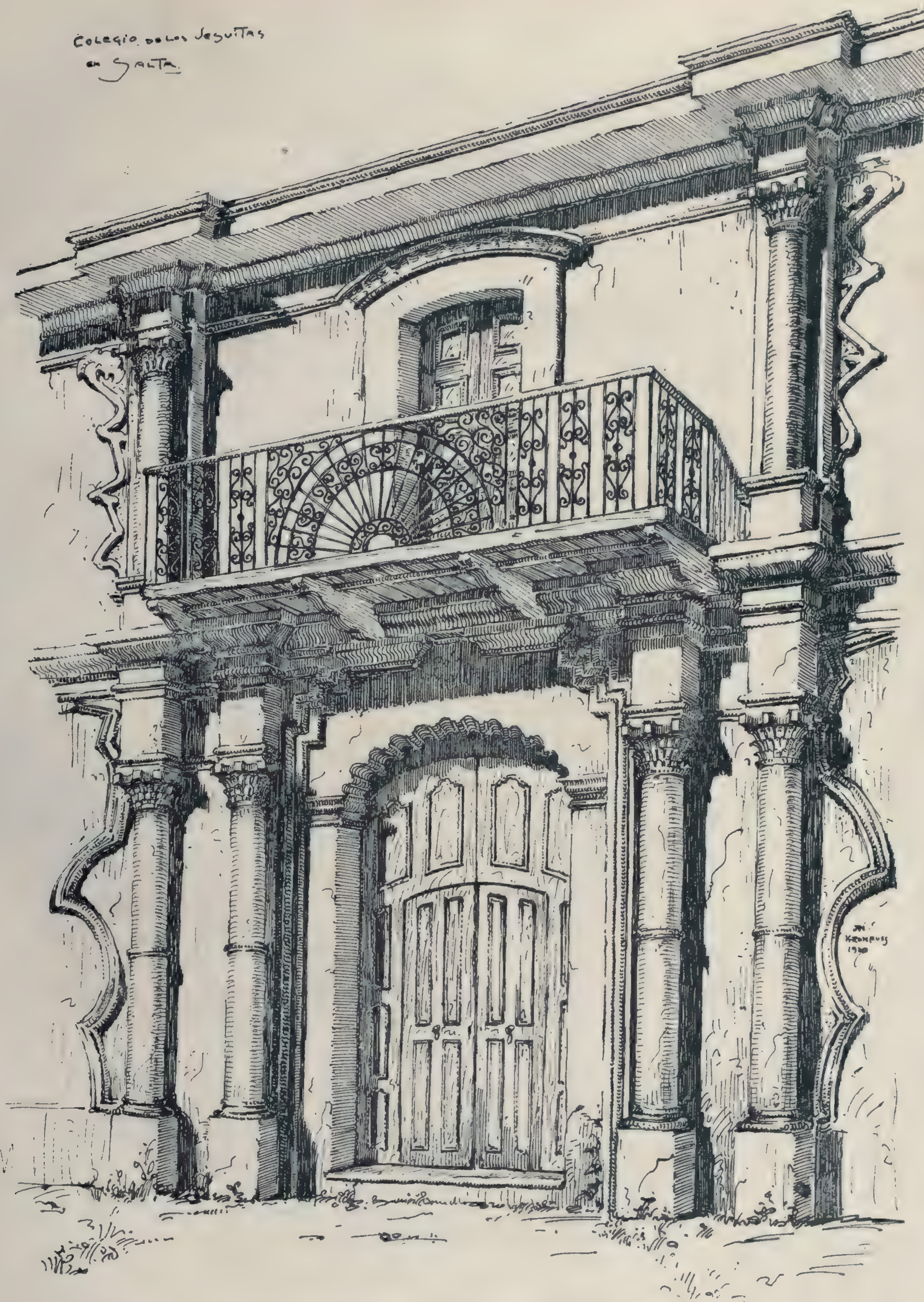
La dificultad fué otra vez vencida. Por el camino fluvial mandaron los padres, desde Misiones, el cedro para poder tener una iglesia del ancho de la Compañía.

Llegaron los primeros troncos, venciendo el gran inconveniente del transporte; pero otra vez surgió una nueva dificultad; faltaron obreros capaces de labrar madera, de construir un techo ancho, con pocas herramientas, no existiendo maquinaria para levantar pesos.

Por fin se resolvió la construcción y se techó con bóveda de madera la iglesia, en forma de cruz, con su cúpula.

Fué esta una construcción de gran vuelo, de ciencia y de experiencia, que no tiene semejante en la Europa de esa época.

Pero faltaba todavía el techo. ¿De qué materia podían hacerlo? Las tablas solas no podían evitar la entrada de la lluvia. Y tejas de formas cilíndricas no se podían fabricar.



COLEGIO DE LOS JESUITAS EN SALTA

No había, pues, más remedio que poner tablas y encima colocar tejuelas o ladrillos de espesor reducido. Resultaba así una construcción peligrosa, no existiendo entre la mezcla y las tablas una unión franca.

Parece que los constructores empezaron a buscar una mezcla especial, con mucha cal y talvez algún otro material, que valdría la pena ser investigado por un químico, porque el resultado que dió fué magnífico. Dos siglos no fueron capaces de afectar esta construcción.

Esos hombres de tanta energía, eran los hijos de aquellos padres que han vivido la época tan gloriosa de la humanidad; la del renacimiento; lo cual quiere decir, que no se hubieran contentado únicamente con las formas de la construcción que constituye el esqueleto solamente, o sea parte de la belleza y que hacía falta para una obra de arte, la pintura y la escultura.

Escultores — uno o dos — para labrar los adornos, los tenían entre ellos, y también el material, una especie de yeso que podían fabricar, o si no, podían tallar los adornos en la misma madera.

Pero los colores ¿de dónde podían sacarlos? Hombres de gran preparación no se detienen ante semejantes dificultades. Había tierra colorada, árboles, raíces para hacer colorantes, y de acuerdo con los procedimientos renombrados de esa época — perdidos para nosotros — empezaron a fabricar colores.

Hay que mirar las pinturas de la capilla doméstica de la Compañía, para reconocer que la escala de colores era por lo menos formada de ocho. Negro de hulla, blanco de cal, amarillo de tierra, sienna de raíces, el verde de combinación; no se puede saber de donde sacaron el rojo y el azul.

Esa pequeña industria de colores ha dado origen a la industria de tapices con adornos de varios gustos.

No hay que olvidar jamás, que se trata aquí de un pequeño grupo de hombres, que tenían que ser forzosamente constructores, escultores, pintores, herreros, carpinteros, fabricantes de colores, de ladrillos y no solamente maestros en su profesión sino también profesores que tenían que enseñar y trabajar con hombres que no entendían su idioma ni conocían esas industrias.

¿Cómo explicarse, cómo enseñarles, cómo mandarles a buscar plantas colorantes, que ellos mismos no conocían; cómo formar obreros para todos los ramos?

Y he aquí el momento en que la más pálida envidia tiene que reconocer que el trabajo realizado por ellos es casi sobrehumano; y si en Europa nos enseñan esas iglesias monumentales, yo debo, por mi parte, reconocer con toda franqueza que pueden compararse en su parte artística con la iglesia de la Compañía.

Supongamos que hoy día tuviéramos que mandar 60 hombres al Chaco para que edifiquen allá una catedral, no permitiéndoles el uso del telégrafo, de los ferrocarriles, de los vapores, ni siquiera de los instrumentos de orientación y nivelación, con excepción de la brújula y del nivel de agua. Dándoles libertad para buscar hombres — o mejor dicho indios — que huyan ante ellos, sin poder comprender su idioma para explicarles en que forma pueden ayudarles en la construcción; tendrían que buscar yacimientos de cal, quemar ladrillos, sacar piedras (pero sin dinamitas) y mover todo



CASA HISTÓRICA EN TUCUMÁN (DEMOLIDA)

ésto sobre carretillas que ellos tendrían que construir y buscar, abriendo caminos a través de los bosques.

¿Cuál sería el resultado de una idea como ésta? Yo creo que la catedral no sería erigida jamás.

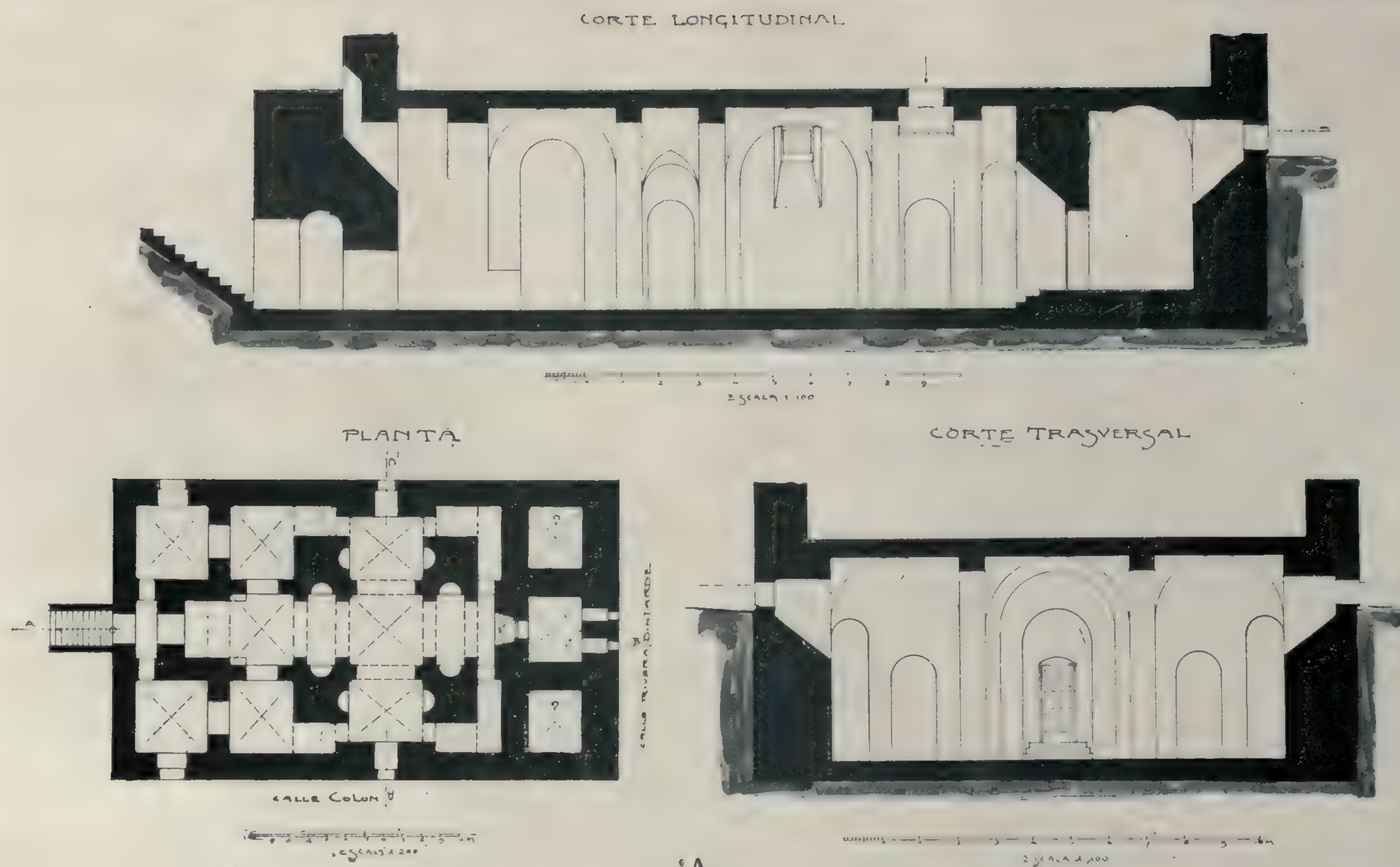
Hay que ver la ejecución desastrosa de los arcos de nuestra catedral, leer la historia de esa vía crucis de que hablan las piedras de la iglesia de San Roque; cómo se abrieron los arcos de la bóveda, cómo habría que fortalecer con contrafuertes la construcción, para que no se derrumbara, como se ha derrumbado en parte la Catedral. En esta última tenían que dejar la proporción de las arcadas para reforzar los pilares que sostenían la pesada bóveda con el techo.

La iglesia de San Roque estaba concluída desde antes del año 1761, pero su consagración no tuvo lugar hasta el año 1765. Al respecto nos consta que la construcción no podía acomodarse a la idea morisca de los arcos, con los cuales querían adornar los contructores a la iglesia.

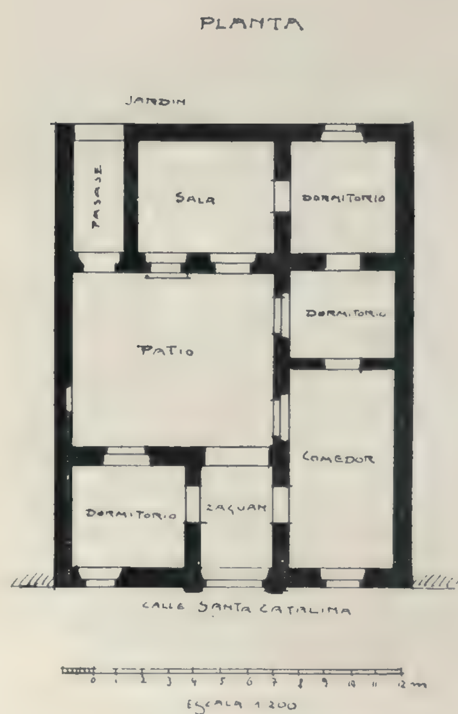
No hay que culpar de ello a los constructores porque se empeñaran en hacer grandes iglesias que no guardaban relación con la población, su número y capacidad. Solamente esa idea religiosa les ha dado la fuerza y energía necesarias para llegar a ese hermoso resultado.

Toda la historia humana nos enseña desde el más remoto pasado hasta el renacimiento, que la idea religiosa ha creado esos monumentos, de los cuales depende nuestra cultura. De los Egipcios, de los Babilónicos, de los Jónicos y Griegos no conocemos casi nada más que sus templos.

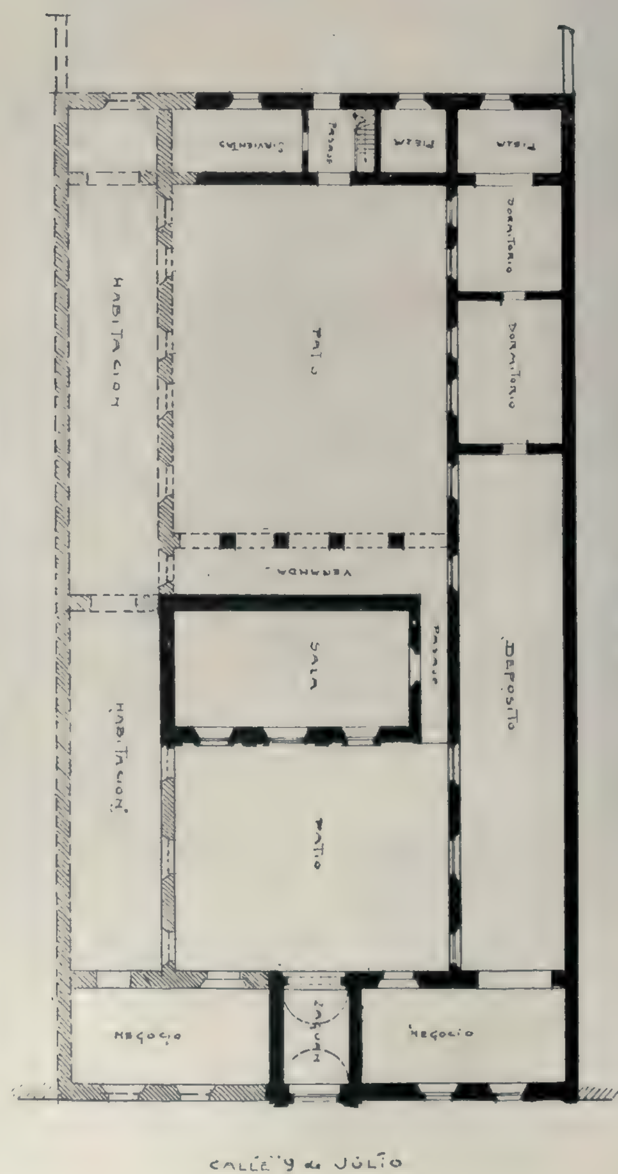
De la antigua Roma, la mayor parte de las obras maestras, como el Panteón,



A



B



C

A — PLANTA DE LA CAPILLA SUBTERRANEA EN CÓRDOBA, CALLE RIVERA INDARTE ESQ. COLÓN

B — PLANTA DE UNA PEQUEÑA CASA COLONIAL EN CÓRDOBA (DEMOLIDA)

C — PLANTA DE UNA CASA COLONIAL DE CÓRDOBA EN GRAN PARTE DESTRUIDA

son templos. De los primeros siglos del arte cristiano conocemos las basílicas y nada más.

La época romántica nos crea las formas de las iglesias cristianas, las que en el tiempo gótico terminan con el acorde majestuoso en las catedrales de Colonia, de Viena y de París.

Hasta esa época la edificación particular casi no existía, era rudimentaria. Con el renacimiento surgió, al lado de las hermosas iglesias, la casa: mejor dicho, el palacio particular.



PORTAL DE UNA CASA PARTICULAR EN SALTA

Es esa fuerza del alma, pues, la que ha podido movilizar estas energías que con esas piedras mal labradas, y peor unidas, llegan a formar nuestras obras de la época colonial.

Si se suprimieran las fuerzas del alma humana, no quedaría del trabajo del hombre, sino la parte material, desprovista de arte, sin los sacrificios al ideal, tan indispensables para cualquier creación, como comprueban las colonias creadas, en una época ya casi moderna, las cuales no sentarán base alguna, para las generaciones futuras. Lo que reinaria, pues, sería el egoismo individual, con el cual no se ha creado, ni se crearán jamás obras de valor artístico. Y es por esta razón que no haría tampoco grandes obras de arte, y que sean verdaderos monumentos ideales las iglesias de la época colonial de la Argentina, que por esta razón pertececen a todos los argentinos, y no a uno solo.

Son todavía pocos los que pueden leer las páginas de piedra de esos documentos, pero quienes han leído y han comtemplado lo existente desde hace dos o tres cientos años, no van a preguntar si tal o cual detalle es bello o nó, exponiendo así una crítica que tenga por objeto hacer ocultar con grandes palabras y gestos la falta de fundamento para la verdadera ciencia.

Con esto no quiero decir que las obras coloniales no sean bellas, o tenga recelo en exponerlas ante la crítica severa.

Para formar un criterio estético trabajan tres fuerzas mentales juntas: la razón, la fantasía y el sentimiento. Cualquier objeto observado estéticamente produce en nosotros el sentimiento de agrado o desagrado.

Claro está, que la primera impresión de ese sentimiento tiene un orígen muy oculto, aún no aclarado.

Pero la razón y la fantasía nos ayudan en esta tarea. La razón juzga el objeto según su contenido ideal y mental, y la fantasía nos ayuda a juzgar si ese objeto ha encontrado en la forma creada una expresión equivalente o no.

De ello se deduce que el espíritu pensador está buscando la verdad y lo característico de los fenómenos reales, como la voluntad persigue lo bueno y noble, y el sentimiento con la razón y la fuerza de imaginación tratan de avaluar los objetos según ese contenido estético que vive en ellos y que no es más que su belleza.

Y se deduce en consecuencia, que el artista que produce lo bello, como los hombres que quieren reconocer lo bello, tienen que poseer un espíritu rico y cultivado, una fantasía movible, y un sentimento claro y puro, porque sin esto, lo bello no sería reconocido jamás.

Es claro, pues, que la idea y la forma marchan juntas.

Los filósofos más antiguos pusieron junto a lo bello, la verdad y lo bueno.

Lo bello es, pues, apareciendo en la forma correspondiente, la idea, y lo bueno es la idea que queremos realizar y la verdad es en tal concepto, la idea reconocida.

Con este criterio vamos a entrar en el estudio del valor artístico de las obras de la época colonial.

Su idea original es religiosa. Es buena porque nace del alma y quiere crear lo bueno. Quiere ayudar a la humanidad, quiere honrar a Dios.

Así la idea corresponde a la verdad, a lo bueno, y en consecuencia es bella según la definición.

Las formas coloniales corresponden a la verdad. No hay en todas esas obras ni la más pequeña falsedad.

No hay ventanas falsas, o arquitectura de importancia sobre portales de una pieza sin significación, no hay mentira entre el exterior y el interior como hoy en día; no hay material que quiera demostrar más de lo que es en realidad, ni mármol imitado, ni pintura de bronce u otros engaños de las construcciones actuales.

En todas las obras coloniales, estudiadas por mi, no he encontrado ni una mentira; los adornos no se pegaban a la fachada sin razón, sin criterio. Si habían adornos eran lógicos y el punto de su colocación, de importancia.

Por eso, el arte colonial corresponde a la verdad y tiene valor y contenido estético.

Tenemos, pues, los dos puntos principales cumplidos. Idea sana, ejecutada sobre la base de la verdad.

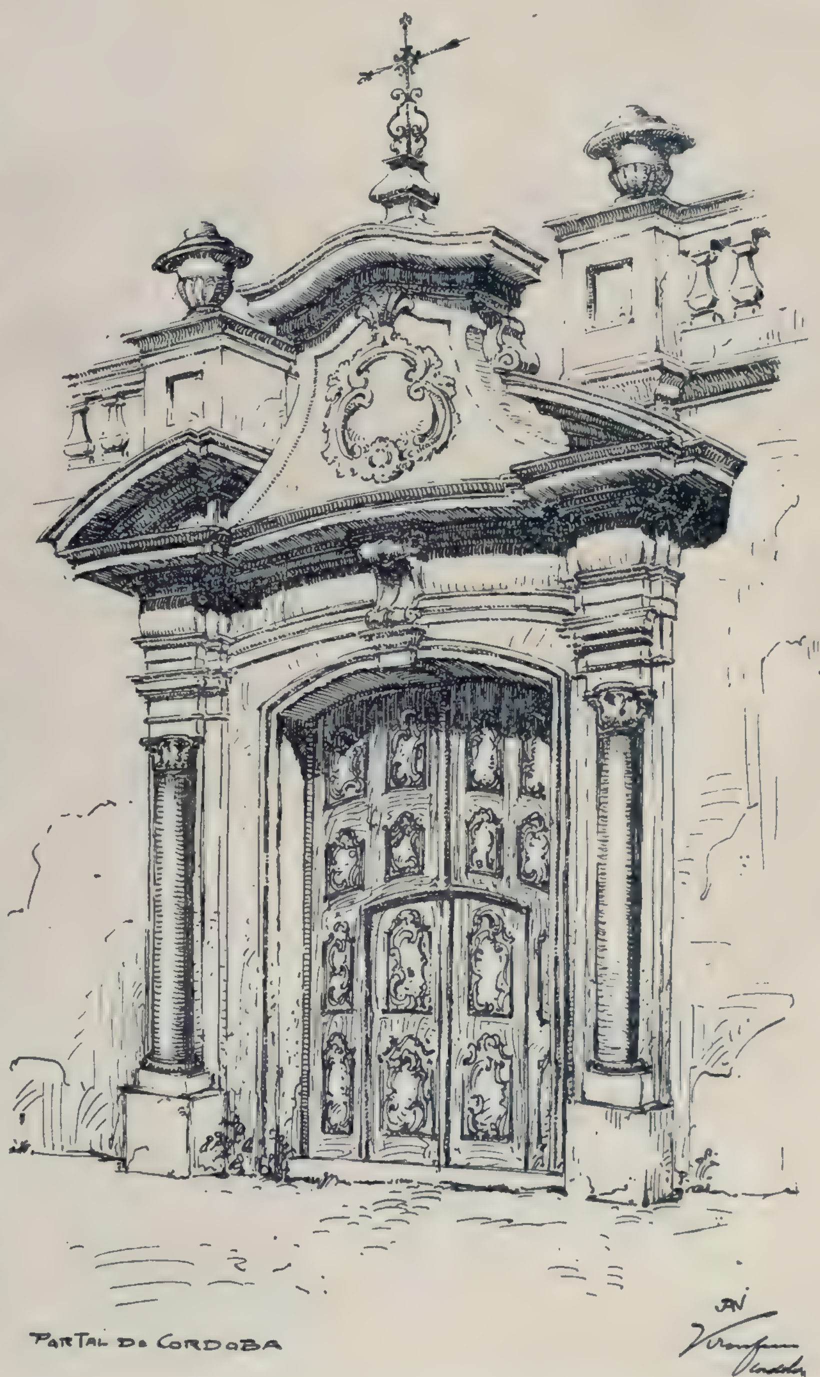
Vamos a ver, ahora, la materialización de esa idea con las formas.

Para juzgar eso tenemos que apelar a nuestra fantasía, que, como hemos dicho, tiene que ayudarnos a juzgar si la forma es equivalente a la idea o no. Como la idea es clara y pura, las formas son también claras y hablan de por sí.

Nosotros observamos una fantasía movible y creadora que vence las dificultades del material.

Entre mis dibujos se pueden ver obras simples, y obras de mayor vuelo de fantasia, se ve que partes de las obras son pesadas porque el espíritu no podía vencer todas las dificultades que ha opuesto el material a la idea creadora.

Observándolas juntas, resultan armónicas, porque la idea creadora podía unirlas en una armonía.



PORTAL EN CÓRDOBA (DEMOLIDO)

De la planta más simple, como es la de la catedral, nace una cúpula y una forma exterior, que nos demuestra que la idea forma una flor que hace desaparecer los muchos pequeños errores de los detalles.

Como he dicho antes, para reconocer la belleza de ese conjunto hay que tener ese criterio cultivado por el estudio de las formas naturales y estilizadas, y poder compararlos con otros objetos de la misma índole.

Y otra vez tengo que reconocer de mi parte, que no puedo encontrar mayores divergencias o desarmonías, como una persona bella, con ideas sanas y puras, no pierde su belleza con algunas manchas en la cara, (reconozco que molestan) así las obras coloniales, no pierden su belleza por su abandono, por sus pequeños errores en los perfiles, o con esa cierta pesadez de las formas que corresponden al gusto de una época con la cual nosotros ya no guardamos ninguna relación.

Queda, pues — repito otra vez — una idea pura, una composición clara y un desarrollo de la idea en la forma exacta y bella, pero lleno de pequeñas faltas; errores que si pueden en general influir sobre la impresión, no son capaces de hacer desaparecer la idea sana y divina.

Por eso, amo, y amaré los trabajos de nuestros antepasados.

Hay un inmenso material para elaborar todavía y para ayudar a los historiadores en su penoso trabajo.

Los propietarios generalmente sabrán que en su terreno hay una antigua capilla en ruinas, o algo semejante, pero no se preocupan mayormente de averiguar quien edificó esa obra, hoy en ruinas; por qué se eligió ese lugar para erigirla y de donde venían sus constructores.

Pero nosotros no podemos suponer que uno vaya a edificar en un desierto una capilla, solamente por su propio gusto. Lógicamente tenemos que reconocer, que adonde había una iglesia o capilla, habían hombres o pueblos, existía una causa para reuniones, o un paradero en el largo trayecto de los caminos.

El historiador se encontraba con documentos del archivo, entre tantos enigmas, tendría base y clave para tantas preguntas que surgen de los estudios, si esas obras hubieran sido archivadas y determinadas en su lugar.

Muchos documentos que son incomprensibles recibirían con ella, ese rayo de luz que los transformarían en verdaderos documentos del más alto valor.

Y con facilidad podrían anularse esos ciertos mitos y leyendas que la fantasía humana está creando al rededor de cada forma, incomprensible a primera vista.

Aquí, en Córdoba, abundan los cuentos sobre galerías subterráneas, comunicaciones ocultas entre iglesias, con todos los adornos de la fantasía, los cuales según el carácter del hombre que los relata; se desnaturalizan en simple cuento o calumnia secreta, o misterio incomprensible, o charla sin fondo.

Mi estudio sobre la época colonial no hubiera sido jamás completa, sino me hubiere ocupado de estos « misteriosos subterráneos » de Córdoba.

He hecho y hago esto como hombre de ciencia, sin prejuicios, solamente como investigador y me refiero a ello como a un estudio todavía no terminando completamente.

Comparando los cuentos de suterráneos en Buenos Aires, con estos de Córdoba,

encontramos muchas analogías. Se ha hablado allí que en los barrios históricos existía un sistema de catacumbas y túneles, cuyo origen y objeto nunca se había explicado.

Hace 12 años a que la Municipalidad de Buenos Aires intervino en el asunto y las exploraciones han desacreditado todos los cuentos y leyendas circulantes.

El resultado oficial comprobó que en el subsuelo de Buenos Aires no existía tal sistema de túneles, ni galerías subterráneas. Se han comprobado además que los existentes no formaron jamás un sistema, porque son aislados, poco profundos y según



CASA DE NEGOCIO EN CÓRDOBA (DEMOLIDA)

los historiadores y cronistas de Buenos Aires, fueron practicados en la época de las invaciones, para constituir depósitos de armas y más tarde fueron utilizados por los revolucionarios, y los conspiradores de varias épocas. Son esos subterráneos, recuerdos de la época más tempestuosa de la historia Argentina.

En Córdoba nos encontramos con las mismas leyendas de misteriosas catacumbas, con huesos y con calaveras humanas.

Entremos en su estudio.

Se habla de una galería subterránea que existiría entre Santa Catalina cerca de Jesús María, y la ciudad de Córdoba y además de comunicaciones subterráneas entre Alta Gracia y Córdoba.

Levanté los planos de Alta Gracia y de todo el convento de Santa Catalina con el permiso más amplio.

Estudié todo lo que estaba a mi alcance sin encontrar el más pequeño rastro de un subterráneo. Y pensando que cualquiera de esos túneles, para llegar a Córdoba hubiera tenido que pasar por debajo de uno, y hasta de dos arroyos y que se tendría que vencer alturas y llanuras en las cuales el agua hubiera inundado y derrumbado todo lo hecho, tenemos que reconocer que su ejecución para aquella época, era técnicamente imposible.

Hacer un tunel hasta en nuestra época, disponiendo de todos los aparatos y máquinarias modernas, resulta una empresa dificilísima e implica un valor de varios millones de pesos.

Yo creo que con esa simple reflexión queda descartada la existencia de un subterráneo entre Córdoba y los conventos de fuera de Córdoba. Queda ahora por comprobar la comunicación subterránea entre las iglesias de la ciudad.

En los bajos de la casa de la calle Colón esquina Rivera Indarte, existe un sótano llamado «el noviciado». Abajo del sótano hay otro, porque la altura total fué subdividida hace algunos años, para utilizarlo como bodega. Según un documento del año 1767, publicado en el libro del Dr. Garzón Maceda, se menciona el noviciado: «hay un corral de 70 pies de largo por once de ancho, por el cual se baja a una iglesia subterránea... las columnas de piedra sin labrar y un Panteón sobre la entrada de 20 piés de largo por once de ancho; una bóveda y todo eso en bruto sin concluir».

En el año 1771 se menciona otra vez el noviciado, diciendo en el inventario: «Un edificio subterráneo que no se puede reconocer el fin de su destino de 27 varas de largo y catorce de ancho, etc.»

Además un otro documento del año 1772, dice del noviciado:

«Que se ha comenzado haciendo bendecir el cementerio subterráneo que tiene dicha casa de Hospital para entrar los pobres».

Mis planos levantados exactamente, contienen esos datos, como se puede ver en los mismos. Se trata de una cripta de iglesia, con los pilares y muros reforzados, como corresponde a esa altura de la obra.

Abajo del piso, a unos 50 ctms., hay agua. En caso de que el río trajera más agua, la cripta se inundaría. Si hubieran existido subterráneos a esa profundidad, tendrían que derrumbarse a consecuencia del agua, estando la tierra poco firme.

En Europa existían muchas iglesias subterráneas para el uso del pueblo, la de

la calle generalmente desaseada en esa época, con enfermedades contagiosas, y la otra superior, con escalinatas monumentales.

Además había siempre una cripta abajo de la capilla.

En nuestro caso, se trata de una cripta que resulta buscando cimientos firmes, o mejor dicho la capa de arena.

En el centro de Córdoba la profundidad de la arena es de 3 a 4 metros. Para los cimientos tenían que sacar mucha tierra. Un poco más y podían utilizar el espacio entre los muros.

Ahora bien, muchos que han visto estos cimientos, de hace 20 años, están contestes en decir que de esa cripta salía un subterráneo para la iglesia de los Jesuítas.

Estudiando los muros no se ve más salida que la del «corral», mencionado en el documento, o sea la entrada a la cripta. Pero, lógico sería que si hubiere existido comunicación hasta la iglesia de los Jesuítas, debiera haber igualmente una salida en la iglesia de la Compañía.

Bajé también a esta cripta, la más antigua de Córdoba, de la cual hablaba el Dr. González en una conferencia que dió en Buenos Aires.



BALAUSTRADA DE UNA CASA PARTICULAR EN SALTA

Presentaba antes, aquí, la planta levantada exactamente donde se puede ver que no existe salida fuera de la mencionada arriba.

Hay un pozo más profundo en la cripta, — como en todas las de su índole — que tenía que prestar servicio, durante siglos, para juntar huesos. Me han dicho, que debajo de esa cripta, había una otra más. Esta otra debería tener bóvedas forzosamente, — y aquí empieza la leyenda. El sonido del suelo prueba que es completamente sólido y que no existe hueco más abajo.

Y el tunel mismo, como tenía que empezar a 4 metros abajo del nivel de la calle, siguiendo a lo largo de la Rivera Indarte, no pudiendo pasar por debajo de las casas particulares, y debiendo tener por lo menos dos metros de altura — sin bóveda — solamente en forma de curva, resulta que podía existir, y si ha existido solo sería de muy poca extensión, y como dice el documento, como cementerio.

Pero podemos encontrar muchas otras explicaciones para esas curvas.

Pedro Sotelo Narváez, dice en 1598 de los indios de Córdoba: « que usan otra cosa, que es meterse en casas debajo de la tierra y muy abrigadas a sudar, como manera de baños. . . ».

Cuenta otro documento que para la edificación de la iglesia de San Roque « se extrajo los ladrillos que fueron quemados levantados sobre el mismo terreno ». Eran, pues, cuevas de importancia que se han construído así. Para guarda herramientas o formar un albergue obligado para obreros, eran aquellas y subsiste hasta hoy, la costumbre de cavar estas especies de cuevas. Además en España, en la actualidad, usan todavía en todas las casas, o cerca de ellas, cuevas para guardar alimentos. Ya en los templos egipcios habían cuevas para guardar objetos de valor. En Córdoba mismo, era muy necesario tener un abrigo, una cueva oculta, porque según el Dr. Cárcano: « los indios se volvieron hostiles y esta situación obligaba a los vecinos a encontrarse siempre preparados para el ataque y la defensa ».

Y a los que no se contentan con estas explicaciones y buscan otras, aunque sean extravagantes, se les puede dar el consejo de que lean la descripción de la cultura de la misma época en Europa. En Francia era el reinado de Luis XV el que propagaba las costumbres más libres por todo el continente. Aquí, en tierra ajena, los conquistadores y los vecinos no querían más que defender su vida y sus pocas riquezas.

Que no hubo jamás subterráneos y sí solamente algunas cuevas, comprueba mejor que toda documentación, el hecho de que durante la construcción de las obras de salubridad, en cuya ocasión forzosamente tenían que excavar la tierra hasta 3 metros de profundidad, no se han encontrado ni una de esas galerías subterráneas.

Pero, continuemos con la historia de la población y de la edificación de Córdoda.

Los hombres que venían a Córdoba, procedían de un país que en esta época estaban en la culminación de su gloria. Orgullosos, llenos de su grandeza, querían imponer sus costumbres lejos de su patria. En Europa habían visto levantar los monumentos de un José Churriguera de Salamanca (1650, 1723) a quién la « Gaceta de Madrid », a su tiempo, llamaba el Miguel Angel de España.



CASA COLONIAL EN SAN ISIDRO

Habían visto los tabernáculos de los Altares que han dado a los nietos y alumnos de Churriguero la ocasión de desarrollar toda su gran fantasía, lo cual por su originalidad ha inmortalizado el nombre de «Churriguerismo» que pasó a la historia del arte.

La característica de ese arte es el alcance de la riqueza, de las formas y de los efectos artísticos, hasta el límite alcanzable sobre una idea arquitectónica pura y monumental. Sus trajes, sus armas y todo ostentaba ese estilo, llevando la chupa de cuero, o de paño de seda de colores, con flores bordadas y trencillas de oro y plata.

«Tal indumentaria — deduce el Dr. Quesada · complicada y costosa, en un centro de apenas 200 vecinos, en medio de un territorio desierto, debía forzosamente obligar a hombres y mujeres a verdaderos esfuerzos ingeniosos para no romper o manchar dichas piezas, muy difíciles de reponer y bastantes expuestas a toda clase de accidentes en un lugar semejante, con las calles convertidas en lodazales y las casas con el piso generalmente sin enladrillar». Pero todos querían ser o aparentar ser hidalgos y vestir, por lo tanto, a la usanza de estos. Conservaban la etiqueta ceremoniosa, y la solemnidad grave de la corte madrileña, representando así, en este rincón perdido de América, una deliciosa comedia de costumbres.

Y todo ello, repito, en casas medio destruídas, con techos llenos de goteras, puertas que cerraban con dificultad, y el piso de las habitaciones a veces de tierra sola.

La impresión del jesuita Gervasoni, en el año 1729, es bastante mala porque describe la ciudad en esta forma:

«Esta ciudad de Córdoba, en que ahora me encuentro, la reputo la más miserable de cuantas hay en Europa y en América, por cuanto lo que se ve aquí es por demás mezquino. Las casas (exceptuando muy pocas de ladrillos y de un solo piso) son de tierra cruda. Nuestro colegio es bello, pero todavía permanece una parte en la misma forma y la habitamos; parte es de ladrillo, pero como está *sin bóveda,* se llueve por todas partes: el único capaz de fabricar una bóveda es el italiano de que hablé en otra mía, pero está ocupado en Buenos Aires, después de haber fabricado aquí al Señor Obispo, una Catedral muy hermosa.

«Mi habitación está en el corredor que habitan los superiores y los padres más ancianos, en tierraplana, medio hombro más bajo que el de los corrales».

Una descripción del Cabildo, de Luis Izquierdo Guadalupe, del año 1732, nos revela el casi completo abandono de las casas.

Es claro que aquellos hombres pretendían llegar a una armonía entre su alma y su pensamiento, y entre las formas de vivir.

En Europa tenían palacetes, servidumbre, lujo alrededor de su persona, y aquí los trajes eran los únicos que señalaban la diferencia; las casas eran iguales en su miseria. En su mayoría ranchos de barro, techado con paja o hierbas, aprendiendo recién más tarde, la fabricación de tejas curvadas. Si por casualidad se encontraba en la ciudad algún ladrillero, entonces se construían algunas casas y se quemaban algunas hiladas de ladrillos.

Naturalmente, cuando esto era posible, los vecinos en seguida querían dar monumentalidad a sus casas y poner arquitectura alrededor del portón de los mismos. Y ¿qué resultaba? Que casi siempre fracasaban, pues, no pudieron jamás juntar y doblar los perfiles, de manera que al llegar a la terminación de la arquitectura planeada,



CASA DE NEGOCIO TIPO BAZAR EN CÓRDOBA

quedaban cortadas. Esta era la única solución de la dificultad, como ha pasado con el nudo gordiano.

Pero más tarde aprendieron de este también lo más necesario, y al fin de la época colonial ya encontramos pórticos de nobles proporciones, con tranquilidad en el conjunto y buen concepto.

Es claro que las formas que querían reproducir aquí no podían ser idénticas a las de Europa, por falta de materiales y de obreros, pero tampoco contemporáneos con las formas de Europa.

Sabiendo los hombres de Europa que para empezar un viaje hacia Córdoba precisaban por lo menos un año y como no tenían en seguida la ocasión de realizar una obra aquí, pasaban otros 5 o 10 años más, pero siempre quedaban con las formas, con las cuales habían salido de España.



CASA COLONIAL EN BUENOS AIRES (OCUPADA MÁS TARDE POR LA ADUANA)

Existe entre los documentos, un plano original de un altar de la Catedral, aprobado en el año 1796 por la comisión de Arquitectura de la Real Academia de San Fernando. Por él se vé, que en la Academia de Madrid ya habían reconocido oficialmente el estilo clásico de Luis XVI, que ostentaba ese altar, en un tiempo, que es del mismo estilo del que aquí recién terminaban en la iglesia de Santa Teresa, con su pórtico de estilo churriqueresco.

Del estilo de rococó aquí no hay más que algunos portones, y el altar en la Ermita. Después del estilo del Churriguerismo empieza en seguida el estilo del imperio.

Así, en este orden de citas, podríamos marchar paralelamente con los documentos históricos por mucho tiempo.

Ellos comprueban todo lo que dicen las piedras, los ladrillos, las tejas, las construcciones y las formas.

Faltan todavía muchos eslabones para formar la cadena entera, pero trabajando llegaremos con los planos levantados, hecho el estudio de los materiales usados, y comparados entre sí y con los documentos a determinar exactamente, en cada caso, el orígen y el año de las obras, como su historia.

La escala de las construcciones ya está trazada: empieza con barro, después con piedra bola, y piedra de canto, hiladas de ladrillos con piedra bola, techos de tijera, bóvedas de ladrillo, formas amplias de casas y al fin, la arquitectura.

Con esto último podemos determinar la cornisa de cada época, aunque de ello no hayan quedado siempre documentos.

«Hay muchos pueblos abandonados en la República, donde la naturaleza ha vencido al hombre», como dice un original existente en el Archivo de Indias, en Sevilla de 1732 — «los colonos abandonaban sencillamente la región, y se trasladaban a donde les parecía más conveniente».

«Por eso no fueron pocas — afirma también el Dr. Quesada — las ciudades fundadas en nuestro territorio, con los conquistadores, y de las cuales no queda sino el recuerdo de su nombre, discutiéndose aún sobre cuál fué su verdadero emplazamiento».

Viajeros han encontrado el emplazamiento de una ciudad abandonada, en la provincia de San Juan, de la cual no existe ni el nombre en la memoria de los vecinos. ..

Con estos estudios arqueológicos se facilita el trabajo del historiador. Por esto no hay que preguntar siempre que valor estético tiene una forma, o una obra. Hay al lado del valor estético, uno no menos importante, que es el histórico.

Yo creo que no habrá en la juventud de la Argentina, uno solo que sea capaz de negar este valor histórico, porque negarlo equivaldría a decir que sobre las flores, las raíces no tienen ninguna influencia.

En consecuencia, es digno de estímulo cualquier pequeño esfuerzo hecho para unirlos con el pasado, para encontrar de nuevo ese camino individual de una nación, que es únicamente capaz de conducir a la individualidad de su propio arte.

Estudiando a fondo el pasado y los esfuerzos de una energía creadora, como lo hacemos con la época colonial, nos encontramos con otros problemas, de los cuales saco algunos para entregarlos a la consideración de mis contemporáneos.

Hoy en día no teniendo hierro, luchamos con la dificultad de no poder construir. Pero hay que reconocer que en la época colonial, durante el renacimiento y el tiempo gótico se han edificado obras de gran tamaño e importancia, con las cuales no pueden compararse nuestras obras; y todas fueron construídas sin el empleo del hierro. No quiero generalizar, porque este sistema nos lleva siempre a un error; de paso puedo formular una pregunta: ¿hay o no casas y escuelas en la Argentina, de pequeño tamaño, que podríamos edificar en la forma colonial, sin hierro, utilizando todo lo que se pueda sacar de la tierra misma, tan abundante en piedras y barro para ladrillos, tejas?

En la época colonial, aquellos hombres podían elaborar y aprovechar estos materiales y nosotros no; es la única diferencia.

Había en la época gótica un gran gremio de albañiles y trabajadores en piedra, que con su técnica podían realizar estas grandes obras que hasta hoy admiramos.

Ellos sabían elegir el material utilizable de la cantera, la elaboraban según las



ASPECTO DE UNA CALLE COLONIAL DE SALTA

reglas de la construcción, le conformaban geométricamente, dándole trabas tan ingeniosas que, según una leyenda, una bôveda se derrumbaría si se le quitara una piedra del conjunto; han construído escaleras de caracol interponiendo dos de estas, así que podía uno bajar y otro subir sin verse entre sí; han construído bóvedas de una forma tan caprichosa, que según nuestros cálculos, no podrían quedar en pié, y otras tantas «picardías» en las construcciones de bóvedas, que hasta hoy no han perdido el interés para nosotros.

De esa seguridad en construcciones de mampostería, y de bóvedas, encontramos aquí también rasgos.

Las bóvedas de la casa de Bulnes, o de Allende, o de las sacristías de San Roque, Santa Catalina, Alta Gracia, nos comprueban que han vivido aquí, hombres con esas capacidades profesionales.

Hoy ya no existen más; nuestros albañiles no son capaces de hacer la traba de un pilar, y menos aún de un arco, no hablaremos de las de una bóveda o cúpula.

Además vivimos en el error de que nuestras construcciones son mejores que aquellas. Pero la prueba dice lo contrario. Puentes de hierro, construidos hace 60 años, no sirven más, mientras que puentes de material del tiempo de los Romanos, existen todavía.

Tomando en consideración que la Argentina no produce el hierro que necesita para cuantas escuelas crea en sitios apartados del ferrocarril, nos preguntamos si no habría la necesidad de educar hombres, capaces de elaborar su propia tierra.

La construcción resultaría más barata y abreviaríamos un camino para la independencia moral de otras formas nacidas en el suelo del país.

Con las formas de la construcción se cambia la forma arquitectónica y tener su propio estilo no es más que trabajar con el mismo material del suelo. Columnas de mármol en Italia, piedra blanca y ladrillos en Francia, madera labrada en Noruega, arquitectura de ladrillos en Holanda.

El material y su elaboración dan ante todo vida a un estilo. Pero hay que tener la voluntad de empezar de nuevo. Para las grandes obras se precisarán formas clásicas, de estilos reconocidos y construcciones de hierro, ¿pero que objeto tienen esas formas en el campo, en los pueblos apartados?

Edificar capillas en estilo gótico, que aquí ha sido siempre desconocido, por su anterioridad al descubrimiento de América, es un anacronismo.

Formando material del propio suelo, buscando formas adecuadas a esos materiales, tener el valor moral de luchar para su reconocimiento, comprobando que en la construcción y sostenimiento de esas obras hay economía, reconocer que esas piezas en el verano son más frescas, en el invierno más abrigadas, por consiguiente más sanas, por fin reconocer que la felicidad en ellos es mayor, teniendo más salud y menos hipotecas, además confesar que es algo propio del suelo de los padres, todo esto constituye el estilo colonial.

Se podrían edificar casas baratas para veranear, para restablecer la salud, me-



Portón de la casa de los Mendiolaza, en Salta

jorar los ranchos y no pretender poner las formas de un castillo de Versailles sobre una modesta casita.

Yo sé que muchos pensarán que soy un soñador y que no se puede realizar nada de lo que sostengo.

Pero insisto en que si han podido realizar todo esto sus antepasados en la época colonial, no teniendo las facilidades de hoy, no hay razón para que en la actualidad no se pueda hacer lo mismo.

Tenemos las mismas piedras, los mismos ladrillos y tejas, la misma cal; lo que no tenemos son obreros profesionales capaces de hacerlos. Antes, los ingenieros enseñaban a los obreros; hoy, el mismo ingeniero tendría también que enseñar a los trabajadores a hacer bovedillas y a poner ladrillos en traba.

Hay que extender los estudios prácticos de los ingenieros y enseñarles los errores que existen en los libros, por falta de material científico y que corresponden al ingeniero entregarlo al historiador, al escritor y al poeta.

Un ejemplo: he aquí un libro de enseñanza para las escuelas con el título de «La Argentina» 7ª, edición, que dice de Córdoba, al hablar de sus monumentos:

«La catedral revela el sello morisco de las artes españolas» y sin embargo la catedral no tiene ni una línea de morisca entre sus formas.

Y sigue: «Trabajada en piedra, sus torres están cubiertas de esculturas y calados hechos a punta de cincel» y, en realidad, son de mezcla y hechos con la cuchara.

Dice el mismo libro, al hablar de la iglesia de la Compañía, que está construída de granito, cuando es de mármol rosado en la parte antigua; con piedras de canto y ladrillos en otras, y sigue describiendo su interior del que dice que está revestida desde la cúpula hasta la base con cedro del Paraguay.... cosa que tampoco es cierto, siendo solamente la cúpula y la bóveda de madera.

Y en vez de llamar la atención sobre la más antigua pintura de la Argentina que es la bóveda y cúpula, sigue diciendo: «las paredes del claustro tienen un espesor descomunal, de un metro y medio; uno se queda estupefacto delante de estos murallones de piedras enormes — son apenas regulares — apenas recogidos, que asemejan esta construcción a una antigua fortaleza».

Esta frase, corregida según los hechos, debía decir, usaban muros bastante fuertes para contrarrestar el empuje de las bóvedas, que han construído por falta de largos tirantes de madera, y con algunas piedras de regular tamaño.

Para abarcar todo lo que ha creado en construcciones la época colonial, tendría que hablar de las primeras casas de alquiler, de negocio, o de oficina; de los conventos con sus rancherías, de los diques para estancar agua; comparar las formas de las plantas, antes entre ellos, después con las de España. Estudiar las ruinas de las iglesias de Misiones y compararlas con las iglesias de aquí; seguir paso a paso a los primeros pobladores de este país. Por de pronto, hice los estudios para la provincia de Córdoba, y es un tema, para que la juventud de Jujuy, Salta y Tucumán, aprendan a estudiar y dibujarlos.

Faltan para mis trabajos todavía la documentación histórica y muchos detalles que solamente la implantación de esas ideas en las almas de la juventud argentina, pueden guiar a su feliz terminación.

Los gobiernos han creado y presentado leyes. Yo recuerdo a la ley, que espera su sanción definitiva, presentada por el Dr. González; así que los preliminares están terminados.

Legisladores, historiadores, arquitectos e ingenieros han abordado el gran tema y ahora tenemos que probar que la energía es la misma que ha vivido en los corazones de los conquistadores, para realizarlo.

Por eso tenemos que convertir las palabras en hechos y plantar la ley en nuestro corazón, para que se despierte el amor por las obras coloniales en todos los que viven en este suelo.



Los conquistadores, acostumbrados a encontrar en las nuevas tierras, ciudades y aldeas, donde no faltaba un techo que los cubra, y donde guardar sus animales, tuvieron que lamentar, desde su llegada a la Argentina la falta de estas comodidades, no sentida sin embargo, por el indio, su primer poblador; y para remediarlo, construían fortificaciones que, según el jesuíta Miranda, consistían en empalizadas o pequeñas viviendas formadas de palos plantados en tierra y en el centro una viga en posición vertical.



TRABAJO DE TALLADO

Me inclino a creer que tales obras son el orígen del rancho criollo, cuya forma y construcción no difieren hasta la fecha.

Tales obras no revelas la ingeniosidad con que aquellos hombres procuraban ponerse a salvo de las situaciones críticas. De su forma me ocupo en otro lugar, concretándome por ahora a hablar de su construcción.







VENTANAS COLONIALES





VENTANAS COLONIALES



PECHINA DE LA IGLESIA DE SAN ISIDRO EN JESÚS MARÍA



ESCULTURAS EJECUTADAS CON CAL

Buscaban entre los árboles, aquellos cuyo tronco terminaba en horqueta, enterrando tres de estos hasta una cierta profundidad y colocando en su parte inferior una piedra que de esta manera repartía las cargas y evitaba posibles hundimientos.

Luego hacían otra hilera de 3 sostenes, paralela a la ya descripta y procedían a cubrir el todo con ramas dispuestas según los dos sentidos, sobre las cuales agregaban tierra mojada o barro, teniendo en esa forma una construcción con un techo a dos aguas. Según el viento dominante del lugar, acostumbraban a cerrar uno o dos lados del cuadrilátero, como se puede comprobar en los ranchos existentes en Río Hondo.





AÑO 1674



PILA PARA
AGUA BENDITA





AÑO 1668



EMBLEMAS
EN RELIEVE

· EN CHAPAS
· DE GRANITO

ESCULTURAS EN PIEDRA SAPO

Más adelante procedieron a cerrar los cuatro costados debido al frio, y luego a aprovechar al otro lado de la construcción, agregándole otra análoga a la primera.

Más tarde mejoraron un poco las condiciones de la vivienda. A ese efecto retiraban el paramento delantero un poco hacía atrás, dejando libre una galería que servía de cocina.

Los paramentos eran de ramas entre-lazadas que se cubrían, con una mezcla batida de paja y barro.

El techo era de paja y ramas delgadas que descansaban sobre un entramado liviano. Esta construcción hecha con prolijidad e interpretada con criterio sano y moderno, ha sido muy bien adoptado en Tucumán, en la exposición pasada.

Pero como lo he dicho más arriba, no solamente es contra la naturaleza que los primeros habitantes debían luchar sinó también contra los indios.

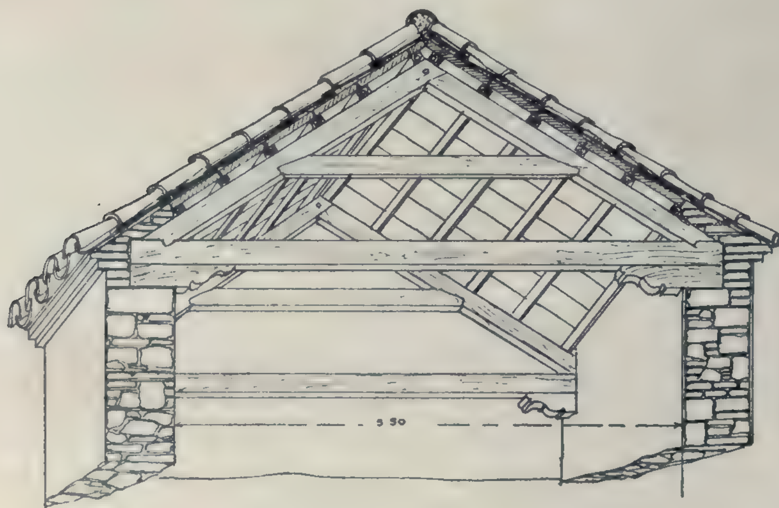
El mismo jesuíta Miranda, escribiendo al respecto decía en el año 1749: «Estos indios pegaban fuego a las mieses, mataban o cautivaban a toda la gente de la campaña, reducían a cenizas todas las habitaciones campestres, robaban los ganados y los arreaban a sus bosques, se apoderaban de cuanto traginaban los comerciantes, cortando las cabezas a toda la gente del convoy y llevándolas por trofeos sobre las puntas de sus lanzas o de los dardos; en una palabra, tenían acorralados a los españoles en sus ciudades, fuera de las cuales no se veían sinó una perpetua y desierta soledad.»

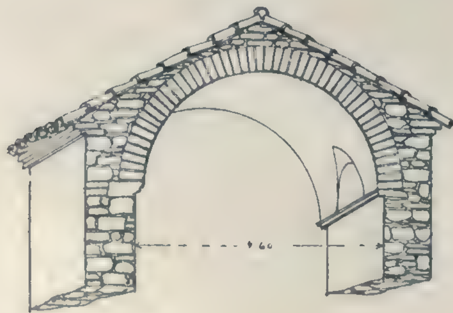
Era necesario buscar materiales de construcción de mayor resistencia, la tierra era arenosa y los adobes que los cortaban de grandes dimensiones, 18 x 40 ctm., no ofrecían suficiente seguridad. Si en el lugar de la construcción había arcilla, se usaba ésta para hacer los muros por capas bien planas y bien apisonadas, para lo cual se servían de tablas.

No siempre, sin embargo, podían construír con este sistema, dado la escasez de tablas, debido más que todo a la falta de herramientas, pués los bosques eran abundantes en madera dura.

Para qué servía el primer trazado de la ciudad, si la palabra ciudad que quiere decir reunión de casas, no podía construírse?

Sus calles que eran trazadas con la ayuda del compás y de listones propiamente hablando, no eran calles, pués faltaban los cercos y las casas. Las distancias



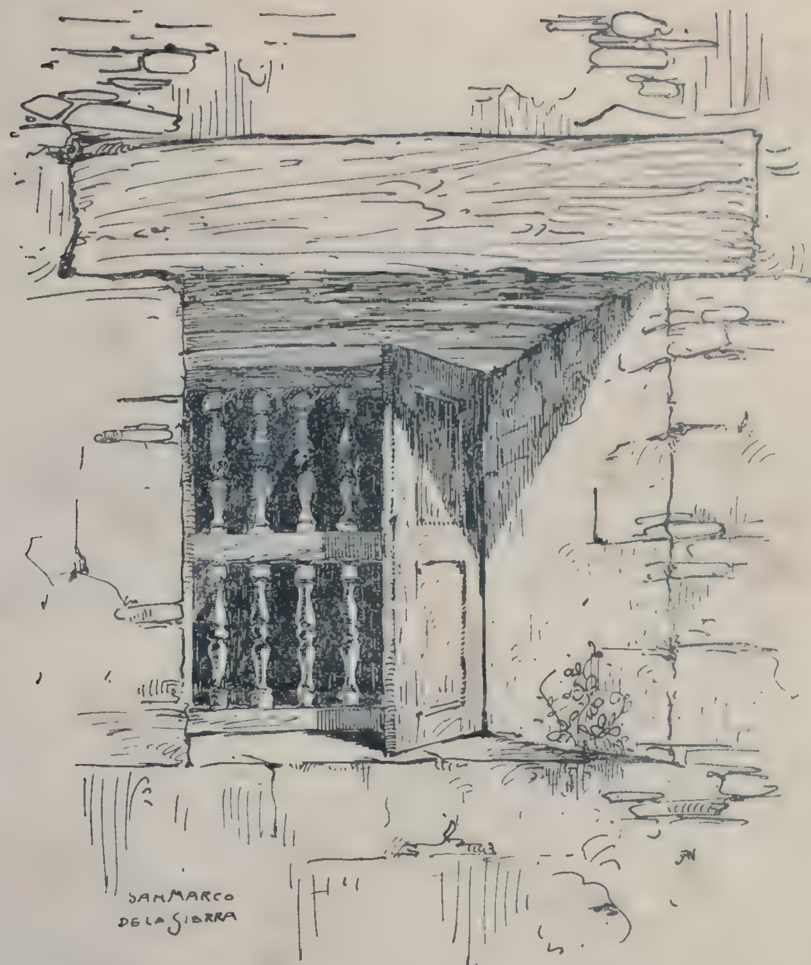


TECHOS COLONIALES DE TIJERA Y DE BÓVEDA





Púlpito tallado existente en la Iglesia de la Compañía de Jesús, en Córdoba



VENTANILLA DE LA CAPILLA SAN MARCOS DE LA SIERRA

mal medidas y los principales puntos mal tomados, mal nivelados y peor relacionados, tuvieron la virtud de engendrar una serie de pleitos, que siguen aún produciéndose entre nosotros.

Las frecuentes lluvias y aún las inundaciones que por tres veces han arrasado con todos los ranchos y chozas que formaban a Córdoba, impusieron el uso de piedras, unico material que podía oponerse satisfactoriamente a las inclemencias de la naturaleza.

Pero la falta de herramientas aptas para el corte de las piedras, y la carencia de medios de trasportes, hicieron que la piedra bola extraída del río con facilidad, fuese el material obligado, que si bien no llenaba las funciones de la piedra de cantera, permitía la construcción de muros de suficiente altura y solidez.

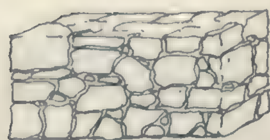
Los conquistadores que habían sido educados en Europa y vieron las grandes construcciones de palacios, iglesias, etc., no podían contentarse con las míseras casillas de barro.

Buscaron hombres capaces de cortar y quemar ladrillos, y los hallaron; pero la cal de donde se sacaría?

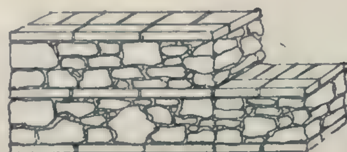
Despues de mucho trabajo y constancia, consiguen quemar cal, y ensayan las primeras construcciones con desastrozos resultados.

En efecto, la piedra con su superficie lisa y redonda, no presentaba plano de

CONSTRUCCIONES
DE MAMPOSTERIA
DE LA EPOCA COLONIAL DE CORDOBA·



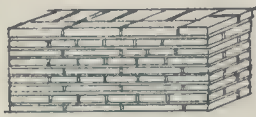
MURO DE MARMOL ROSADA
Año 1580-1640

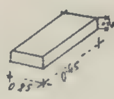


MURO DE PIEDRAS Y HILADAS
DE LADRILLOS

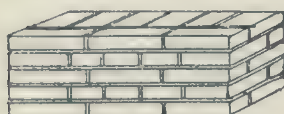


MURO DE PIEDRAS Y DOS
HILADAS DE LADRILLOS
Año 1750-1780



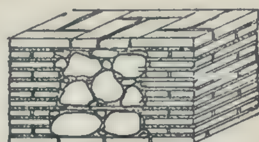


MURO DE LADRILLOS
Año 1780-1830

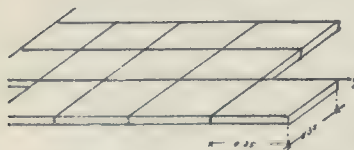




MURO DE ADOBES



MURO DE PIEDRA BOLA
CON ESQUINAS REFORZADAS
DE LADRILLOS
Año 1700-1780



PISO DE TEJUELA CUADRADO
Años 1650-1830

Este sistema significaba ya un gran paso, paso que resultaba aun insuficiente ante las grandes ideas y proyectos que pensaban llevar a cabo.

Bajo el peso de los techos y de las bóvedas, varios muros empezaron a ceder e inclinarse. Para salvar este peligro en las construcciones importantes, tuvieron que adosar a los paramentos afectados, gruesos contrafuertes que aún existen hoy como se puede ver en la iglesia de San Roque y otras.

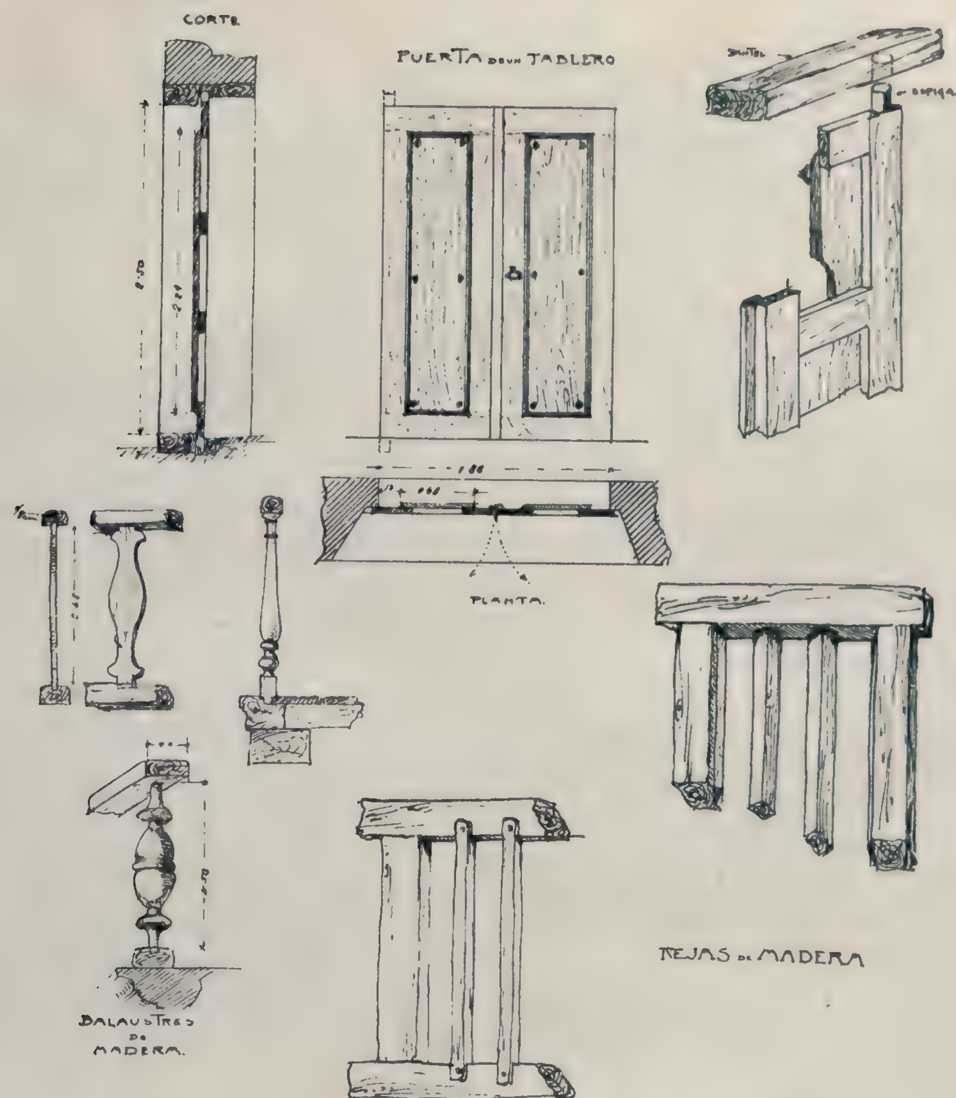
Cada paso, significaba una nueva dificultad. A medida que se subsanaban estos inconvenientes se asiento ni la mezcla se adhería con suficiente tenacidad, lo que provocaba grietas, inclinaciones y hasta derrumbamientos de los muros, como sucedió en la Iglesia Mayor de Córdoba, que causó tres victimas.

Pero esos hombres, poseídos de una voluntad de acero, no cedieron ante tantos contratiempos.

A fuerza de construír se iban perfeccionando, llegando a hacer construcciones mixtas de piedras bolas y de ladrillos, poniendo tres hiladas de estos, por cada 50 ctm. de aquellas.



PUERTA CON MARCO EN CÓRDOBA



TRABAJOS DE CARPINTERÍA EN LA ÉPOCA COLONIAL

presentaban otros nuevos; pero no desfallecían. En las construcciones posteriores se empezó a emplear piedras de mármol mezcladas con piedras bolas, colocadas en hiladas de 50 a 70 ctms. de alto, separadas unas de otras por dos o tres hiladas de ladrillos. Se deduce de esto que escaseaban los ladrillos debido a la falta de quien los fabrique. Hubo hasta crisis de estos, durante la época en que se encontraba encarcelado el único obrero del oficio.

Al disponer más tarde de varios obreros, se animaban los espíritus de los constructores, a pesar de lo cual siguió predominando el empleo de adobes. La bondad de los adobes consiste principalmente en la elección de la materia prima y en el apisonamiento de la misma, pudiendo una construcción con este material, permanecer en buenas condiciones de estabilidad hasta 200 años.

Vemos aún hoy varias construcciones de esta índole habitadas a pesar de pertenecer a la época colonial.

Para poder techar las casas, tenían que acomodarse con plantas de reducidas

dimensiones que permitiesen el uso de una construcción de tijeras, pero la carga de los ladrillos y tejas, terminaban por hacer ceder los tirantes de sauce. Se producían derrumbamientos y por lo tanto desgracias personales.

Por ejemplo, en el Ayuntamiento de Córdoba, ya no había pieza en la cual no lloviera. Lo pasaba en las pocas aulas de la antigua Universidad. Para remediar esto, se empezó por sostituír los techos de madera por bóvedas de material. Esta clase de construcción tenía el inconveniente de necesitar muros muy anchos para resistir a los empujes de las bóvedas. La antigua casa de Allende es un ejemplo característico de la construcción en esa época.

Sin embargo, se trataba de aprovechar el terreno, y por consiguiente se edificaba de alto, utilizando para el entrepiso el sistema de bóvedas.

De consiguiente las paredes inferiores, teniendo que soportar el esfuerzo de dos bóvedas, tomaban grandes dimensiones.

La casa de Bulnes y la antigua botica del Indio y una parte del colegio de los jesuítas, son ejemplos de esta clase de construcción.

Para evitar ese gran cubaje de material, reemplazaron una de las bóvedas por el techo de tijera, conservando generalmente el entrepiso abovedado como se puede ver en la casa del Virrey. Sin embargo, la diferencia de peso no era muy grande ya que un techo de tijera hecho con tejas asentadas en cal y ladrillos, formaban un conjunto bastante pesado. Un paso más, y nos encontramos con las construcciones del piso del Colegio Nacional, de bovedilla de hormigon de cal y cascote, apoyados sobre tirantes de madera, construcción muy usada en Chile.

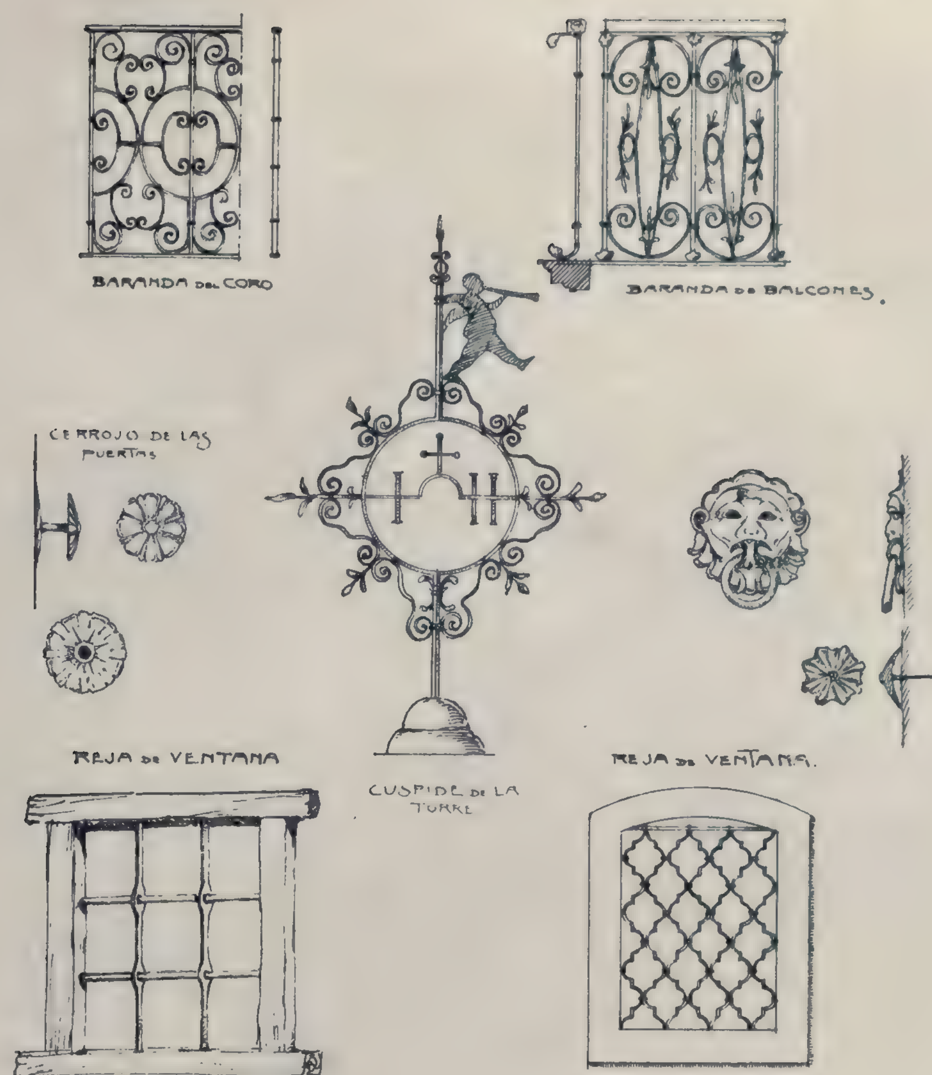
Se trataba de techar, salvando una luz de 10.75 mts. Era todavía imposible en esa época conseguir una bóveda, perteneciendo esta construcción a una época posterior. Se resolvió el problema utilizando troncos de cedro, que por vía fluvial llegaban de Misiones, cuyo largo no pasaba de 5 a 6 metros. Se armó con esto una especie de doble techo, cuya parte interior tomaba la forma de un semicírculo, y la parte exterior de tijera, que apoyaba en dos puntos sobre el interior.

Los anillos semicirculares perfilados estaban colocados a 1.10 metros de distancia uno del otro, siendo contraventeados por medio de correas horizontales. La parte interior abovedada, fué revestida con tablas curvadas, y la cornisa era también de madera, formando cuadros que se adornaban con oleos.

La cúpula, construcción soberbia, está hecha de la misma madera y de igual manera, pero por su forma es de más dificil ejecución. En algunas pequeñas construcciones en forma de cúpula, se nota la parte interior hecha de cañas atadas entre sí por lonjas de cuero. Es de notar en todas estas construcciones la ausencia de fierros. Esto caracteriza al verdadero profesional que toma y usa el material que corresponde al caracter del edificio, y no adopta como se acostumbra hoy día, el mismo material y hasta la misma forma para cualquier construcción.

A nosotros que tan cómodos nos sentimos en los hechos, y preparados por nuestros antepasados, nos conviene recordar a esos héroes de la cultura humana perdidos en las llanuras argentinas.

Muchas veces una insignificancia ha hecho derrumbar grandes proyectos y fracasar grandes ideas.



MOTIVOS DE LA CATEDRAL Y DE SANTA CATALINA.

HERRERÍA ARTÍSTICA DE LA EPÓCA COLONIAL

La ausencia de fierro dificultaba el trabajo de la madera sobre todo, tratándose de quebracho y demás maderas duras que tanto abundan en este país.

Las obras coloniales eran por lo tanto desprovistas de todo aquello que se relaciona con el fierro. Es así que encontramos aun cerraduras de madera. Puertas de una hoja con bastidores, groseramente trabajadas sobre los cuales a guisa de tablero se colocaba una tabla cualquiera. Teniendo en cuenta que único instrumento con que contaban era el hacha, se pueden dar por muy bien trabajadas estas obras.

Las rejas se hacían de madera, siendo todos los fierros posteriores a la época colonial. En el convento de Santa Catalina hay aún rejas de madera.

El fierro fué importado más tarde en barrotes de sección cuadrada. Era maleable y por lo tanto podía doblarse y cortarse con cierta facilidad; pero no era susceptible de laminarse. Esto explica la monotonía de los dibujos de las rejas de las puertas y ventanas viejas. Faltaba aún algo a las construcciones hechas. Faltaban las decoraciones.

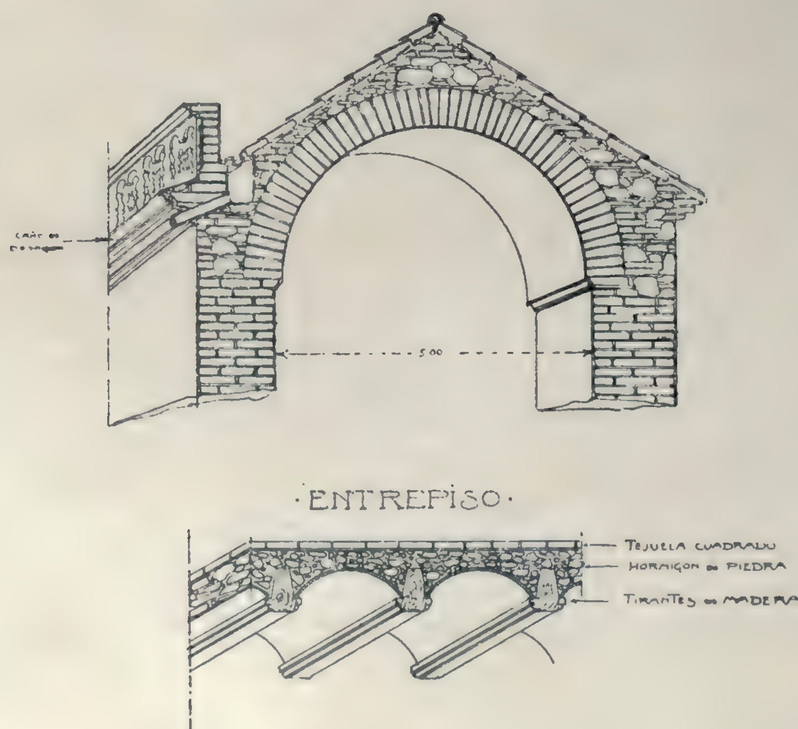
Querían adornar sus trabajos dándoles la importancia que ellos requerían para lo cual por medio de sus cuchillos dibujaban las formas cortándolos sobre el revoque al igual de los hombres paleolíticos que sacaban las formas de la piedra, corroborando así la opinión de Miguel Angel, que definía la escultura, diciendo que es algo que se obtiene del material, restándole materia y nó lo contrario, que es lo que nosotros hacemos, es decir obtener la forma por medio de una adición de la materia.

Es claro que sólo un genio como Miguel Angel podía cumplir con esta exigencia y definición.

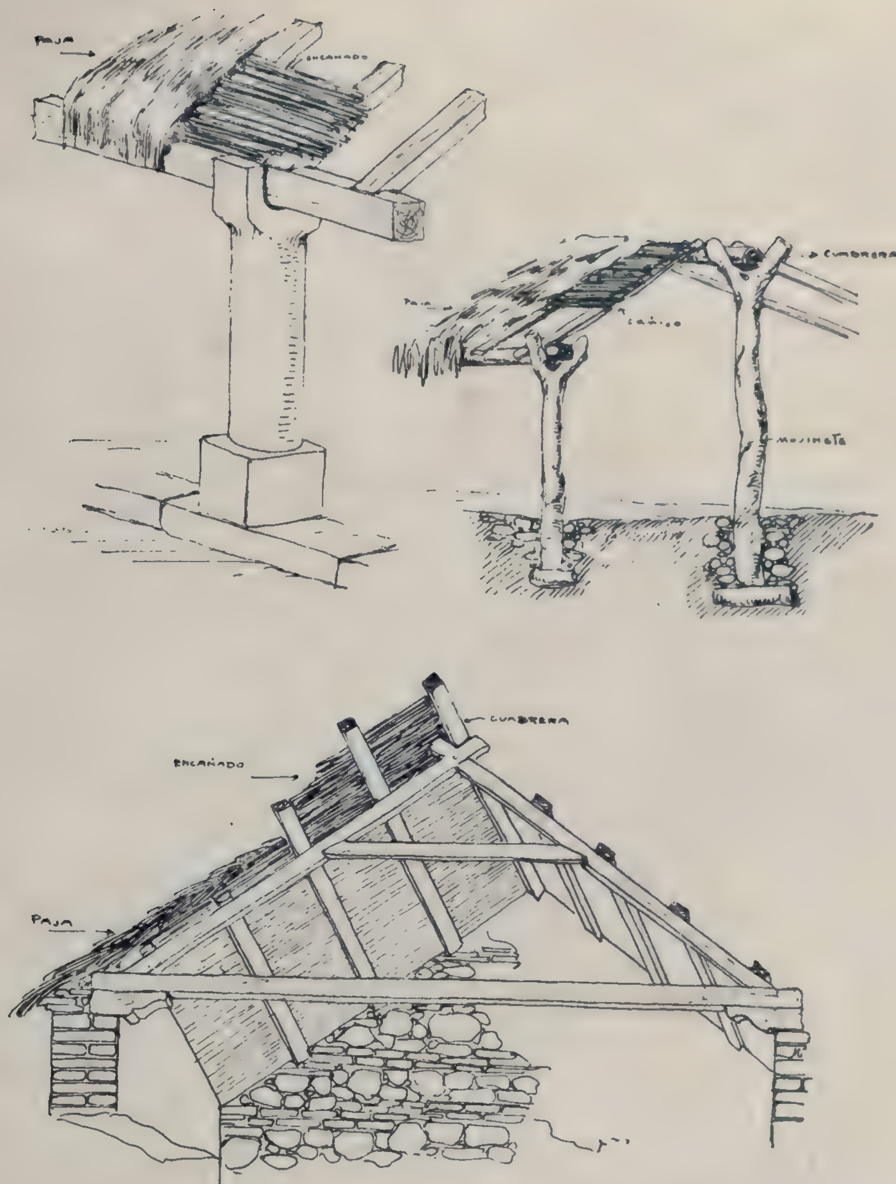
De estas decoraciones son muy contadas las que llegan hasta nuestros días. Algunos balustres y capiteles de columnas de varias obras, entre las cuales figura la capillita de la iglesia del Pilar. Un ensayo interesante, es el altar, el único que existe en toda la Argentina, con la forma de rococó y que se encuentra en la capilla ermita de la Compañía. Aquí las formas caprichosas de la época de más gran lujo del rococó, se convierten en mampostería y revoque con esculturas cortadas en la cal con la cuchara y en parte, modeladas directamente sobre los muros.

De verdadera escultura casi no hay nada, solamente algunas piedras sapo con esculturas sencillas. Mientras se trataba de trabajar con formas lineales y ornamentación regular andaba todo bien, pero cuando el vuelo quiere ser más artístico, como cuando entran figuras angelicales, fracasa el arte y nos encontramos con relieves como el que se vé en el escudo de la Universidad y en los restos destruídos del adorno de la puerta antigua de esa casa.

Se vé que no se animaban a trabajar en mármol, así como tampoco el granito de las sierras, muy probablemente por falta de herramientas adecuadas. La obra mayor de escultura en piedra sapo es la fuente de bautisterio de la Compañía. La pintura casí no figura en las obras de la época colonial, a pesar de ser uno de los elementos



CONSTRUCCIÓN DE UN TECHO SOBRE BÓVEDA Y CONSTRUCCIÓN DE UN ENTREPISO



CONSTRUCCIÓN DE UN RANCHO

principales de esta época en Europa. Pero si ya no podían dar con un buen escultor, claro está que era más dificil encontrar artistas pintores que viniesen de Europa donde tenían trabajo, fama y dinero en abundancia. La única pintura de arte decorativo se encuentra en la capilla Doméstica, que es de estilo renacimiento de gran valor histórico y de arte, siendo el único de esa categoría en la Argentina. Parece que el maestro y autor de esta pintura, no encontró alumnos para su arte, porque las casas coloniales no tenian otro adorno interior que un zócalo oscuro y muros blancos. En el interior de las casas, había muebles de ricos adornos, alfombras y tejidos de varios colores y platería de arte y uso, que daban a las casas una nota personal y característica que se perdió enteramente hasta que en nuestra casa ya no hay más que ciertos adornos comunes de muchas otras sin distinción, sin arte, sin caracter y que condena a nosotros y nuestra época a entrar en la línea de las épocas pobres de inteligencia y de alma. Es bueno recordar siempre el pasado, para tener esta estrella de esperanza ante nuestros ojos para el camino nuevo del futuro.

Más al Norte, en Jujuy, y Salta, encontramos tallados artísticos, sobre las ricas maderas extraídas de los bosques.

Estos tallados, bien meritorios, artísticamente considerados, representaban plantas, hojas, flores; observándose diferencia entre ellos y los análogos de Europa, no obstante deberse a mana europea aún.

Las puertas, y postigos de las ventanas, presentaban siempre algún tallado sencillo.

El verdadero tallado de gran valor para el arte, es el que adorna el púlpito de Jujuy; resto único del adorno interior del templo, que era decorado admirablemente con tallados.

En el púlpito se han representado pasos de la biblia; el genesis de Abraham, los profetas: verdaderas lecciones, muy interesantes y comprensibles para los indios y demás analfabetos. El sueño de Jacob, en tal forma está representado, tan bien la escala de ángeles tocan el Cielo, que cualquier indio, sin conocer el término, comprendía que se trataba de un medio de comunicación entre el cielo y la tierra.

Las figuras carecen de belleza, son imperfectas; pero el trabajo es todo una enseñanza, un museo en su género.

Cumple aquí mencionar los altares de dos y tres pisos, cuya riqueza y fantasía en adornos, son dignas de la época de barroco. Sus colores, dorado, tallado y pintado, bastaban a llamar la atención de todos.

Muchos de ellos han desaparecido, prefiriendo el modernismo los altares según catálogos, a este o aquel estilo, y haciendo caso omiso de las obras maestras del arte. Tal sucedió con el altar de las catedrales de Córdoba y Salta. Del primero, hay restos en la iglesia de Tulumba. De la pintura en general, poco hay que decir.

Se explica que no podían hacer grandezas con cinco y seis colores que podían fabricar. Unicamente se podía apreciar el gran efecto decorativo.

Tanto el dorado como los colores, eran aplicados sobre masilla, firmemente adherida a la madera. El negro se fabricó de hollín, el blanco de cal, el amarillo de las tierras cocidas. El carmín y azul, se importaban. Alternando todos estos colores, resultaban contrastes decorativos de gran efecto, sobre el fondo verde o marrón de los adornos. La pintura del cieloraso del oratorio de los jesuitas de Córdoba, es el documento más importante de los pocos que se conservan; permitiéndonos, además, apreciar la influencia de la pintura mural de la época gótica, en cuanto a los colores de las hojas.

Los contornos, en general, eran defectuosos.

No es, pues, de extrañar que en materia de escultura y de pintura, no se aventuraban a dibujar o modelar figuras.

Completaremos el estudio que nos ocupa, haciendo mención a los pisos y techos.

En la primera época, sólo encontramos el piso de arcilla, bien apisonado y planeado.

Muy posteriormente, ya por lujo, se piensa en fabricar baldozones, allá por los años de 1700. Ese piso rojo, dá un tono alegre a las piezas blanqueadas.

El verdadero cieloraso no existía. Las tijeras, visibles, con sus mensulitas talladas, constituían un adorno. Las tejuelas se seleccionaban y se ponía sumo esmero es su colocación.

Para los techos se prefería la tejuela española, afianzada por una mezcla de cal y arena, sobre fuertes listones.

Es digna de mención la más antigua y original de estas obras: el techo de la iglesia de los jesuítas.

Sobre los tirantes van fuertes tablas que sirven de apoyo a dos filas de tejuelas de gran tamaño, unidas por una mezcla a la madera, tan consistente, que hasta hoy no ha pasado por ese techo ni una gota de agua. Dicha mezcla, me es desconocida.

En los últimos años de la época colonial, la construcción y las formas han experimentado modificaciones, debido a la evolución de las ideas y, por lo mismo, a ciertas novedades en el material.

En esos años, comienzan a introducirse más detalles en el trabajo de las puertas; y con fierros anchos y delgados, se hacen dibujos en las rejas, doblándolos a voluntad, sujetando a un modelo determinado todas las direcciones que el fierro seguía.

Pero en la parte fundamental, no sufre modificaciones la arquitectura colonial; hasta que, a fines del siglo XVIII, influyendo la europea, viene a colocarla en segundo término.

El cuero desempeña también un papel interesante, empleándose en unión de palos, y cañas para formar cielorasos y pequeñas cúpulas, como lo hemos visto hasta no hace mucho en la catedral de Córdoba; llegándose a formar en igual forma, caños de desagüe, como lo tuvo la capilla de Dolores (Sierras de Córdoba).

Todas estas obras nos revelan el ingenio con qué se vencían dificultades y se reemplazaba el hierro, buscando y aprovechando en todas formas los materiales que la nueva patria brindaba a los arquitectos de aquel entonces.

Estas antiguas construcciones desaparecían casi por completo. El techo inclinado—o las tijeras—tenía que ceder a los techos planos, con sus bien conocidos defectos.

El techo plano—azotea—no es construcción de orígen argentino.

Tampoco un constructor de la época colonial lo hubiese imaginado, pues, la fuerza y frecuencia de las lluvias hicieron sentir la necesidad del techo inclinado. Tal construcción ha visto la luz en Arabia, donde poco o nada llueve. En la Argentina, son contadas las regiones en que tal ocurre, y ninguna está en el camino que siguieron los conquistadores. Si, a pesar de todo, la adoptación de la azotea hubiera ganado campo, eso mismo explica la escasez de materiales para esa especie de construcciones. Con vigas y tirantes de fierro, quedaba definitivamente eliminada la madera, y reemplazado el techo colonial. De este modo, en la construcción argentina venía a entrar un elemento extraño, imponiéndose la adoptación de formas y estilos sin fundamento histórico, sin relación con las necesidades naturales de sus regiones; y, por último, verdaderas profanaciones del arte constructivo; viéndose los constructores obligados a levantar cornizas en las fachadas, y atarlas para mantenerlas en su puesto, en la lucha con el viento.

Fué el momento en que desapareció el tipo de construcción argentina, caracterizada por su belleza, elegancia y fidelidad al arte.

CAPITULO IV.

HISTORIA DE LA CONSTRUCCIÓN DEL EDIFICIO DE LA COMPAÑIA DE JESUS Y DE SUS ADYACENTES





En el plano adjunto que representa la primera distribución de los solares que constituían a Córdoba, hemos marcado uno de ellos.

Este solar es el primero que fué edificado en una forma sólida y duradera y es el que constituye la construcción más antigua de la época colonial.

Dejamos de lado las primeras obras de defensa en la antigua isla, con su primitiva fortaleza hecha de barro y su empalizada, así como también aquellos primeros ranchos que fueron construídos practicando excavaciones en las lomas y planos inclinados, que luego eran cubiertos con ramas y hojas con el fin de obtener sombra y un poco de abrigo, y después abandonados a medida que fueron reemplazados por habitaciones más confortables.

Vamos, pues, a estudiar paso a paso la historia de cómo se edificó el solar que nos interesa, interrogando las piedras que aun quedan, testigos mudos que el pasado nos dejó, y analizando los documentos que podemos desenterrar de los archivos, deduciendo de ellos todo aquello que tienda a arrojar un poco de luz sobre este asunto y a abrir nuevos horizontes a los investigadores que tengan la suerte de encontrar nuevos documentos y la paciencia de practicar estudios tendientes al completo esclarecimiento del mismo.

A los conquistadores que marchaban semanas y meses sin mayor abrigo, poco les preocupaba encontrar un techo donde cobijarse para dormir, expuestos como lo estaban siempre a la inclemencia del tiempo en esa vida de correrías y peregrinaciones sobre una tierra extraña y desierta. Al llegar, pues, sanos y salvos al lugar designado para la fundación de la ciudad de «Córdoba de la nueva Andalucía», su primera idea no fué la de edificar para ellos, sino para el Dios, mediante y con ayuda del cual habían llegado a su destino.

A ello obedecen los documentos que encontramos en el archivo municipal, que atestiguan el esfuerzo que hicieron esos primeros colonos para llegar a construir un templo para dar grracias a Dios y rogarle al mismo tiempo los preservara de las plagas que ¡ay! asolaban las pequeñas chacras que habían formado, único medio de sub-

sistencia con que contaban. En efecto, la langosta por un lado y la sequía por el otro, perdieron toda una cosecha.

Es con este fin que juntaron las piedras bolas que encontraban en el río disponiéndolas unas sobre otras en forma más o menos desordenada y uniéndolas por medio de una mezcla de cal y arena hasta formar un conjunto resistente.

Llegaron así a construir un local de 9.30 de largo por 5.75 de ancho. No hubo allí adorno, ni pintura, ni lujo alguno. Luego con bastante dificultad, lograron encontrar palos o maderas de suficiente longitud y resistencia como para poder armar un techo de tijeras que cubrieron con barro y paja.

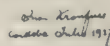
Quedaba levantada la primera construcción de piedra.

Es hasta hoy muy difícil determinar, en el solar de los jesuítas, el lugar exacto en que fué construida esta capillita. Observando la forma de la construcción existente, hay que reconocer que el muro más antiguo es el que forma parte de la llamada «Ermita». Sin embargo, el aspecto interior del mismo no lo conserva, si es que ha tenido el de las formas primitivas. La bóveda que existe actualmente es de la época que corresponde al año 1780, más o menos, y para poder construirla fué necesario reforzar los viejos muros. La construcción de esta bóveda fué, según parece, necesaria por hallarse ya en malas condiciones las maderas utilizadas en el antiguo techo que, probablemente, eran de algarrobo fresco. Esta obra que era, como hemos dicho más arriba, la primera construcción de material en Córdoba, fué dedicada a los segundos patrones de la ciudad: Valeriano y Tiburcio, soldados Romanos, elegidos como pro-

TRAZA DE LA CIUDAD DE CORDOBA

Y DISTRIBUCION DE SOLARES ENTRE LOS FUNDADORES HECHAS POR DON LORENZO JUAREZ FIGUEROA el 11 de Julio de 1577

CON LAS CONSTRUCCIONES DE LA EPOCA COLONIAL DEL AÑO 1600 - 1800





FACHADA DE LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN CÓRDOBA (RECONSTRUCCIÓN)



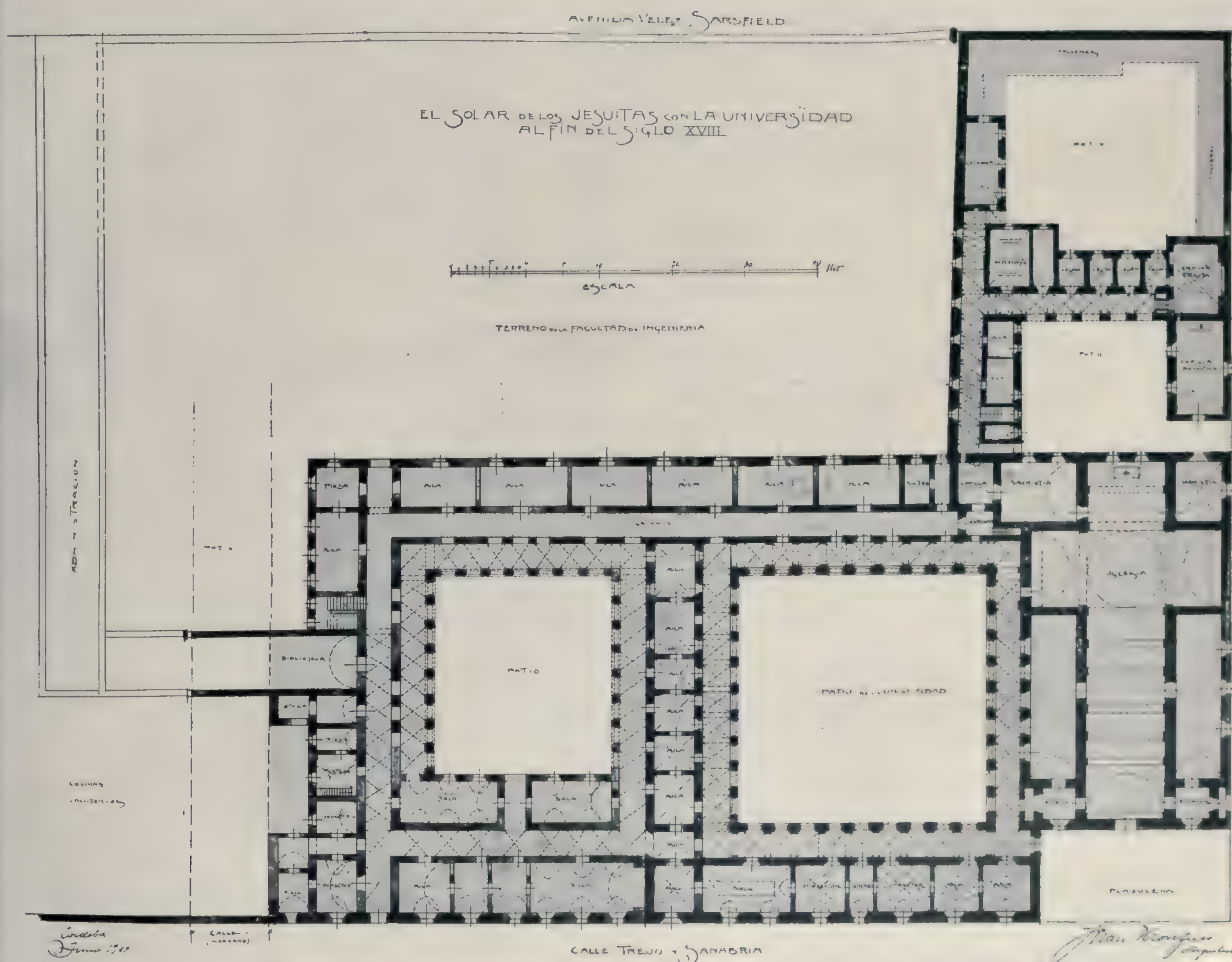
VISTA LATERAL DE LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN CÓRDOBA, CON LA "ERMITA" Y CAPILLA DOMÉSTICA

tectores de los primeros colonos, el 30 de setiembre de 1582 (todo esto según documentos).

En el año 1586, se determinó construir la «Ermita votiva», ubicándola también en el solar, cuyo estudio nos ocupa. «Esta construcción tropezó con serias dificultatades que hicieron postergar la iniciación de los trabajos, y no fué empezada sino tres años después, a «mérito de la orden del capitán o teniente del Gobernador, debiendo terminarse dentro de dos meses, de conformidad a lo que correspondiere a cada vecino».

En esa obra no hubo nada particular, que llamara la atención, fuera del esfuerzo moral que representaba para los colonos la empresa de cada obra en un país tan poco favorablo.

Pasaron años tras años sin que se noten otras mejoras en las condiciones de vida del hombre colonial. Pero vienen los jesuítas y con ellos los primeros grandes profesionales que en Europa hicieron maravillas en el arte de construir.



Al llegar a la ciudad, la manzana de la «Ermita» pasó a ser de su propiedad. Inmediatamente los técnicos que los acompañaban buscaron los medios de mejorar las construcciones y con ellas hacer la vida más llevadera.

La «Ermita», hoy capillita, no tenía suficiente espacio para contener los fieles. La forma interior de la construcción no permitía la aplicación de adornos que según las creencias de la época faltaban en una iglesia. Vino entonces la ampliación a continuación del primer santo lugar, descediendo este último a la categoría de sacristía del nuevo que fué ejecutado por los jesuitas.

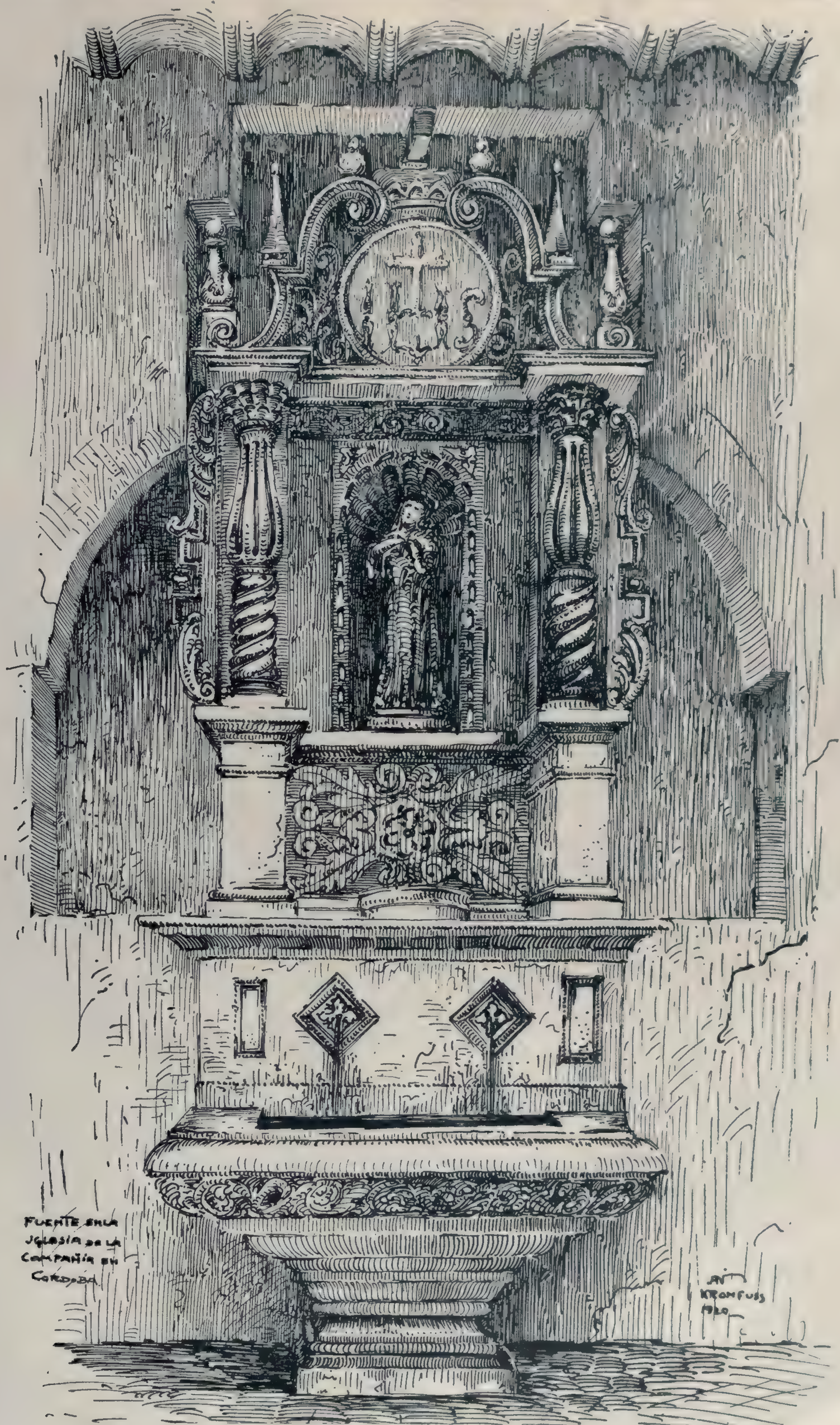
Recién en este momento entra el criterio más amplio en materia de construcciones: en vez de la piedra bola y su empleo limitado, se usaron piedras de cantera bien trabajadas y juntadas con cal, perfectamenta elaborada, siendo principal elemento el mármol rosado, extraído de las sierras próximas.



Sobre estos muros ya se podría colocar una construcción más resistente: tal la primera bóveda de madera que sirvió como modelo para la iglesia mayor. Sobre la dicha bóveda hay techo de dos aguas, entablado, y sobre el entablado tejuelas asentadas en cal.

Fué esa una construcción nueva dictada por la necesidad, no disponiendo aún de tejas y ladrillos de mayor tamaño. Pero el resultado fué sorprendente porque la tejuela se pegaba a la madera por intermedio de una mezcla que no podría definir todavía, de tal manera que ni la flexibilidad de la madera, ni el calor o frío pudieron moverlas.

La planta era otra vez rectangular; y la capilla orientada como la Ermita y las otras iglesias de Córdoba hacia el Este, mirando el altar al oriente simbolizando a Cristo, el sol del mundo; tenía una puerta de entrada subsistente hasta hoy, adornada con arquitectura hecha con piedra sapo, de acuerdo a las últimas formas del renacimiento.


FUENTE EN LA
JGLESIA DE LA
COMPAÑÍA EN
CÓRDOBA
KRONFUSS

El altar mayor fué cambiado con posterioridad para tapar interiormente la puerta principal: así se encuentra hoy el altar mirando al oeste, contra todas las costumbres de la época.

Los muros—ahora sin arte—fueron pintados, y valdría la pena investigarlos para encontrar su pintura original de la cual dice el padre provincial Zurbano en una comunicación a su majestad del año 1643: «Hay también en el colegio máximo de Córdoba una capilla doméstica para las pláticas que puede competir con las mejores de Europa. En su descripción quedaría corta la pluma por haberse alargado tanto el pincel en ella.

Toda está hecha con admirable arquitectura; sus frisos por arriba parecen que salen de la pared, y sus columnas de jaspe imitan tan a lo natural este material que parecen ser auténticos. Entre columna y columna vénse embutidos los cuadros de nuestros santos, maravillosamente pintados: en los vacíos que dejan, los principales misterios de la vírgen; en el testero (fachada principal sobre el altar) un Cristo crucificado, que con haber pretendido pintarle muerto, parece quedó vivo según está vivamente pintado. En su extremidad hay el retablo, labrado con extremados lazos y labores, dorado y estaffado como los mejores de Europa».

De todo eso podemos deducir que estaban cubiertas las paredes de pinturas murales, y entre las columnas se veían pintados algunos óleos.

Toda esa pintura, incluso la de la bóveda, que es lo único que se guarda, debería producir una impresión finísima, si tomamos además en cuenta, que era la única en todo Córdoba.

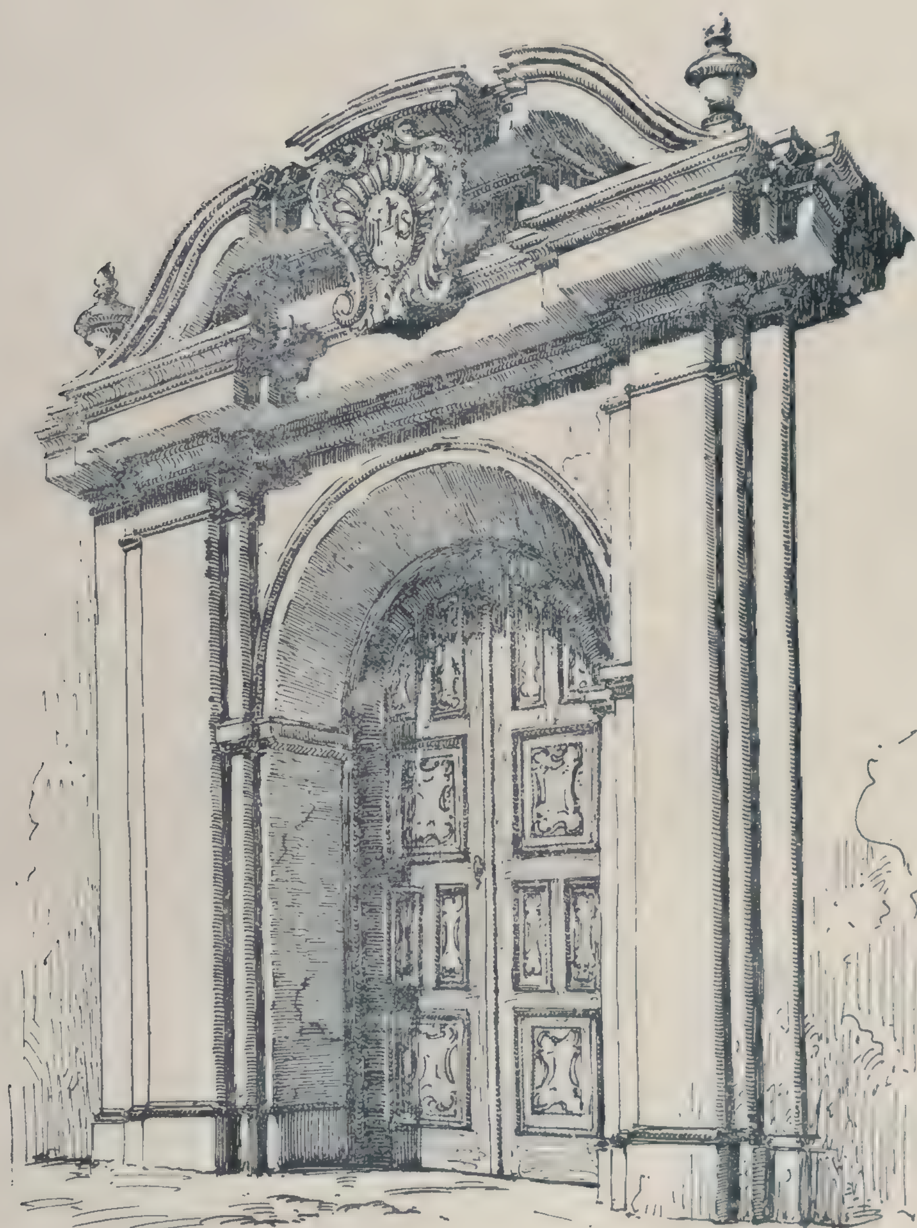
El altar de la capilla doméstica es de la época barroco con sus columnas salomónicas doradas y pintadas, como puedo comprobar por otros estudios históricos de Europa. Pero hay un resto del primer altar que está debajo del altar barroco, y ostenta en colores pálidos, las formas claras de decoración de la época del renacimiento que fué publicado por el padre Pedro Grenón y que no es más que el resto del primer altar renacimiento de la capilla que fué reemplazado por el altar más adornado en la época barroco.

El cieloraso era pintado y adornado. Esta forma de pintura comprueba ya el pensamiento de renacimiento más claramente. Pero ¿cómo podían realizar estos hombres sus planos y adornar sin oro, sin escultor, sin materiales y sin obreros, las paredes? Sin embargo eran tan eminentemente prácticos que nuevamente vencieron las dificultades. Hacían un líquido de cola (gelatina de huesos) agregaban yeso quemado o cal adentro, de lo cual resultaba una mezcla que puesta sobre las tablas, las igualaba y alizaba, volviéndolas aptas para recibir los colores. Pulían el fondo, y con cinco colores empezaban la pintura de adornos. El dibujo y pintura son característicos y hay pocas iglesias en Europa que hayan guardado sus adornos de la época renacimiento como esa. Las hojas son todavía en sus puntas de forma gótica, y especialmente la pintura es característica con sus colores puestos separadamente uno al lado del otro a la manera como se usaba en la heráldica de 1500 a 1660. Pero ya la composición del ornamento con escudos y ángeles es sentimiento puro de la primera época del renacimiento.

Así no quedaba terminada la capilla de la cual dice ya el explorador Azcarete de Biscay, que pasó de Buenos Aires a Potosí: «los jesuítas tienen allí un colegio, y su capilla es la más rica y la más hermosa de todas».

A pesar de que no tenemos siempre documentos exactos, la forma de la pintura y la construcción indican bastante aproximadamente el aseo de su confección. La puerta fué puesta al último, y lleva en el escudo el año 1668.

La gran obra de la iglesia mayor fué también empezada (y según parece sin planos especiales y solamente con las medidas principales) después del año 1600, guardando la forma de cruz en la planta lo que es característica para las iglesias de jesuítas en España.



PORTAL EN EL CONVENTO DE LOS JESUÍTAS EN CÓRDOBA

Como no habían mayores complicaciones en la arquitectura por falta de piedras elaborables y hombres aptos para trabajarlas, subían muy rápidamente los muros lisos, y hombres aptos labraron, con cifras de forma renacimiento, las fechas de la terminación de cada sección, que son para las torres 1673 y 1674 hasta su pirámide.

Hasta aquí marchaba todo bien; pero llegó la cuestión de los techos y cornisas. Las torres de la época renacimiento son de líneas rectas; no se usaban para techarlas bóvedas que correspondan a épocas posteriores.

Cuatro piezas de madera unidas por sus puntas sobre las cuales se colocaba un entablado y luego las tejuelas, formaban el techo. Una cruz remataba el conjunto.

Pero esa madera no resistía, y la sacaron en estos últimos años, poniendo la torre que existe ahora, que con sus formas curvadas grita al cielo no pudiendo soportar la desarmonía que existe entre ella, la iglesia, la época, el sentimiento histórico y el gusto.

Pero techar un ancho de 10.75 mts. con una bóveda de mampostería era imposible todavía, siendo estas construcciones inventadas y usadas en los años 1740 más o menos, en Europa.

Pasar por encima de los muros con techo de tijera era imposible por falta de palos largos. Aún cuando pidieron a sus colegas, los padres residentes en Misiones, que les mandaran cedro por vía fluvial, no podían enviar palos sino de 5 o 6 metros de largo, pero muy fuertes. Con esos se podía formar una bóveda, pero no un cieloraso plano.

Y así lo resolvieron, creando una construcción de un gran valor histórico, y mérito técnico incomparable.

La cúpula del centro, con su diámetro de 10.30, fué solucionada de misma manera, y quedó terminada su bonita construcción, que es bastante fuerte para dar apoyo al techo de la misma, construcción ya descripta en el caso de la capilla doméstica.

La pintura de la bóveda se realizó poco a poco, pudiendo verse ya en las esculturas últimas la gran influencia del sentimiento y formas barrocos, con sus colores más fuertes, de más contrastes, que los del año 1700.

Al lado del negro, el carmín claro, dorados más fuertes y después azul claro y amarillo puro.

No hay mezclas entre colores o tonos diferentes. Sobre el fondo hecho como ya he descripto, pusieron los colores puros pintando los contornos ligeramente. Los colores son de mineral como el amarillo y azul de holla negra y rojo probablemente de plantas o raíces.

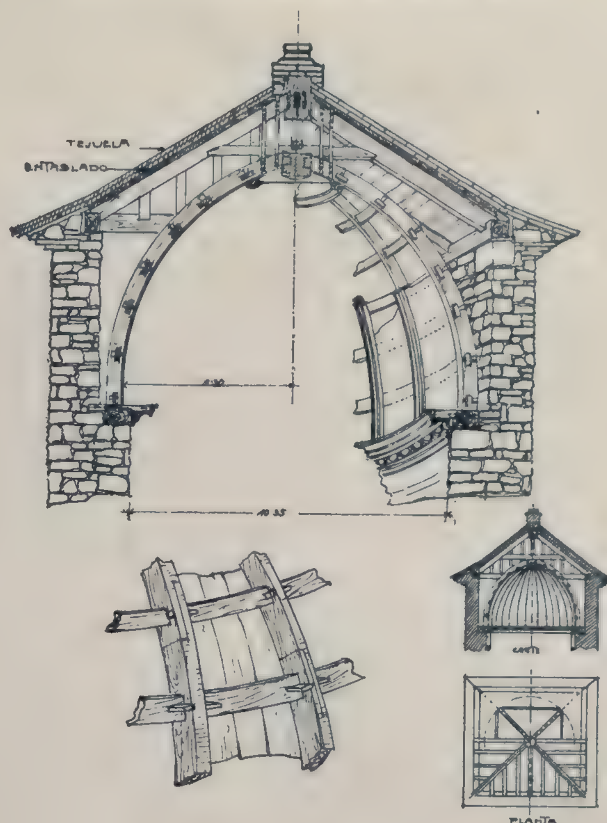
Los tapices coloniales que tienen 10 a 15 colores, nos enseñan cómo podían sacar de las plantas y raíces, maderas y flores, tal diversidad de colores.

Como ya mencioné, la terminación de la pintura de la bóveda tardó varios años, fué más o menos en 1720 (?). El friso abajo de la cornisa interior, que es también de madera, consiste en tablas labradas y pintadas de gran fantasía, siendo cada uno de los recuadros diferentes del anterior, con oleos entre las tablas, que demuestran hoy ser de los años 1660, más o menos.

Voy a tocar un punto que desde hace 4 o 5 años ha conmovido la opinión pública de Córdoba, el adorno exterior de la iglesia.

Después de lo mencionado yo creo que no me faltan muchas palabras para po-

CONSTRUCCION DE LA CUPULA
DE MADERA EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA.



ner todo en claro. Por carencia de materiales, caminos de comunicación para carros pesados, y ausencia de profesionales y artistas, los constructores no pensaron jamás en adornar la fachada. Ni la menor disposición se nota en ella que provea la colocación de adornos para futuros tiempos como se vé por ejemplo en Italia, fachadas con trabas, para la colocación de una arquitectura posterior.

La cornisa principal de la fachada sigue la misma línea que los cimientos, sin prever algún saliente o entrante de una futura arquitectura.

Ni para las llaves de los arcos principales tenían adornos previstos como que la llave no es siquiera de un gran pedazo de piedra saliente para trabajarlo después, sino hecho de piedra con la forma más necesaria para su colocación en el centro del arco. La situación de las ventanas nos dicen claramente que tampoco fueron elegidos para su futura entrada en una arquitectura. Cuatro o cinco estudios que yo he realizado comprueban esto en forma más clara.

Así es que no hay que buscar agregado alguno que no hubieren pensado a su tiempo para completarlo después.

El otro punto de vista es que, para dar mayor importancia a la fachada, se cree necesario agregar un pórtico arquitectónico dejando de lado el punto histórico, pero jamás para completar una obra no terminada de lo cual no hay más que hablar.

En ese punto el asunto es discutible, siempre tratandose de un trabajo artístico y abarcando nada más que el adorno de la puerta central.

En Europa hay un criterio más severo en estos asuntos.

Para las composturas de obras de valor histórico, se buscan hombres preparados que de su parte hacen todo lo necesario para guardar la obra en su carácter primitivo,—porque es la única forma de no falsear la historia—no borrando este idioma puro que cuenta al investigador toda la historia del pasado y relata la inmensa lucha de la intelectualidad y los hombres contra los elementos, enemigos acérrimos de las obras humanas.

Si en el Museo tuviésemos un traje histórico ¿sería razonable poner botones modernos a este traje, solamente para cumplir con nuestras costumbres que no pueden ver un vestido sin botones?

Respetar la historia no es más que guardar lo antiguo, no sacando ni agregando nada que sea característico de la época. Y si la época usa las formas crudas por ciertas razones, tenemos que respetarlas y nada más.

Volvamos después de esta reflexión a nuestro tema. Como se trataba de una obra empezada sin planos, sin estudios, claro es que la distribución de las edificaciones no guardan relación una con la otra. El frente de la iglesia se retira a 12.70 mts. de la calle correspondiente—como hacían en España e Italia—ponían las medidas principales y empezaban con el trabajo normal, dejando la resolución de formar adornos para cuando la ocasión se presentara durante la construcción.

Así pues, cada parte agregada se desprende fácilmente estudiendo los planos levantados por mí. Primero existía la ermita, después la capilla doméstica independiente; sigue la construcción de la iglesia y dependencias del convento, talleres, depósitos que se ponen al muro de cerca con algunas partes techadas.

Después una parte del colegio y noviciado—ampliación del convento—ampliación de la universidad. Y en épocas modernas, adaptaciones y pequeños agregados de galerías' etc., etc., para una comunicación mejor, uniendo todo lo que es posible.

Para comprobar estos datos tenemos como antecedente y materia los muros, algunas piedras y documentos.

Por la igualdad de construcción y materiales, son contemporáneos: el muro de la calle Caseros y el de calle Vélez Sarsfield que cercan el solar de la ermita dando seguridad y techo a los pocos que tenían el servicio en la capilla y trabajan en la ampliación.

Después servían como taller los techos agregados para los otros trabajos, como fabricar puertas, ventanas, etc., etc.

La iglesia misma no contaba de antemano con la cripta que está situada debajo del altar, con una puerta en el suelo tapada con una piedra chata.

Dicha cripta consiste en dos bóvedas de tamaño reducido. Se ponían los muertos a la orilla del muro en la tierra como en los conventos de España, sacando después los huesos, que se tiraban a un pozo más profundo que según el mito popular era la entrada de un subterráneo.

La cripta abovedada, es una de las primeras que se han ejecutado en Córdoba. La época de su construcción es, sin embargo, muy posterior a la de la iglesia; puedo comprobarlo por la construcción misma. El ancho de la iglesia es de 10.70 mts.; el ancho de las dos partes de la cripta con el muro divisorio es de 7.40 mts. Así quedan los muros de la cripta entre los muros de la iglesia, pegados muro a muro, lo



PORTÓN EN EL CONVENTO DE LOS JESUÍTAS EN CÓRDOBA

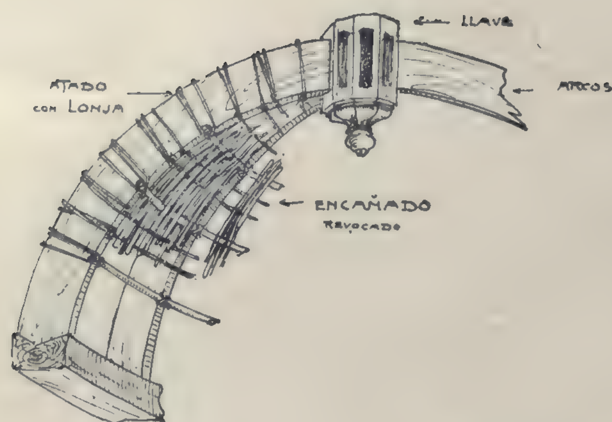
que no se hace jamás sino en casos muy excepcionales como cuando posteriormente se quiere agregar una cripta.

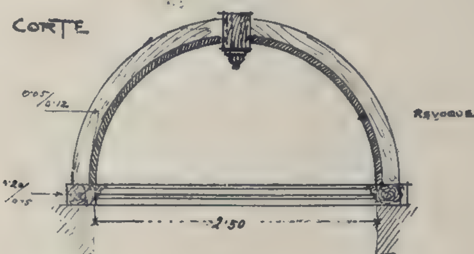
Además, prueba mejor que cualquier otra razón, la construcción posterior que tenía que dividir el ancho de la cripta por la imposibilidad de construir una bóveda de medio arco para lo cual no tenían altura suficiente, encontrándose la construcción limitada entre el agua del suelo y el piso ya de antemano determinado.

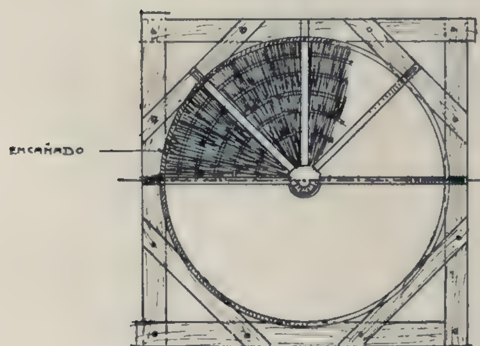
En la construcción de la iglesia de los jesuitas, no hay ladrillos, porque no podían hacerlos.

Teniendo después un hombre capaz de fabricarlos, que fué en los años que ostentan las torres (1673-1674), agregaron en seguida la cripta.

De esto resulta, pues, que hasta los años 1614 no han empezado la cripta y por esa razón no enterraron en ella los restos del Obispo Trejo, fundador de la Universi-







PLANTA

dad, que murió en 1614. Pero dice el testamento de Trejo: «mi cuerpo será sepultado en la capilla de dicho colegio». Como la iglesia mayor estaba en la primera construcción, es claro que los restos del obispo Trejo y Sanabria yacen en la capilla adelante del altar, al Este, según las costumbres de la ápoca. Como no hay ningún dato de si fueron o no trasladados los restos del obispo Trejo la cripta que en el mejor caso fué terminada en el año 1700 (?) marcando en una piedra de la cripta la fecha, ni tampoco fueron hechas excavaciones en la capilla doméstica, no se puede deducir de algunos despojos carcomidos encontrados en la cripta y de un escapulario, hebillas y botones y unos zapatos que denunciaban una persona de alta jerarquía que son los restos del obispo Trejo. Por mi parte interpreto pues la cláusula testamentaria de Trejo «mi cuerpo sea sepultado en la capilla mayor de dicho colegio» que la capilla menor era en el año 1614, año de muerte del obispo Trejo, la ermita, y la capilla mayor era la capilla doméstica que fué empezada por los jesuitas en el año 1600, pues es la única capilla terminada en esa época. La iglesia mayor estaba en construcción. Es conocido que después de la primera expulsión de los jesuítas en 1747, per-

maneció la cripta cerrada y durante la ausencia de ellos no penetró nadie. Así que no ha sufrido ninguna modificación esa parte de la iglesia, siendo ella la única ocasión para trasladar los restos del obispo Trejo en los años 1700-1747. Pero, como las torres indicaban la fecha 1647, se puede suponer que la iglesia en su parte interior no estaba terminada en los años 1700, y por eso, poco probable el traslado de los restos de Trejo a la nueva cripta. Esto tanto menos presumible cuanto que esa ceremonia hubiese sido muy festejada y algún historiador nos hubiera contado algo de ella.

Teniendo la iglesia se agregaron después las dependencias ampliadas, un noviciado que se une después a la cripta transformada en sacristía de la capilla doméstica.

Pero ya se empezaron a sentir los efectos de las inundaciones de los años 1623-1628 y se levantó el piso, teniendo que interponer entre las galerías del claustro y el nivel de la iglesia varias escaleras, llegando encima del nivel del piso de la iglesia. Esos desniveles en el piso ya los cuentan las construcciones. La ermita más baja que todos, la capilla doméstica más alta (?), la iglesia mayor más alta que ésta, y después, los accesorios otra vez más altos.

Quedan hoy día bajo del nivel de la calle la capilla doméstica y la ermita.

Así podemos decir que la primera época de la construcción se terminaba con la iglesia mayor con su cementerio al lado; separados de ella, la ermita y capilla doméstica, pero en combinación con el noviciado y todo cercado con muros altos y fuertes pegándose a ellos los ranchos, techos, talleres, etc., etc.

«La segunda época» empieza recién en la época del barroco con el convento y después con el colegio a continuación de éste y unido con la iglesia. En los años 1690 fué terminada la parte interna y dotadas las naves de siete altares y capillas dedicadas al culto; por lo menos así consta en un auto expedido el 17 de enero de 1690 que fué publicado por el Dr. Cabrera en el libro «Estudios y opiniones». Se acordaba, según este autor, la autoridad diocesana a los fieles que visitaran las siete capillas de la iglesia de la Compañía de Jesús, las mismas gracias e indulgencias que se ganaban en Roma, orando ante los siete altares de la basílica de San Pedro.

Estos siete altares tenemos que buscarlos en la nave principal que formaba la cruz, pues las naves laterales, hoy capilla de Lourdes y sala de grados, fueron agregados después, teniendo ya bóvedas de material que es siempre una construcción posterior.

Aquí valdría la pena describir y apreciar todo lo artístico y que ha sido guardado hasta hoy, por lo cual sólo podría hacerse con un estudio especial; porque seguir a estos hombres de talento y energía en sus talleres, y estudiar su modo de pensar y trabajar, nos harían más comprensibles estas obras rústicas.

Hay que darse cuenta de qué espíritu universal y profesional estaban dotados esos jesuítas que han intervenido en la construcción de estas obras y quienes enseñaban y educaban a sus mismos obreros o sean los indios que los servían como profesionales y con los cuales no podían entenderse de otra manera que con signos.

En la carta de un padre jesuíta esa relación entre los indios y sus maestros

está bien definida y para mayor ilustración voy a citar una del misionero Baucke, que actuó en la provincia de Santa Fé en los años 1760 entre los indios mocoveís.

Este araba la tierra en presencia de los indios, a quienes gustaba tanto ese trabajo que, a la invitación de hacer y probar lo mismo, contestaron al padre que siguiera nomás arando, pues tenían sumo gusto en mirarle. La reducción llamada de San Javier fué visitada por el padre Brignid de Austria que vivió cerca de 30 años entre los guaraníes y 17 años entre otros indios y fué rector del colegio en Santa Fé. Él, viendo el gran trabajo realizado por el padre Baucke, decía una vez a éste: «Dios ha dado al santo Xaverio el don de hablar todos los idiomas. A Vd. le ha dado el don de las profesiones, es usted músico, carpintero, agricultor, herrero, albañil, constructor arquitecto, escultor, pintor, sastre, sabe trabajar el cuero y construir órganos, violines, etc., etc., trabajar el pestaño y hacer platos, pero veo que anda sin zapatos,—no sabiendo fabricar éstos». «Bien, contestó él, como los más completos!»

Así se ve que, empezando con la profesión de zapatero hasta la del ingeniero y sus obras de arte y construcciones de diques, tenían que saber de todo; y no solamente saber, sino también enseñarlo.

En frente de tal energía y capacidad tenemos que inclinarnos modestamente.

El convento mismo no ofrece ninguna particularidad, quedaba casi en el mismo estado de antes. La cocina da a la calle Vélez Sársfield, cerca de ella el presbiterio y después las celdas y biblioteca con un piso encima. En las partes de abajo está todo abovedado y a ellas corresponden forzosamente los muros fuertes.

Los pequeños detalles de las bóvedas y corredores, situados en puntos de importancia y la escalera misma, son todos otros testigos del pensamiento constructivo de la época 1700-1800.

En la construcción de las bóvedas, especialmente de los corredores, se destaca en seguida la diferencia entre la primera parte (noviciado) y el agregado posterior con la unión de las partes nuevas con las del antiguo. Entre la iglesia mayor y el convento no hay desde hace mucho tiempo, ninguna comunicación, sirviendo para los padres del convento la capilla doméstica solamente. Las dos puertas de comunicación que existen actualmente entre convento y sacristía y entre zaguán y pieza, al lado del altar, son posteriores como nos indican los desniveles de los pisos y además las puertas mismas con su construcción moderna.

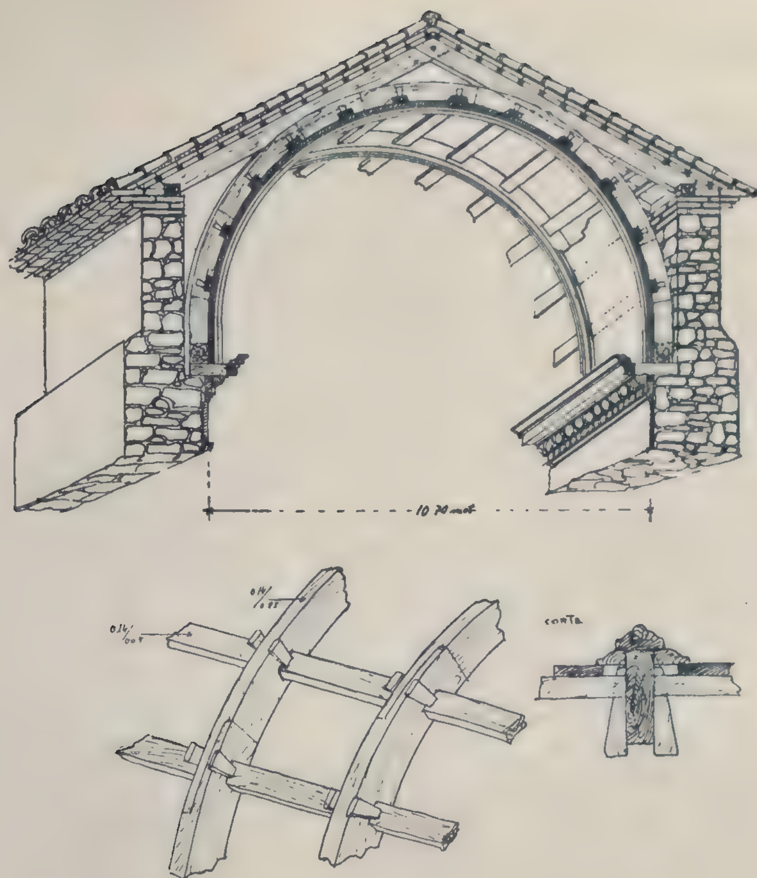
Así pertenecían sin duda alguna, convento, ermita y capilla doméstica a un complejo cerrado; y la iglesia, con la Universidad, a otra época y a un complejo diferente.

Acabada la construcción externa de la iglesia en los años 1674, quedaba después la decoración y pintura de la bóveda que es contemporánea a la iniciación de la construcción de la Universidad.

Vamos pues a estudiar en esta última.

Forma un patio cuadrado con galerías y piezas alrededor, como es el piso en los conventos (Santa Catalina, por ejemplo), las piezas son formadas por fuertes muros para contrarrestar el empuje de las bóvedas que hacían de cieloraso y de techo al mismo tiempo.

El primer piso existente es relativamente moderno y por eso no tiene mayor interés para nosotros.



Lástima que con esa construcción han borrado todo lo característico de la primera forma que nos hubiera dado una nota histórica y pintoresca para la ciudad.

Ese cierto carácter que ostentan, en relación a las modernas, que no son más que una mezcla de todas las formas mal interpretadas de arquitecturas de ciudades europeas.

Esas formas rústicas son una parte importante de nuestra época. ¿A dónde llegaríamos si por razones edilicias empezáramos a revocar los muros de la antigua Jerusalem o revocar y pintar las murallas de las antiguas ciudades?

No quedaría nada de lo histórico y llamativo de esa habla elocuente que forza a parar los chicos para que el papá o la mamá les cuente algo de las antiguas construcciones.

Revocadas y pintadas ya no hablan más esas obras; quedan indiferentes como las sillas en las salas, a las que las señoras cubren con una funda.

Tapadas, pues, una parte de las fuentes informativas, me veo reducido en mi investigación a estudiar los pocos documentos que nos hablan del colegio de los jesuitas para establecer una comparación con los restos existentes y encontrar el lugar al cual se refieren.

El jesuita Gervasoni que el año 1729 visitaba Córdoba, es decir, en un tiempo en el cual la iglesia mayor estaba techada y el interior casi terminado, dice en una carta a su hermano: «Nuestro colegio es bello, pero todavía permanece una parte en la misma forma (se refiere a las cosas de tierra cruda) y lo habitamos; parte es de ladrillo; pero, como está sin bóveda, se llueve en todas partes: el único capaz de fabri-

car una bóveda es el italiano de que hablé en otra mía, pero está ocupado en Buenos Aires, después de haber fabricado aquí el señor obispo una catedral muy hermosa. Mi habitación está en el corredor que habitan los superiores y los padres más ancianos; en tierra plana, sin bóveda y con el piso como los demás, medio hombre más bajo que el de los corrales».

Se deduce, pués, de esta descripción, que se trata más o menos del año 1729, en que el colegio no estaba terminado todavía, una parte era abovedada y la otra estaba aún en su forma primitiva, quiere decir de tierra cruda con techo de tijera y paja. El noviciado, después, fué transformado en habitaciones de tierra plana y sin bóveda y casi enterrado. Es muy claro pués que las nuevas construcciones tenían el piso levantado quedando las antiguas casas como dice Gervasoni «medio hombre más bajo que el de los corrales».

Además, se deduce también que de la primera forma del colegio y del noviciado no quedaba nada, porque hoy en día todas las piezas en planta baja son abovedadas y los pisos más altos que la capilla de la Ermita.

Es pues la segunda forma del colegio y convento la que estamos estudiando. Pero el plano que ha levantado y los restos de arquitectura sobre ciertas puertas de la sacristía, nos indican con una pequeña reflexión donde estaba la primera casa.

De la sacristía de la iglesia mayor salía un corredor, que ahora está ocupado por oficinas y es paralelo y pegado a la galería del patio de la Universidad que conduce al Colegio Nacional.

Aquí tenemos que buscar pues, las primeras aulas del colegio.

Reconstruiremos a nuestra fantasía, la imagen de las obras que existían en el año 1613, o sea en el año de la fundación de la Universidad.

Ya conocemos la ermita y la capilla doméstica. La parte terminada de los cimientos de la iglesia mayor. Alrededor de la obra, las piedras, carros, ranchos para dormir, cerca de la capilla, el cementerio y pequeñas habitaciones para los frailes y sus necesidades, construidas de barro y techo de paja.

De escuela no había nada todavía, pero se pensaba construirla enseguida, según el obispo Trejo que decía en el documento de la fundación: «fundar un colegio en la Compañía de Jesús de dicha ciudad y... se obliga a dar, dentro de tres años al mencionado colegio, cuarenta mil pesos, para que con ellos se compren las rentas de dos mil pesos... sigue más tarde mil quinientos pesos para el sostenimiento de los religiosos y del edificio; porque esto y tanto como costará el sustento de maestros y estudiantes, y otros religiosos que será forzoso tener un edificio tan grande como sará menester, más que los dichos de mil pesos de rentas, hago donación al dicho colegio, etc....»

Así pues tenían que esperar muy modestamente a ampliar las casitas existentes, porque el colegio debería abrirse y empezar a funcionar dentro de los quince días, a contar desde la fecha de la escritura. Claro que el colegio recién fundado no contaba con muchos alumnos, por lo menos así dice el documento publicado en la Historia de la Compañía. Las cosas del colegio de Córdoba, dice el P. Lozano, caminaban este año felizmente por la divina bondad, así en lo temporal como en lo espiritual. Por cuanto a lo primero, mantenía ya esta casa más de sesenta sujetos, cuando pocos años antes, con dificultad podía sustentar cuatro o cinco.



Antigua pintura en la bóveda de madera de la Capilla doméstica de los Jesuitas, en Córdoba

Un otro documento fechado en marzo de 1614, afirma que los estudiantes eran ya veinte y cinco en siete u ocho meses que llevaba de fundación el colegio.

Para 5 hasta 25 alumnos fácilmente bastaban dos o tres piezas que habían agregado a las casas existentes, no pudiendo gastar mucho para su construcción. Y así quedaban hasta el año 1729, en el cual el padre Gervasoni visitaba el colegio, y dice: «nuestro colegio es bello pero todavía permanece una sección en la misma forma; parte es de ladrillo pero como está sin bóveda se llueve por todas partes», y enseguida sabemos también la causa de ese retraso de un siglo, en la construcción del colegio, por la segunda parte de la carta del referido padre Gervasoni, mencionada al tratar del «Solar de los jesuítas».

A partir de esa fecha se sigue construyendo, derrumbando las casas de barro y reemplazándolas por otras de material y techos abovedados.

En el año 1754 ya consta un documento publicado por el Dr. Cabrera que dice: «se ha hecho el ángulo nuevo de la *Portería principal*, ha héchose también, cocina, despensa y contradespensa, todo de bóvedas con su tránsito y se está actualmente trabajando en unos de la misma especie».

Estudiando además esta lista de deudas de 1723 hasta 1754 de la Compañía encontramos fácilmente los años de las construcciones principales, en los años 1723 hasta 1726, las deudas oscilan entre 18.000 y 19.000 pesos, después bajan durante los años 1728-1736, pero en 1745 alcanzaron otra vez a 17.000 pesos y en 1747 a 41.000 pesos, bajándose después en 1754 a 2.400 pesos.

Como las construcciones son siempre caras y especialmente la decoración interior, muebles, etc., necesitan gastos continuos, le resulta fácil al que pase por sus manos las cuentas de obras, deducir de ellas las varias épocas de la construcción, que en este caso es tanto más fácil que las formas y perfiles de arquitectura que no siempre hablan sinceramente por ser arte y ayudan mi trabajo.

Según los gastos y las formas se puede decir que en los años 1745 estaban terminados los claustros de la Universidad existente y además «la portería principal» o sea parte de la iglesia que ahora está ocupada por la sacristía, y la pieza con la fuente de piedra sapo en la entrada a la galería que hoy está cerrada por oficinas, y comunicaba directamente con el «Colegio Nacional» de hoy.

Con el siglo XIX puedo también terminar mis estudios, porque la continuación de la historia fuere en aumento de material, pero con falta de bases de arte e ideales.

Han demolido las naves laterales de la iglesia, poniendo en una de ellas la capilla de Lourdes y en la otra la sala de grados.

Han demolido la entrada principal del antiguo claustro que daba a la plazoleta de la iglesia, borrando el efecto de conjunto pintoresco; sacando el portón en tal forma que con los restos no es posible reconstruir la forma primitiva. Después al separar la iglesia de los claustros, se practicaron aberturas e hicieron varias demoliciones sobreelevando un piso más, cambiando por lo tanto la arquitectura sin dejar la menor idea de lo que tapa ese revoque pintado de la nueva fachada que da ahora a la calle.

Estas páginas de la historia no cuentan ya con aplicaciones interesantes o de utilidad. Cumplen con necesidades pero no con ideales. No respetan el pasado, ni guardan la armonía del conjunto. Es ya nuestra época de materialismo de cifras y de cálculos: todo imitaciones!...

Fallar sobre nuestra época, sobre sus productos, pensamientos y sentimientos, ya no es mi tarea y bien pronto se me podrá reprochar la falta de distancia histórica para formarme una idea imparcial. Por esa razón termino mis investigaciones sobre ese solar de los jesuítas, entregando a los historiadores mi material, fruto de un estudio de tres años, deseando que les pueda servir de ayuda, completando así con él los documentos que se encuentran casi olvidados en los archivos y haciendo renacer en el espíritu moderno los cuadros del pasado que tan grandes valores representan.



CAPITULO V.

LA CATEDRAL DE CORDOBA



TIMPANON DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA



ENTRE las obras monumentales de la época colonial—en lo que se refiere a la Argentina,—la más importante, talvez la primera, es la Catedral de Córdoba. Su historia, es la historia de la ciudad. Con el adelanto de ésta, sigue la obra adelante y con cualquier retraso queda paralizada la construcción. Con la fundación de la ciudad en el año 1573 (6 de Julio), quedó ya determinado el lugar para la Catedral frente a la plaza, y según las costumbres de ese tiempo el solar elegido era de tal forma, que el altar o eje principal de la Iglesia se orientaba de Oeste a Este, dando la fachada principal a la plaza.

No pasó un año y los enérgicos conquistadores y sacerdotes que los acompañaban empezaron con los trabajos en el lugar destinado a la «Iglesia Mayor» que era designado por una sencilla cruz de madera.

A 11 de Marzo de 1574, estaban abiertos los cimientos de la Iglesia Mayor en el nuevo sitio y asiento señalados «muchos días» antes por Cabrera para trasladar la ciudad de su asiento primitivo. (Arch. Municipal tomo I).

Con este traslado de la ciudad en el año 1575 se cambiaba el lugar de la Iglesia, pero no su ubicación con relación a la plaza y orientación del altar. Como dice un documento que los cimientos de la Iglesia Mayor ya estaban abiertos en el año 1574, es claro que éstos quedaron interrumpidos y tuvieron que abrirse de nuevo, en el otro lugar poco distante del primitivo.

¿Qué podían construir en ese tiempo unos cuantos europeos y pocos indios, sin herramientas y sin experiencia? La primera casa de Dios fué pequeña y de barro, o mejor dicho, la cruz cruda—erigida con la fundación—fué simplemente techada y cercada con una empalizada revestida de barro.

Hasta el 19 de Marzo de 1581 no tenemos más noticias. Pero en esa fecha el procurador general de la ciudad presentó al Ayuntamiento una petición relativa a ella, y entre otras cosas, decía que se debían poner estacas en las esquinas de la cuadra señalada para Iglesia Mayor de la ciudad. A fin de que se empezase la edificación, ordenóse que los vecinos contribuyeran cada cual, con un indio para la obra de dicha Iglesia. El Cabildo dispuso al efecto que se midiera la cuadra señalada para la Iglesia Mayor y se pusieran estacas en cada esquina; y para hacer esta medición fueron designados el alcalde Bartolomé Jaimes y don Alonso Martínez Regidor. En seguida debía darse comienzo a la edificación, debiendo contribuir los vecinos con los peones y demás cosas necesarias. Quedó designado en carácter de obrero mayor o sobrestante de la obra, el cap. Nicolás de Dios «(hombre que sabía de altura)» había sido piloto y venido al Tucumán en compañía de Núñez del Prado. (Arch. Municipal tomo I).

Pero ahora, queriendo empezar con una severa construcción, nos encontramos con las grandes dificultades que se presentaban para llevarla a la práctica.

En la instrucción que acompañaba al poder dado por el Cabildo de esta ciudad el 8 de Febrero de 1580 al P. Rivadeneira, cap. Lorenzo Suárez de Figueroa y Alonso Gómez de la Cámara, para que concurriesen ante el rey, se decía en el primer inciso:

«Se ha de pedir a S. M. que atente a que esta tierra es pobre y no es posible hacer ornamentos «a esta Santa Iglesia de esta ciudad», que S. M. sea servido de lo proveer. (Arch. Municipal tomo I).

Dos años después el cabildo de 31 de Dic. de 1582, acordó que todos los vecinos de esta ciudad den orden de cómo se haga la Iglesia Mayor conforme a la partición que el señor Capitán (Juan de Molina Navarrete, teniente de gobierno y justicia mayor) hiciere de las tapias y que cada vecino hubiere de echar en la Iglesia, y para que la Iglesia vaya bien hecha, mandaron a todos los vecinos diesen la limosna que pudieran para que se pague una persona que asista en la obra. (Arch. Municipal, tomo I). Empezaron la obra sin planos, sin constructores, sin una persona que fuese capaz de atender la obra.

En el año 1593, recibieron en Córdoba, bajo arcos triunfales, al gobernador capitán general y de justicia de Tucumán, Fernando de Zárate y le acompañaron a la Iglesia Mayor, o mejor dicho a la capilla antes mencionada que hacía veces de «Iglesia Mayor».

Luego siguieron con la construcción,—con buena voluntad y esfuerzo—pero sin mayor resultado, porque en 1595 el procurador general de la ciudad, cap. Francisco López Correa presentó ante el Cabildo varios recados que había él ganado en favor de dicho Cabildo, de parte del señor gobernador y cap. general, siendo uno de ellos un mandamiento para que se acabe la iglesia de la ciudad y casas de Cabildo y se cobren las mandas, diciendo el memorial verbalmente: porque hay mucha «remysión» (demora) y descuido en ello en no acudir con lo que han prometido para poderlas acabar. (Arch. Municipal libro II).

La demora en la construcción fué causada pues, por falta de pago en las mandas, y personal apto para la construcción. Hasta 1598 trabajaban — pero el trabajo no daba resultado — porque no tenían ni planos, ni dirección. Llegaban a una situación que forzaba la solución del asunto. Así, el cap. D. Alonso de la Cámara, en nombre del Cabildo conviene con el oficial cantero — arquitecto y constructor — Grego-

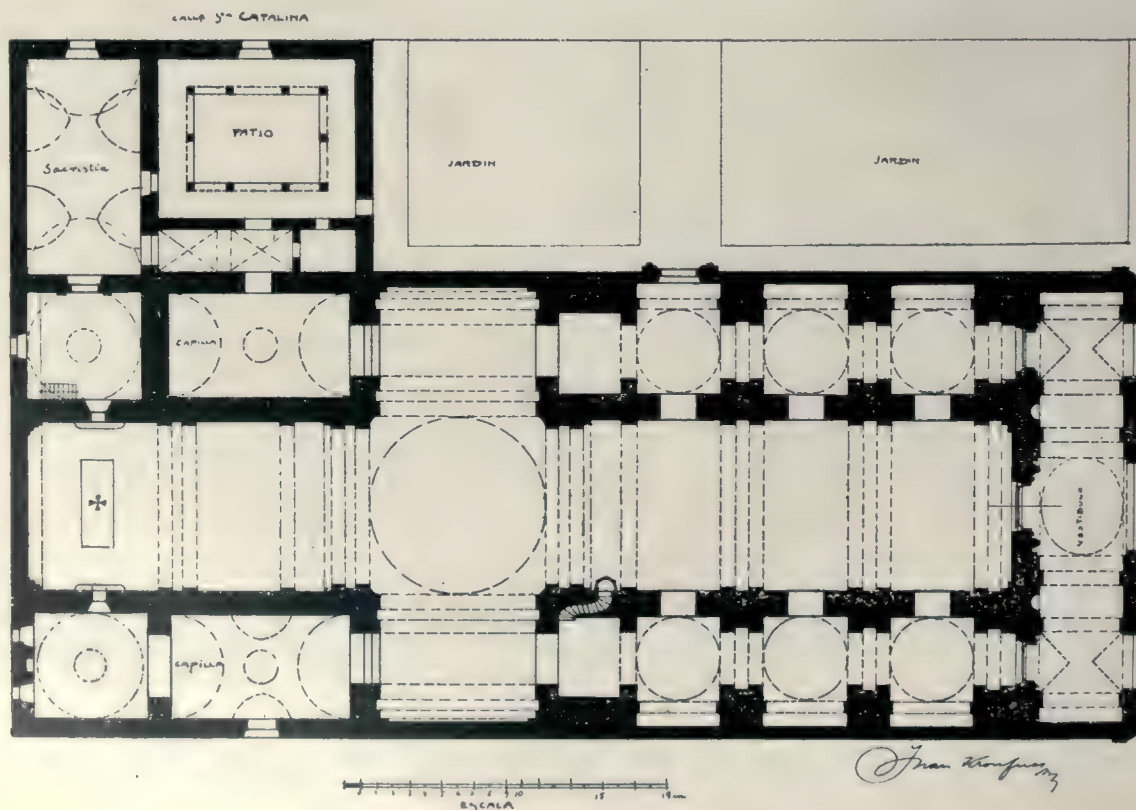


CATEDRAL DE CÓRDOBA

rio Ferreira, arreglar el asunto relativo a la obra de la Iglesia Mayor en la siguiente forma: Gregorio Ferreira se obligaba a hacer en dicha Iglesia, un arco toral en el cuerpo de ella, de cal y ladrillo con sus capiteles y bases, con dos almenas sobre los pedestales de la proporción que conviniese y dos portadas en la dicha Iglesia con sus basas derechas, capiteles y basas de la misma cal y ladrillo con sus arcos de cimbra, palo alto, y un campanario de tres pedestales, con sus basas, frontispicios, capiteles y dos ventanas; y una pila labrada toda con los mismos materiales que se ha referido, los cuales han de ser conforme a los modelos que están en poder del presente escribano (Juan Nieto) y para dicha obra se obliga asimismo el dicho Gregorio Ferreira a hacer toda la cal que fuere menester en prieto (?) y para hacer la dicha cal ha de ser a costa y él la ha de pagar a seis tomines (?) por fanega, medida a la puerta de la Iglesia de esta ciudad, la cual se ha de acarrear con las carretas que los vecinos dieron y asimismo ha de hacer los quisieros de las portadas altos y casas de piedra sacándolas el dicho Gregorio Ferreira, las cuales ha de labrar con sus herramientas y para ello se le han de dar los indios y carretas que fueren menester.

Debía acabar dicha obra en el plazo de diez meses contados desde la fecha de la escritura y por su trabajo, manos y ocupación se le daría en total la cantidad de 650 pesos, pagaderos de la manera siguiente: una tercera parte a los tres meses, otra a los seis y la otra tercera parte cuando acabara la obra.

Si a los cinco meses estuviese concluída la mitad, se le pagarían los dos tercios juntos, debiendo dársele además, dos toménes de pan diariamente uno para él, y otro para el que hacía el ladrillo; dos carneros cada semana y cinco pesos para pagar los alquileres de la pieza habitación en que vivía, fuera de los seiscientos cincuenta pesos de la contrata.



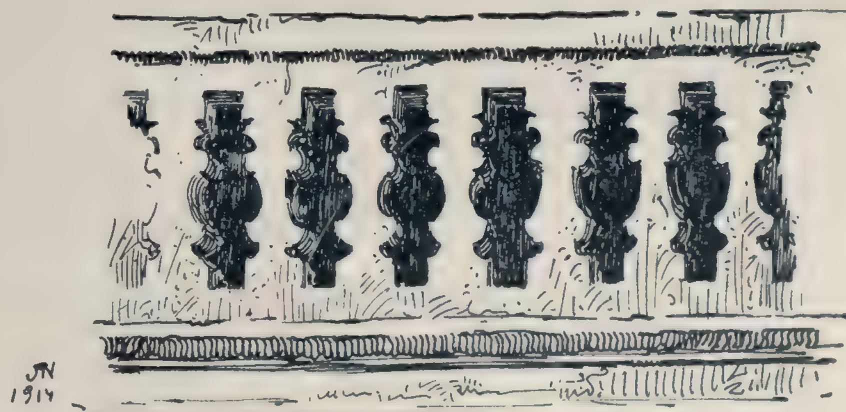
PLANTA DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA



VENTANILLAS DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

El mismo día don Alonso de la Cámara contrató a Juan Rodríguez, oficial de cantero para que hiciera todo el ladrillo para la obra de la Iglesia. Se le darían los peones necesarios, y por todo el trabajo la suma de 190 pesos, pagaderos en tres plazos. (Arch. de la Provincia de Córdoba).

Comparando esta descripción con el edificio existente, fácilmente podemos darnos cuenta que se trata de dos edificios distintos; que la descripción no se refiere a la Catedral existente, sino a una otra que ya no existe. El texto citado se refiere a una Iglesia de estilo Renacimiento, con el campanario de lado como son muchas iglesias de esa época, y de las cuales existen algunas ruínas todavía en la Argentina. Además reconstruyendo la fachada según esa descripción nos encontramos con las iglesios de esa época construídas en el Perú con una gran portada en el centro y dos laterales. El adorno del arco central era formado por dos almenas que por su porte



BALAUSTRADA DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

pertenecen a la primera época del Renacimiento, como por ejempo, la antigua Municipalidad en Firenze. No había, pues, en esa Iglesia más que una nave de tamaño reducido, como se deduce fácilmente de la poca cantidad de ladrillos exigidos y contratados.

Otro problema se presentó al tener que techar esta construcción, siendo la luz a salvar de 6 a 8 metros.

Según un documento del año 1601, nos consta que en esa época el carpintero Mateo Domínguez, había colocado los tirantes y tijeras en una parte del edificio, trabajo por el cual percibió la cantidad de 800 pesos, quedando ésta en condiciones de recibir el techo.

Se puso a discusión en el Cabildo dicho día si se la cubría de tejas de barro y pajas o bien de alguna otra cobertura resolviéndose que se la cubriera de tejas.

No había más que un individuo que pudiera hacerla, Hernando Alvarez; se le contrató, pues, comprometiéndose éste a hacer treinta mil tejas más o menos, según fueren necesarias para cubrir la Iglesia y que serían bien hechas y bien sazonadas y cocidas y de barro podrido y bien sazonado y de canal, no hendidas ni quebradas y que tuvieran después de cocidos media vara escasa de largo.

Por cada mil de tejas se le darían 22 pesos de plata corriente.

Deberá comenzar el trabajo de dicha teja desde principios de Agosto próximo y terminarla en el plazo de dos meses. (Arch. Municipal Tomo III).

Fácilmente se deduce, pues, la superficie de la Iglesia tomando 30 tejas por metro cuadrado, techado que corresponde más o menos a una superficie de 900 metros cuadrados, techada de dos aguas. Estas medidas corresponden, pues, a una iglesia menor que la mitad de la Catedral existente.

Pero entre hacer un contrato y ejecutar una obra hay muchas veces un abismo difícil de pasar. Terminada la construcción y pasado el mes de Agosto, las tejas no estaban todavía hechas por Alvarez. En la Iglesia enmaderada ya, entraban las aguas y si no se la cubría, se perdería lo que estaba hecho. Se ordenó a Alvarez que comenzara a fabricar la teja so pena de pagar una multa de cien pesos que se emplearían en favor de la obra. Y para preveer todo han contratado con Juan Rodríguez, maestro de albañilería que cubriera el techo, poniendo la lata y esteras y teja y hacer su caballete de cal y poner sus cintas y dejar el tejado en toda perfección y hacer la cal necesaria para ello, todo por 300 pesos. Otra vez pasan dos años! El año 1602 (Enero 5) encuentra a la Iglesia todavía sin techo en una parte.

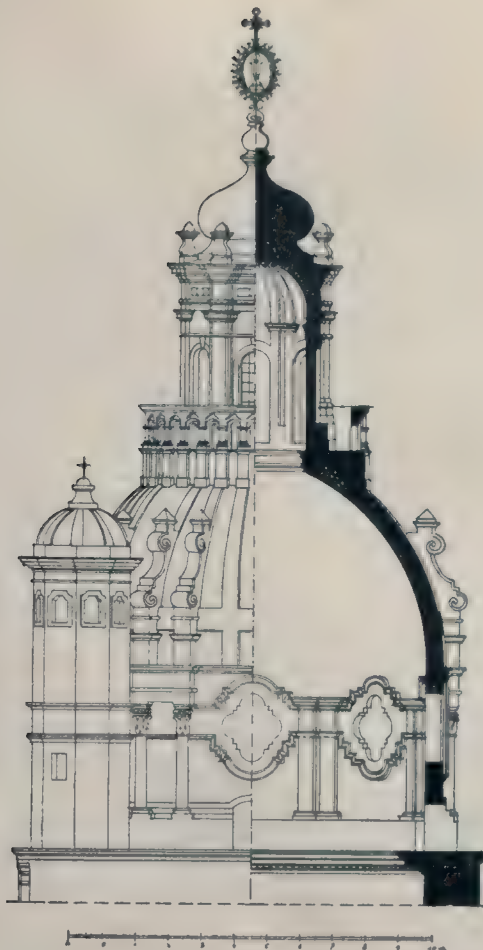
Para acabar de cubrir faltaban cuarenta tijeras enteras con sus nudillos y como el único que podía proporcionar estos materiales era Juan de Burgos, se convino en que los proporcionara a razón de 7 pesos por tijera. De lo cual se deduce que faltaban tirantes largos para hacer tijeras y que los existentes eran tan débiles en relación a la construcción pesadísima de las tejas que tenían que colocarlos casi a 1.50 m. de distancia uno de otro. No pudiendo terminar la obra, se resolvió hacerla por partes. Como a la sazón había en Córdoba oficiales necesarios que podrían hacerla con comodidad, se resolvió llamar a propuestas para hacer dicha obra, a saber: una torre que fuera de dos estados más alta que el caballete de la Iglesia con ocho ventanas o siete y un arco toral y enlucir la Iglesia por dentro y fuera a plana, con cal y hacer cuatro ventanas; dos en el coro y dos en la capilla mayor y cubrir de teja la dicha Iglesia. La torre a que se refiere esa descripción es el campanario que no estaba aún empezado.



Altar estilo rococó en la Ermita del Convento de los Jesuítas, en Córdoba



Atril para misal de la antigua Catedral de Salta (destruída)



CORTE Y VISTA GEOMÉTRICA DE LA CÚPULA
DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

Pero el asunto más grave era siempre el techo. En Agosto del mismo año se dan cuenta «que las tijeras que se habían puesto para cubrir la Iglesia estaban en falso, porque la Iglesia era muy ancha y las tijeras eran de madera de sauce y estaban apartadas, no teniendo más que el nudillo y éste estaba muy alto, por lo que según se observó, podría suceder con el transcurso del tiempo y la carga de tejas y otros materiales una desgracia, tomando debajo la gente que estuviese orando los divinos oficios». O mejor dicho la construcción pesada del hecho de madera fresca de sauce amenazaba derrumbarse.

Había que hacer algo. No estaba terminada la obra y ya tenían que componerla.

Lograban salvar la construcción y remediar el defecto, «echando otros nudillos más bajos y en compás».

Se dispuso pues, «llamar al carpintero que estaba anotado para hacer la Iglesia en compañía de Diego Díaz y si no bastasen se hiciera venir de Santa Fé al que hizo lo demás de la Iglesia, y que las tijeras que se pusieran fueran más juntas y con dos nudillos».

«Se hizo una imposición de tijera a los vecinos y moradores de la ciudad».

El asunto se torna, pues, cada día más difícil, tanto más cuanto que el precio

de las «clavazones» necesarios subían cada día más. Y era necesario para acabar la Iglesia la cantidad de un mil pesos para comprar «clavazones y estos han de dar los vecinos y moradores», como dice un documento del año 1603 de Junio. (Arch. Municipal).

Los mercaderes, (negociantes) viendo la demanda extraordinaria del artículo y sin tener en cuenta los fines a que se destinaba esta obra, vendían por excesivos precios la mencionada clavazón, aprovechando de las circunstancias apuradas de la construcción para hacer un buen negocio.

Pero las mejores «clavazones» no podían salvar el desastre.

Parece que el vicario pasó notas y notas, urgentísimas, pidiendo ayuda para salvar la Iglesia y la vida de los fieles.

Todo inútil. Y ya empieza a hundirse el coro alto. ¿Qué hacer pues? El vicario es homhre resuelto. Hace demoler el coro alto, y manda construir otro más bajo. Pero el nuevo coro resultaba un horror. Daba espacio mayor a los cantantes—era más firme—pero tenía un saliente tan grande que no permitía casi ver el altar. Se enojó mucho, pues, el Cabildo y pasó una nota al vicario de la Iglesia que dice:

«Que se han gastado más de veinte mil pesos y teniendo un coro alto armado sobre pilares y arcos de ladrillos y cal con su reja de madera que solo él costó más de mil pesos y Martín Alvarez de Toledo cura y vicario de esta dicha ciudad abusando de su autoridad sin consideración, ha mandado deshacer el dicho coro y hacerle bajo el cuerpo de la dicha Iglesia, alto de terraplén más de una vara de medir, y se va derruiendo a gran prisa en notable perjuicio de esta dicha ciudad a causa de que se quita totalmente la vista del altar mayor de la dicha Iglesia al tercio de la gente que podría oir misa en ella y conviene que esto se repare; y así se acordó, que se le requiera al vicario por este Cabildo que no deshaga el dicho coro alto ni haga el bajo a costa de la Iglesia por el daño que causa, y en consideración de que cada día se va aumentando esta ciudad; y ella por sí, no es capaz para recibir tanta gente como hay en la ciudad para oír misas y aún con la vista que le quita el dicho coro bajo, protestándole los daños y menoscabos que se siguieren y recrescieren de lo contrario y de pedírselos a su tiempo y lugar; como y cuando convenga y cobrarlos de sus haberes, pues no es justo que habiéndose hecho la Iglesia a costa de los vecinos de esta ciudad, se hagan semejantes edificios y deshagan otros sin autorización del Cabildo, y por la voluntad del simple vicario y asistiendo Juan Nieto, procurador de esta ciudad a dicho Cabildo lo pidió y consiguió que se hiciese así el dicho requerimento y con esto se acabó siendo firmado...»

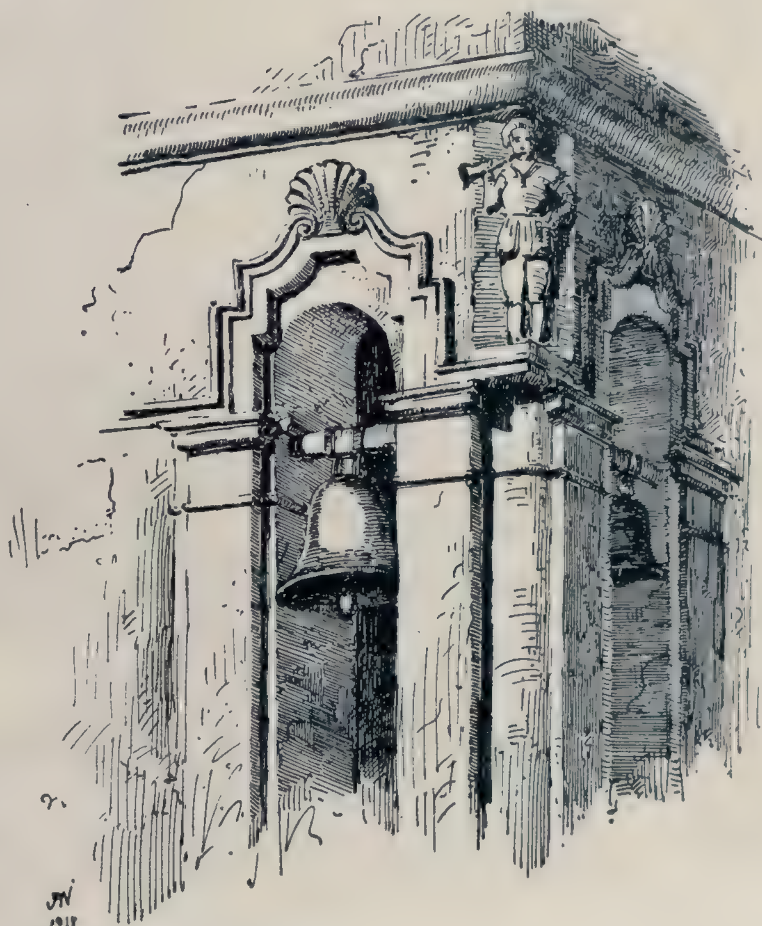
Después de esa nota quedaba la pregunta de Hamlet: ¿«ser o no ser»?

Ni demoler, ni rehacer, reconocer que es pequeña para la población en aumento y no resolver por fin nada, ¿qué podía hacer pues, el vicario en vista de esta nota? Esperar, pues, hasta que se derrumbaran las construcciones de madera de sauce con sus tejas pesadas e insuficiente pendiente. Y así sucedió, matando tres hombres entre los fieles que oían la misa.

Con la discreción usual de lo histórico y de las oficinas correspondientes, se menciona con pocas palabras la catástrofe, pero ya en el año 1615 nos encontramos con un pedido para que los padres de la Iglesia de Santo Domingo devuelvan a la Iglesia mayor, la madera prestada, que eran 19 piernas de tijeras de diez y ocho pies de largo cada una y un gemé en cuadro, y 14 chanflones de 12 y 13 pies y un geme

en cuadro, muy probablemente para empezar la obra de nuevo. Pero ya han pasado más de 30 años sobre la jamás terminada Iglesia mayor, y tenían que tomar en cuenta el aumento de la población aprovechando el arreglo de los techos, para considerar al mismo tiempo una ampliación. Es ahora el momento donde se terminan las notas de Cabildo y empiezan a hablar las piedras de la Catedral.

El último de los documentos del año 1620 refiere cómo se va haciendo la obra de la Iglesia matriz de esta ciudad para lo cual la ayuda más necesaria es la de los indios; acuerdan que todos los vecinos encomenderos de ellos se reparten en cuatro



ESQUINA DEL CAMPANARIO DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

partes y la cantidad de cada una para cada semana hasta que se acabe la dicha obra dando un real y la comida, cada día por cada indio que diese el vecino.

Con ese arreglo ya se podía por fin, trabajar con más seriedad. Pero otra vez incurren en un gran error; queriendo aprovechar los muros existentes para la nueva construcción siguen sobre los mismos cuya traba es evidentemente mala. Los resultados se hacen sentir muy pronto. El sistema de pilares con arcos alternados en la nave principal correspondieron a las órdenes del Renacimiento, resultando así un interior de orden clásico sobre pilares de tamaño reducido como indica uno de mis dibu-

jos en el cual no se tomaba en cuenta el posterior reforzamiento de los pilares. Con el techo de tijera hubiera sido bastante fuerte su espesor, pero con el peso propio de la bóveda, la construcción de pilares con uso de piedra bola no podían resistir más y ante un derrumbamiento tenían que abandonar formas y proporciones y salvar a toda costa la construcción.

Mirando y estudiando la fachada, los ojos de cualquier hombre de gusto distinguen sin dificultad que hay dos formas—dos sistemas de arquitectura—una de renacimiento italiano y otro de barroco.

Ese frontispicio con sus dos aberturas laterales y el arco toral forma el resto de la tercera construcción de la Iglesia, que estaba proyectada con techo de tijera, pero que no se podía terminar por falta de tirantes largos. La construcción chocaba, pues, con toda clase de dificultades. Tener para los oficios solamente una parte de la Iglesia, falta de obreros, falta de un plano de ejecución, cambio de los dirigentes de la obra, insuficiencia en las construcciones, aumento de población, cambio de ideas fundamentales para la arquitectura, y tantas otros molestias que ataban las manos de cada propulsor de la obra.

Pasan años y años, pero la Catedral no adelanta, una parte se derrumba, otra se amplía; aquí hay que demoler; en otro punto hay que reforzar, pero siguen construyendo con una paciencia y una energía admirable. No se dejan vencer por tantos contratiempos.

Llegan de Europa nuevas fuerzas, nuevo espíritu de formas, impulso y hombres de experiencia y de ciencia, constructores y arquitectos al mismo tiempo.

En su libro de estudios y opiniones del doctor Cabrera menciona uno de estos hombres diciendo entre otras:

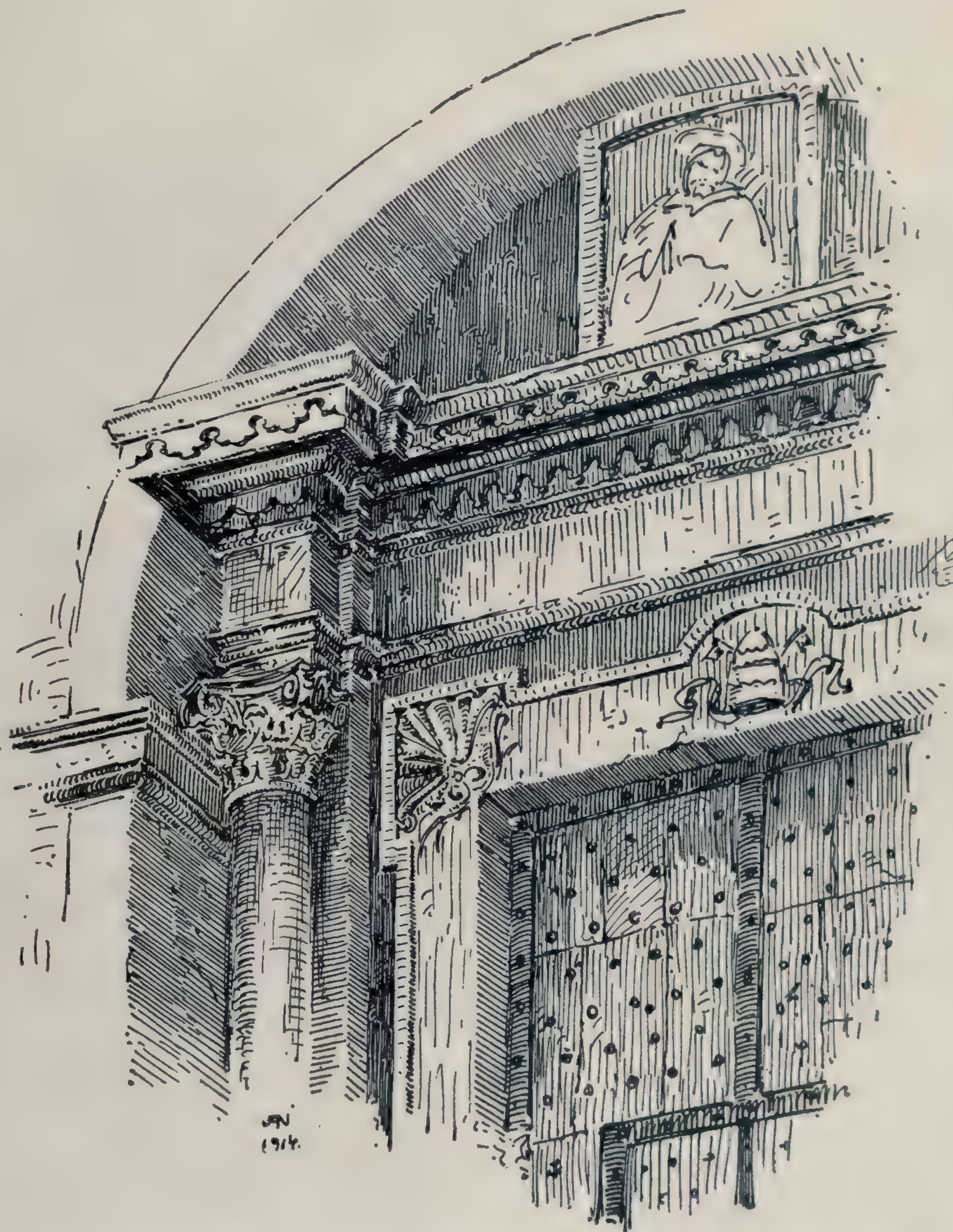
«El teniente gobernador a fines del siglo diez y siete ha puesto en movimiento a las gobernaciones del Paraguay y Rio de la Plata, por órgano de sus obispos y capitanes generales, en demanda de un arquitecto hasta conseguir tras de prolijas y reiteradas diligencias que le fuese enviado uno desde el país de los Chichas (Bolivia) en la persona de aquel José González Merguelte o José Escudero que tiene que abandonar el compás y la plomada por haberse agotado los recursos de la obra y desvanecida en su ánimo, frente a un trabajo casi sobre humano, prefiere alejarse, volver a su patria, a pesar de que le brindaban con un pedazo de suelo de parte de la capitanía general y el Cabildo». A él debe la Iglesia la parte de estilo renacimiento de la fachada principal, a él brindo mi modesto saludo de colega que sabe apreciar su obra y martirio para el arte en ese país.

Cambiar una obra en plena construcción es uno de los trabajos más desgraciados, más difíciles y más molestos entre todos. En ese caso es doble la dificultad—por eso—a pesar de las energías no podía adelantarse la obra. Parece que hasta España han llegado las noticias de la miseria, por la cual pasaba la construcción, porque de allí mandan una fachada fantástica, irrealizable, de un conglomerado de ideas pintorescas, pero sin fondo real, sin base firme, como son estos millones de proyectos que se hacen de puro servilismo para agradecer a un gobernante que quiere poner a su nombre algo importante y estupendo. Conozco los dibujos originales de los más grandes maestros de renacimiento guardados en museos de Europa, por esa razón me permito decir que esa fachada para la Iglesia Mayor, publicada en una revista científi-



FACHADA DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

ca no es de un arquitecto, sino de un pintor sin conocimientos de arquitectura. Este plano no tuvo tampoco ninguna influencia sobre la construcción de la Catedral que esperaba todavía su maestro.



ARQUITECTURA DEL PORTAL PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

Pasaron más años, en composturas y arreglos provisorios hasta que en el año 1715, 1724, el señor Pozo y Silva que gobernaba en este tiempo la diócesis, se empeñó en terminar la obra, gastando mucho dinero y asistiendo y alentando personal-

mente a los oficiales y obreros y a veces administrando personalmente los materiales. El mismo, pues, ha encontrado la persona del arquitecto en el señor Hermano Andrés Blanqui, del orden de Jesús, que según los documentos publicados por Vicente Quesada, es el que hizo el diseño a los planos de la antigua Iglesia de dicha comunidad, habiéndosele abierto los cimientos en 1726.

La presencia del Hno. Blanqui, frente a los trabajos de la Catedral fué debida también en parte a gestiones activas y eficaces del Ayuntamiento, el cual en acuerdo habido el 31 de Agosto de 1729 en vista del «total decaimiento» en que se encontraba la obra, ha solicitado del Padre Rector de la Compañía de Jesús, que el Padre Andrés Blanqui, profeso en ella, maestro de arquitectura, reconociendo la obra y el estado en que se halla, haga el cómputo de lo que puede importar su costo para la perfección de ella. (Dr. Cabrera). Pero al lado de cada arquitecto hay siempre un colaborador de la obra misma que en este caso era un talpadre Primoli, al cual se refiere Gervasoni en una carta, diciendo de la obra «es soberbia, hecha a la romana, con cúpula y cinco capillas por cada lado, sin contar las tres grandes que están a los lados de la cúpula. En estos momentos se está haciendo la bóveda de toda la nave, bajo la superintendencia de un hermano, Primoli, milanés de la provincia romana, que vino en la misión pasada. Es este un hermano incomparable e infatigable. El es el arquitecto, el intendente, el albañil y tiene necesariamente que ser así, porque los españoles no entienden ni jota. Este hermano ha fabricado la Catedral de Córdoba del Tucumán, nuestra iglesia de aquel colegio (véase mi estudio sobre «El solar de los Jesuítas») y la de los padres Reformados de San Francisco aquí; en Buenos Aires, la de los Padres de la Merced, que es mucho más grande y majestuosa que la nuestra y continuamente es llamado acá y allá para ver, visitar y hacer diseños».

Esto quiere decir, que los grandes maestros de arte en esa gran época de florecimiento, eran reconocidos y buscados por todos los que querían fijar lo bello en su ciudad.

Otra carta del Padre Cattáneo nos menciona los dos artistas en esa forma.

«En la misión anterior a la nuestra vinieron dos hermanos italianos, el uno insigne arquitecto y el otro excelente maestro (Blanqui y Primoli) los cuales después de haber terminado nuestra Iglesia, que es muy bella, fabricaron en Buenos Aires la de los PP. Franciscanos Reformados, con «plantas modernas» bellísimas, que podrían figurar con reputación en cualquier parte de Europa».

Fabricaron además a petición del señor Obispo (de Buenos Aires) la fachada de la Catedral con dos campanarios al lado, que la hacen muy majestuosa.

Hay que admirar y reconocer la seguridad, porque unen la parte de renacimiento con el barroco, dejando los ejes anteriores de las torres laterales y poniéndolos más afuera, para tener base para los dos campanarios. Pero no solamente eso es admirable — sino la planta rectangular — sobre cimientos en parte existente con lo cual son capaces de desarrollar la cúpula y todas las formas del conjunto. Aquí se vé y se reconoce el gran arquitecto, que en la planta sencilla tiene ocultado ese desarrollo genial de la obra en elevación. Por esa razón llama la atención el Padre Cattáneo sobre «la planta moderna».

Qué dificultoso nos resultaba la construcción, nos menciona Zevallos, el caballero, en una carta dirigida al rey, de fecha 1738 «que estaba la construcción a la mi-



VISTA LATERAL DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA



CORTE LONGITUDINAL DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

PRIMER PROYECTO DE LA CATEDRAL DE CORDOBA



El texto del presente grabado dice:
«Mro Alarife, que regulo la obra el Pe fray Vicente Muñoz, Lego del Orden Seraphico, natural de Sevilla».
«Verdadera estampa de la Iglesia Catedral de Córdova, Prov. del Tucuman, estrenada y colocada en el dia 25 de Mayo y año 1758» etc. etc.

Atención del Señor Antonio Rodriguez del Busto, tomado del Archivo de Indias.

tad más o menos de su nueva planta, después de 40 años que se empezó». Otra carta del año 1737 constata que merced a las providencias referidas, levantáronse durante la ausencia del prelado los pilares del pórtico desde sus cimientos hasta el arranque de las bóvedas y desde 3 meses y medio a aquella parte se estaban preparando materiales para proseguir por la parte del crucero y presbiterio hasta su perfección, hallándose dispuesto para ello su Señoría, a no perdonar hasta el «último pectoral».

Finalmente, en nota al Virrey del Perú de 5 de Febrero de 1739, decía el mismo Obispo: «Mucho se ha adelantado ya la obra; pués, desde el 18 del pasado se ha acabado lo más principal del pórtico, habiendo cerrado en dicho día la última bóveda restando solo los remates y cornisa de la fachada; con que el Padre Andrés Blanqui, dejando fenecido esto que era la dificultad, va caminando a Buenos Aires por las instancias de su gobernador para la dirección del Convento de Monjas (Catalinas) que allí se está haciendo y sólo lleva por la religión dos meses de licencia y cuando más tarde, no hará falta, porque acabados los remates del pórtico, consiste la obra en paredes de crucero y presbiterio, que no dudo sabrán seguir muy bien los oficiales que tengo, hasta el punto de hechar las bóvedas correspondientes que por mucha elevación y extensión, las juzgo de grave dificultad. (Dr. Cabrera).

Las enseñanzas de los dos maestros ya empezaban a dar sus resultados.

Así han unido bajo el protectorado de Pozo y Silva, el cerebro genial y creador con el inteligente e incansable colaborador y maestro, o mejor dicho instructor de los obreros e indios, para adelantar la obra que por fin se basaba sobre una idea artística, noble y firme, bien elaborado y técnicamente preparado; véase grabado pág. 107. Así podían ver terminada por fin la obra y cerrar la media naranja y poniendo sobre la bola de cobre la gran cruz cristiana que hasta hoy brinda su santo saludo a los que vienen de lejos.

La arquitectura interior estaba adornada en la misma forma que la fachada. Perfiles quebrados de líneas curvadas, todo de cal y pocos adornos hechos con la cuchara. En forma de la capilla en Candonga, que podía guardar hasta hoy su arquitectura interior. En el interior de la Catedral la arquitectura de la linterna es sola todavía legítima y de la media naranja, solamente las líneas principales. El dorado, pintura, adornos de yeso, son todos de la época moderna. Los pilares de la nave son más anchos, por eso sin proporción, habiendo tenido que reforzarlos para poner la bóveda encima. Las pequeñas casas en el fondo de la Iglesia son también posteriores, por eso no las tomo en cuenta.

Con mi estudio sobre la Catedral, creo haber dicho todo lo que se refiere a esa obra importante de la época colonial.

La historia misma de la construcción prueba la infatigable energía con que han trabajado nuestros antepasados, venciendo, a costa de contínuos sacrificios, toda clase de contratiempos y dificultades, llevando por fin a feliz término y bajo una sólida forma la gran obra que tanto nos habla del pasado. Lo único que podemos hacer de nuestra parte es escuchar la historia de los momentos difíciles y sacar nuevas energías para nuestra actual lucha de desarrollo como sacaba siempre nuevas fuerzas Anteo, el hijo de la tierra, cada vez que la pisaba, en su lucha con Hércules.

CAPITULO VI.

CAPILLAS E IGLESIAS



ORATORIO COLONIAL DE LA COLECCIÓN DEL DR. CABRERA EN CÓRDOBA



Oratorio en la sacristía de la
Capilla de Candonga

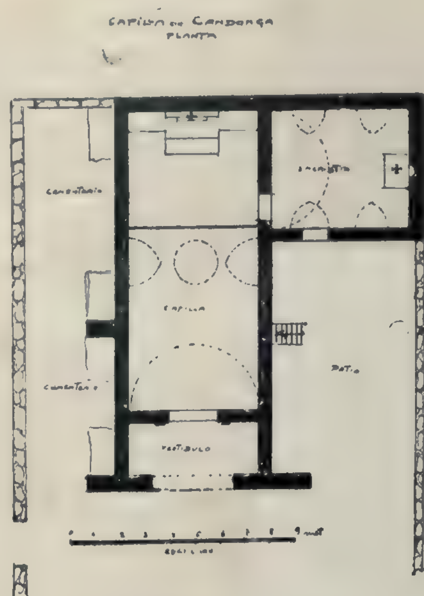


CAPILLA «SANTA BARBARA» EN JUJUY

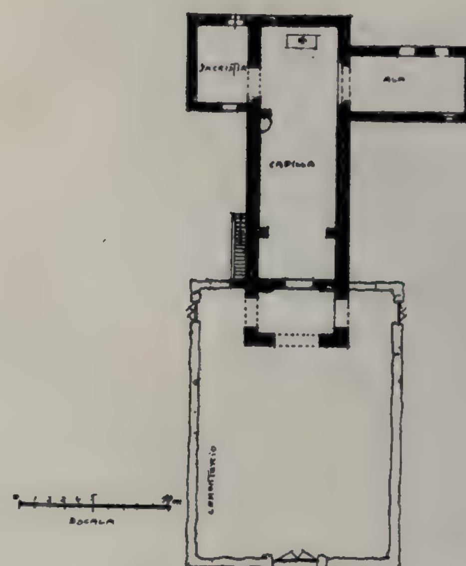
Recorriendo las sierras Grande y Chica, no tan sólo podemos admirar el hermoso valle, la majestuosa llanura, sino tambien la obra humana, la modesta construcción cuyo cimiento, al menos, bien dice al espíritu que allí puso el hombre su planta, y en sentido homenaje al Creador, le erigió una capilla, un altar...

Esos viejos muros, esos escombros son hoy en día, objeto de mí estudio, no obstante la imposibilidad de hacer planos de todos, dada su ubicación, en las apartadas sierras.

Despréndese de aquí, que esas capillas no estaban ubicadas en verdaderos centros de población; más, su sola vista confirma la existencia de un pequeño poblado, al menos, y a ella se deben dichas construcciones. En resumen: es la capilla de una



PLANTA DE LA CAPILLA
DE CANDONGA



PLANTA DE LA CAPILLA DE DOLORES
(SIERRA DE CÓRDOBA)



PLANTA DE LA CAPILLA DE SAN JOSÉ (SIERRA DE CÓRDOBA)



Oratorio en la sacristía de la
Capilla de Candonga

estancia, que la fé de su dueño erigiera cual estímulo al culto de sus trabajadores y demás personas que allí vivían,—lógico es pensar—en humildes chozas que el tiempo ha llevado consigo, o es una derivación de un centro de reducción que empieza con la construcción de su capillita. Así nos hablan al espíritu Candonga, Candelaria, San Antonio, Dolores y cuantas otras, recuerdos benditos del pasado, que sólo por fortuna llegaríamos a conocer en su totalidad; recuerdos de la fé sin mancha, del trabajo conciente y perseverante de los que se han ido..., el criollo inteligente, el misionero incansable, el indio austero.

Algunas, como la de Candonga, habrían sido demasiado amplias en relación al



CAPILLA SAN ANTONIO (SIERRA DE CÓRDOBA)

número de moradores de la propiedad en que se levantaban, si no se hubiera tenido en cuenta la población de regiones vecinas.

Otras, como la de Candelaria, se distinguen por su arquitectura; y es digno de atención el que ambas traslucen una obra de idéntica mano.

La ubicación de unas y otras, marca, empero, diferencia sensible: Alta Gracia nos dice que en sus cercanías se cultivó mucho, se hizo vida tan activa, que fué menester, en razón de la población y su fé levantar nuevas obras a manera de sucursales.

Otra manifestación del pasado, la más sencilla, así como una de las más meritorias, la que más obliga a nuestro elogio, es la forma verdaderamente original en



CAPILLA DOLORES (SIERRA DF CÓRDOBA)

que tales obras se llevaron a cabo; forma que bien podemos llamar hijas de la necesidad, realzando así el mérito que entrañan. ¡Cuánto anhelo inocente y justo, realizado! ¡Cuánta dificultad vencida! ¡Cuánto esfuerzo premiado! ¡Cuánto recuerdo sagrado! ¡Cuánto ejemplo grande de aquel entonces, para el admirador del pasado!

Y vemos allá, la primera huella de un misionero: en tierra desconocida, rodeado de salvajes que, sin más Dios que el sol, sin ley, sin techo, viven tan sólo de la madre naturaleza; y, muy luego vémoslos levantar una vivienda destinada al mismo Dios.

La obra, sobremanera admirable para tan modestos pobladores, infundíales deseos de otra y otras, todas ellas caracterizadas por su sencillez, no siendo necesario recurrir al lujo arquitectónico, dado que su sola existencia constituía una maravilla para quienes conocían las piedras, mas no formando muros, cuanto menos viviendas.

Un cuadrilátero pequeño bastaba para erigir un altar, al que en horas de tormenta podía darse la ubicación más conveniente, viniendo así a reproducirse en plena Argentina, entre los picos de sierras provincianas, la misma escena que veinte siglos antes se presenciaba en Grecia, cuando en un santuario con su pequeña abertura en forma de U, «*Templum in antis*», se elevaba la imágen de Dios.

Vemos, pues, en sierras cordobesas, un santuario al estilo helénico, excepción hecha de su forma de empleo: aquél se reservaba a Dios, negándose entrada en esa



Altar de la Capilla de Candonga

parte a los fieles. En las capillas que nos ocupan, todas, sin excepción tenían entrada a los fieles, lo que es habitual en el Cristianismo, que siente la necesidad de acercarse a su Dios, con filial confianza.

El tipo descripto se encuentra fielmente representado en la capilla de San José, de la sierra Chica. No tiene naves laterales ni sacristía; al fondo de la capilla está el altar; un modesto campanario la difiere de los tipos anteriores. Independientemente de la capilla se levanta, hecha de madera, la parte que suspende en lo alto las campanas destinadas a llamar a los fieles a la presencia de Dios. Estas construcciones, hoy desaparecidas, se conservan, aunque abandonadas, en el camino a Bolivia.



CAPILLA DE SAN JOSÉ (PROV. DE CÓRDOBA)

Como dejo dicho, en la Argentina encontré el segundo tipo de campanario unilateral, con su escalera anexa, contigua a la capilla y que debía llegar hasta la campana, quedando así perfecto el tipo de capilla que fué aumentado en dos alas, destinadas a sacristía, y depósito en que se guardaban los objetos rituales. Tales son las capillas de Dolores, Candonga, San Antonio y otras cuyos tipos datan de los años 1700 y 1780; y cuyas variaciones se confirman en los grabados respectivos.

A falta de madera para levantar la bóveda, se la construía de piedra o ladrillo. La capilla de Candonga ejemplifica esta transformación.

En las capillas posteriores, el frontispicio, modificado ya, presenta un peristilo sobre pilares, con acceso al campanario.

Viene ya a ser necesario un coro, en cuyo caso la escalera lateral desempeña un nuevo oficio: comunicar con el coro y con el campanario.

Queda descripto este tipo de capilla, cuya planta en lo sucesivo no sufre modificación; mas no así las formas: ellas concuerdan siempre con la educación estética de maestros y obreros, por lo cual encontramos siempre cambio de aspecto en el conjunto.

La idea fundamental aún se revela en los primeros estilos de iglesias-capillas más amplias — lo que demuestra su consolidación.



CAPILLA DE CANDONGA (SIERRA DE CÓRDOBA)

Así, en Santa Bárbara (Jujuy), el campanario se levanta más, en forma de torre, en que están colocadas las campanas.

Interiormente, el trabajo decorativo, por falta de materiales, caracterizaba la sencillez, sujetándose los resultados y efectos a los que el albañil podía hacer con la cuchara. Algunas hojas adornaban las esquinas de las bóvedas; en los nichos de fondo rojo pompeyano podían colocarse flores; y el altar, con adornos de revoque, tenía gradas, en que se situaban los candelabros y vasijas con flores.

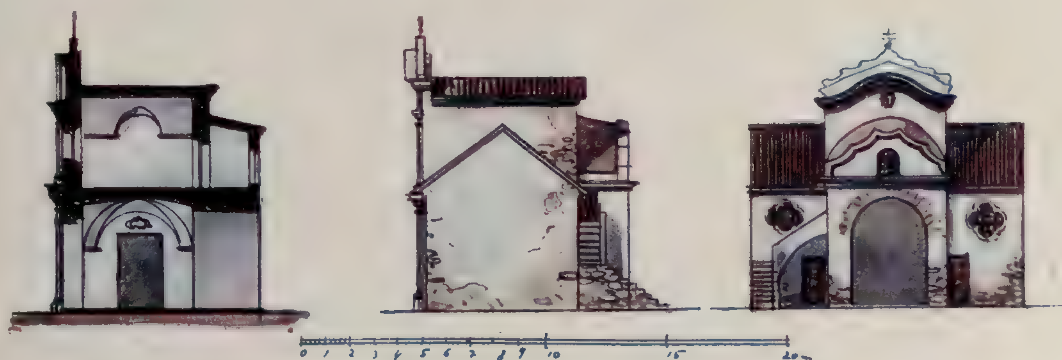
LÁMINA XV

CAPILLA EN LA PLAZA DE CÓRDOBA

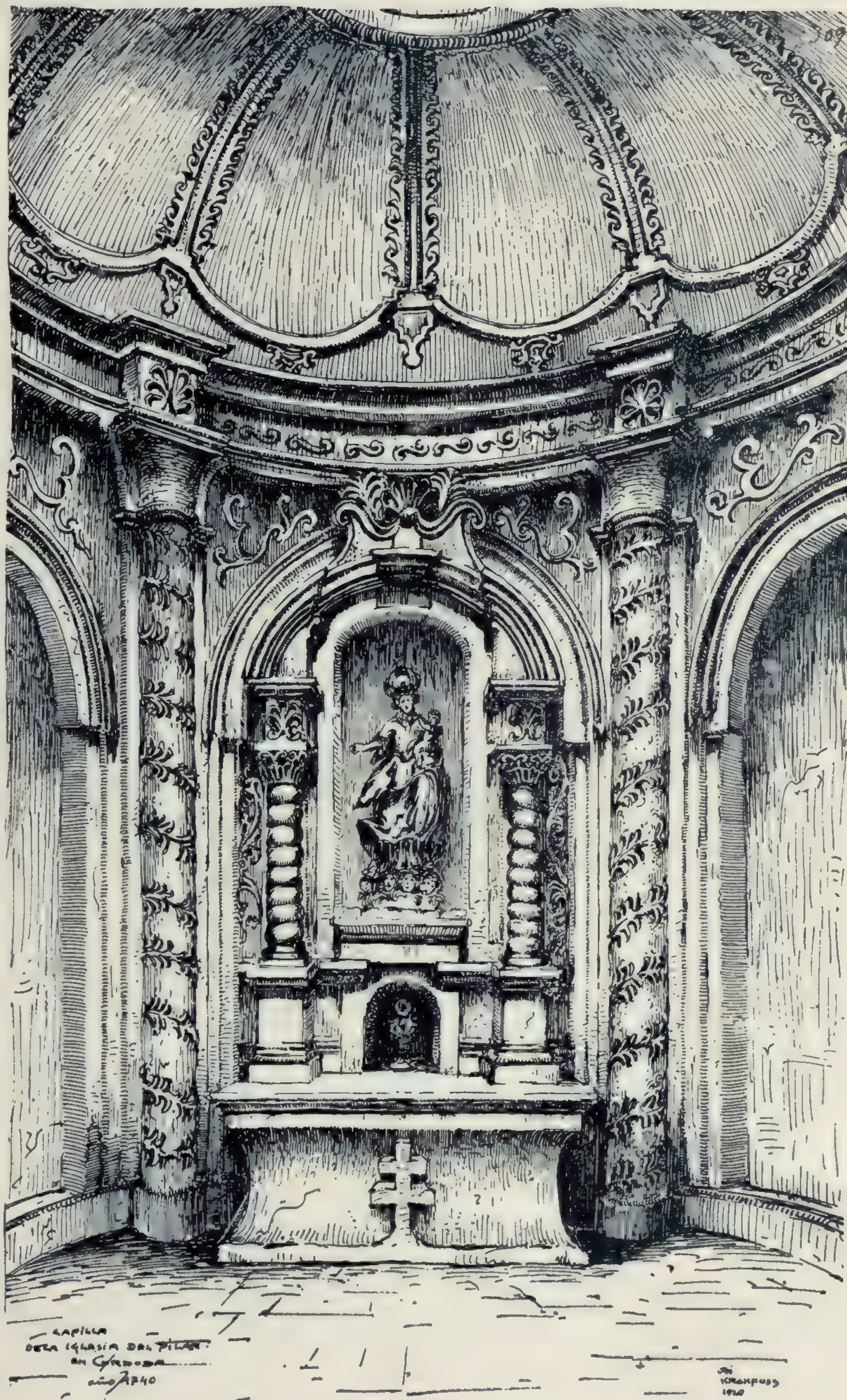
PROBABLE ENTRADA A UN CEMENTERIO (RECONSTRUCCIÓN)



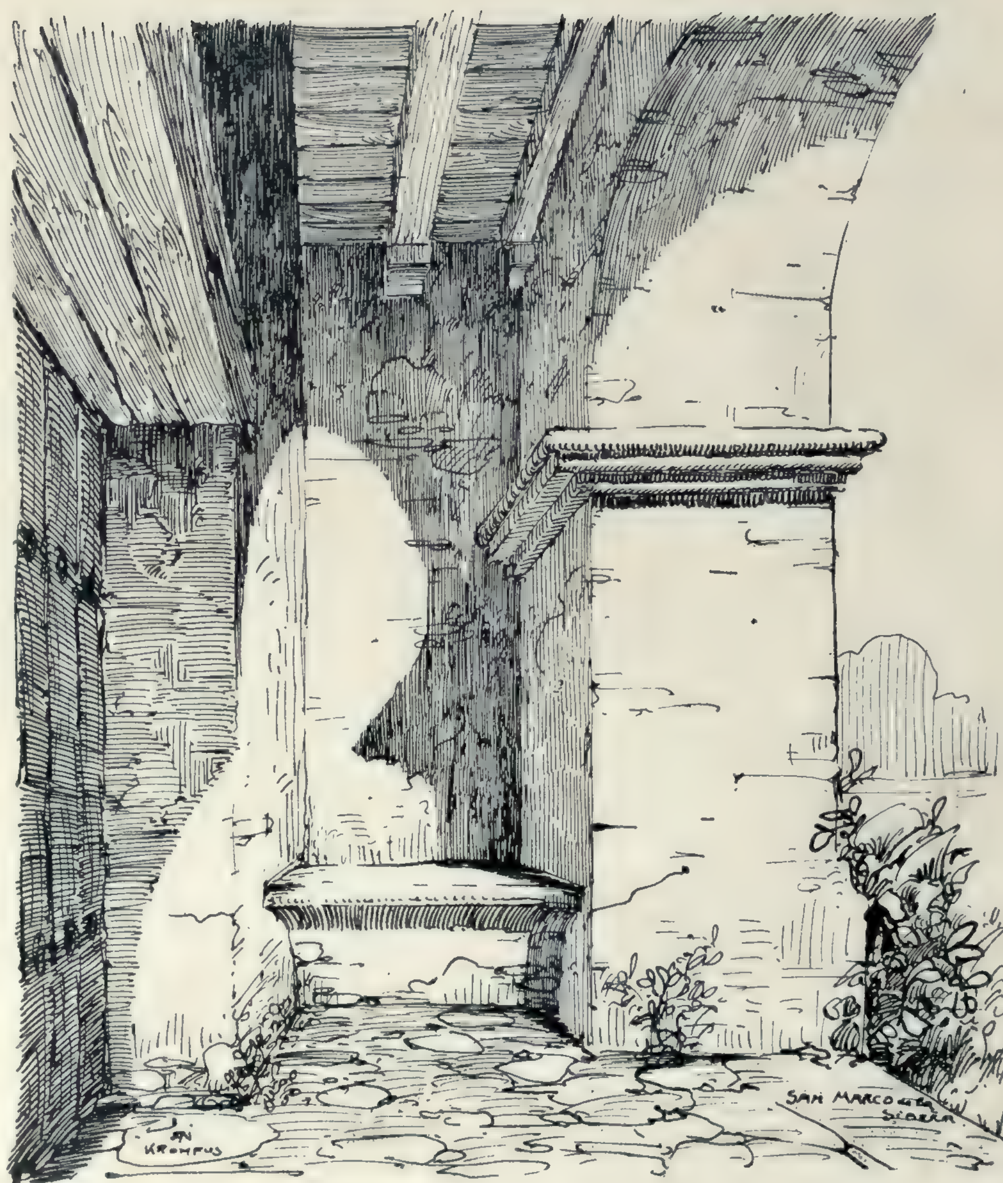
FRENTE PRINCIPAL



FRENTE — VISTA LATERAL — VISTA POSTERIOR



CAPILLA DE LA IGLESIA DEL PILAR EN CÓRDOBA



PERFIL DE LA CAPILLA DE SAN MARCOS DE LA SIERRA

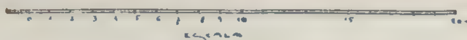
IGLESIA DEL HOSPITAL "SAN ROQUE", EN CÓRDOBA





FRENTE.





VISTA LATERAL

Los muros, generalmente lisos y de un solo color, presentaban un zócalo oscuro. El cieloraso de la bóveda era pintado sencillamente, de color azul u oker claro; y el techo de cedro, presentaba el color natural, con adornos hechos al óleo; las tejuelas visibes, presentaban su color propio; y formado el piso por baldosones de color tierra romana, la armonía del conjunto era completa, interrumpida únicamente por el color del zócalo.

Como el altar se adornaba con flores y se colocaban imágenes revestidas de seda y oro, absorbía, naturalmente, la atención de los fieles, produciéndoles muy grata impresión: todo al contrario de los templos modernos, que con la profusión de adornos y decoraciones, atraen la atención y las miradas hacia los muros, antes que al altar; error que se origina de la decadencia artística a que hemos llegado.

Cedamos, pues, a estas capillas el elevado puesto que en el terreno del arte ocupan, y al mirarlas entre las sierras y los valles, reflexionemos que allí donde la mano de Dios ha hermoseado la Naturaleza, es menester que la del hombre coopere a la variedad del paisaje. Los Andes fueran más hermosos aún, si el hombre, dándose la mano con el Creador, pusiera allí su obra.

Las majestuosas montañas que un fenómeno físico derrumba por disposición de Dios, admira el hombre y no piensa en que de la montaña destruída pudo antes salir una obra gigantesca, hermanándose así lo divino y lo humano; la Naturaleza, abriendo al hombre sus páginas benditas, y el hombre, hermoseándolas con los efluvios de su inteligencia.

CAPITULO VII.

CASA DEL VIRREY



CASA DEL VIRREY EN CÓRDOBA

ESTUDIANDO las construcciones firmes, en las pocas ciudades fundadas durante la época colonial, y acompañando el estudio del mapa, en que se destaca la ubicación de tales obras, fácil es reunirlas en un solo centro, del que ha de partir su análisis.

La extensión ocupada por los solares (casa de nobles) y las casas de negocio, no pasa de tres a cuatro manzanas.

Existen, además, otros solares, pertenecientes a los conventos de la misma época. Por lo general el solar se dividía en cuatro partes, una de las cuales comprendía dos patios y el jardín. Las divisiones que hoy se observan, no pertenecen al trabajo primitivo; son posteriores.

Es digna de especial atención la ubicación de la vivienda solariega, siempre al centro; reservándose la esquina a los almacenes y otros negocios.

En Córdoba, por ejemplo, no hay casa solariega alguna, situada en esquina.

Esta ubicación dada al solar, sugiere ideas muy favorabres al concepto espiritual del hombre de entonces, pensador y austero, capaz, por lo mismo, de dar mérito a la vida sencilla, modesta y juiciosa, posible tan sólo en el retiro, lejos del bullicio mundial, que interrumpe la reflexión y abre las puertas a los vicios, impresionando vivamente los sentidos, por donde tienen su entrada al corazón las pasiones.

Hoy, por el contrario, se prefiere la esquina para la vivienda. Es más inteligente el comerciante, al colocarse en el ángulo (la esquina) pues ahí han de acudir los compradores de todas direcciones a buscar los artículos para satisfacer sus necesidades.

Pero la casa que en Córdoba erróneamente llaman «del Virrey», es una excepción en este género, pues el solar ocupa la esquina.

Para comprobar tal excepción, basta comparar la fachada de la «casa del Virrey» con la de una de negocio en Salta o Chile.

De tal comparación, salta a la vista el pensamiento que predomina en tales construcciones. La esquina tiene puertas hacia ambas calles, y la entrada al negocio aparece adornada, con el propósito de llamar la atención del público; lo que revela que el comerciante da al lucro el primer puesto.

El hombre de hogar, sencilio en sus aspiraciones, grande en sus sentimientos, ejemplar en sus manifestaciones, no adorna la entrada a la vivienda de la familia, centro en cuyo torno giran sus anhelos y su vida toda.

En la «casa del Virrey», las dos grandes piezas de la esquina pertenecían al negocio, ampliándose luego para depósitos de trabajos y artículos, hacia la calle Ituzaingó.

En el patio contiguo al negocio, se conservaban tambien objetos relacionados con el mismo.

Hacia un lado del solar hay una puerta que comunica con la vivienda del pro-

pietario, quien fué una persona rica, a juzgar por las comodidades con las cuales contaba la casa. La casa misma, es una combinación de una casa de negocio, con una casa solariega. La forma típica de la esquina, igual a las casas de negocios, prueba que el propietario, vivía de hacer negocios, pero al mismo tiempo, demuestra, según la planta de la casa y su forma interior, que el propietario quería dar a su casa, el aspecto de una casa señorial. Es uno de los pocos tipos, de esa categoría de casas.

La casa particular, muy semejante en todo a la solariega, tiene zaguán y patio de honor, alrededor del cual están el comedor, sala, capilla, escritorio y la habitación del portero. Los dormitorios están situados en la planta alta.

El segundo patio tiene comunicación con el primero. Al fondo hay un gran patio (que no forma parte de mi plano) en el que figuran caballerizas, establos, habitaciones para los cocheros, peones, etc. lo que se explica, dada la existencia del negocio. Aquí, pues, se concentra el trabajo, existiendo, también, depósitos; porque, vale advertir, estos propietarios lo eran tambien de campos y bosques en los alrededores de la ciudad; verdaderas fuentes de riquezas.

Para mayor aclaración acompaño el trabajo del notable historiador, monseñor doctor Pablo Cabrera, sobre el mismo particular; el que forma parte del discurso inaugural del museo colonial actualmente instalado en la casa que nos ocupa, por iniciativa lanzada en la gobernación del Dr. Julio C. Borda y apoyada por la administración siguiente que preside el Dr. Rafael Núñez. He aquí el discurso:

«Debió de ver abrirse los cimientos de la casa del Virrey en el primer tercio del siglo XVIII, y pertenecer primitivamente a una de las familias de Córdoba de mayor viso en el pasado y cuyos descendientes, — en la buena o mala fortuna — mantienen hasta hoy incólume la nitidez de sus blasones. Aún para el esclarecimiento de esta nota de abolengo, se impone un como ensayo de correlación de títulos.

«A mediados de 1744, bendecíase en nuestra Iglesia Catedral el matrimonio de Don José Rodríguez, comerciante español natural del Reino de Galicia, con Doña Catalina Felipa Ladrón de Guevara — que le trajo en dote — entre otros bienes — por donación que le hiciera a estos efectos una tía de ella, Doña Laura Ladrón de Guevara, el inmueble que cobrara fama ulteriormente por su mérito arquitectónico y su suntuosidad y también por haber albergado en su recinto, durante algun tiempo, al Marqués de Sobremonte, Gobernador Intendente que fué de la Provincia de Córdoba, antes que se le propusiera al virreinato; hecho que dió margen a la creencia errónea tan generalizada hoy día de que perteneció alguna vez a aquel célebre magistrado.

«La carta dotal de Doña Catalina Felipa nos hace una descripción interesante para el año en que aquella se otorgó, 1744. He aquí los términos:

«Primeramente un Salon cercado... en que se halla edificada una sala nueva de cuatro tirantes con su tienda y trastienda, aquella de sólo un tirante y la última de tres, con sus puertas nuevas... a la calle real, y adentro otras dos (piezas) más.

«Suelo y solar tienen de sur a norte veintidos varas, y de oriente a poniente, veintiseis». La cláusula finaliza declarando que todo lo edificado lo había hecho construír Doña Laura «a su costa y mención». Tasóse el edificio en la suma de mil doscientos pesos.

CASA DEL VIRREY, EN CÓRDOBA



FRENTE PRINCIPAL

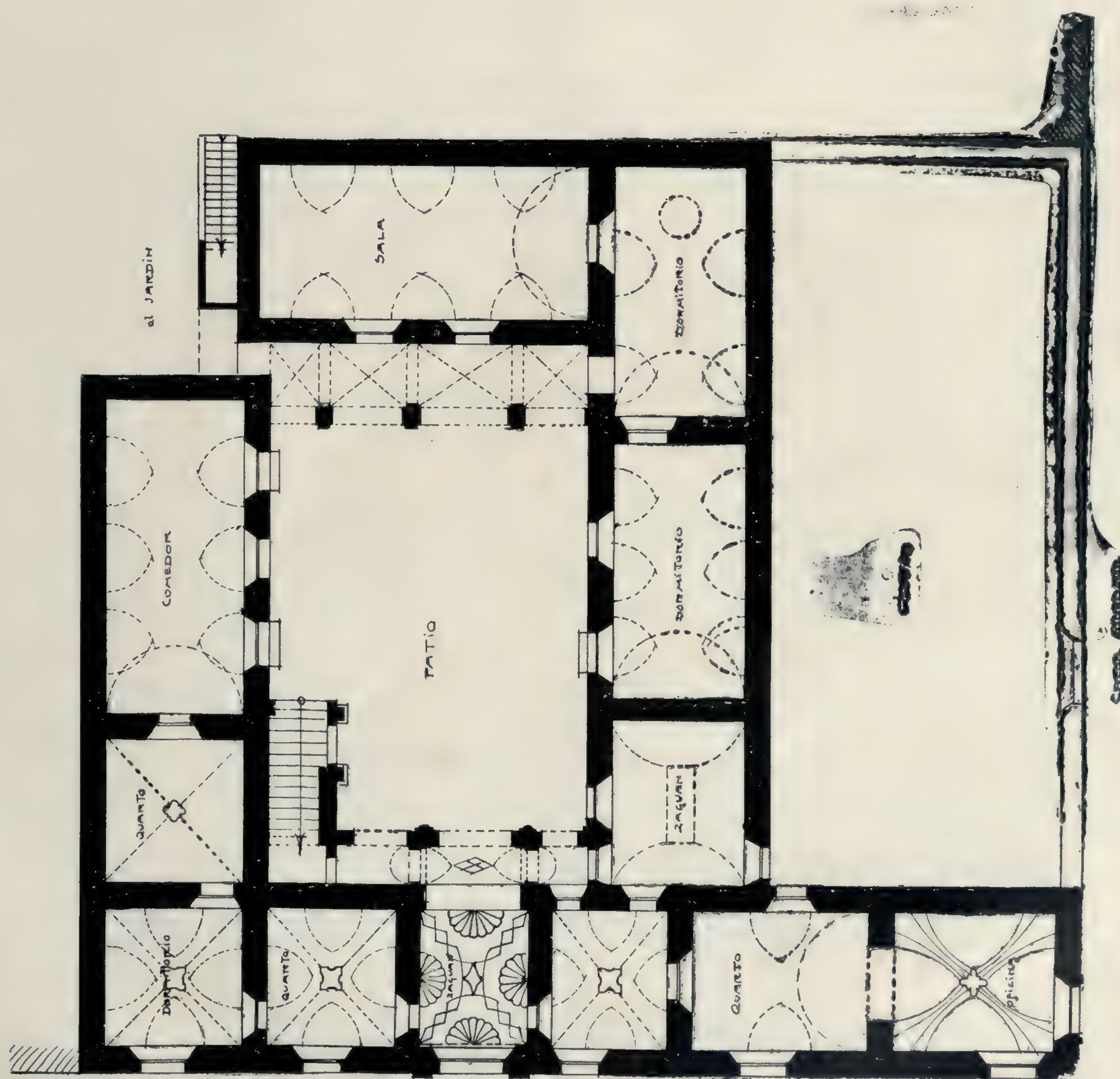


CORTE TRANSVERSAL



CORTE LONGITUDINAL

«Ulteriormente los esposos Rodríguez-Guevara llevaron a cabo varios trabajos de ensanche y aun de ornamentación en el edificio; y, así, la Casa de la Carrera de San Gerónimo, que tal se apellidaba para entonces la hoy «Calle Rosario de Santa Fé» adquirió las proporciones de una mansión señorial, a extremo de que para 1773, según informa un pliego notarial contentivo de los inventarios de los mencionados consortes, a los efectos de la compra de Alta Gracia, — la vivienda de ellos de dos pisos o departamentos, «altos y bajos», — para la fecha, componíase más o menos, del mismo número de reparticiones de que constara en los tiempos de Sobremonte y aún en los días de Don Antonio Benito Fragueiro, propietario de ella, según aparece por sus inventarios labrados en 1813.



PLANTA DE LA CASA DEL VIRREY

«A juicio del sabio Ingeniero Kronfuss, — a quien es deudora de su técnica y de gran parte de su brillo, esta solemnidad, a juicio de él, — repito, — en los trabajos de ensanche de que he hecho mención, revélase por más de una circunstancia, la mano hábil y experta de los alarifes que construían por aquellos años la iglesia de San Francisco de esta ciudad.

«En lo que atañe al modesto sentir del que habla os declaro que me ha parecido sorprender a un turno en los prolegómenos de la obra, o sea en la sección correspondiente a su época primitiva, ciertas huellas, más o menos claras y definidas, del genio superior de dos Arquitectos Jesuítas, — tan mentados Primoli y Bianchi, — que presidieron, según parece, desde 1721 los trabajos del noviciado Jesuítico de Córdoba y luego los de nuestra hermosa Catedral.

«Pero volvamos a Rodríguez y a mi correlación. Dije ya que para 1773, — al subastarse los bienes que había poseído el Instituto de San Ignacio de esta Provincia, y de que como bien lo tuvo el gobierno de la Colonia — a raíz de la expulsión — don José Rodríguez había adquirido la estancia de Alta Gracia, propiedad que fué de los jesuítas desde 1643, — por donación que les hiciera inter vivos, el segundo de sus dueños, o sea, el escribano Alonso Nieto de Herrera, al ingresar casi octogenario a la Compañía, en calidad de hermano coadjutor.

«La compra se efectuó por una cuantiosa suma de pesos, — cuantiosa para la época, — pagaderos a plazo, — por cuotas anuales y bajo el seguro de la hipoteca. Pasado algun tiempo, por sucesos que no creo del caso detallar, — el adquiriente no pudo, a despecho de su probidad intachable, llenar alguno de los compromisos anexos a la operación, y vió abrirse para él una era de luchas con la adversidad. Menos feliz que el marino genovés cuando su naufragio en aguas portuguesas, no halló a la mano en tan congojosas circunstancias ni una tabla, ni un remo, de que asirse. Hasta su fiador, un amigo íntimo de él, le abandonó y llegó cierto día en que vió presentarse a sus puertas la figura austera del oficial de justicia, notificándole a nombre de la Junta Municipal de Temporalidades el embargo de sus bienes. Pero el cielo apresuróse a sustraerle a una prueba semejante, llamando a la luz del eterno reposo, al que, desempeñando años atrás la alcaidía en la ciudad de Cabrera, habría trabajado ardúa y eficazmente por la pacificación de la familia cordobesa, cuando ardía en su seno el fuego de la discordia y de odios y rivalidades sin cuento que ni el mismo diocesano de Córdoba el Iltmo. Dr. Don Pedro Miguel de Argandoña había conseguido apagar.

«Entre tanto, quedaba pendiente la espada de Damocles sobre la cabeza de la viuda y de los hijos: La ejecución se imponía implacable y sañuda. Qué de esfuerzos no hicieron. Qué de registros no tocaron, don Manuel Antonio, Don Juan Justo y Don José Victorino, para arbitrar algún arreglo que pusiera a salvo la estancia de Altagracia del martillo fatal del subastador. Pero entonces prodújose por parte de la madre de la viuda, un rasgo que nos trae a la memoria, — dígolo con las reservas del caso, — aquel gesto incomparable de Isabel la Católica, que el primero de los líricos españoles del siglo diez y nueve, Don Jacinto Verdaguer, ha celebrado con estos versos de su Atlántida:

«He aquí, Colón, mis joyas, naves ellas
aladas ya te den;
que yo con lirios y violetas bellas...
adornaré mi sien.....

. . . .

«Ahora pues, la heroína de nuestro episodio presentóse a la Junta de Temporalidades, llevando en su mano la carta dotal que acreditaba sus derechos a la casa de la Carrera de S. Gerónimo, y le dijo que a fin de salvar el patrimonio de sus hijos y mantener sin sombra el decoro de su marido, colocaba en manos de la Junta, en pago de la obligación hipotecaria que pesaba sobre el establecimiento de Altagracia, — los títulos de su casa solariega.

«Algunos días más tarde pónese en remate la suntuosa vivienda de la Guevara adjudicando al mejor postor, que lo fué Don Antonio Benito Fragueiro, del comercio de Córdoba. Verificóse el traspaso el día 11 de Noviembre de 1796, por la suma de once mil y novecientos tres pesos. Y aquí haré notar más de una coincidencia. Los pregones y la venta se efectuaron en la propia casa subastada y presidía a los de la Junta el propio Marqués de Sobremonte, que vivía a la sazón, según el acta lo declara, en la propia casa a que vincularía su apellido. Y añaden los papeles contenti-



PATIO DE LA CASA DEL VIRREY EN CÓRDOBA

vos de todos estos detalles, que el Marqués durante su estadía en dicha mansión introdujo varias mejoras en ella y dió el nombre de su santo San Rafael a la calle hoy denominada Ituzaingó.

«Con sobrada justicia he clasificado, pues, a este edificio, — de magnífico libro de piedra cuyas páginas son otros tantos pedazos de historia, y digno, más digno de loa, el gobierno que, al exaltarlo a la categoría de Museo, lega hoy a la provincia un relicario del arte y del espíritu de la Colonia».

Poco puede agregarse a ésto sobre arquitectura y construcción; pero, vale expresar que la casa que nos ocupa es la única que presenta dos plantas.

El mérito arquitectónico es el mismo del templo de la Compañía y su convento. Importa especializar aquí, que los jesuítas eran los únicos que reunían entonces condiciones para proyectar este género de construcciones.

Comparando algunos detalles y moldes, se nota semejanza con los de la Catedral.

El resto de la casa está caracterizado por la sencillez y una portada sencilla también la asemeja a la casa solariega.

En el patio ya se nota algo más de lujo, presentando galerías con columnitas, y una escalera principal, en cuyo descanso se levanta una chimenea destinada a despedir hacia arriba el humo y el hollín, propios de la iluminación defectuosa de aquella época. Esta instalación es única, y de gran novedad en ese entonces, pues respondía al lujo buscado por su rico propietario; y posee originalidad, caracterizándose por la alegría del conjunto.

La construcción de la casa demoró, más o menos veinte años; esto, según las formas arquitectónicas usadas y las variaciones introducidas. Sobre el muro ancho y consistente descansaba la sólida bóveda terminada con la rica teja española. Todo el adorno interior consistía en la llave central de la bóveda,—variando el modelo al gusto del dueño,—y de la cual pendía una roldana destinada a subir y bajar el artefacto de la luz.

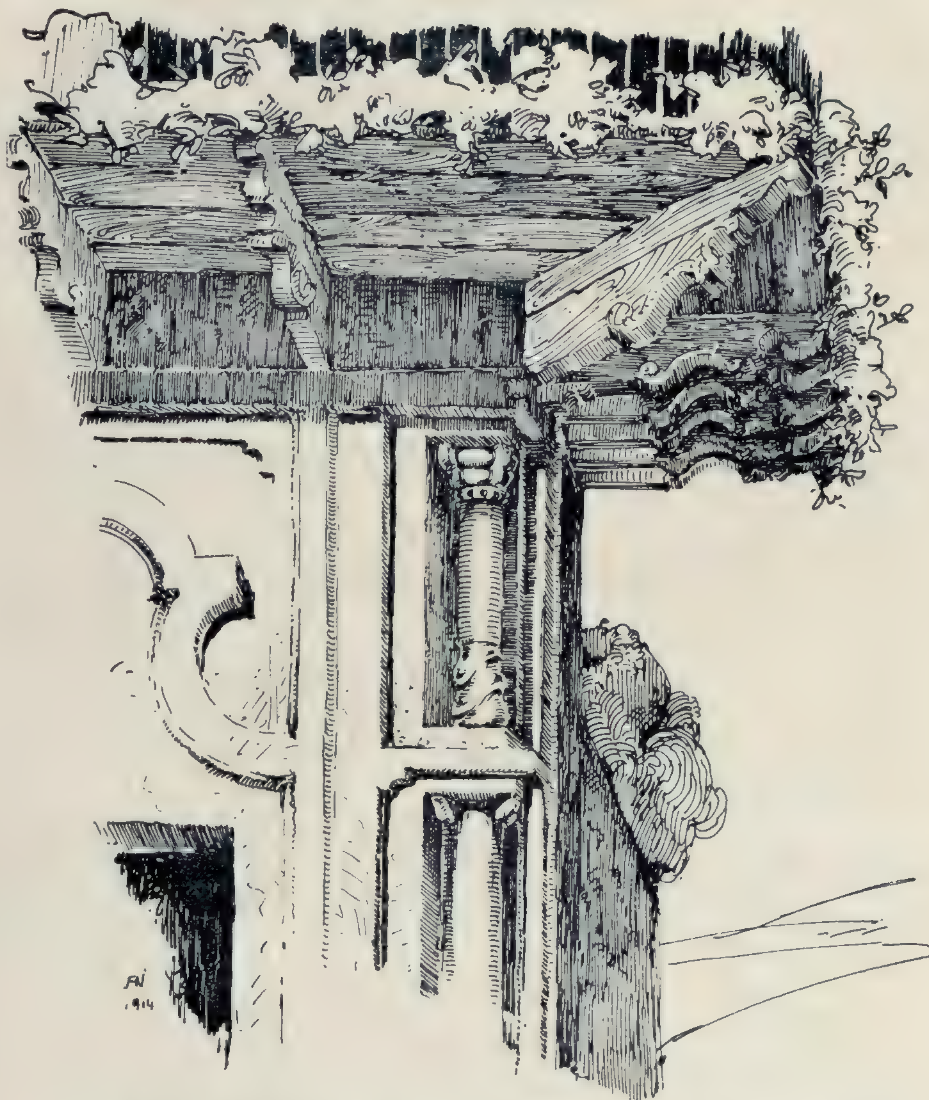
El inventario de la casa, encontrado en el archivo, gracias a la habilidad y constancia del mismo doctor Cabrera, me ha facilitado el estudio de este punto y lo agrego para completar el desarrollo de mi tema.

El suelo en que se hallan fundados los edificios de dicha finca se compone de cuarenta y nueve varas de frente al Norte, el cual tiene dos fondos que explican en la forma siguiente:

«Las veinte y seis que caen al costado del Poniente con treinta y cinco varas de fondo, y las veinte y tres restantes al costado del Este, con setenta y seis y tres cuartas varas, para cuya inteligencia se formara un plano al final de esta tasación. Y hechos cargo de su buena situación y extensión, apreciamos en cantidad de cuatro mil pesos .... $ 4.000

Item. La sala principal de dicha casa frente al Norte que se compone de doce varas y tercia de largo, cinco y tres cuartas de ancho, y de alto cuatro y tercia hasta la cornisa o arranque de la Bóveda que figura medio punto,

paredes de una vara de grueso de cal y canto bien trabajadas puertas de dos manos de tableros, de Alcayatas con cerraduras, y llave corriente, y una ventana de dos varas de luz y el ancho correspondiente con su reja de hierro de buena hechura y coronación con sus puertas correspondientes de dos manos de Alcayata y aldavilla y así mismo otra puerta de dos manos que sigue a un aposento en el testero



DETALLE DE LA ARQUITECTURA EN LA CASA DEL VIRREY EN CÓRDOBA

del Poniente con dos y tercia varas de luz y su ancho correspondiente, de Alcayatas, con cerradura y llave corrientes, cuya pieza reconocida con la debida prolijidad en vista de su buena condición, y estado apreciamos en Dos mil y doscientos pesos ....$ 2.200

Item. Un aposento que le subsigue con nueve varas y cuarta de largo, cinco de ancho, y cuatro de altura hasta los arranques de la Bóveda que es

de medio punto formada de Lunetas y una ventana de poco más de vara de alto y su correspondiente ancho con reja de varillas de hierro, que mira a un corredor que se halla situado al frente de la sala principal, con más una alacena de cuatro hojas con dos serrojillos, cerradura y llaves corrientes y unas puertas de dos manos que dan paso a otra sala, asimismo otras puertas de dos manos que siguen a un dormitorio de Alcayatas con sus argollas para candados, cuyas piezas reconocidas avaluamos en mil trescientos veinte y cinco pesos .... $ 1.325

Item. Un dormitorio que se halla al costado del Poniente de dicha pieza con seis varas y tres cuartas de largo, cuatro y dos tercias de ancho, y de alto tres varas con su Bóveda de medio punto, y una lumbrerilla con un crucero de varillas de hierro que mira a la parte del Sur, y una Alacena con puertas de cuatro hojas, de dos cerrojillos, y cerraduras corrientes, que todo apreciamos en seiscientos sesenta pesos .... $ 660

Item. Otra sala en el patio de dicha casa que mira al Naciente, con diez varas de largo, cinco de ancho, y cuatro de alto, Bóveda de Luneta de medio punto, paredes de igual naturaleza que las antecedentes, puerta principal de dos manos, de Alcayata, con cerradura y llave corriente, con dos varas, y dos tercios de alto, y ancho correspondiente y otra puerta más de dos manos en el mojinete de la derecha con poco más de dos varas de alto, y correspondiente ancho, que pasa a un dormitorio, con argollas, y sin cerraduras, y una ventana de varillas de hierro con su coronación de lo mismo, que cae al patio con cosa de una vara de alto, que todo reconocido apreciamos en mil cuatrocientos cincuenta pesos .... $ 1.450

Item. Un dormitorio que sigue a dicha pieza a la parte del Norte con seis varas de largo, cinco de ancho, y cuatro de altura, asimismo de Bóveda de Luneta, y medio punto con una puerta de dos manos de Alcayatas, con cerradura y llave corriente, con dos varas, y tercia de alto y ancho correspondiente que dá paso a una tienda a la calle, y una puerta más que cae a un corralillo sin cerradura de una mano, que todo reconocido apreciamos en setecientos pesos .... $ 700

Item. Otra sala que mira al Poniente, con once y dos tercias varas de largo, cinco de ancho, y cuatro de altura hasta los arranques de la Bóveda, Lunetas de medio punto, puerta principal de dos manos con Alcayata, cerradura y llave corriente, con dos, y dos tercias varas de altura, y ancho correspondiente, y otro de igual naturaleza que mira a un jardinillo, y una ventana que mira al patio de varillas de hierro, coronación de lo mismo con cosa de una vara de alto, y ancho correspondiente, una alacena con puerta de dos manos, que todo apreciaron (dijo) apreciamos en mil seiscientos cincuenta pesos .... $ 1.650

Item. Un corredor fundado al frente de la sala principal sobre tres pilares, y cuatro arcos con doce varas de largo, tres de ancho, y cosa de tres varas de altura, cuya bóveda sirve de piso a otro corredor alto, y hechos

cargo de su condición, arco y molduras, tasamos en doscientos cincuenta pesos . . . . $ 250

Item. Dos aleros que reguardan las dos salas de naciente y poniente, con vein-



ZAGUAN DE LA CASA DEL VIRREY EN CÓRDOBA

te y cinco varas y tercia de largo ambos, los que se hallan sobre canes (?) de madera de algarrobo, su techo de tejuelas y teja, que apreciamos en ochenta pesos . . . . $ 80

Item. Un zaguan con cinco varas de largo, cuatro de ancho, y tres y media de altura, cuya bôveda que es labrada y de medio punto se funda sobre los costados de dos tiendas que caen a la calle, la cual bóveda sirve de piso a un corredor alto cuya escala es de treinta pasos sobre un arco con vara y media de ancho, y una carbonera debajo advirtiéndose que a los costados de la predicha bóveda se hallan otras dos pequeñas que cajen todo el cuadro del patio, cuya otra inclusive la portada a la calle segun queda explicada agregado el porton principal con su patio de dos manos apreciamos exclusive las dos paredes en que se funda dicha bôveda (con ánimo de apreciarlas en sus respectivas viviendas) inclusive la bôveda alta con sus linternas en cantidad de seiscientos cincuenta pesos ......$ 650

Item. El corredor alto que mira a la parte del Norte con dos arcos, dos balconcillos y un cuartito fundado en dicho corredor, cuyo techo todo es de costaneras, tejuela, y teja, que todo apreciamos inclusive las dos puertas que contiene dicho alto, y la escala que es de veinte y dos pasos con su pasamano de cal y ladrillo, fundadas sobre un arco, en doscientos pesos ....$ 200

Item. Una sala de alto a que le sirve de piso la bóveda de la tienda, y tras tienda de la esquina con trece varas y media de largo, cinco y octava de ancho, y cuatro de alto obra mista que tendrá según se manifiesta por partes cosa de una vara de alto desde el piso de dicho alto, y lo restante hasta el techo de Adove con cosa de una vara de ancho, y su rafa de cal y piedra a todos vientos, cuya pieza tiene seis tirantes madera de quebracho, techo de tejuelas, y teja, y un chanflon a la parte del Poniente, advirtiéndose que la citada pieza tiene un balcon de hierro a la calle con nueve varas de largo en contorno, formando la misma figura de la esquina, de hechura regular con dos puertas de dos manos de Alcayata, y sus tranqueros corredizos embutidos en las paredes, y otra que entra a dicha sala con dos varas y media de alto, y ancho correspondiente, de Alcayatas, con cerradura y llave corriente, y una ventana con cosa de vara y tercia de alto con su reja de yerro que mira a la calle, cuya obra reconocida en vista de su buen estado apreciamos en mil y doscientos pesos..$ 1.200

Item. Un dormitorio que se halla en dicha sala con seis varas y cuarta de largo, cinco de ancho, y cuatro de altura, obra de adove, y como cosa de una vara desde el piso de cal y piedra, y su rafa a la parte del Sur de lo mismo, cuyas paredes tienen cerca de vara de gruesa techo de tejuela y teja, con dos tirantes madera de quebracho; y una ventanilla que cae al patio principal de la casa, de varillas de hierro, con una vara de alto, y puerta de una mano con aldavillas; y la principal por donde se entra de dos manos con Alcayatas, sin cerradura, enladrillado todo bien tratado, advirtiéndose que por estar tasado el mojinete que se halla fundado al costado de la sala, solo se aprecian las tres paredes restantes en cantidad de doscientos sesenta pesos ....$ 260

Item. Otra sala que le subsigue al preferido alto con diez varas de largo, y el mismo ancho, y alto que la antecedente, con cinco tirantes madera de quebracho, techo de tejuela y teja, ensalado de baldosa, paredes de igual construcción puertas de dos manos de tablero con dos varas y dos tercias de alto y ancho correspondiente con cerradura y llave correspondiente, y una ventana que mira a la calle de varillas de hierro con vara y media de alto, con sus puertas de dos hojas de Alcayatas y aldavillas



PATIO DE LA CASA DEL VIRREY SOBREMONTE EN CÓRDOBA

y otra puerta más de dos manos que sigue a otra pieza con dos y media varas de alto, y ancho correspondiente, de Alcayatas, sin cerradura, todo en buen estado, que apreciamos en quinientos noventa pesos.....$ 590

Item. Otra pieza que le sigue de igual construcción y naturaleza que la antecedente que apreciamos con rebaja de un mojinete en cantidad de quinientos sesenta pesos ....$ 560

Item. Un dormitorio de iguales medidas y condición al que se halla en la primera sala de estos altos que apreciamos en doscientos cincuenta pesos $ 250

Item. Una azotea con diez varas de largo, y cinco de ancho a que le sirve de piso la bóveda de las tiendas a la calle, por cuya causa solo apreciamos el ante pecho que la contorna, y el ensolado, cuya pared tiene de grueso poco más de media vara, y de alto poco más de vara, lo que apreciamos en sesenta pesos ....$ 60

Item. En dicha azotea se halla un lugar comun que sigue desde dicho alto hasta el plan de la casa, el cual tiene ocho varas y media de altura, y una y dos tercias de ancho advirtiéndose que las seis varas de dicha altura son de cal y canto, y las dos y media restantes de adove con su bovedilla que le sirve de piso, techo de tejuela y teja, con puerta de quicio de una mano, cuya obra apreciamos en trescientos cincuenta pesos $ 350

TRAS PATIO

Primeramente la puerta falsa que se compone su entrada de seis y media varas de largo, una de ancho (digo) una y media, y cerca de tres de altura, cuya extensión tiene la bôveda que se funda sobre la pared de una tienda de la casa, y por el otro costado con la pared que divide las casas que fueron de don Esteban de Montenegro, advirtiéndose se aprecia solamente la bóveda, la parte de pared divisoria, y las puertas, por corresponder la otra pared a la tasación que se debe hacer de la citada tienda, en cuya consecuencia lo tasamos en doscientos pesos ....$ 200

Item. En dicho tras patio se halla una cocina, y un cuarto subsiguientes con diez varas una, y otra pieza de largo, y de ancho cuatro y media, obra de adove en regular uso, sin puertas, techo de tejuelas, y teja, que apreciamos en ciento y sesenta pesos ....$ 160

Item. Pegado a la espalda de la sala principal de la casa se halla una media agua con la puerta mirando al naciente, que es de una mano de quicio, obra de adove algo maltratada, suelo terrzo (?), techo de tejuela y teja que tasamos en cincuenta pesos....................................$ 50

Item. Una pared de veinte y una varas de largo en contorno que sirve de cerca a un jardín la que tiene dos varas y media de alto, obra de adove, con su vanda de teja, que apreciamos en cincuenta pesos.................$ 50

Item. Setenta y cuantas varas de cerca a la parte del naciente, empezando desde la punta del arco de la parte del arco de la puerta falsa que divide esta casa de la del difunto Montenegro hasta topar con la pared del fondo, obra mitad de cal, y piedra, y adove, con casa de cuatro varas de altura, cuya mitad por corresponder las otras al vecino inmediato apreciamos en doscientos y cincuenta pesos...........................$ 250

Item.	En dicho traspatio se halla un pozo con su brocal y rodara, y una alberguilla pequeña que apreciamos en cien pesos....................$	100
Item.	Dos hornos, uno grande, y otro pequeño que tasamos en tres pesos ..$	3
Item.	Por catorce varas de cerca que se pallan fundadas a la entrada de la huerta, con cuatro varas de altura cimiento de cal y piedra, obra de adove, con su barda de teja, y puerta de una mano, de quicio, y llave corriente, que tasamos en treinta pesos..................................$	30
Item.	Por treinta y tres varas de cerca en el fondo, y huerta de dicha casa, y al costado de Poniente que divide esta de la de las Bracamonte, obra de adove, con cuatro varas de altura, vardada de teja, cuya mitad por corresponder la otra a los vecinos inmediatos tasamos en treinta y cinco pesos ....$	35
Item.	Cuarenta y dos pies de parras frutales a seis reales.................$	31
Item.	Ocho higueras nuevas frutales ocho pesos ....$	8
Item.	Seis granados nuevos frutales a tres pesos ....$	3
Item.	Otros seis dichos duraznos a peso...................................$	1
Item.	Diez y siete varas más de cerca que divide el tras patio de esta casa con la de Bracamonte por la parte del Poniente, otra de adove con cuatro varas de altura, cuya mitad por corresponder la otra al inmediato tasamos diez y ocho pesos.....................................$	18
Item.	Una tienda de esquina con seis varas de largo, cinco y tercia de ancho, y tres y media de altura hasta los arranques de la bóveda paredes de poco menos de vara de grueso con su poste o esquina de cal y piedra, puertas de dos manos de Alcayatas, con cerraduras y llaves corrientes, y otra puerta más asimismo de dos manos que pasa a una tras tienda y en dicha tienda su mostrador de un tablon de cosa de cinco varas de largo, y siete octavas de ancho con sus correspondientes cajones y su armazón ochavada, con cuatro andanas de tablas y su correspondiente cajon de cinterias con varias divisiones, y en el contorno de la pared un hoyo o asiento de cal y piedra de una tercia de alto y el mismo ancho, cuya obra reconocida en vista de su buen estado apreciamos en novecientos sesenta pesos...$	960
Item.	Una tras tienda que le sigue con seis, dos tercias varas de largo de la misma anchura, y alto que la dicha tienda, paredes de igual construcción con su bóveda de Luneto de medio punto, puerta principal a la calle de dos manos con sus hierros corrientes y un tranquero embutido en la misma pared con su argolla, lo mismo que tienen las puertas de la tienda, y asi mismo otra puerta más de dos manos que pasa a un corralillo donde se halla una pared que divide otro corral de cal y canto de cosa de media vara de grueso con cuatro varas de largo, dos y media de alto, y un atajadizo de adove aplicado para cocina, y en dicha trastienda	

hay una alacena con puerta de dos hojas de alcayatas sin aldavilla ni llave, y más otra puerta asimismo de dos manos, de igual construcción que la antecedente que da paso a otra tienda, y una lumbrera en dicha trastienda que le comunica la luz del norte, con un crucero de hierro, y es advertencia que en atención a estar tasado el mojinete de la tienda que divide esta trastienda, solo se apreciaron las tres paredes respectivas con lo demás relacionado en setecientos pesos ....$ 700

Item. Otra tienda a la calle con cinco varas de largo, cinco y cuarta de ancho, igual altura que las demás, y parecer de igual construcción con sus puertas de dos manos de alcayatas con cerradura y llave corriente, mostrador de una tabla, y armazón de tres andenes de tablas con su cajón correspondiente, y un tabique que forma un paso que va a la trastienda que ya se halla apreciada en lo interior de la casa, y asi mismo tiene dicha tienda una lumbrera lo mismo que la de la antecedente pieza advirtiéndose se tasan solamente tres paredes por estar ya apreciadas la una en la antecedente pieza con todo lo relacionado en la cantidad de seiscientos sesenta pesos .... $ 660

Item. Otra tienda que sigue pasada la puerta de calle con puerta a ella y otra al zaguán, ambas de dos manos de Alcayatas con cerraduras corrientes, cuya pieza tiene cinco varas de largo, cinco y cuarta de ancho, la misma altura hasta la bóveda que las antecedentes la que tasamos en setecientos pesos .... $ 700

Item. Otra tienda que le sigue de igual construcción y medida que la antecedente, la que tasamos (con rebaja de la una pared que corresponde a la dicha) en seiscientos sesenta pesos por tener mostrador y armazón de la misma condición que la primera que se halla junto a la puerta de calle a la parte de arriba de zaguán ....$ 660

Item. Una trastienda al fondo de la antecedente con cinco y media varas de largo, cinco de ancho, y tres y media de alto, advirtiéndose se tasan únicamente dos paredes que son las de los costados por estar la una que sirve de mojinete a la tienda ya tasada, e igualmente la otra que sirve de mojinete a una de las salas principales del patio de la casa en cuatrocientos cincuenta pesos .... $ 450

Item. En dicha trastienda hay un corral con tres paredes que lo dividen de las demás oficinas interiores advirtiéndose se tasan solamente dos por corresponder la otra al corral de la tienda que sigue, con diez varas las dos que son de cal y canto con cosa de media vara de grueso que tasamos en cuarenta pesos.. $ 40

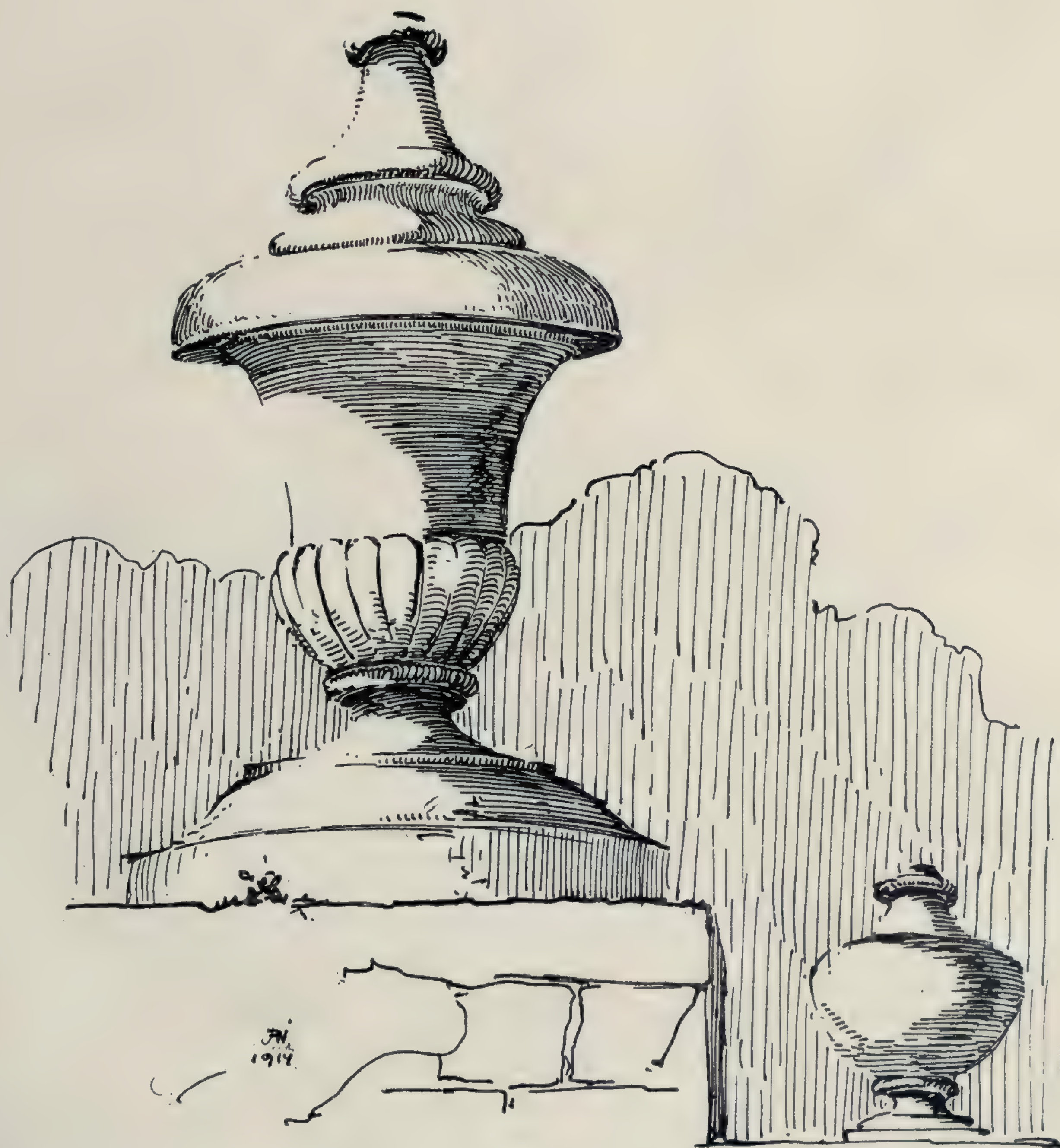
Item. Otra tienda cosa cinco y cuarta varas de largo tres y media de ancho, y tres de altura, bóveda llena de corretón con puerta de dos manos de Alcayatas, con cerradura corriente que tasamos en trescientos pesos.. $ 300

Item. Una trastienda que le sigue de iguales medidas, y condición, con tres y cuartas de dos manos, de igual calidad de las antecedentes la una perteneciente al corral y la otra que pasa al callejón o puerta falsa de la casa y en dicho corral una pared que lo divide desde la antecedente tienda, con cinco varas de largo, y media de grueso obra de cal y canto, que tasamos todo en doscientos y cincuenta pesos con atención a la rebaja que pertenece a un costado de la tienda . . . . $ 250

Item. Una tienda a la calle mirando al poniente inmediato, o subsiguiente a la esquina, con cinco varas de largo, y cinco y media de ancho, cimiento de cal y piedra, paredes de tapial, mostrador de un tablero de cedro, con vara de ancho, y cuatro de largo, y su correspondiente armazón con dos andenes de tabla de listones y cañizo con cajón, dos tirantes, techo de tejuela y teja suelo de bóveda, puerta principal de dos manos, con cerraduras y llave corriente, y su tranquero embutido en la pared con su argolla, y otra puerta más».

CAPITULO VIII.

CASAS URBANAS
CASAS DE CAMPO
RANCHOS





Casa Quinta Colonial, en la Provincia de Córdoba

La distribución interior de las casas, en general, no es invento caprichoso de los pueblos, sino el resultado de centenares de años de desarrollo, agregando siempre lo necesario e indispensable a la casa ya existente, y siempre en armonía con el modo de pensar y sentir del pueblo mismo, y con el clima al cual hubieron que adaptarse.

La casa romana, en el norte de Europa, no podía conservar las formas que



FRENTE DE LA CASA DE OTERO EN SALTA



PLANTAS PARA CASAS URBANAS

poseía en Italia. Pero no cambiaban las formas si eran edificadas en las colonias romanas fundadas en las costas de España, donde gozaban de las mismas condiciones climatéricas que en Italia.

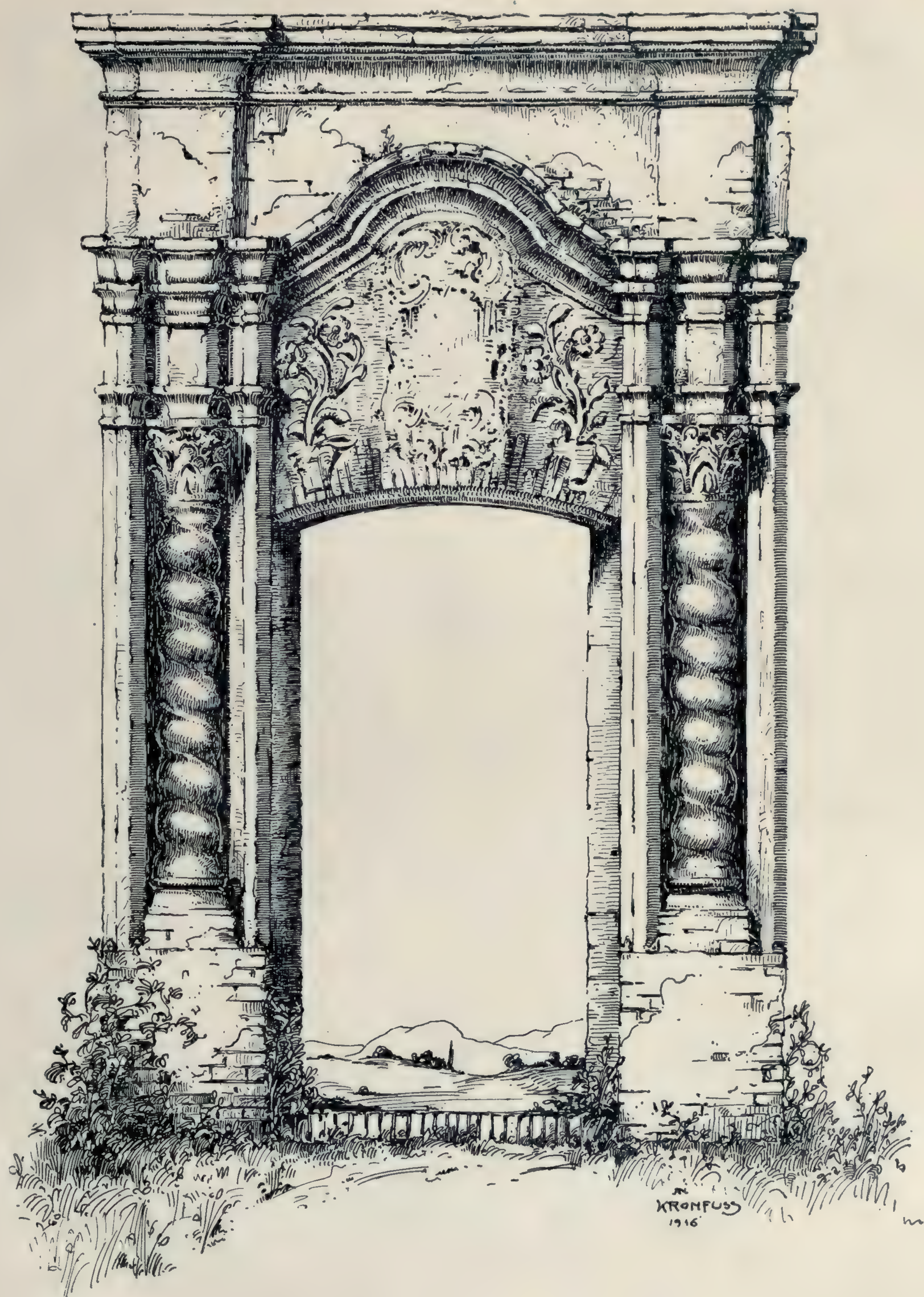
Es, pues, sumamente interesante saber cómo eran las casas romanas. De la antigua Roma casi no conocemos alguna, quedándonos solamente pocos cimientos desenterrados por los arqueólogos, sobre los cuales se ha tratado de reconstruir lo perdido.

Sabemos por la descripción de Plinio el menor, que hubo en agosto del año 79 (después de Cristo) cerca de Nápoles, un gran terremoto acompañado de una erupción del Vesubio, que produjo la completa desaparición de dos ciudades: Pompeya y Herculano, bajo la lluvia de cenizas que cayó durante días y semanas.

Posteriores erupciones del Vesubio forzaron el retiro de los que habían vuelto para reedificar sus casas, quedando desierta y olvidada la ciudad de veraneo de los romanos, que contaba sus 20.000 habitantes.

En el año 1748, se encuentra por caso la ciudad y se la identifica con lo descripto por Plinio y por las cartas de Cicerón, quien había comprado una casa, con jardín en la misma Pompeya.

Por esas fuentes, sabemos también que la influencia de la cultura griega sobre las gentes de esos lugares era muy notable.



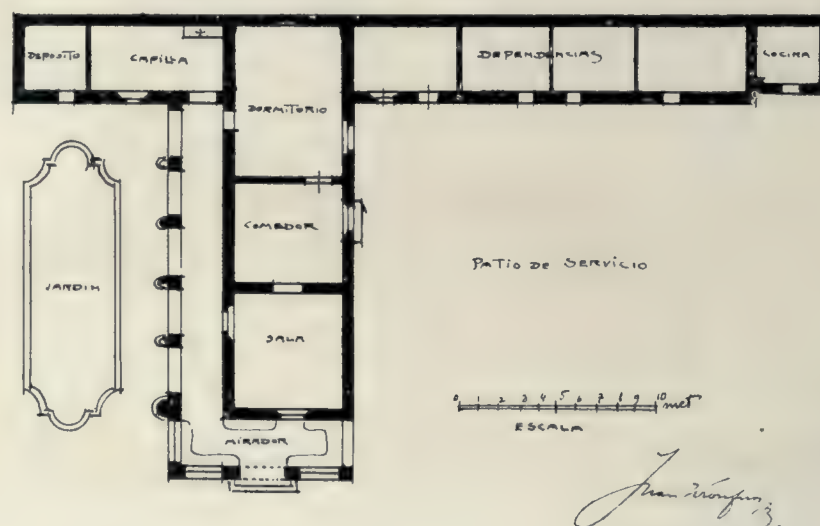
PORTAL DE LA CASA HISTÓRICA EN TUCUMÁN

Las excavaciones científicas y la colaboración de artistas facilitaron la reconstrucción de varias casas, entre las cuales una por mí reconstruída, llámase «La casa del poeta trágico», según documentos y pinturas encontradas en la casa misma. Las fachadas de las casas romanas tenían pocas o ninguna ventana, y estaban decoradas en colores diversos: había pequeños negocios a los dos lados de la entrada principal y casi todas eran de un solo piso.

Solamente para los esclavos existían en los altos algunas pequeñas piezas.

Por defuera, el aspecto de las casas era muy simple. Unicamente tenían las puertas—como se usa en Oriente—careciendo de ventanas a la calle y, si por casualidad las había, eran muy pequeñas, cosa que tambien se nota en nuestro estilo colonial.

En cambio, recién en el interior se desarrollaba la belleza de la casa, en con-



PLANTA DE UNA CASA QUINTA EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA (RECONSTRUIDA)

traposición al concepto que actualmente se tiene de lo que es arquitectura, pues hoy detrás de un frente abundantemente decorado y monumental, se ocultan habitaciones pequeñas, y casi diría demasiado modestas.

La distribución interior de las casas romanas era igual a la de las casas coloniales en la Argentina.

Se pasaba por un vestíbulo de regular longitud—nuestro zaguán—llegando al llamado atrium, que ahora no es otra cosa que el primer patio. Este estaba parcialmente descubierto y en su derredor se hallaban dispuestas pequeñas habitaciones que recibían luz únicamente por la puerta.

Por el techo de este patio iba el agua de la lluvia al impluvium, que consistía en una especie de pileta debajo de la abertura del techo, rodeado de plantas y servía para recoger el agua que era conducida a la cisterna, donde se la guardaba.

CASA SOLARIEGA DE LOS DE ALLENDE, EN CÓRDOBA



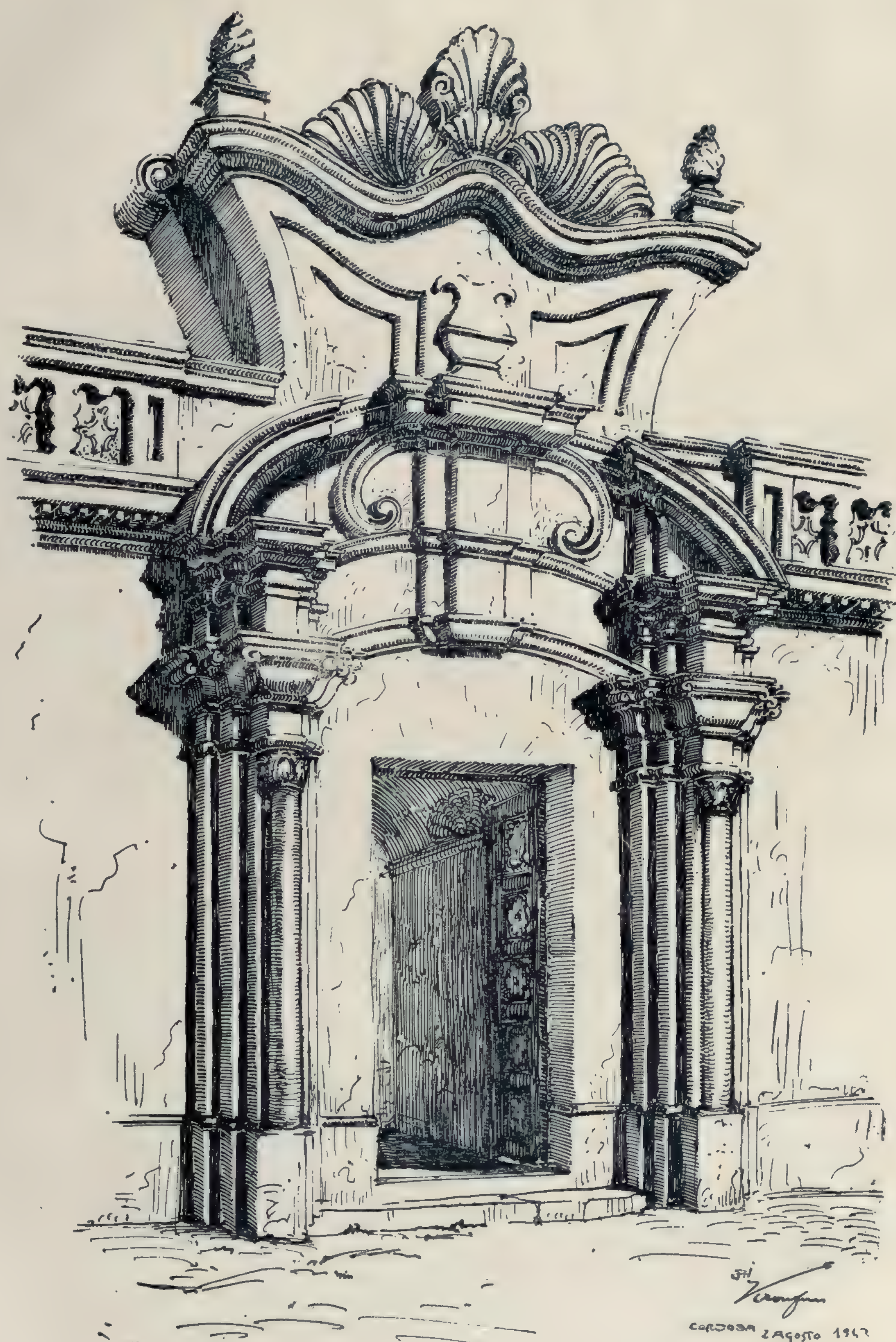
FRENTE PRINCIPAL



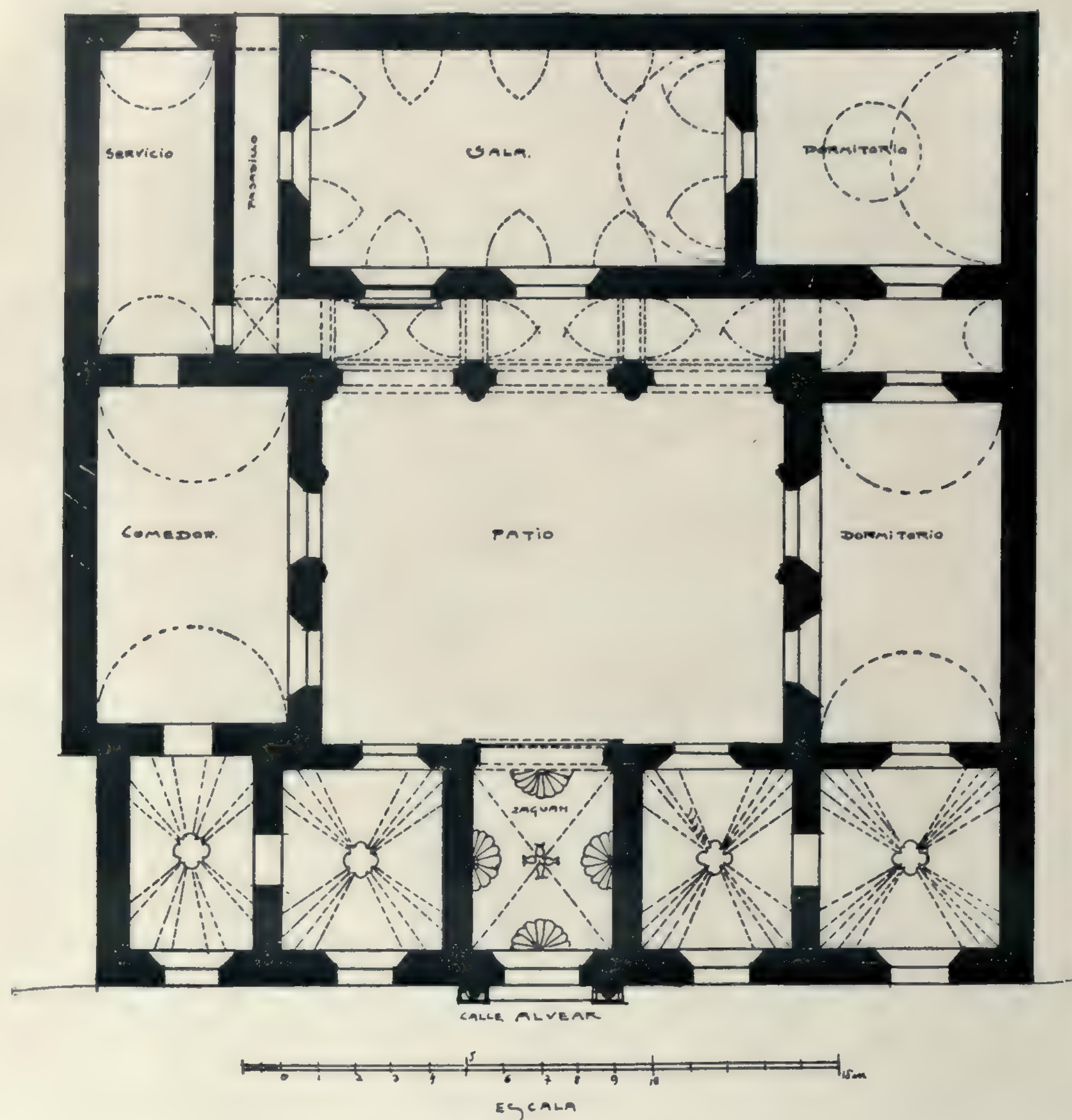
CORTE LONGITUDINAL



CORTE TRANSVERSAL



PORTAL DE LA CASA DE LOS ALLENDE EN CÓRDOBA



PLANTA DE LA CASA ALLENDE EN CÓRDOBA

Así es que guardamos aún la costumbre de poner las plantas de decoración en el primer patio, y dar una pavimentación de lujo a éste.

Las ventanas de las casas coloniales que dan a este patio, como las puertas, están siempre más decoradas que las aberturas del segundo patio.

Lo que no tenemos ya es el tanque central, que hace mucha falta en los parajes donde escasea la lluvia.

Al frente de la entrada estaba el tablinum, o sea el lugar de recepción, decorado con estatuas de miembros de la familia.

En todas las casas de la época colonial, la pieza de mayor importancia se encontraba en el mismo lugar que ocupaba el tablinum para la entrada, y servía para las recepciones de gala.

A la derecha de esta sala había un angosto pasillo, de servicio, que comunicaba con el segundo patio.

Esta comunicación se encuentra en todas las casas coloniales.

Pasando por el tablinum, se llegaba a un espacio rectangular rodeado de columnas y con jardín, llamado peristilo, donde se desarrollaba la vida íntima de la familia y donde se encontraban las cámaras de la dueña de casa y de los chicos.

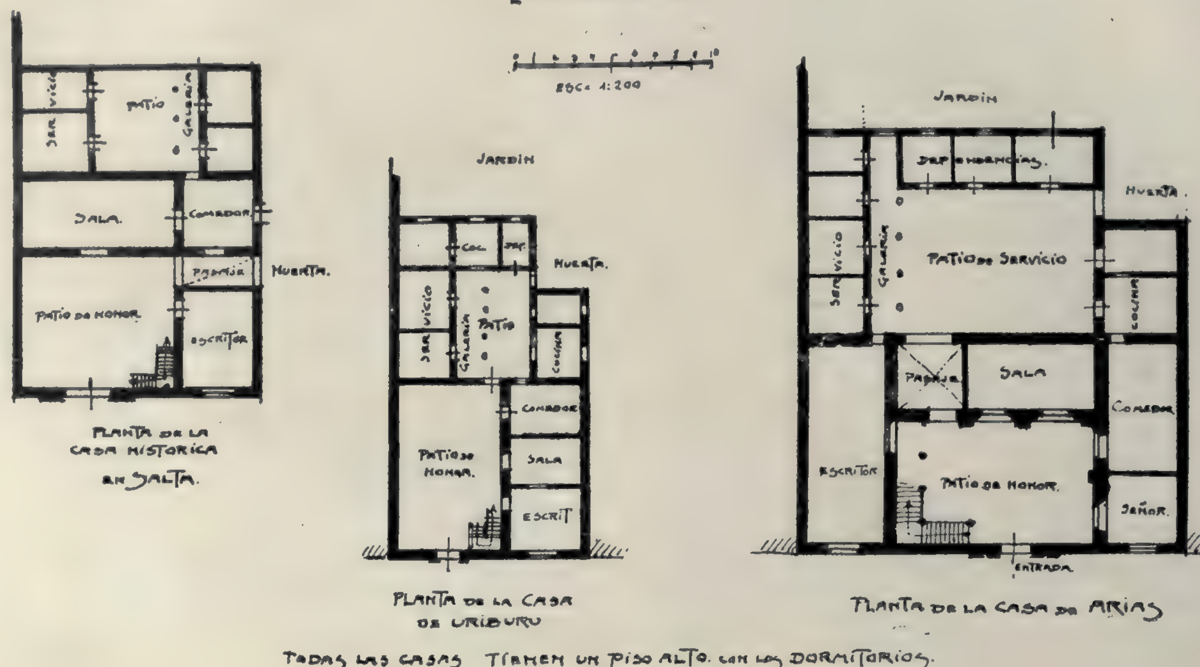
El peristilo era el lugar más bello y más cuidadosamente decorado. Era completamente libre y daba así ocasión para ubicar el altar casero, construir bellísimos aljibes y fuentes, y situar estatuas.

Del peristilo siempre era accesible el triclinium, o sea el comedor. En la ubicación de esas piezas tampoco hay diferencia en la época, aunque es verdad que no está el altar casero en el jardín, lo que resulta comprensible teniendo en cuenta el cambio de religión.

Pero la galería techada, el comedor, el jardín, todo está en el mismo lugar, como en la casa romana.



DETALLE DE LA ARQUITECTURA DE LA CASA DE ALLENDE EN CÓRDOBA



Donde hay una diferencia enorme, es en la decoración de la casa misma. Todo se decoraba con pinturas, aún en las casas más modestas, pues nadie quería negar la cultura de su tiempo.

Los pompeyanos sentían la necesidad del arte mucho más que nosotros. En esa pequeña y apartada ciudad de provincia, de unas 20.000 almas, se albergaba un sentimiento y un culto de lo bello como hoy en día no se lo encuentra en seis de nuestras grandes ciudades.

El renacimiento conocía tambien este amor a las artes, y los palacios de esa época, con su decoración artística y grandiosa, han sobresalido de las obras de los romanos.

De los artistas famosos empero no encontramos ninguna obra en las casas coloniales. Los muros quedaban blancos por falta de manos capaces de adornarlos. Casi no hay originales entre los óleos que se encuentran aquí, con excepción de los retratos de algún miembro de la familia, que por cierto amor a la persona retratada ha llegado a estos lejanos parajes.

Todo lo que hay, es una u otra copia de un cuadro, pintado de memoria, por faltar en ese tiempo la fotografía que hubiera dado una copia fiel.

Las casas romanas tenían pocos muebles: algunos banquillos livianos, sillas-tarimas para dormir y mesas; pero armarios, roperos, cómodas, escritorios, etc. no había.

Así también en la casa colonial no se conocían muchos de nuestros muebles modernos. Los armarios estaban en un hueco de los muros gruesos; las alacenas y el resto de la ropa, en los baúles, que eran fuertes y ricamente adornados.



Casa Quinta Colonial, en la Provincia de Córdoba (reconstrucción)



Mirador en una casa Quinta Colonial,
(Provincia de Córdoba)

El moblaje resultaba escaso y comprendía únicamente lo más necesario; como se ve en el inventario del año mil quinientos, que publica Lizondo Borda en «El Tucumán al través de la historia». Trátase de una carta de dote de la hija de un encomendero de aquellos tiempos que cuenta muy fielmente entre otras cosas:

«Un espejo grande, 12 pesos; un estrado grande, 30 pesos; diez sillas encarnadas y enclavadas, 7 pesos; cada una. Más una cuja, en 10 pesos. Un bufete en 10 pesos. Una caja grande, de cedro, con cerradura, en 10 pesos. Otra caja de cedro en 12 pesos».

Las distintas formas en que, sucesivamente, se nos presenta la construcción colonial, con los estudios que en las respectivas ciudades hemos realizado, nos permite establecer el orden siguiente:

Primer período:	Ranchos, en adobe, entre empalizadas, techados de paja, y ramas.
Segundo »	Predomina el ensayo de la construcción de iglesias y conventos, empleándose los materiales encontrados en el mismo suelo, y adaptando a ellos las nuevas construcciones.
Tercer »	Aparece la edificación solariega en forma de casas de campo y estancia con capilla.



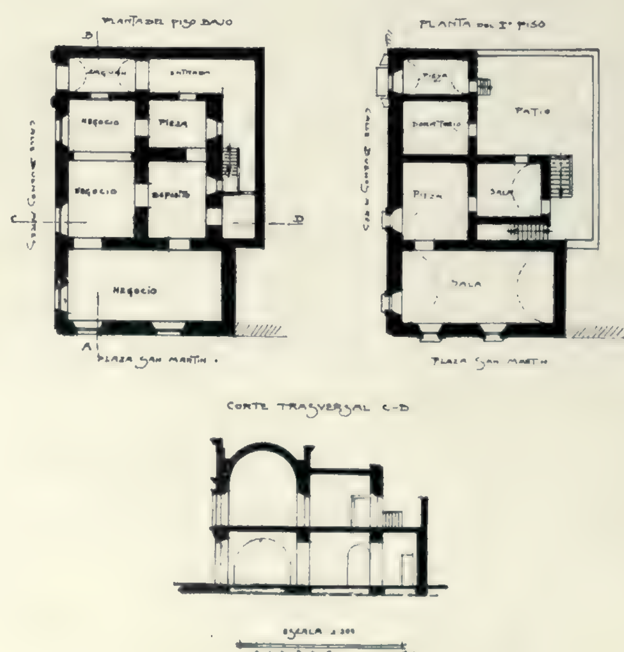
FRENTE DE LA CASA DE LOS ARIAS EN SALTA

Cuarto período:	Se inicia el comercio activo. La casa de negocio se construye en las esquinas. Tienen todas las dependencias, incluso depósitos; primero, en pequeñas, siendo luego de mayores dimensiones.
Quinto »	Se construye la vivienda del profesional. Se subdivide el solar; y comienza a formarse el centro de población alrededor de las casas solariegas y de comercio.
Sexto »	Algo modernizado ya, presenta la vivienda común de profesionales, el local reservado a la diligencia, y casas de alquiler.

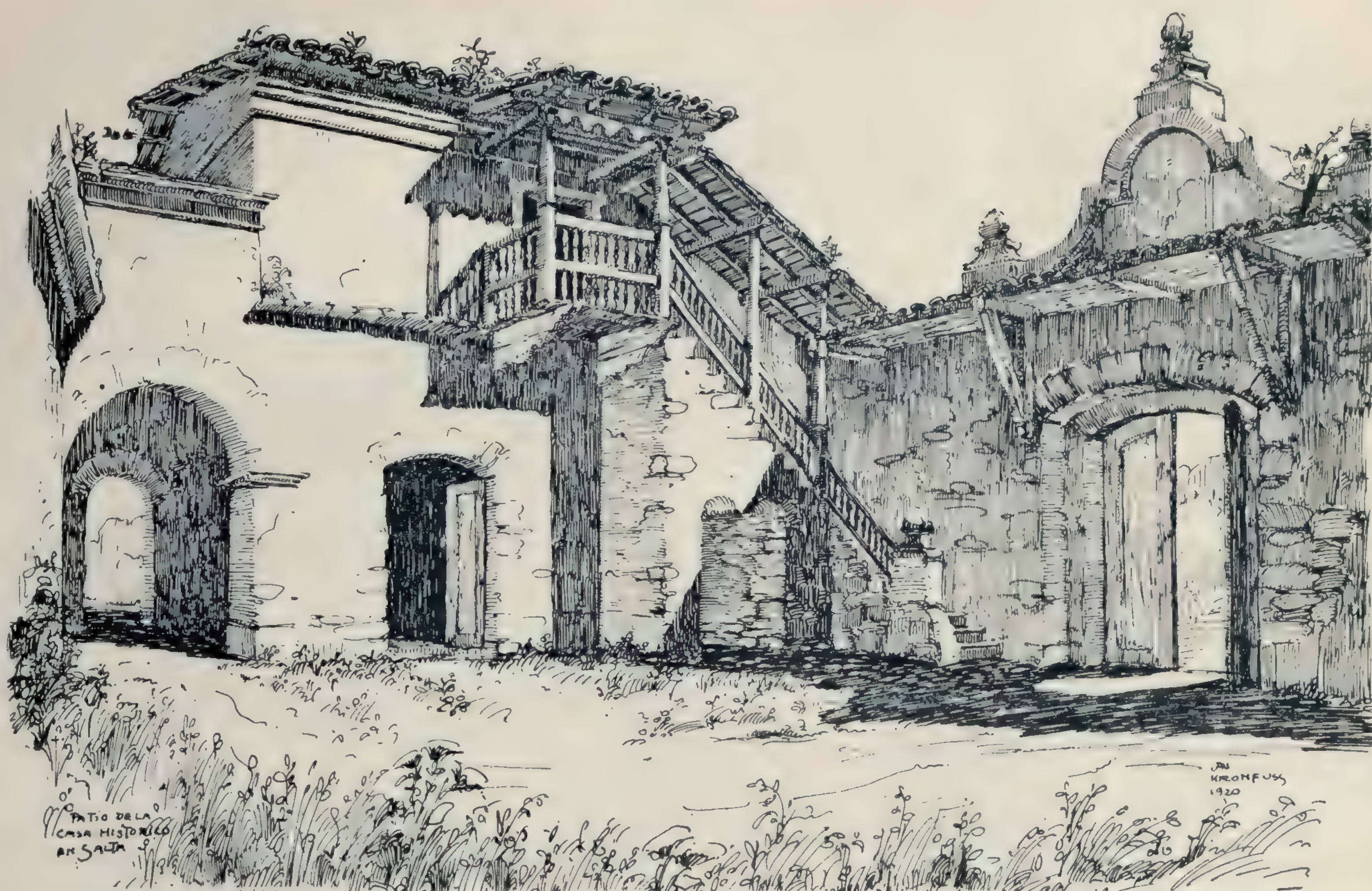
Estudiando la construcción colonial desde su orígen y siguiendo todas sus manifestaciones, podemos deducir que su desarrollo adquirió el máximum de actividad, de 1680 a 1740. A partir de este año, la construcción decae en la Argentina, para cobrar nuevo impulso despues de la independencia, o, mejor dicho, entre 1810 y 1820, al cabo del cual lapso de tiempo, decae nuevamente, para reactivarse de 1840 a 1860, y seguir su marcha no interrumpida aunque lenta. En el campo continúa la obra de la estancia, consistente en la vivienda campestre con capilla; y retrocede, nuevamente la construcción, para reducirse al rancho criollo, apenas modificado, para reaparecer en su forma primitiva.

Tal es el proceso de la construcción y arquitectura argentina, que sigo invariablemente en mi programa, cuyo desarrollo daré en los capítulos siguientes.

Sigamos, con nuestra fantasía, todos los pasos del compañero del conquistador, el colono primero, desde que abandona su abrigada vivienda de la madre patria, hasta



PLANTA DE UNA CASA DE NEGOCIO CON UN PISO ALTO EN CÓRDOBA



PATIO DE LA CASA HISTÓRICA EN SALTA

que se radica en pleno centro indígena, después de haber dominado el océano, desafiando al azar, siguiendo las direcciones que la buena suerte con esta o aquella sonrisa le inspiraba.

Veámosle iniciarse en su obra de civilización y progreso, sin otra fortuna, que su inquebrantable fuerza de voluntad; falto de abrigo y de armas, con un fiel e inseparable amigo, su caballo. Recorre sin cansarse, durante días, semanas y meses, la pampa interminable, por entre el bosque espeso, hallando aquí yerbas, allá espinas; duerme en el páramo, sin tener siquiera una modesta carpa que lo cobije en la noche helada o en el día tormentoso. Va seguro de encontrar un campo cuya dirección, más o menos, sigue; y llegado a éste—que no es otro que el lugar donde por primera vez se levantaron las hoy ciudades nuestras—piensa inmediatamente en los muros que lo han de resguardar y en el techo que lo ha de cubrir; y sin más herramientas que alguna que otra arma, útil para cortar, mas no para pulir, comienza por construir la deseada vivienda, sirviéndose para ello de ramas, paja y barro, recursos que Dios le envía por intermedio de la madre Naturaleza. Mas, de ésto trato detalladamente en otro lugar.

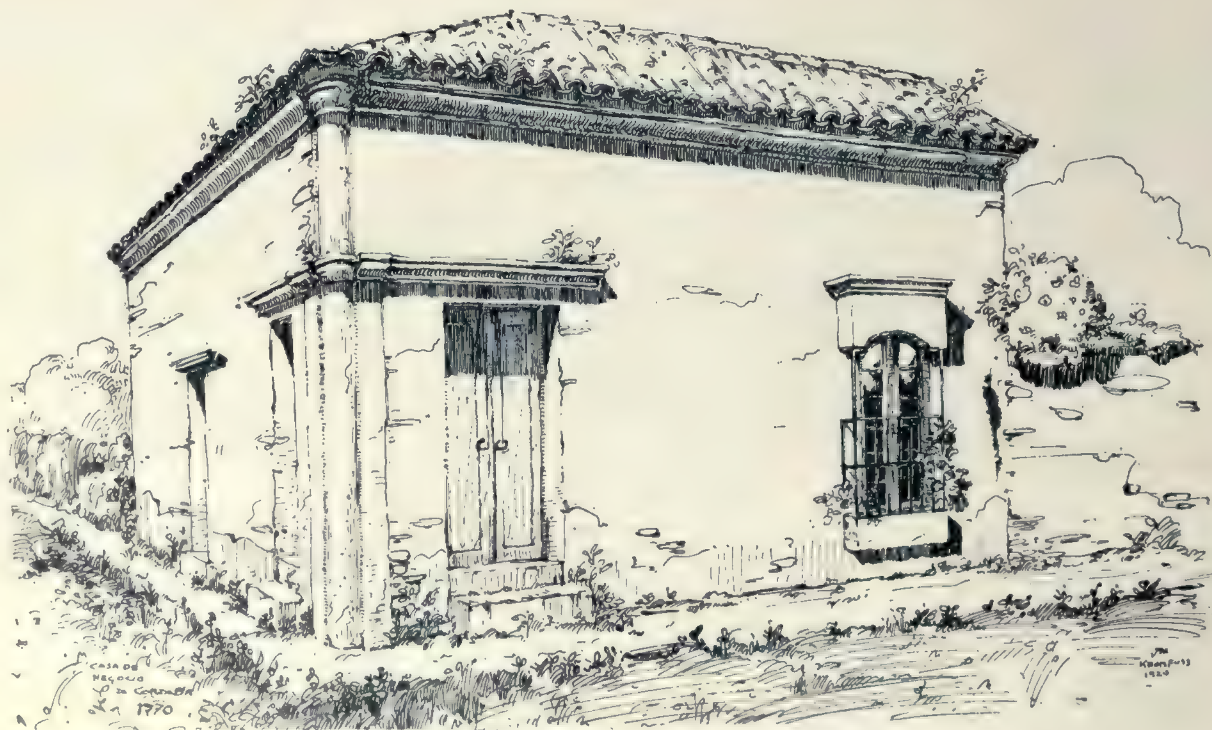
La vivienda, que consistía en una sola habitación, tenía un techo saliente, cuyo

oficio era dar sombra a los moradores en las horas de descanso. La cocina quedaba al aire libre; de modo que en las horas de lluvia se improvisaba al resguardo de aquella parte de techo que desempeñaba el papel de galería. Pero, molestando la entrada del humo en la habitación única, fué menester levantar un pequeño tabique y ampliar el techo saliente. Tan modesta era la vida de esta gente sencilla y feliz, que saturaban de alegría el descanso de la noche, entonando, a veces a la luz de la luna, o bajo el techito guardador de sus secretos nobles y puros, el «triste» melodioso reflejo fiel de impecable sinceridad.

Aquí nació el alma argentina. Su sencillez innata, contrastaba con la fantasía y ambición de los nuevos pobladores y colonos, cuyos sentimientos e ideas correspondían al barocco europeo, que, cual ola invencible, ha avanzado en el país, deponiendo las primitivas virtudes, para ceder inmerecido puesto a la ambición por el futuro brillante, con abstracción, a veces, de la vida misma de los pueblos. Pero la influencia recíproca de unas otras costumbres en los nativos y los nuevos pobladores, vino a modificar el ambiente moral, pudiendo observarse la transformación de los últimos, cediendo a la sencillez y lealtad del argentino de entonces, generador de esa gran familia que casi se extingue ya, en el orden moral, víctima del torpe materialismo.

Los ranchos conservaban por mucho tiempo su forma primitiva; sufriendo modificación más tarde, tan sólo en el material, los muros laterales—antes de barro entre ramas—que pasaron a ser de adobe entero, trabado; y un pilar a ambos lados de la puerta, para su consolidación.

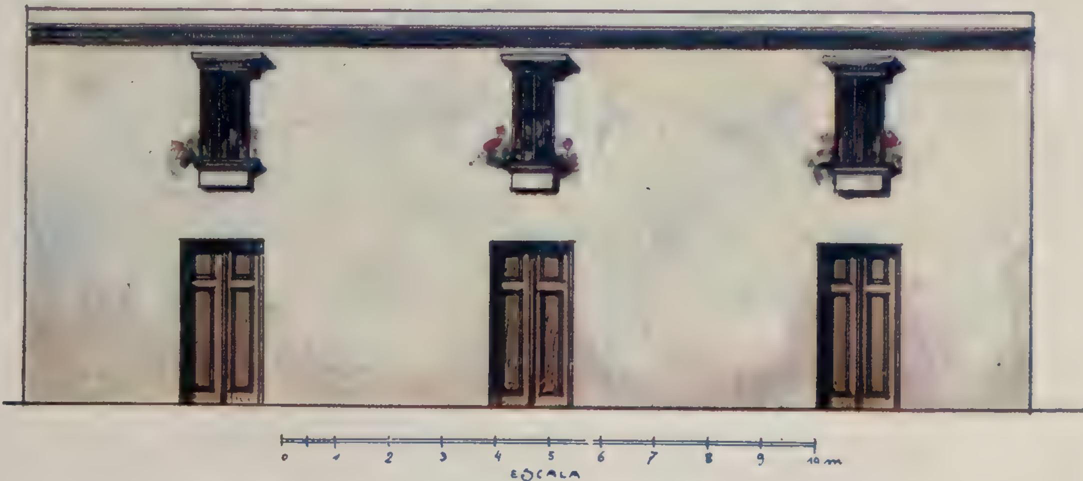
En este estado de cosas, cuando apenas la construcción había sufrido modificación, menos aún las costumbres, llegaron nuevos españoles con el propósito de establecer instituciones propias de su país. Portadores de lujo y costumbres palaciegas,

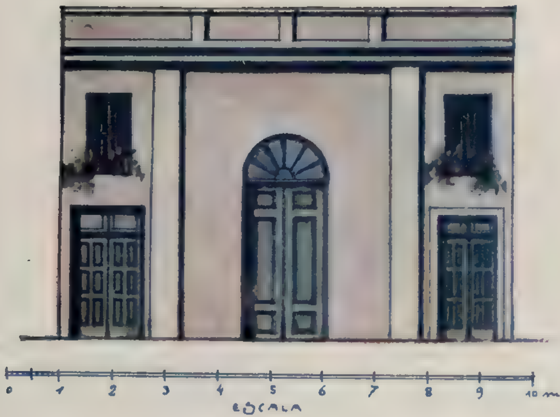


CASA DE NEGOCIO EN CÓRDOBA

FACHADAS DE CASAS COLONIALES, EN CÓRDOBA









CASA DE NEGOCIO EN CÓRDOBA

es de suponer que desestimaron su grandeza, al mirar por vez primera esta tierra que tanta hermosura ostentaba y tan valiosos tesoros les ofrecía.

Para actuar en el vasto campo de la civilización, en el nuevo país, era menester instalarse; y para esto era indispensable la vivienda.

No habiendo constructores, entre los criollos y españoles residentes, tuvieron que recurrir a los clérigos de los diferentes monasterios, que, como sabemos, construyeron los templos y conventos hasta entonces conocidos. A esto se debe el hecho de que se repitan formas y estilos casi exactamente copiados de obras monásticas.

Pero estas formas ya no son individuales; no obedecen a las circunstancias, como las anteriores, sino más bien consulta el pasado grandioso de la raza latina.

Siguiendo el proceso de la cultura humana en todas sus fases, hasta la época de los romanos, encontramos el orígen de estas casas; y las de la época colonial argentina, a que me refiero en el párrafo anterior, las imitan; presentando interiormente las mismas dependencias, igual distribución que las ya desaparecidas de la antigua Roma.

Ese tipo de casa predominó en Córdoba, mientras que en Salta apenas fué empleado. En la hermosa ciudad, donde brotaran laureles al poner Belgrano su planta, la construcción se españolizaba más que la casa solariega de Córdoba. Falta el zaguán, pero la puerta principal que da al patio de honor, es de gran arquitectura.

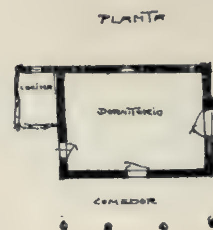
Al frente de este portón queda la sala. La escalera, siempre cubierta, adorna el patio, y conduce al balcón del primer piso, que comunica las habitaciones entre sí.

La pieza principal del primer piso tiene un balcón techado, del cual,—dicen los salteños—el general español pudo ver al ejército argentino, cuando se aproximaba, allá en el día de la gloria.

En el piso bajo, desde la sala, hacia el lado, se comunican todas las dependencias de la casa con un segundo patio de servicio.

De varias de estas casas tiene datos históricos y descriptivos en su libro, el inteligente e infatigable historiador salteño doctor Bernardo Frías, a cuya gentileza debo numerosas noticias que me han guiado en mi trabajo.



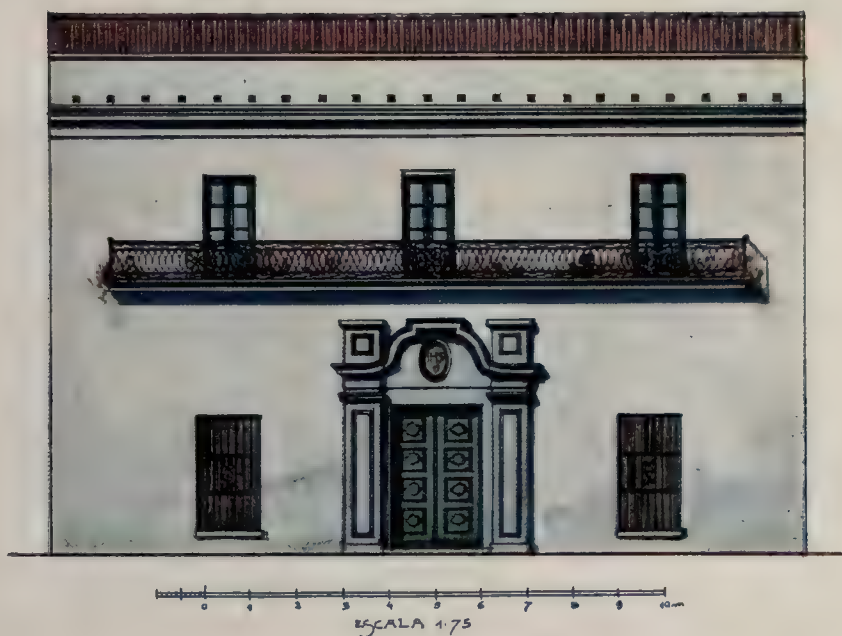
EL RANCHO CRIOLLO EN LA ARGENTINA

Los dos tipos de casa solariega descriptos, son los únicos que presenta la construcción colonial argentina: de orígen romano y español.

Perteneciendo estas casas a la aristocracia y ubicadas en regiones en donde el comercio aún no se conocía, se explica que en ellas debía haber el personal necesario para la fabricación de las mil sustancias, y herramientas necesarias a la vida y al trabajo; de donde se deduce que el segundo y tercer patio eran mucho más grandes que el primero; pues ellos estaban destinados a las pequeñas fábricas, y las viviendas de quienes realizaban el trabajo que eran el indio y el esclavo.

Como los conventos eran independientes en cuanto a subsistencia y trabajo, se explica que el comercio no podía activarse; reduciéndose este comercio a simples barras de fierro, colores y algunos trajes o telas de lujo, siendo nula la exportación. El comercio, pues, apenas si daba señales de vida, hasta 1680, en que aparecen las casas

FRENTE DE LA CASA DE FAMILIA DE BULNES, EN CÓRDOBA



VISTA DEL FRENTE

FRENTE DE UNA CASA COLONIAL DE NEGOCIO CON UN PISO ALTO, EN CÓRDOBA



FRENTE PRINCIPAL



CASA PARTICULAR CON PISO ALTO EN CÓRDOBA

de negocio. Desde entonces comienza a figurar la casa esquina, con una puerta a cada lado del ángulo. Dos o tres construcciones en ruinas evidencian en Buenos Aires y en Córdoba esta afirmación. Estas casas eran relativamente pequeñas, teniendo solamente una o dos habitaciones y un depósito, además del despacho. Por una sola puerta se comunicaban con la calle. Parece ser que los primeros comerciantes solo expendían comestibles, bebidas, jabón, todos de fabricación casera bien penosa.

La importación estaba reducida, por la falta de vías de comunicación, fluviales y aún terrestres y la mala condición de los caminos y la falta de puentes en los ríos, etc. Todo lo preveían los fundadores, menos la sequía, tan tenaz a veces en ciertas regiones. En previsión de las primeras dificultades, la casa de negocio se amplió más tarde, para reservar en ella mayores cantidades de artículos; pero la forma de construcción es la misma. Viene, pues, la planta alta; y el aspecto es bonito y alegre, cuando se corona la esquina con el balcón.

El decorado del siglo dieciocho imprime al conjunto ese aspecto llamativo, y completándolo, surge de aquí el tercer tipo de construcción; pudiendo considerarse terminada la perfilación en cuanto a tipos. Luego la construcción progresa, pero conserva casi fielmente su forma, salvo pocas variaciones en la fachada y en la arquitectura; debido a lo cual, en la generalidad de los casos puedo determinar exactamente el año de su terminación.

Tan fielmente se ha conservado la forma, que en Salta, por ejemplo, varias calles presentan en sus cuatro esquinas otras tantas casas iguales en forma, con idénticos balcones, como lo describo y dibujo en otro lugar.

El balcón saliente, con su linterna de aceite en la esquina, imprimía a la calle su característica especial; y, el único adorno consistía en la entrada, acaso monumental, a la casa solariega, que se levantaba entre ambas esquinas.

Muy tarde aparece el profesional vendiendo los artículos de elaboración propia.

Anteriormente, las mercaderías se elaboraban en el rancho y se vendían directamente en las casas y negocios. Tales trabajos consistían en composturas y obras de taller.

Para instalarse el artesano, el tejedor, surcidor, canastero, etc., buscaba comodidad para la familia y el negocio o taller. Sin recursos para adquirir el terreno y construir casa, parece que optaron por las pequeñas tiendas, sobre las cuales edificaban una segunda pieza, a la que se subía por una escalera de madera. Esto aún existe en oriente.

De este tipo, correspondiente a los años de 1830 al 1850, se conservan dos o tres casas.

Fácilmente se comprende que la independencia del indio y el esclavo, ha favorecido al progreso de la ciudad y la vida urbana en la Argentina.

Hasta los primeros años del siglo diecinueve, estas construcciones no fueron necesarias, pues muchos trabajos eran realizables en la propia casa y con personal también propio.

Con este tipo quedan determinados todos los que la Argentina presenta en la época colonial. Pero esta vida netamente argentina, se ha interrumpido por razón de nuestro contacto con Europa, en virtud del incremento adquirido por la inmigración, que introduce espíritus, pareceres y conocimientos diversos, en un todo extraños a las ideas y costumbres primitivas de esta tierra privilegiada.

Tales ideas, contrastando muchas veces con las condiciones naturales de las diversas regiones, vinieron a destruir la obra hasta entonces individual.

No es el hombre, sino sus necesidades y las condiciones del suelo en que se establece, que motivan las construcciones, inspirándoselas racionales.

Que venga el hombre europeo de todos los tiempos, a estudiar la producción argentina en los tres reinos naturales, y se convencerá de que no se explican en este país la construcción italiana, el esqueleto de madera de Suiza y la arquitectura de la Europa septentrional.

La Argentina tuvo su sistema propio, independiente de la España colonizadora; y si el avance europeo lo ha transformado, es de esperar que su juventud vaya en busca de esas raíces, aún subsistentes, y las haga servir de base en su obra cultural, con lo que se mantendrá a la altura a que su intelectualidad la colocara en la historia de los pueblos.

Una evolución, un estilo, se producen paso a paso y se manifiestan con el tiempo, como una catástrofe revolucionaria viene precedida de antecedentes a veces muy lejanos. Así, pues, un estilo no es obra de un instante ni de una persona: forma parte de la historia de un pueblo, y una vez nacido, nos habla de su cultura; y siempre guarda relación con las circunstancias naturales y etnológicas del mismo.

Este es el problema cuya solución incumbe a los arquitectos e ingenieros por más que los veamos firmes aún en su vida de conservar, no lo primitivo, sino lo ya falsificado por influencia extraña. Por eso es casi imposible juzgar del sentimiento artístico de un pueblo, como la Argentina por las ciudades, y tenemos que recurrir al campo, donde el rancho, la estancia y la capilla, y en las ciudades los conventos y la casa solariega, nos hablan elocuentemente del alma del país y a lo que se hubiera

FACHADAS DE CASAS COLONIALES, EN CÓRDOBA



0 1 2 3 4m.
ESCALA



ESCALA 1:100
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 m



ESCALA 1:100
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 m

VISTA DEL PATIO

podido llegar, si animada siempre del mismo espíritu se hubiera deslizado su vida a través de los siglos. Es así como se hubiera conservado la tradición bendita que es deber sagrado mantener intacta, cuando, como en la Argentina, es grande y noble.

Otro tipo de construcción he descubierto en la Argentina, que confirma mi juicio acerca de que la construcción colonial en este país, es única en su género.

La obra que autoriza mi tesis, está en Córdoba, a seis leguas de la Capital, a orillas del Río Primero, y actualmente se encuentra abandonada. Pocas noticias históricas tengo de ella, pero la reconstrucción de las ruínas, me la presenta verdaderamente original y simpática. No creo encontrar este tipo en algún otro país del mundo.

La parte principal, tiene en su última pieza, que dá al río, una galería con asientos de mampostería al rededor; un mirador en el cual pueden realizarse los trabajos domésticos, en forma gratísima, contemplando [al mismo tiempo las bellezas naturales que circundan la vivienda.



BARANDA DE SANTA CATALINA

Al fin de la galería, un pequeño oratorio, en el que se ve un altarcito tallado y algunos óleos, completa la construcción principal. Las piezas que dan a la galería tienen ventanas, que dan al jardín, de formas caprichosas, donde las flores embalsaman y matizan, constituyendo el encanto de los moradores y a su vez, el atractivo de las aves, que bajan a él, dichosas, a deleitar con sus trinos. En una palabra, nada falta al espíritu para gozar de calma: allí se piensa, se trabaja, se deleitan los sentidos y se ora; todo allí es amor y alegría, saturados de candor, como si se temiera profanar con el lujo, las puras y riquísimas galas de la naturaleza.

El patio de servicio, se encuentra hacia el otro lado de las habitaciones, con las cuales se comunica por una sola puerta.

Toda la obra se halla dentro de un severo marco de sencillez y elegancia.

En San Javier he encontrado las ruínas de una casa semejante a la que dejo descripta. Habrá otras, pero... ¿quién se sentirá tan amante del ayer sagrado, que vaya en su busca? ¿quién se interesará por el secreto de la calma primitiva?

Este tipo hubiera podido desarrollarse y adaptarse a la vida moderna, eslabonándose así el pasado con el presente; pero se ha extinguido, desapareciendo casi a un tiempo con las almas a cuya inspiración se debe, y las nuevas generaciones, que lo necesitarían, ni siquiera han tenido la dicha de conocerlo...

CASA COLONIAL, EN CÓRDOBA (DEMOLIDA)



FRENTE DE LA CASA



CORTE TRANSVERSAL



CASA DE NEGOCIO, EN CÓRDOBA

Patio de la casa de los Arias, en Salta

CAPITULO IX.

REDUCCIONES Y CONVENTOS



DETALLE DE LA ARQUITECTURA DE LA SANTA CATALINA

A la época colonial pertenece tambien un grupo de construcciones cuya característica recien hemos podido precisar, y, por lo tanto, no les dábamos un nombre determinado. Si las llamásemos conventos, las presentaríamos como la vivienda claustral pues que con tal nombre se distinguen en Europa, incurriríamos en un error, porque no estaban destinadas a tal fin. Más acertado es llamarlas reducciones, según la analogía que tienen con las reducciones de Misiones.

Reducciones hay en el territorio de Misiones, cuyas primeras construcciones se descubren por los escombros, que se han aprovechado en obras posteriores. Al desaparecer las primeras, la Argentina ha perdido un interesante y verdadero documento histórico, que no hay libro que lo contenga más valioso.

En el siglo XVIII, — al que pertenecen la mayoría de las reducciones — la colo-



PORTAL DE LA IGLESIA DE SANTA CATALINA

nización progresó notablemente; y en el territorio de las reducciones no se trataba ya de civilizar al indio, sino a sus descendientes y a las familias criollas de las que el indio era enemigo tenaz, y combatía tanto, cuanto exigía su instinto destructor y sanguinario.

Para estudiar una, al menos, de estas colonias, cuyo trabajo y progresos estaban en manos del misionero jesuíta, conviene tomar una de las que mejor se conservan, tal como el convento de Santa Catalina, en la Provincia de Córdoba; el que, a pesar de su parte ruinosa, presenta mucho reconstruible, pudiéndose con facilidad descubrir la idea dominante y establecer entre ella y la obra, la relación que ayuda al concepto general. De esta construcción he levantado planos exactos, que sirven de base a mis declaraciones, como los datos recogidos sirvieron para formar mi criterio sobre estas obras.

Del tiempo posterior a la expulsión de los jesuítas, abundan documentos; encuéntranse inventarios y títulos de compras de carácter particular; pero muy pocos son los que nos hablan de la organización, desarrollo y funcionamiento de la colonia y reducción en la Provincia de Córdoba, reduciéndose la mayoría de estos escritos a descripciones de viajeros visitantes, y a la que transmiten sus impresiones. En estas

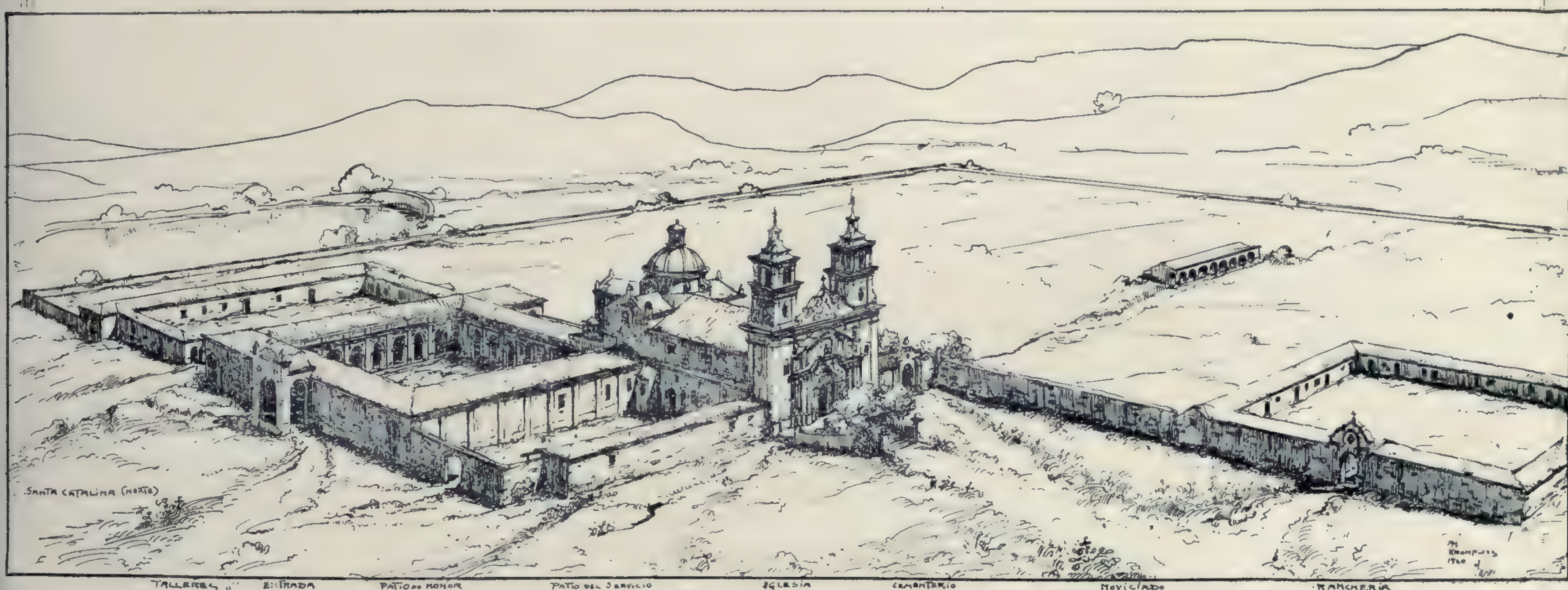
PLANTA DE LA REDUCCIÓN «SANTA CATALINA»

descripciones predomina la crítica elogiosa al trabajo realizado, a la constancia de aquellos pobladores; figurando detalles de sus vidas, y sobre todo los del viaje que el visitante ha realizado con tanta dificultad, llegando a su destino al cabo de tantas molestias y fatigas.

Nos faltan datos relativos a los sistemas de organización y funcionamiento de la reducción y de la colonia.

Debido a esto, me limitaré a exponer lo que los planos dan lugar a deducir, a más del resultado de mi estudio sobre el particular.

En el libro de Pablo Hernandez sobre las Misiones del Paraguay hay una



LA REDUCCIÓN «SANTA CATALINA»

publicación de una planta antigua de las Reducciones en Misiones. Se reconoce fácilmente que la planta representa la idea general que servía como base para todas las construcciones destinadas a la reducción de los indios. Como aún hoy en día las oficinas públicas son esclavas de «ciertos tipos» de escuelas que se repiten indefinidamente, este plano fué un modelo con el cual salieron los padres encargados de fundar las reducciones.

Hay sin embargo diferencia entre los «tipos» de antes y los de hoy en día. Antes se repitió la idea, pero variaban las formas con la libertad de la fantasía, más hoy repetimos las mismas formas mezquinas de una misma idea pobrísima.



INTERIOR DE UNA CELDA DEL NOVICIADO EN SANTA CATALINA

Las reducciones de las Misiones son en sus formas tan diferentes como lo son las de la Provincia de Córdoba. Se reconoce la misma escuela en ciertas formas y la misma mano que colaboró en la ejecución de la idea general—sin repetir una forma que hubiere sido aplicada ya en otra iglesia. Había un respeto en cuanto a las ideas artísticas del prójimo, sin tener leyes de autores como hoy en día. El éxito del uno ha estimulado al otro para crear algo mejor. Se puede por esa razón fácilmente determinar cual parte de herrería o carpintería, fué el primero en ser ejecutado.

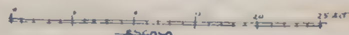
Hay siempre en las obras posteriores una mayor riqueza en los detalles, una mejor ejecución, un vencimiento mayor de dificultades técnicas en comparación con las obras anteriores.

Pero investiguemos antes de todo la idea general del «tipo» comparando las plantas de las reducciones de las Misiones con las de la Provincia de Córdoba. Poniéndonos en el eje mayor de la iglesia y mirando contra el altar vemos a la derecha de la iglesia un patio de honor, alrededor del cual se agrupaban salas, aulas, habitaciones de padres y huéspedes. Con este patio de honor o de lujo, hay otro patio casi del mismo tamaño como el primero, sin arcadas, sin arquitectura y sin adorno. Un patio para el servicio y para los quehaceres diarios para la administración de la casa. Herrería, carpintería, depósitos, talleres, dormitorios para obreros y piezas para la fabricación de telas, géneros, velas y todo lo que necesitaban para la vida diaria.

El primer patio tenía comunicación directa con la sacristía, y la sacristía siempre tenía una comunicación directa con el campanario. La planta reunía siempre las comodidades alcanzables y como distribución estas plantas son inmejorables. A la izquierda de la iglesia estaba siempre ubicado un pequeño cementerio que por su pequeñez ya no podía servir para otras personas que para los mismos padres que habitaban en la casa.

LA REDUCCIÓN DE SANTA CATALINA, EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



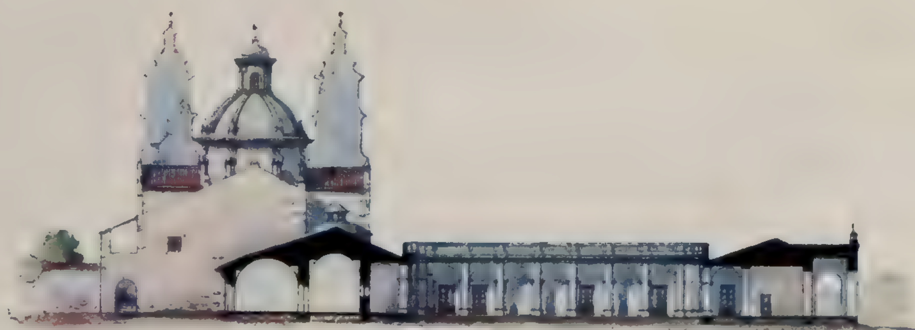


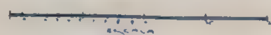
VISTA DE FRENTE





VISTA LATERAL





CORTE Y VISTA POSTERIOR

En frente de la iglesia estaba la Plaza, cuyo centro estaba adornado con la cruz erigida al mismo tiempo con la determinación del lugar para la construcción. En el frente de la iglesia las pequeñas casitas para los indios, todas de igual tamaño y aspecto, formando una pieza con pequeña galería por delante. Esa forma de una planta para aldea se reconoce todavía en el simpático y hermoso paraje del pueblo San Marcos de la Sierra (Córdoba).

A un lado de la Plaza se ubicaba la ranchería, en la cual vivían las familias de los esclavos en pequeñas chozas construídas de barro, algunas veces de construcciones más resistentes. En las reducciones de Córdoba faltan las casitas de los indios. Se ve, pues, que la idea se basaba sobre un fundamento falso. Creyendo que los indios en la Provincia de Córdoba se podían reducir tan fácilmente como los de las Misiones, se pusieron a construir sus grandes iglesias; pero, estos indios que venían a prestar su ayuda en las construcciones, no querrían vivir en una casa y preferirían una vida nómada a la vida tranquila en un lugar fijo. Como hasta hoy fracasaron todos los ensayos en los varios países para reducir a los gitanos, así resultaron inútiles todos los trabajos realizados en este sentido por los padres colonizadores.

Más lejos, en un terreno adecuado se ubicaba el molino. Con estos elementos principales se formaba pues, la reducción tal como sucedió en las Misiones, como puede verse en las plantas comparativas que acompañan este estudio.

Como la primera idea falló en sus fundamentos estas instalaciones y colonias se convirtieron en centros de provisiones para varias instituciones en la ciudad de Córdoba.

Se formaban varias ramificaciones de la estancia central según el terreno que



PRIMERA FORMA DE LA IGLESIA Y HABITACIÓN PARA LA REDUCCIÓN EN SANTA CATALINA (RECONSTRUCCIÓN)



NOVICIADO DE LOS JESUÍTAS EN SANTA CATALINA

encontraban y utilizándola siempre en la forma más conveniente. Así por ejemplo, la reducción de Santa Catalina sostenía con sus productos el noviciado de los jesuítas en Córdoba y los gastos de la curia provincial. A esta administración pertenecía Ongamira y muy probablemente Candonga. Calamuchita fué el retiro de los ancianos del ejercicio.

Alta Gracia mantenía con sus productos al Colegio Máximo y producía principalmente, telas, tejidos, frazadas, suelas y cordellates. Los productos primarios para estos talleres se proveían de Candelaria, donde criábanse ovejas, carneros, mulas, fabricaban quesos y sacaban lana.

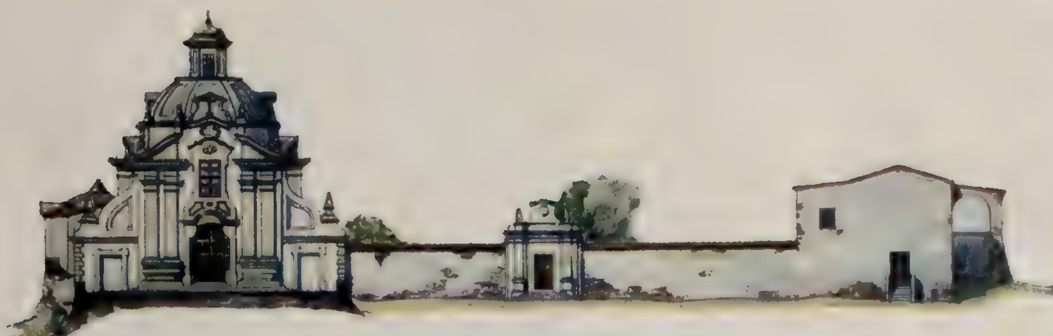
De Jesús María con la reducción de San Isidro venía el vino y vinagre. Allí fueron almacenados los productos primarios que llegaban de las estancias dependientes. De San Isidro dependían Sinsacate y Caroya.

Claro que todas estas estancias producían granos y otros productos de alimentación qne se necesitaban para la vida. El maíz y trigo fué mandado a los pequeños molinos movidos por el agua de la acequia para volver molido a los grandes depósitos de los claustros.

Sobre esa materia los historiadores no tienen mayores estudios; los pocos que hay son apuntes particulares pero aún sin suficientes comprobantes. De mi parte hice todo lo posible para facilitar el trabajo de los historiadores levantando los planos y completando lo que faltaba para su terminación y sacando todo lo que fué agregado más tarde dejando en claro así la idea fundamental.

Que sea más grande o más pequeño el grupo de construcción que existe todavía siempre se reconoce el alma tranquila y feliz que habitaba entre sus muros y se reconoce a quienes creaban estas obras. Ese amor a Dios y a la gran naturaleza, a sus bellezas y hermosos paisajes, esa tranquilidad y equilibrio del alma ¿cómo podía evidenciarse mejor que en los miradores que no faltaban en ninguna de sus construcciones?... Pero no son esa clase de jaulas en los techos de nuestras construcciones

LA REDUCCIÓN DE ALTA GRACIA, EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



VISTA DEL FRENTE



CORTE TRANSVERSAL

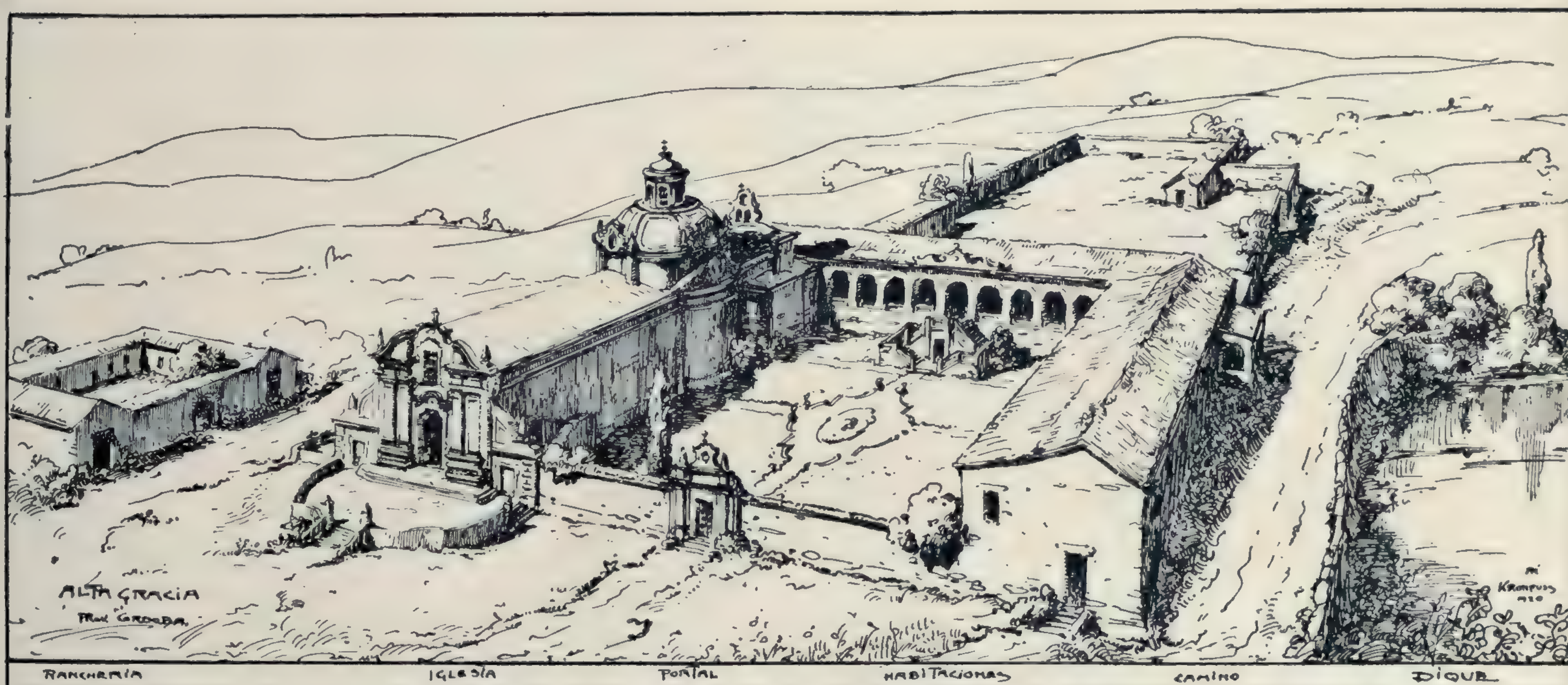


CORTE DE LA IGLESIA

modernas que nosotros con mucha audacia llamamos miradores y a los cuales el hombre sube por medio de escalones de gallinero y que se ponen más por «adorno» que para otra cosa. Es imposible ver de estos «miradores» un paisaje y perderse en el alma del infinito.

Muy diverso es el mirador de San Isidro. Construído en forma de dos sillones de mampostería sobre el techo permite pasar la vista sobre la sierra y la llanura que rodeaba su pequeña colonia. Dos cómodas sillas, nada más.

Eso quiere decir, dos hombres solos, cambiando ideas. No un banco con muchos asientos para la charla de tonterías entre varias personas, sino sólo dos sillones



LA REDUCCIÓN «ALTA GRACIA»

para quedar en contacto con una alma paciente en la gran naturaleza y sus hermosuras. Ya en esa idea hay más de solemnidad y grandeza que en todas las torres de Eiffel del mundo.

Allí una grandiosidad del alma, allá un recuerdo a la vanidad, un monumento al producto de la máquina, aquí la civilización y allá sólo la cultura.

Allá una torre de Babel para desafiar a Dios, aquí una idea sacada desde la profundidad del alma.

Y por eso cabe preguntar si habrá muchos entre la generación moderna que estimen estos recuerdos de un pasado grande y feliz. Sea el juicio de nuestro tiempo en pro o en contra de la idea de las reducciones, hay que reconocer que hombres que

sentían en su alma esta felicidad y tranquilidad que da la naturaleza, tenían un único deseo que era hacer participar esa felicidad a todo el mundo, hasta a los indios salvajes.

Hay que conocer el alma de una época para comprender el estilo de la misma. Por fin el estilo no es forma — como piensan muchos — sino un sentimiento de una época. Y esa época era más libre y más grande que el renacimiento.



PLANTA DE LA REDUCCIÓN «ALTA GRACIA»



VISTA DEL CONVENTO "SANTA TERESA", EN CÓRDOBA (RECONSTRUCCIÓN)



CORTE LONGITUDINAL DE LA IGLESIA "SAN ROQUE", CÓRDOBA



DETALLE DE LA ARQUITECTURA DE SANTA TERESA EN CÓRDOBA

Este último estaba demasiado debajo del yugo del clasicismo para pensar libremente con alma pura, pero en la época del barocco se desarrolla la libre fantasía con un coloso de genio de un Miguel Angel.

Se trasluce en todos los trabajos de adorno de esas iglesias, sacristías y arquitectura en general que el deseo de crear y realizar lo inmortal, vivía siempre en las obras, pero que la realización no guardaba el mismo paso con el deseo.

Pero la idea creadora es siempre pura, clara como el agua de un manantial. Poco importa que se llamen Santa Catalina, o San Isidro o Alta Gracia o cualquiera de estas obras, es siempre pura la idea creadora cooperar con Dios a la felicidad de los hombres. Pero no esa falsa felicidad que quieren ganar con engañosas teorías las generaciones actuales, sino esa felicidad sencilla del alma que está al alcance de todos, y que es conforme a la razón.

No eran muchos los que trabajaban en estas obras; se reconoce la misma mano en el modelado de la cúpula de San Isidro como en los trabajos de Alta Gracia. Algunos detalles de la iglesia de Santa Catalina son de la misma mano que los adornos de Santa Catalina. Pero las formas nos cuentan que eran felices poder trabajar así, y crear todo lo bello que podían sentir.

Como son tan semejantes estas reducciones en su idea y en su ejecución, hablando de uno describimos los demás.

San Isidro no fué terminado, falta el segundo patio y una parte de las construcciones del claustro para ser completo. Yo los agregué en mis planos para hacer más fáciles el reconocimiento de la idea fundamental.

Alta Gracia tampoco está terminada; el segundo patio fué empezado pero no fué terminado. El primer patio y la iglesia están terminados.

Santa Catalina está completo como reducción con excepción de las casas de los indios. Existen en este último los pocos restos de las pobres chozas de la ranchería para decirnos de la vida sencilla que vivían los esclavos en este gran patio cercado por muros de poca altura.

Las reducciones estaban unidos entre sí por carreteras que en su mayoría existen hasta el día de hoy. Así tenemos que mencionar el servicio de aguas de la que eran provistas todas las reducciones. Cada reducción contaba con un dique para acumular el agua de donde por medio de canales y acequias, era llevada a las plantaciones.

Ya mencioné los molinos que completaban los servicios y las estanzuelas que funcionaban bajo la dependencia de estos puntos centrales.

Las canteras que encontraron despues de muchas corridas para sacar la cal y piedras pertenecen todavía a esa grandiosa instalación económica cuyos centros fueron las reducciones jesuíticas.

Digna de consideración y elogio es la ubicación de estas colonias y reducciones, pues llena todas las exigencias de la higiene, no habiendo, absolutamente, que observar en cuanto a orientación, potabilidad del agua y fertilidad del suelo; siendo también objeto de preocupación el conocimiento del terreno según favorezca o no el estancamiento de agua para el riego.

Que el suelo reuniera todas las condiciones requeribles para la construcción de un dique, era el problema que en primer término se procuraba solucionar; punto difi-

cilísimo, si se tiene en cuenta que el colonizador ignoraba las condiciones del suelo, el caudal de las lluvias, el del río con el cual relacionaría el dique y otros mil inconvenientes que en este estudio cabe imaginar.

Elegido ya el lugar, se presentaba un nuevo problema: el de buscar donde reunir y educar cristianamente la gente de brazos que les acompañaban; un resguardo, un refugio seguro para estar a salvo del indio carnicero y destructor; una fortaleza, un retiro y una capilla, donde sus corazones se regocijaban y fortalecían en la presencia de Dios; en fin, todo un conjunto de cosas indispensables. Urgía, pues, construir alguna de estas dependencias.

Careciendo de palos largos y habiendo experimentado, desgraciadamente, los desastrosos resultados del techado defectuoso, pensaron en la bóveda sencilla, que edificaron sobre muros formados de piedra, material que traían de los alrededores.

Ni siquiera ideaban la ventana, porque estaban seguros de la falta de madera para cerrarla. Terminaban la obra con una puerta de entrada; y hacia el fondo hacían una pequeña abertura de forma cilíndrica.

Siendo esta la primera construcción, desempeñaba muchos oficios: sitio de descanso, oratorio, resguardo contra la intemperie y la persecución del indio, que no queriendo mancomunarse con ellos, tampoco los buscaba en su extraña vivienda. Tales construcciones desaparecieron.

Mi reconstrucción se funda en noticias verbales obtenidas acerca de una construcción en ruínas que se encuentra frente al convento de Santa Catalina, y otros escombros abandonados en el campo, que hacen suponer fundadamente que no progresó aquello, debido a las malas condiciones del suelo, con lo cual, en virtud de una equivocación, venía a quedar en abandono la obra con tan nobles fines levantada. ¡Cuánto



CAPILLA DE SAN MARCOS

proyecto frustado! ¡Cuánta ilusión desvanecida! ¡Cuánto valor moral desplegado allí, para quedar todo sepultado bajo los escombros de la morada primitiva!

Pero donde las condiciones del suelo eran favorables, la colonización llenaba sus fines, bajo la dirección de los Padres, que instruían al criollo y al indio, pudiendo éstos atender a todas sus necesidades. Los Padres les enseñaban a labrar el suelo, sembrar, orar, etc.

Estas colonias presentan mucha analogía con las de Misiones, excepción hecha del mayor progreso de aquellas; pues en Misiones llegaron a formar un pequeño estado. En la Argentina, el progreso descansa en las reducciones mismas. Tal opina el Dr. Quesada en su libro, como lo comprueba la siguiente declaración:

DE E. QUESADA

en las conferencias dadas en la
Facultad de Filosofía y letras.

El desarrollo de la colonización jesuítica en la América indígena normalizó su acción, a partir de la cédula real de 1640 que les permitió organizar militarmente las reducciones. Los mamelucos intentaron todavía varias expediciones, pero fueron derrotados en todas y la confianza que esto trajo, permitió extender la cadena de las reducciones por el lado del alto Uruguay, de una parte, y por el norte de Tebicuary, por la otra. Entonces pudieron entregarse a la obra de organizar una sociabilidad con arreglo a la pauta prescrita por las autoridades de la compañía. Y es menester estudiar esa sociedad en la región de Misiones, porque en los trabajos de catequizaciones en otras zonas del hoy territorio argentino, fracasaron los jesuítas, debido a la intromisión de las autoridades coloniales y de los mismos pobladores españoles.

Así tuvieron sucesivamente que abandonar las reducciones en la zona de Tucumán, en los valles calchaquíes y en los diaguitas, como en la zona sur de Córdoba y aúu en las pampas al sur de Buenos Aires. Tambien fracasaron en las reducciones chaquenses entre los abipones y mocovíes, como en el norte de Jujuy entre los chiriguanos, de modo que para estudiar y apreciar el tipo de sociedad que implantaron en América, es preciso prescindir de estas zonas, en las cuales no llegaron a organizar su sociedad a sus anchas, como pudieron hacerlo en Misiones, por favorecerles el factor geográfico, que los independizaba más de la intromisión española, y el factor étnico, que les facilitaba la tarea.

Esa forma de la planta evidencia la opinión de Quesada.

Es de notar el contraste entre la iglesia, muy grande, y las pocas habitaciones. Estas pertenecían a los maestros, y estaban situadas alrededor del patio de honor. Si

FRENTE DE LA IGLESIA "SANTA TERESA", EN CÓRDOBA



FRENTE PRINCIPAL



VISTA LATERAL



CONVENTO DE SANTA TERESA EN CÓRDOBA

ellas eran de propiedad de veinte o treinta hombres, bastaba este número para hacer necesaria la capilla. Pero las dimensiones de los ranchos y la extensión del suelo cultivado, encerrado entre muros, demuestran que el fin principal era el de reducir al indio, o al iniciar el trabajo, por lo menos, fué ésta la idea primordial.

Las formas arquitectónicas dicen pertenecer tales construcciones a los años de 1600 hasta 1700, dada su relación con el renacimiento italiano o español.

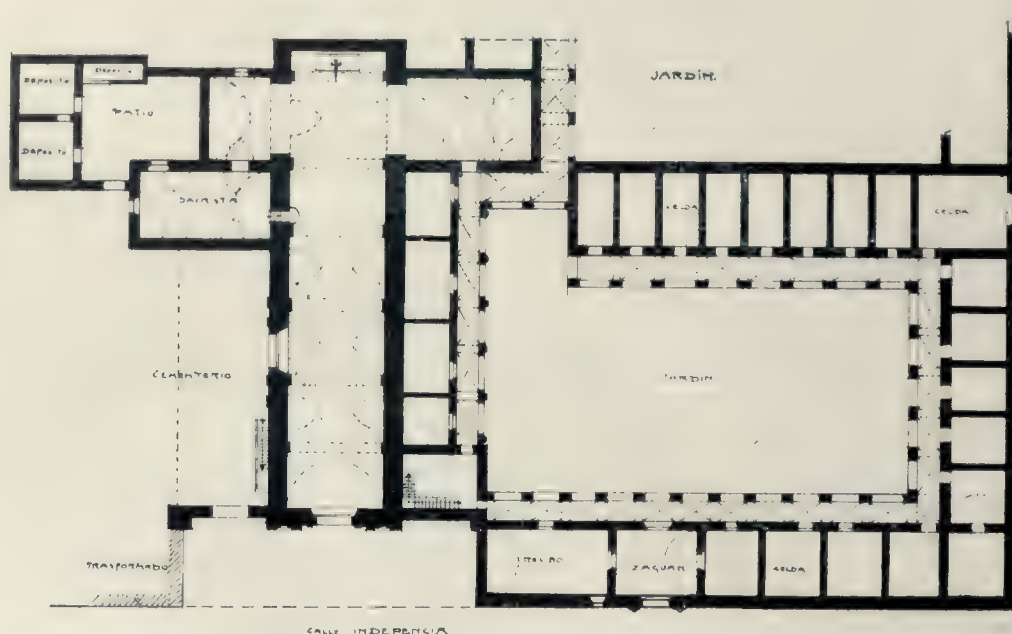
A medida que se transforman los estilos, se notan el barocco y el barocco jesuítico, hasta presentarse el Rococó, al que pertenecen las torres y el portón de la fachada principal.

El interior de la iglesia se terminaba antes que la fachada.

Las construcciones destinadas a servicio, depósitos, talleres, etc., pertenecen a otras épocas. Finalmente, puede observarse que las construcciones se iniciaron cien años antes de la expulsión de los jesuítas, terminando con ella la obra de la colonia. Esta, que había quedado en formación, continuó dependiendo de la colonia central.

En la generalidad de los casos, puede notarse que la formación de pueblos en torno de una capilla o convento, data de doscientos a trescientos años: así nos lo revelan antiguos conventos de Francia y Alemania, los que están rodeados de edificación, formando aldeas con varios miles de habitantes, como en Chartreux, Krems y otros.

En la Argentina, esto se reduce a la ranchería, que consiste en una agrupación, a veces muy despejada, de ranchos, a manera de cuevas superterráneas, con una sola

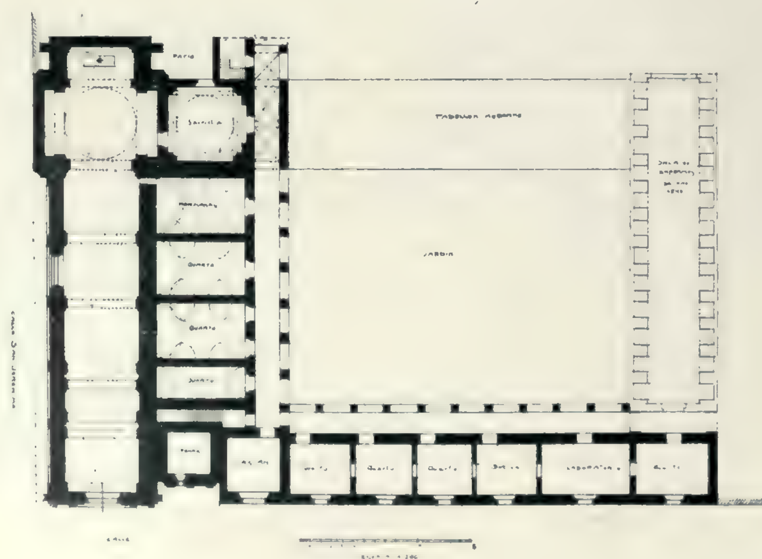


PLANTA DEL CONVENTO SANTA TERESA

abertura, de entrada y salida, a la vez. Estas eran las viviendas de los indios reducidos y sus familias, hasta que, beneficiados por la educación que recibían de los jesuítas, se transformaban en hombres de provecho, construyéndose su propia casita: así, se formaban el labrador y el artesano, el hombre y la mujer amantes del hogar, juiciosos y trabajadores.

Pero hay que distinguir entre el indio, en general, y el esclavo. Estos últimos eran personas de servicio, únicamente. Vivían en la casa en que servían, en un patio separado y de importancia secundaria.

Un tercer gran patio, era un verdadero local de enseñanza, donde el indio tra-

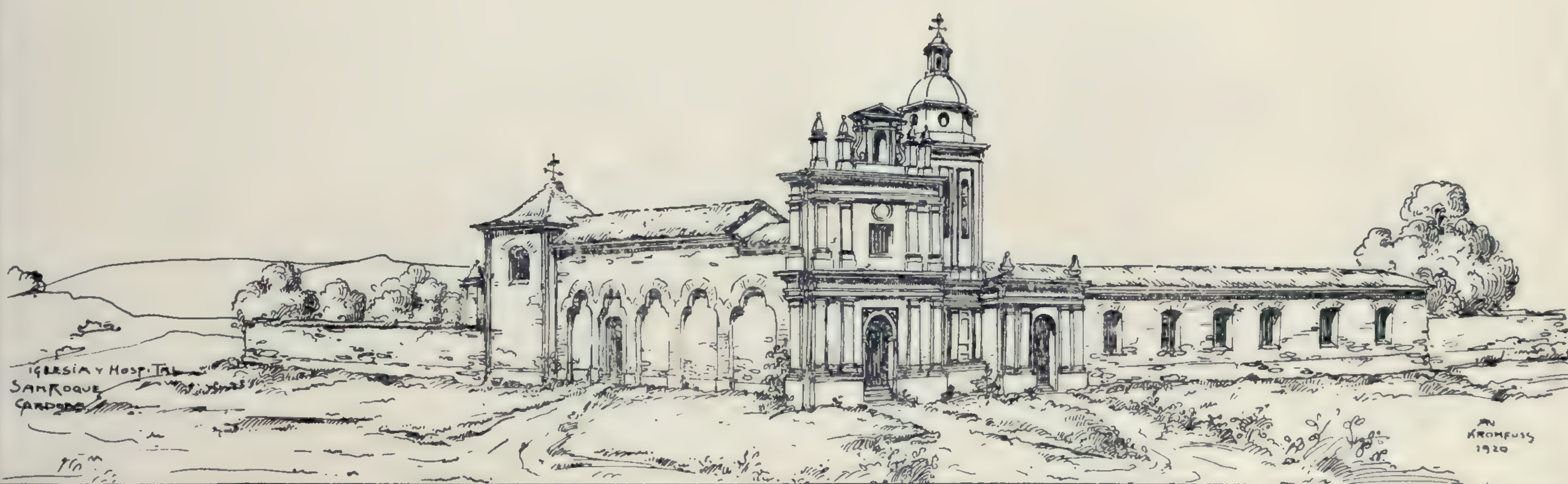


PLANTA DE LA IGLESIA Y HOSPITAL SAN ROQUE EN CÓRDOBA

bajador, que vivía lejos de la población, aprendía diferentes oficios; conteniendo estos patios, caballerizas, herrerías, cocina; y servían además de depósitos para carros y frutos del campo.

Allí pasaba sus días esa juventud laboriosa, dedicada a diferentes oficios, ejercitándose en todas las ramas de la agricultura, para transformarse en hombres útiles.

La extensión ocupada por los escombros de estos ranchos hace suponer alrededor de doscientos el número de familias que albergaban en la colonia de Santa Catalina. De estas reducciones y colonias centrales partían comisiones colonizadoras, en busca de suelos propicios, particularmente para la cría del ganado.



IGLESIA Y HOSPITAL SAN ROQUE EN CÓRDOBA

Así se formaban nuevos pueblos pequeños, como el de Candelaria, dependencia de Alta Gracia, dedicado expresamente a la cría del ganado mular.

Este pequeño pueblo y muchas capillas sin pueblo cerca de ellas, aún subsisten como tambien la capillita, que data del tiempo de su fundación.

Pero los pueblos difieren, en cuanto a su formación, en el sentido de que unos se crearon sobre el primer terreno elegido y sobre el mismo progresaron a la par con la colonia de orígen; mientras que el progreso de otros, parece absorbió toda la atención, produciéndose así la desaparición de la colonia primitiva. Los primeros hacen el menor número.

En corroboración de lo que acabo de exponer, hago mención de la estancia llamada hoy en día «La Antigua», cerca del convento de Santa Catalina. Parece

ser que fué el primer punto de donde concurrieron a ocupar la nueva casa, que estaba reservada exclusivamente a los maestros, y al retiro de la oración y trabajo privado, con abstracción absoluta del ruído del mundo.

Como he manifestado en otro lugar, hay en la Argentina muchos vestigios de colonias abandonadas, cuya desaparición, se debe a más de una circunstancia trágica.

Hago un pequeño retroceso para mencionar nuevamente la reducción de Santa Catalina, del que anhelo presentar una descripción digna de su tradición; pero, no fiándola a mi pluma, agrego párrafos del famoso historiador Paul Groussac, ricos en poética y estética; quien en su «Estudios de Historia Argentina» describe la vida del famoso historiador Padre José Guevara, y ha enriquecido tales libros con preciosos documentos antiguos. Me limitaré a presentar lo referente al convento que me ocupa.

Dice así:

«El Padre José Guevara residía de fijo en Santa Catalina, estancia de la Procuraduría, situada a unas doce leguas al Norte de Córdoba, al pié de la sierra Chica, cuya falda acuchillan torrenteras y quebradas que bajan explayándose más y más, hasta borrarse en la llanura. Región encantadora de bosques balsámicos y aguas vivas, que aquellos sabios organizadores eligieron como asiento de gobierno, prefiriendo su templada variedad y clima de montaña a las riquezas llamativas y seducciones mórbidas de las tierras calientes. Zona intermedia, que participa por su latitud de los caracteres pampeano y subtropical de la provincia, así como, por su altura, mezcla la flora andina con la del llano. A trechos, en los pingües pastizales y húmedas cañadas, la roca desnuda asoma, rompiendo la epidermis vegetal. Junto a los montes de coco y espinillos, los cirios y quimilos erizan las pendientes o coronan las lomas, y la rígida elegancia de la palma arroja su nota exótica en la armonía alpestre.

En este predio de cría ganadera y labranza con cuyo producto se mantenía especialmente la casa de los novicios (éstos, además, solían pasar allí las vacaciones), habían los jesuítas formado una población de cierta importancia Las sólidas construcciones de piedra y ladrillo, de principios del siglo XVIII, subsisten todavía; las principales — iglesia, claustros, salas y celdas — casi intactas; de las otras: noviciado, almacenes, talleres, cuadras de esclavos, rancherías de indios, sólo quedan ruínas. La espaciosa iglesia, de retorcida arquitectura — jesuítica, naturalmente, — con su pórtico saliente, su ondulado frontón que dominan las dos torres cuadradas, su cúpula octogonal encima del crucero, forma una masa imponente en aquella soledad. La conocida cargazón de ese estilo emperifollado — cuya obra maestra y modelo es el Gesú — se acentúa más aún por lo tosco de la materia y lo rudimentario de la ejecución. Con todo, el desenfreno «ornamenticio», aquella profusión de molduras, estrías, guirnaldas y rosetones, que por fuera y dentro del edificio brotan de los arcos y cornisas, no hiere el gusto, como lo haría en Roma o en

París. Y esto, no sólo por cierta ingenuidad indiana que de la obra trasciende por entre el remedo servil, sino por avenirse a la vegetación tumultuosa que nos asedia, y, desde el atrio en terraza, que sombrean árboles seculares, hasta los patios festoneados de enredaderas y jazmines, sirve de marco exuberante a la exuberante fábrica.



RINCON CON LA PILETA DE AGUA BENDITA DE LA SACRISTIA
DE LA IGLESIA SAN ISIDRO EN JESÚS MARÍA

Tal era, al menos, la impresión que del conjunto me llegaba, el día de otoño en que, desde una estancia vecina, volví a visitar, después de algún tiempo, la antigua residencia. El claustro y sus bóvedas de medio punto, con los patios enflorecidos de blancas diamelas y rojas adelfas; la ruinosa arquería del noviciado, otros años bulliciosa y vibrante

como colmena, malgrado la disciplina, hoy roída por la vegetación parásita; la sacristía con sus armarios esculpidos; y luego, en el interior del templo — fresco refugio durante la siesta, — los escaños de algarrobo alineados en el coro; los seis cuadros de la Pasión en ambas paredes de la nave; la tribuna del fondo en que duerme su sueño secular el órgano para siempre mudo; por fin, arriba del crucero, frente al altar ma-



PRETIL DE LA IGLESIA DE SAN ISIDRO EN JESÚS MARÍA

yor y su retablo de curiosa entalladura, los dos balcones que permitían asistir al oficio desde las celdas contiguas: todo ello, aunque previsto y común, sin la poesía de nuestras iglesias de aldea ni el misterio de la abadía medioeval, me aparecía, esta vez, menos trivial que otras (en que me tocó una cuasi función de lance) y algo ennoblecido por el mayor deterioro y el abandono. Subimos a una de las torres, que todavía con-

serva sus dos o tres campanas, oxidadas y melladas en el borde. Alguien —una irreverencia femenil—dejó caer el badajo de la mayor, que enseñaba en relieve su bautismo del año 1690; salió un destemplado gemido de vasija cascada, el cual se me antojó ser un eco quejumbroso de aquel terrible siglo XVIII que barrió de un soplo la Compañía, junto con otras instituciones más augustas. Pero bastóme llegar a una tronera del macizo campanario y contemplar el cuadro para desprenderme de todo recuerdo importuno: como una manta polvorienta, había caído al suelo la tétrica evocación de la empresa jesuítica; y hasta las ruínas de esa obra de esterilidad se borraban de la mente, en presencia de la naturaleza eternamente joven y fecunda.

El paisaje agreste, de mañana sólo ameno y risueño, ha cobrado a la tarde una belleza serena y grave. El sol, ya declinante, ilumina la sierra occidental, en cuya cumbre se han agrupado, cual regio séquito en espera del astro, las nubes y celajes de oro, fuego y púrpura. Lomas y hondonadas atenúan sus declives en un mismo plano apenas alabeado. Las manchas verde claro de los pastizales, las amarillas de los rastrojos empiezan a fundirse en las masas obscuras de los follajes, cuyas oleadas se pierden en el horizonte. Hiende los aires con breves chirridos una



CAMPANARIO DE LA IGLESIA DE SAN ISIDRO EN JESÚS MARIA

bandada de loros barranqueros. Cerca del caserío, casi a mis piés, cruzan la gran represa llena, flotillas de patos que abordan en las isletas orilladas de juncos y cortaderas. Rezagada del hato que vuelve a la deshilada por la senda, una cabra se empina contra un arbusto; otra mayor, trepada a un peñasco, queda parada con gracia clásica y faunesca sobre el blanco zócalo. El sol poniente, toca la cumbre que le empieza a roer: del astro espléndido, va quedando un disco decantado, un segmento en fusión, un reflejo de incendio. El lento crepúsculo descuelga su gasa gris sobre la falda; todo se aleja y se apaga. Se responden a la distancia mugidos prolongados como lamentos. En el cenit palidecido por la luna, tímidas, parpadean las primeras estrellas. Calma, penumbra, rumores indecidos. Por el ambiente, de amorosa tibieza, una paz inmensa baja de las alturas. Pero es tan penetrante la sensación de extrañamiento, tan imponente el silencio de las cosas, que el pobre ser humano se encoje y tiembla, presa de vago terror sagrado; y la vasta soledad evocadora de recuerdos anega el alma en infinita y mortal melancolía.

Pasamos, al salir, debajo de la celda que ocupa la esquina izquierda de la galería alta, tras la iglesia, la que fué, según dicen, del Padre Lozano. Guevara la heredaría de su predecesor, por ser contigua al cuarto de la librería y archivo de la Provincia. Aqui, como dijimos, tejió sin prisa, durante cerca de diez años, su telaraña histórica, poco menos que ciego y sordo a la naturaleza comarcana, y bien convencido de que en este retiro, a tal distancia del mundo y sus vicisitudes, realizaba un ideal de imperturbable tranquilidad. Fué perturbado, sin embargo. Una mañana de invierno sintiéronse recios aldabazos en la puerta maciza del colegio: era la partida destacada de Córdoba que traía el decreto de extrañamiento. Nadie desobedeció la Real orden. A pesar de haber sido sorprendidos los jesuítas, aquí como en todas partes, no se encontraron en su poder valores ni papeles de gran importancia. El doctor don Antonio Aldao, comisionado por el Gobernador Bucareli, se incautó de los archivos, y tambien de los manuscritos del P. Guevara. Tengo rastreado en los Anales el destino probable de las varias copias que de la historia se habían sacado.

El Padre Guevara fué trasladado a Buenos Aires, como los ciento treinta sacerdotes, estudiantes, coadjutores y novicios recogidos en Córdoba, efectuándose el viaje en las condiciones entonces comunes, y sin los extremos de privación y rigor que con harta complacencia y trémulo sentimental refieren los PP. Peramás y Hernandez. Llegaron a la Ensenada el 20 de Agosto y fueron embarcados en la fragata Venus. Por causas diversas, la división naval (compuesta, además de la nombrada, de la fragata San Esteban y de tres buques menores) no salió del Río de la Plata hasta principios de Octubre. La travesía se efectuó sin incidentes, arribando la Venus al Puerto de Santa María, el 7 de Enero de 1768. Es sabido que, a raíz de la expulsión, el general Lo-

renzo Ricci había conseguido, para tornar más odiosa la actitud de Carlos III, que el Papa impidiera la entrada en los Estados pontificios a los jesuítas españoles. Pero habiéndoles ofrecido asilo el gobierno de Génova y hasta los paolistas corsos, la cristiana prohibición fué levantada — no



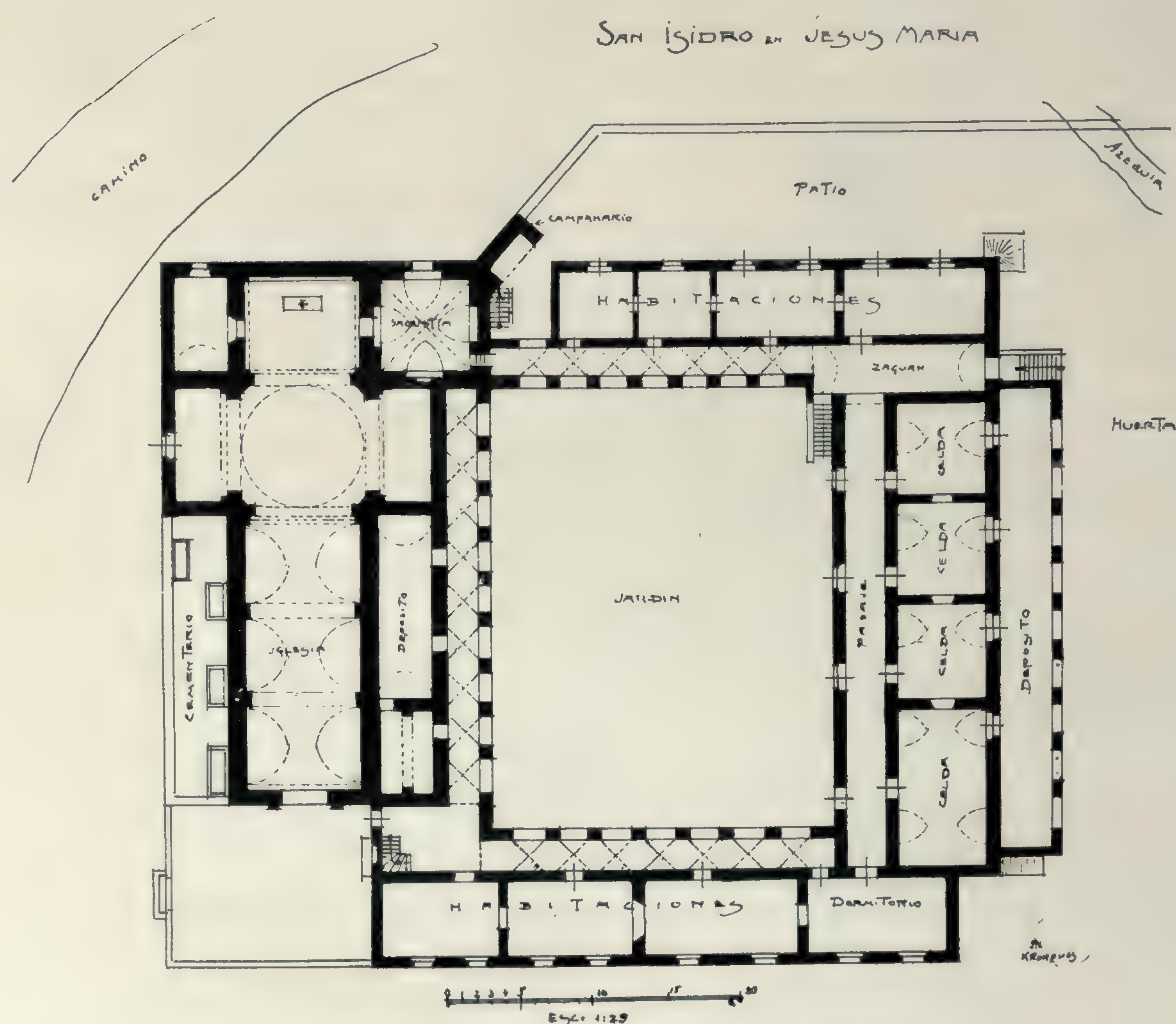
CÚPULA DE LA IGLESIA SAN ISIDRO EN JESÚS MARÍA

por inícua e inhumana, sino por insostenible y frustánea. Pudieron, pues, los expulsos dirigirse a Italia y difundirse libremente en su territorio. Guevara y varios de sus compañeros se establecieron en Faenza. Algunos años después, ya suprimida la Sociedad de Jesús, obtuvo una canongía en Spello, cerca de Perusa».

El inmueble, después de fiscalizado, pasó a ser propiedad particular de más de una persona, y esto, por varias veces.

Todos sus propietarios, animados hasta de veneración por vestigios tan ricos en memorias de antaño, grande por su sencillez y nobleza características, procuraron conservar intactas sus formas primitivas; pero en cuanto al templo, les fué imposible realizar tan loable aspiración.

Los óleos del templo fueron modificados. Esto y otros pequeños arreglos, vinieron a cambiar el aspecto netamente colonial del conjunto, mas no así el espíritu que realza su mérito artístico, al que tan fielmente se refiere Paul Groussac.



PLANTA DE LA REDUCCIÓN SAN ISIDRO EN JESÚS MARÍA

A este grupo de construcciones pertenecen las de Alta Gracia y San Isidro en Jesús María, situadas ambas al pié de las Sierras Chicas de Córdoba.

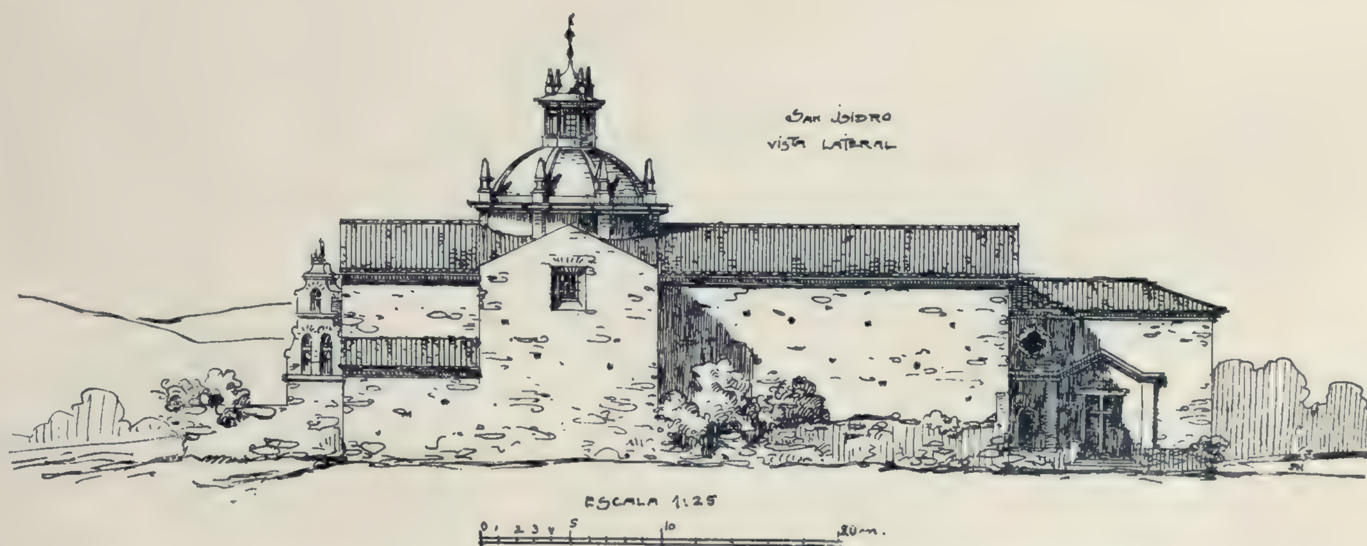
Alta Gracia, guarda mucha semejanza con Santa Catalina. Aquella es más conocida, por ser más fácil la comunicación y estar favorecida por el servicio del ferrocarril.



ALTA GRACIA

Los datos históricos sobre Alta Gracia los tomo del librito del Padre P. Grenón que con verdadero amor a la historia se dedica a juntar todo lo que hasta al presente es poco conocido y no publicado sobre esta materia.

Los pobladores de Alta Gracia en el tiempo de las conquistas eran los indios llamados « Comechingones », tributarios de los Incas peruanos. Como fundador de Alta Gracia se puede considerar a Juan Nieto. En remuneración de su campaña de ayuda a la conquista y pacificación de los indios y como a hijo de descubridor, en 1588, le hizo el Gobernador merced de las tierras que hoy constituyen el núcleo de Alta Gracia.



CORTE TRASVERSAL Y VISTA LATERAL DE LA REDUCCIÓN SAN ISIDRO

Después de cultivar su encomienda y repartimiento con laboriosidad, dejó a su muerte, acaecida en el año 1609, varios corrales de piedras para el ganado, chacras, casas, ranchos y estancias.

Los herederos de la estancia fueron Doña Estefania y su hija María. Casándose Doña Estefania Castañeda de nuevo en el año 1612 con Alonso Nieto quedó éste cual heredero de la estancia.

El P. Grenón atribuye a él el nombre de la estancia que figura en un documento firmado por él y se llama la Estancia de Nuestra Señora de Alta Gracia.

Alonso Nieto quedó de dos nupcias que había contraído, sin hijos y sin herederos y otorgó al Colegio de la Compañía de Jesús de Córdoba todos sus bienes. Entre otras la Estancia nombrada Nuestra Señora de Alta Gracia, la Estancia del Potrero y la Estancia de Guanacha.

En 31 de Agosto de 1661 pasó Alta Gracia a poder de la Compañía y Alonso entró en la Orden de los Jesuítas.

A la construcción misma se refiere un documento del año 1774 en el cual se trata de comprobar un caso de longevidad de la Negra Lucía quien preguntada si esta población de Alta Gracia la conoció siempre en este lugar o en otro. Dijo, que cuando vino a ella estaba esta población dos leguas o más hacia la sierra; que despues de muchos años de estar en ella, la trasladaron donde hoy se halla. Que la primera iglesia que aquí tuvieron fué de tapial, después hicieron otra de piedra, que es la que mira al través, que hoy sirve de bodega, y en donde estaba la antigua de tapial, fabricaron la nueva que hay de presente, responde.

Refiere además el mismo documento siempre en averiguación de la fidelidad de los datos que menciona la vieja — de la construcción en la forma siguiente: « Hay sobre la portada de este edificio, dos piedras de sapo, labradas en cuadro de las que salen, en cada una, una pirámide, y estas tienen esculpidas el año de 1659 las cuales piedras, se asienta, fueron sacadas de la otra portada vieja, para poner en esta, que se concluyó el año de 1762 ».

De la extensión de la estancia adquirida hasta esa fecha, da cuenta el inventario del secuestro que se hizo a los jesuítas, a nombre del Rey Carlos III el año 1767, al extrañar la Orden.

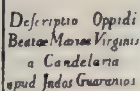
Existían según el documento, una carpintería y herrería completas en el local y herramientas; una fundición de campaña, un horno para quemar piedras de cal, otro para ladrillos, 5 telares con sus aperos para tejer cordellate, pañete, bayeta y lienzo; jabonería, prensas, más los accesorios de tiendas, despensas, barbería y botica.

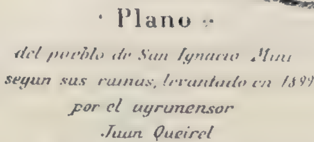
Funcionaban además en saltos de agua dos molinos harineros y un batán; añádase a esto el servicio mueblaje de la Iglesia, casa y obraje, sementeras, huertas, viñedo y cañaveral, que en su conjunto formaba Alta Gracia de la época colonial.

Y para terminar con la historia de Alta Gracia, tengo que agregar que, despues de aprisionar para el destierro a los padres, la puerta de la iglesia fué tapiado quedando al abandono y olvido.

En 1773 fué rematado por lotes por no poder vender la estancia, pasando así en manos de particulares.

PLANTAS COMPARATIVAS DE REDUCCIONES EN MISIONES Y LA REDUCCIÓN «SANTA CATALINA» EN CÓRDOBA







CONVENTOS

En los planos de la ciudad de Córdoba ya figura la parte correspondiente a los conventos, cada uno de los cuales ocupa una cuadra completa.

Los padres franciscanos fueron los primeros, en materia de construcciones; pero muy pronto los jesuítas los aventajaron notablemente.

Disponiéndose para los conventos de tan buena extensión, se edificaban con todas las comodidades requeribles: debían ser viviendas de los religiosos fundadores y novicios, y tener todas las dependencias necesarias para el servicio religioso; por lo cual, la construcción obedecía al tipo de convento europeo.

La iglesia se destacaba; y las celdas, refectorio y biblioteca se edificaban alrededor del patio.

Las exigencias propias de la vida en ciudades, creaban necesidades que imponían ampliaciones, con alteración de lo existente; razón por la cual el estudio de ciertas construcciones — dudosas, en virtud de la modificación efectuada — exige gasto a quien lo practica, y molestia a sus ocupantes. Debido a esto, mi estudio sobre el particular, se reduce a lo que mi trabajo ilustrativo exige.

Tiene la ciudad de Córdoba dos obras interesantísimas por haber conservado hasta hoy su carácter colonial: el convento de Santa Teresa y la iglesia de San Roque. La última forma parte de la cuadra destinada a hospital.

Para mayor aclaración, intercalo párrafos del historiador J. Santillán Vélez, de su estudio histórico, referentes a la fundación del hospital:

> «Fundado en el año 1516, ocupaba el cuadro comprendido entre «las calles Entre Ríos, Mendoza, Corrientes y Balcarce. En ese local «subsistió y prestó servicio el establecimiento durante más de un siglo. «Pero el Hospital fué cada día en menos; los bienes se arruinaron, y a «principios de 1700 ya no había médico, cirujano, ni alguien que aten-«diese a los enfermos.
>
> «La existencia del establecimiento, que subsiste aún, se debe al «obispo y doctor don Diego de Salguero y Cabrera. El llevó a cabo la «construcción y dotación del Hospital, de su propio peculio, y a más, «las de la iglesia de San Roque.
>
> «Esta iglesia estaba concluída desde 1760 a sesenta y uno; pero «no consagrada, hasta el año 1765.
>
> «Como dejamos dicho, el templo de San Roque fué construído «del peculio exclusivo de monseñor Salguero. De canteras de su pro-«piedad se extrajo la cal, y los ladrillos fueron quemados en el mismo «terreno en que la obra se levanta. Los ornamentos de iglesia, cuadros, «imágenes, y adornos, que a su vez fueron adquiridos con su propio «peculio, eran nuevos y ricos; avaluándose la obra, con estos últimos «detalles, en más de cincuenta mil pesos.
>
> «La escritura pública de donación a favor del Hospital, lleva la «fecha dieciocho de Octubre de 1764.



MIRADOR EN EL TECHO DE LA REDUCCIÓN DE SAN ISIDRO EN JESÚS MARÍA

«El donó además varias casas, sitios y terrenos; una botica — «que aún subsiste — ricamente dotada; y una biblioteca de doscientos se- «senta y dos libros foliados, de medicina, cirujía, botánica, etc.

«El hospital, entretanto, funcionaba en una de las casas de pro- «piedad del mismo doctor Salguero, hasta el año de 1771, que fué tras- «ladado al terreno que antes ocupara el noviciado de los expulsos jesuítas, «donde permaneció durante veintiocho años. Siendo necesario el ensanche, «el Padre Director creyó más prudente levantar una nueva construcción, cuyo «plano presentó al cabildo en 1799, proponiendo se levantara contigua a «la iglesia de San Roque, la que por fin se inauguró en 1801, mediante «la intervención voluntaria del ingeniero Juan Manuel Lopez».

Mi plano, pues, no comprende toda esta construcción, sino lo que corresponde a la iglesia, celdas y algunas piezas de administración.

No pudiendo dar todavía con el edificio en que funcionó hasta 1801, la descrip- ción del primer hospital argentino, resulta por lo pronto imposible.

El templo conserva todas las características de una obra colonial, con las formas del barocco español. Pero el enorme peso de la bóveda amenazó derrumbar los mu- ros, por lo cual fué menester ayudarlos con grandes y resistentes contrafuertes, que quitan al templo su elegancia.

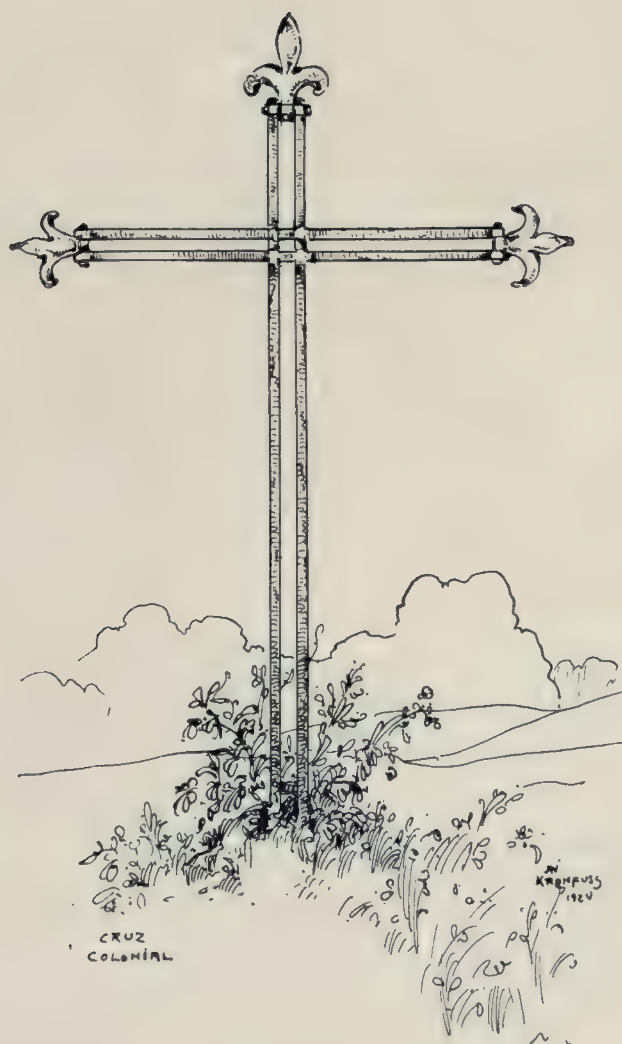
En mi trabajo de perspectiva reconstruí la forma original, a base de la cons- trucción de 1771.

Los pabellones que hoy se conservan, datan de los años de 1840 y años pos- teriores; es interesante la forma en que están hechos, pues la mitad de la cama se introducía en un nicho, con lo cual ningún paciente se imponía de los sufrimientos del vecino.

En la iglesia, la perfección del decoro interior, precioso recuerdo del tiempo de la colonia, no pierde su mérito, a pesar de ciertos adornitos modernos, que sólo sir- ven para atestiguar la falta de cultura artística de que adolecemos hoy en día.

CAPITULO X.

CEMENTERIOS Y RANCHERIAS



CRUZ COLONIAL

CEMENTERIOS

Es muy aventurado querer hablar de los cementerios coloniales porque hasta ahora no pude encontrar lugares que pudieran llamarse — en el sentido moderno de la palabra — cementerios. La reglamentación de un campo destinado al entierro en las ciudades de la Argentina, data de los años 1830, más o menos.

Lo que se puede hoy en día todavía comprobar como lugares de entierros, de la época colonial, son los cementerios al frente de las capillas, y los cementerios al lado de las iglesias.

En cuanto a los primeros, no hay nada que podría llamar nuestra atención, siendo el cementerio frente a la entrada de la capilla regularmente cercado con un muro de piedras formando un rectángulo de 20 por 30 metros, más o menos. Considerando que la capilla correspondía a un número reducido de fieles — colonos de los alrededores — queda la dimensión de este campo bien calculada.



CEMENTERIO COLONIAL DE SANTA CATALINA

Pero, donde hay una gran desproporción entre las dimensiones del cementerio como se presenta hoy, y el número de personas, es en las reducciones.

Recorriendo todas las que hay en la Argentina, no encontraríamos ni una que se presentara con las dimensiones, siquiera, de un cementerio de un pueblecito. Y es de aquí, de donde surge la duda.

Examinando una reducción tan extensa como, por ejemplo, la de Santa Catalina — con una iglesia con capacidad para mil personas, con habitaciones para cuarenta hasta cien personas, con dependencias para un gran número de sirvientes y esclavos, la ranchería con los miembros de la familia de los sirvientes y esclavos — y los indios bautizados que vivían en las cercanías, y calculando el número de obreros que se necesitaba para el cultivo de la tierra, arreglo de acequias, personal de talleres, viejos, inválidos, puédese calcular que estas reducciones contaban de tres mil hasta ocho mil almas.

Sólo para la construcción de las casas, tapias, acequias, fabricación de ladrillos, cal, puertas y ventanas, se precisaba un personal de hasta quinientas personas.

La existencia de estas grandes obras prueba, más que otro documento, que aquí vivía mucha gente, porque a no ser eso, no habría ocurrido a nadie construir obras de tal magnitud.

Reflexionando sobre ésto, y examinando estos pequeños cementerios al lado de las iglesias de las mismas reducciones, queda mayor el interrogante que nos ocupa.

En Alta Gracia, el cementerio es de cincuenta hasta sesenta metros cuadrados; en Santa Catalina es de sesenta o setenta metros cuadrados, con un número de tumbas muy reducido.

Es, pues, fácil imaginar que esas tumbas estaban reservadas para los padres Superiores, y algunas pocas personas distinguidas.

Pero a los otros que trabajaban en el mismo lugar: Dónde iban a enterrarlos?

Muy probablemente han existido campos santos en las cercanías, pero sus límites han desaparecido y después el arado pasó por encima de ellos.

Estas tumbas eran pobres, sin adornos, de piedra, con cruces de dos palos cruzados y clavadas en el húmedo suelo de la tumba, o, cuando mucho, un listón de madera con las letras y la cruz grabadas en él. La tabla era rectangular, sin adornos; el texto se limitaba a decirnos el nombre y apellido del difunto.

De esa gran fuente para historiador que la forman los epitafios de los cementerios antiguos de Europa, aquí no existe casi nada.

Hay, además, una u otra cruz de hierro, de la misma forma de construcción de las rejas, de la manera más sencilla, con pocos adornos. Con esta sencillez, podemos imaginarnos un cementerio colonial, sobre el cual las flores del campo han tendido muy pronto su manto de verdor.

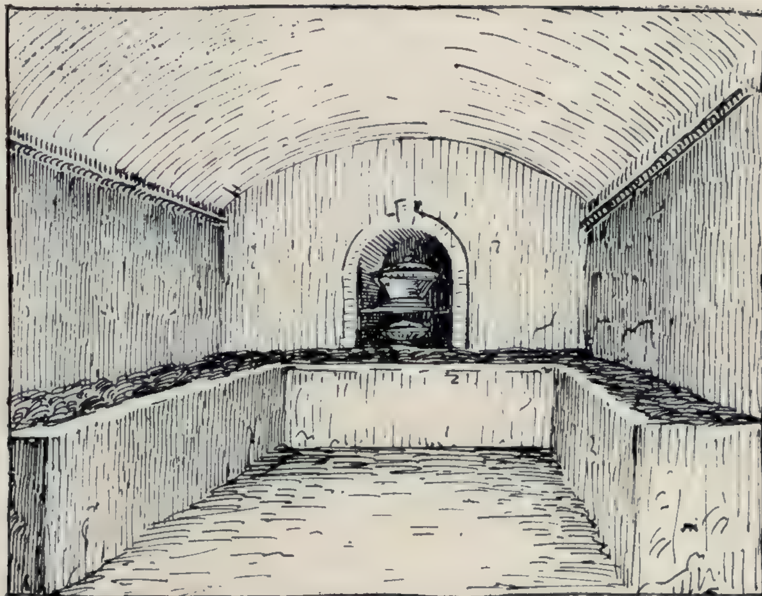
En cuanto a las tumbas de mampostería en los pequeños cementerios del lado de las iglesias, se observa que casi todos guardan, en cuanto a la orientación de su eje longitudinal, un paralelismo con el eje de la iglesia.

Siendo todas las iglesias coloniales en la Argentina principalmente orientadas de Este a Oeste, es lógico pensar que en la disposición de las tumbas se observaban las mismas normas que para la orientación de las iglesias. Una u otra tumba con diversa dirección son de época posterior, lo cual se comprueba fácilmente por el letrero que

forma la tapa de la tumba y que es una chapa de mármol italiano. Las tumbas coloniales no están jamás apartadas, sino siempre pegadas al lado de un muro del cementerio, o casi en su mayoría, arrimadas al mismo muro de la iglesia.

Cabe, pues, reflexionar que la forma del entierro mismo debía ser diferente de los entierros de Europa.

La forma común del entierro cristiano es poner el cadáver envuelto en sábanas, o puesto en un ataúd, a cierta profundidad en la tierra. Siendo escasa en esta tierra, la madera blanda para formar ataúdes, y el uso de tablas de madera dura un asunto bastante costoso para entonces, tenemos que suponer que la gran mayoría de los entierros era realizada sin ataúd.



TUMBAS EN LA CRYPTA DE LOS JESUITAS

Otra forma de entierros, en Europa, era colocar los cadáveres en nichos subterráneos, tapando la abertura del nicho, con mampostería. Esa forma tiene su orígen en las catacumbas de Roma, y fué usado hasta el siglo XVII en algunos conventos de Europa.

La forma aristocrática de los entierros en todas las épocas, era hacerse enterrar en la iglesia misma, poniendo sobre la tumba una gran piedra horizontal como epitafio, o colocar el epitafio sobre un pilar o muro próximo a la tumba.

En algunos casos de reyes o príncipes, la tumba, en la iglesia, tomaba forma de catafalco de piedra con adornos artísticos.

En estos casos el cadáver era colocado en un ataúd de metal.

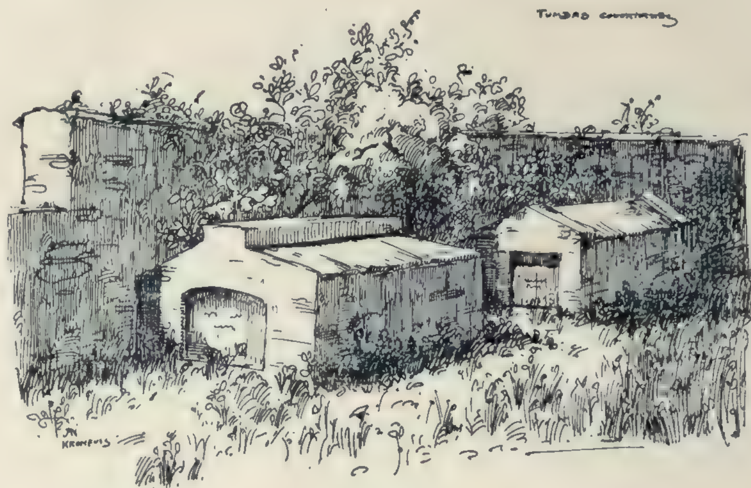
De estos últimos, no hay ni uno en la Argentina.

En la iglesia misma fueron enterrados los obispos, como lo fué, según mi opinión, el obispo Trejo en la capilla doméstica de los Jesuítas, en Córdoba.

En estos casos se procedía, según mi parecer, a poner el cadáver mismo en el suelo de la iglesia, cubierto completamente con tierra.

Solamente con estas consideraciones y reflexiones se puede explicar la forma de entierro que se ha observado en los cadáveres colocados en la cripta de los Jesuítas, donde, paralelamente a los muros principales, se ha construído un otro murito de setenta centímetros de altura, y sesenta centímetros del muro principal, llenando el espacio entre los dos muros con tierra destinada a cubrir los cadáveres allí enterrados.

Una vez terminado el proceso de descomposición, los huesos fueron juntados y puestos en un hoyo más hondo, que hoy en día está tapado por un muro, pero que, durante el tiempo en el cual quedó accesible, daba ocasión a esos famosos cuentos sobre subterráneos, de los cuales hablé en uno de los capítulos anteriores.



TUMBAS COLONIALES

Analizando, pues, esta forma de entierro, no se puede hablar de «enterramiento» porque el cadáver quedaba por encima de la tierra, y envuelto y cubierto con la misma tierra.

Parece ser que esa forma de entierro se usaba también para las personas distinguidas que vivían en las reducciones, con la única diferencia de que al hueco oblícuo llenado con tierra, han dado una tapa de material, para evitar robos, ostentando los cadáveres, algunas veces, joyas de cierto valor, según las costumbres de la época.

Cuando, más tarde, hubo madera de sauces o álamos para hacer ataúdes, éstos fueron colocados en el hueco formado y preparado de mampostería.

Algunas veces se ha cubierto el ataúd con tierra; más tarde ya quedaba el ataúd encerrado en el cajón de mampostería, sin ser tapado con tierra sino sólo con la tapa de material.

En las tumbas derrumbadas, pude siempre comprobar que había tierra en el fondo y que los huesos yacían en tierra.

No quiero pretender que mi deducción sea hasta lo último exacta, porque son muy pocas las tumbas que pude registrar.

Los epitafios faltan casi siempre, y los pocos que existen fueron, por respeto y piedad, trasladados hoy en día a los muros de la iglesia o capilla en cuyo radio se encontraba la tumba.

Pero, estas pocas tumbas, que hasta hoy quedan, no contestan a las muchas preguntas sobre la posibilidad de otro cementerio mayor que debía haber existido en las cercanías de las iglesias. De los esqueletos y cráneos se podría deducir la raza que poblaba y trabajaba en las reducciones.

Por lo menos, vivieron tres razas en las reducciones: Los blancos, siempre superiores en todos los ramos de trabajo; los indios nativos, que venían para los trabajos de siembra y cosecha y, por último, los esclavos de la raza africana.

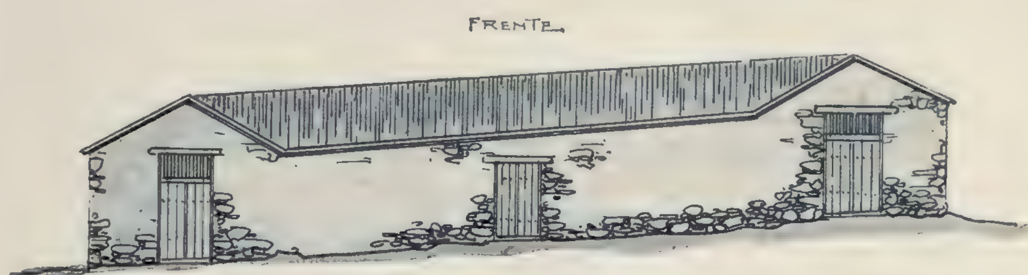
Suponiendo que los blancos fueron enterrados entre los muros de la reducción, queda siempre abierta la pregunta: Donde pudieron ser enterrados los otros? Lograban o no las reducciones su fin de formar colonos estables, de los indios nómades? Y si lo han logrado: Fueron enterrados en la forma usual de los indios, o ya, según el rito cristiano?

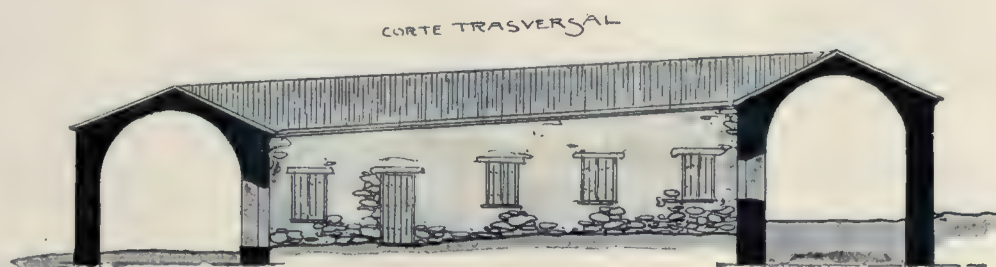
Son muchas las deducciones que podríamos sacar del conocimiento de los cementerios coloniales; pero, por lo pronto, tenemos que contentarnos con las pruebas escritas y documentadas, porque los lugares de entierros quedaron en olvido desde que fueron abandonadas las reducciones.

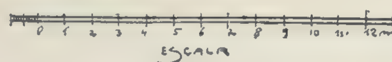
RANCHERÍAS

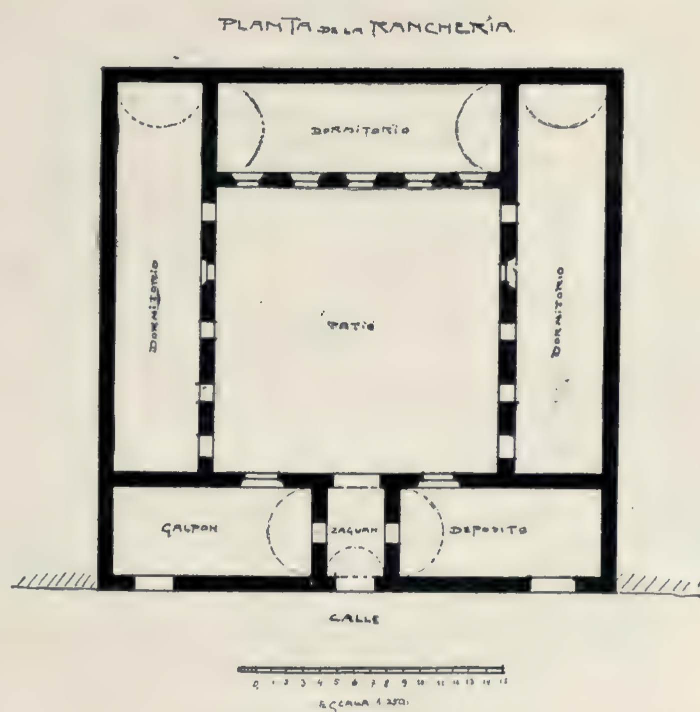
Cerca de las reducciones y grandes construcciones coloniales se encuentra todavía una superficie de más o menos seis hasta diez mil metros cuadrados, cercada por una tapia de noventa ctms. de ancho y dos hasta tres metros de alto. El portón es casi siempre muy ancho y servía para entrada de los carros.

Hoy en día están abandonados los ranchitos que rodeaban los muros, y los









RANCHERÍA DE ALTA GRACIA

últimos en parte ya están derrumbándose. Así por ejemplo, la ranchería de la reducción Santa Catalina está ya casi totalmente en ruínas y las rancherías de las ciudades ya han desaparecido completamente, no quedando sino sus murallones de tapia, que tapados con fachadas modernas, ocultan una casita o taller detrás de ellos. El modelo más completo es la llamada «ranchería» de la reducción de Alta Gracia que ya no es un tipo puro de rancherías sino una combinación de ranchería con depósito de granos.

El orígen de las rancherías y su historia es fácil reconocerlo. No hay sino hacer revivir el pasado en nuestra imaginación.

Tenemos que remontarnos hasta los tiempos en los cuales los fundadores de las reducciones daban comienzo a las construcciones. Construcciones de esta magnitud — hablando con relación a la época y lugares apartados, — necesitaban ante todo una buena organización para su feliz desarrollo. Llevar gente de todas las direcciones, obreros, peones, sin llevar así mismo sus familias, sin pensar como alimentarlos, como defenderlos contra los ataques de los indios, hubiere sido contrario al espíritu práctico y positivo de los organizadores. Ordenar el servicio y el trabajo, guardar el orden y disciplina era una de las primeras condiciones que habían de cumplir.

Alojar pues algunos cientos de familias que llegaban diariamente en pesados carros desde grandes distancias, organizar su alimentación y provisionamiento hasta que ellos mismos pudiesen trabajar la tierra y cosechar el fruto de sus trabajos, todo esto entre indios, en parte hostiles a los blancos, en parte desconfiados por falta de experiencia, era gravísimo problema.

Ante todo se necesitaba levantar un muro para la defensa de las mujeres y niños. Por esta razón no se ve en las construcciones de las murallas emplear piedras, o piedra bola. La rapidez para lograr una defensa obligaba a trabajar con la tierra del mismo suelo sin perder tiempo en busca de materiales de construcción. Una vez cerrado el cuadrado por los murallones con su única puerta de entrada, quedaba al criterio de las familias, arreglarse como mejor podían. Era de su incumbencia construir techos contra los rayos del sol, aprovechar rincones contra los vientos y tormentas, formar muros de tierra, con troncos y ramas y con todo lo que estaba al alcance de su mano y aprovechando la formación irregular de la superficie o excavando cuevas. Muy pronto se aumentaba la población de la ranchería primitiva. Indios que se separaban de sus tribus y se estacionaban en la ranchería, los esclavos que acompañaban a los maestros de la construcción, la llegada de nuevos profesionales formaban otra gran familia que dormía durante la noche entre los murallones y trabajaba de día en la construcción de la reducción en la casa de Dios y en el cultivo de los campos.

Debía haber una mezcla rara de idiomas entre esa gente venida de diversas partes y sólo con la mayor tolerancia mutua, y la mayor benevolencia entre ellos, podía cumplir con la obligación y cumplir el fin, al cual sacrificaban sus comodidades y costumbres.

Los niños ayudaban en la obra y se transformaban en obreros, las mujeres en la ayuda mutua, ejercitaban la caridad. Esa gran obra que se levantaba era presagio de la futura escuela profesional, enseñanza para la formación de un hogar, de una sociedad. Poco a poco mejorando las relaciones con los indios, éstos entraban en las filas de los obreros labradores del campo y ya empezaban a formar las casitas para

esta clase de colonos como puede verse en las Misiones, y como se reconoce su rasgo primitivo en San Marcos de la Sierra.

Los indios empero, parece, no podían dejar sus costumbres de nómadas y prefirieron su vida antigua, y no querrían quedar en el mismo suelo. Las casitas no se construían y el programa de construcción quedaba truncado.

Así la población de la reducción, se redujo sólo a los que vivían en las rancherías. Los indios venían para ayudar en la cosecha y otros trabajos y se retiraban luego que no se los precisaba, tal como lo hacen hoy en día en las plantaciones de azúcar cerca del Chaco. Dormían fuera de la ranchería, según sus costumbres, bajo árboles y carpas, y no entraban — con pocas excepciones — en mayor contacto con los habitantes de la ranchería.

Una vez terminada la construcción, muchos de los profesionales se retiraban con sus familias a otros lugares donde se necesitaban sus servicios y la ranchería quedaba con sus habitantes definitivos que eran pues los esclavos y la servidumbre con sus familias. Expulsados los jesuítas, la organización tenía que disolverse y los habitantes de la ranchería tenían que buscar otros lugares para poder vivir. Muy pronto se derrumbaban en parte los muros de adobe, y otros fueron más tarde transformados en casitas para colonos, o quedaban abandonados en pleno olvido hasta que los últimos supervivientes que no querrían separarse de su hogar, murieron.

Estudiando la planta de la ranchería de la reducción Alta Gracia ya nos encontramos con un tipo más desarrollado de la misma.

El gran cuadrado formado por el murallón está ampliado. En vez del único murallón, hay una muralla paralela en el interior, y el espacio entre los muros está techado con una bóveda. Aquí ya se formaba el dormitorio común para las varias familias, que se separaban entre sí por construcciones de barro y ramas. El patio era común para todo, como en las otras rancherías.

La ampliación de este tipo, fuera del dormitorio techado, consiste en la agregación de dos depósitos con entradas independientes del camino, para guardar cereales, semillas y alimentos en general. El portón central, pues, es la entrada a la ranchería, los otros dos portones laterales son las entradas a los depósitos para los carros. Esa construcción es el último tipo en su desarrollo y por fin terminó como los demás, en el abandono y olvido.

¡Qué grandioso era el cálculo de estos hombres!... ¡qué vista y criterio seguro para formar bases de una nueva sociedad! Cualquier detalle nos demuestra esta previsión, esta mirada al futuro; esta fé en el éxito de su trabajo y la obra, caracteriza a los grandes organizadores. No hay que olvidar que en la Argentina no se destruyó una antigua cultura como en Perú y Méjico, sino que fué levantada sobre terreno vírgen aún, una nueva cultura. Bien diferente es pues, el desarrollo entre ambas regiones y en consecuencia, bien diferente es el resultado alcanzado en el futuro.

Estén en ruínas las rancherías, estén despoblados sus patios, y crezca yuyo y flor silvestre en sus ranchos destechados, no se podría negar jamás que nació allí — el espíritu de trabajo — ese espíritu que quiere alcanzar algo por su propia diligencia y no por la fuerza bruta del conquistador. La enseñanza que surge de estas ruínas está patente. Esos hombres confiaban en sus brazos enseñados a trabajar, mientras el conquistador hacía trabajar al vencido.

Sean los restos míseros de estos ranchos perdidos, para las generaciones que hoy en día recorren veloces en lujosos autos las cómodas carreteras, un recuerdo inolvidable de lo que pudo un día el amor al trabajo, la unión y la ayuda mutua y ese espíritu de sacrificio que sólo inspiró y echó las bases del futuro engrandecimiento de la Nación Argentina, y sea tambien una admonición severa a la juventud frívola que sólo una voluntad enérgicamente educada podrá llevar el bienestar a la familia, la prosperidad al estado y dar mayor esplendor a las glorias de su bien amada patria.

FINAL

Entré por olvidada puerta para buscar las flores del pasado y recorriendo en compañía de mis lectores.

A través de los documentos escritos en piedra, de una corta época colonial, terminé por fin donde termina toda vanidad humana, el cementerio.

¿Qué más idílico que un olvidado cementerio con sus flores sobre las tumbas, con sus cruces inclinadas y sus lozas derrumbadas? Es la paz de la naturaleza que se posa sobre estos pocos restos humanos que vivieron un día la vida animada cuyas huellas estamparon en su paso.

Los nombres y apellidos desaparecieron, las cruces y piedras están caídas, las fechas ilegibles, las inscripciones indescifrables, y a pesar de todo su memoria es inmortal. De sus ruínas surge la nueva vida: de la obra de estos muertos vive la presente generación; de las aguas de acequias y diques por ellos fabricados, brota la felicidad de las familias de hoy. Todo lo que crearon de bello era en favor de los que venían en pos; todo lo que soñaron ellos lo han visto realizado los otros. La vida de sacrificio, de trabajo y de lucha con sus ideales, como tambien sus desengaños y desilusiones terminaron.

Han plantado los árboles a cuya sombra se sientan y se instruyen las nuevas generaciones; han excavado los cimientos de casas en cuyo recinto se forman los hogares y los hombres de hoy día, han traído las semillas de plantas y flores que animan y embellecen nuestros jardines; han construído caminos carreteros que unen corazones separados por distancias; han ahuyentado las fieras que amenazaban la seguridad de los vivientes; han convertido el desierto en campos de trigo para el pan de sus hijos, y, finalmente, realizaron sus ensueños de belleza en cuanto pudieron, para hacer más agradable la vida de otras generaciones que les sucedieron.

Quise mostrar por el examen de sus obras el alma y el corazón de nuestros antepasados, su modo generoso de pensar y obrar. Pero es pequeña mi labor para cantar el himno que corresponde a su mérito.

Pude estudiar sus trabajos y ver su alma escondida en ellos, pero talvez no llegué a compenetrar de los mismos sentimientos que abrigo, a todos los que me acompañaron y recorrieron las páginas de mi trabajo.

Sé que aún queda mucho material con que podría corroborar mi tésis, pero confieso que mis modestos esfuerzos, e iniciativas particulares, no pueden abarcar el extenso campo de tan vasto estudio. Lo poco, empero, que presento a mis benévolos lectores, está estudiado a fondo. Los muchos croquis geométricos, las innumerables medidas de los detalles y la gran cantidad de apuntes de todas formas tomadas en el lugar, son la mejor prueba de la seriedad de mis deducciones. Mis construcciones alcanzan a todo lo que es legítimo de la época; mis perspectivas están hechas según las medidas de la misma obra y las vistas a vuelo de pájaro, son el resultado de los

dibujos geométricos hechos según escala. Nada oculté, ni nada mejoré. No cambié las formas conocidas y mal ejecutadas, ni las proporciones muchas veces pesadas. He trabajado guiado por el amor a la verdad y con el deseo de entregar a los historiadores un material para el hermoso, aunque arduo estudio del pasado.

Para dar a la publicación mía una forma algo artística e interesante dejo sin incluír multitud de dibujos y medidas de detalles que sirviéronme de base para las vistas que incluyo en el texto y como criterio seguro para juzgar sus formas y describir su estilo. He querido tambien, omitiéndolos, dar a la publicación un carácter tal que popularice el sentimiento histórico y despierte el interés general.

Muchos de los monumentos estudiados ya no existen: o fueron demolidos o transformados de tal manera que ya no es posible reconócer su forma primitiva. Nada pude incluír, por ejemplo, de Mendoza, por esta razón: La reconstrucción en estos casos resultaría una tarea superior al esfuerzo individual de uno solo. En España, en Alemania y en Francia, existen oficinas encargadas de catalogar y estudiar las obras del pasado y se ocupan de la documentación gráfica y artística de los monumentos históricos.

Para esta tierra privilegiada de la Argentina querría yo que se hiciera lo mismo y a este fin encamino los esfuerzos de mi trabajo, a dar vida a una ley de defensa de los pocos monumentos que aún quedan en pié y que están amenazados de derrumbe.

El ex-gobernador de la Provincia de Córdoba, el Doctor Cárcano, ha elaborado un proyecto de ley que si una vez fuera realizada, guardaría para las generaciones futuras, los tesoros del pasado.

Aún quedan muchas hojas históricas y artísticas diseminadas en las vastidades del territorio argentino. En estancias alejadas de los caminos públicos, en campos cubiertos de yuyos y malezas existen ruínas de obras, restos de pueblos abandonados, con ruínas de casas al borde de los caminos. Pocos restos, pero cada uno de ellos es un eslabón precioso en la cadena de la documentación histórica del pasado: su desaparición sin recuerdo es una pérdida para la historia.

No figuran en mi obra, por la dificultad insuperable de trasladarme a puntos tan distantes y apartados y la falta de medios que requieren esta clase de viajes de estudio.

Reconozco que para completar mi obra fuere menester estudiar el interior de estas mismas casas coloniales, su decoración, su moblaje, su platería y enseres e ir en busca de los talleres donde pudieron ser fabricados sus telas, sus géneros y los objetos comunes de la casa.

Este estudio que ya tengo empezado, formará un tomo aparte de mi obra, cuyo objeto es el examen de estas industrias y sus transformaciones desde la corta época de 1820 a 1850, en cuyo tiempo la influencia europea desalojó la vida colonial con todas sus formas. La publicación que anuncio depende del favor con que el público inteligente reciba la presente.

Por último me resta sólo, cumplir con un sagrado deber, que es el de la gratitud.

Para emprender una obra como la presente, y examinar las obras coloniales, necesitaba contar con la benevolencia, la ayuda y el consejo de muchas personas, verdaderos amantes de los tesoros de su Patria.

Sus indicaciones, sus datos históricos, sus direcciones en fin, fueron elementos de grande importancia para vencer las dificultades del caso.

Imposible me sería querer hacer mención aquí de respetables familias, de personas particulares, de beneméritas instituciones, de curas de Parroquias y encargados de Iglesias que prestáronse solícitos a suministrar datos y noticias, en todas las ciudades y pueblos donde me llevó la necesidad de mis estudios. En todas partes encontré el más grande y cálido cariño y entusiasmo, con que me mostraban la labor de sus antepasados, estimulándome a proseguir en mi comenzada empresa.

A todos ellos presento aquí mi más cordial agradecimiento, como tambien a aquellos que seguían con interés incansable las alternativas de mi trabajo.

Por último no ocultaré que encontrarán los críticos inteligentes numerosas deficiencias de lenguaje, que en parte son perdonables para quien tiene que escribir en idioma tan fundamentalmente diverso del suyo. Sólo el amor a las bellas tradiciones históricas de este suelo bendito de la Argentina, guió mi mano para copiar sus coloniales monumentos y movió mi pluma para escribir algo de sus bellezas del pasado.

¡Quiera Dios que estos restos perdidos del pasado sean fecunda semilla, que a su tiempo den frutos de aún más glorioso porvenir, si es posible, para la gran Nación Argentina!

INDICE

NOMINA DE LAS LAMINAS

NÓMINA DE LOS GRABADOS

Página

LIBROS ENTREVISTADOS

PABLO HERNANDEZ

Misiones del Paraguay. Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús.

OTTO SCHUBERT

Geschichte des Barock in Spanien.

DR. KUHN

Allgemeine Kunstgeschichte.

ARCHIVO MUNICIPAL DE CÓRDOBA

(Antiguo Cabildo).

FRAY JOSÉ MARIA LIQUENO

Fray Fernando de Trejo y Sanabria, fundador de la Universidad de Córdoba.

P. GRENÓN

Orígen de la Iglesia de la Compañía en Córdoba.

DR. FÉLIX GARZÓN MACEDA

La Medicina en Córdoba.

ANTONIO ARTELLS Y PABLO CABRERA

Estudios y Opiniones.

SANTILLAN VÉLEZ

Hospital San Roque.

DR. PABLO CABRERA

Córdoba de la Nueva Andalucía.

JUAN B. GONZÁLEZ

Córdoba Colonial.

TERENCIO BAGGIO

La Ermita Cordobesa.

P. GRENÓN S. J.

Alta Gracia.

Estudios históricos coloniales por JUAN P. GRENÓN y otros más.


LIBRARY